

MOVIMIENTO DE EX-COLONOS RESIDENTES  
EN LA CAPITAL

# PIONEROS

(En Homenaje al Cincuentenario de Rivera  
"Barón Hirsch")

Comisión de Redacción  
SANSON DRUCAROFF  
(Secretario)

AARON FIKSEL  
BERNARDO HIRSCHOREN  
ELIAS SCHNEIDER

## **COLABORADORES DE LA REDACCION**

Aisick Marchevsky

Rosa G. de Flechner

Elisa M. de Kaplún

Moisés Roitburd

Benjamín Rosch

## **PATROCINADORES DE ESTE LIBRO**

B. Gelman, León Malaj, N. Teplitzky, Jacobo Mendelevich, Isaac Smetniansky, Jacobo Dobrusin, Bernardo Dobrusin, Luis Yusem, Rubén Piliavsky, Moisés Gurevich, León Gurevich, Benjamin Resnick, S. Kantarovich, David Ablin, Moisés Sokiransky.

## **COMISION DIRECTIVA DEL MOVIMIENTO DE EX-COLONOS RESIDENTES DEN LA CAPITAL**

Secretario General: LEON SAFRANCHIK

Pro Secretario: MARCOS BELINQUE

Secretarios de Actas: ISAAC OKLANDER -B. GUETZELEVICH

Tesorero: DAVID GAYETZKY

Pro Tesorero: LEON JINKIS

Vocales: PEDRO PRISONT - SONIA RUBIN - JACOBO

FUCKS - JAIME FIKSEL - AARON FIKSEL

**Nota de la Redacción:** El libro "PIONEROS" abarca la historia de la Colonia Barón Hirsch desde su nacimiento hasta Mato de 1955, fecha de su cincuentenario. Se sobreentiende que todas las referencias y datos sobre la realidad actual corresponden a ese período.

# INDICE

Este libro .....	4
CAP.	
I EL BARON Y SU EMPRESA .....	7
II ATRÁS QUEDA EL PARAISO .....	30
III CAMINO HACIA EL GALPON .....	35
IV EN EL GALPON .....	47
V CONSTRUYENDO LOS HOGARES .....	55
VI LA COLONIA SE ENSANCHA .....	61
El ciclón	
Reservas	
El Warrant	
Huelga campesina	
En los bosques	
Un memorándum de los pampeanos	
El desastre de la ganadería	
Arbitrariedades, desalojos y luchas	
VII EL PUEBLO .....	87
VIII LA CRISIS DE 1929/30 .....	97
IX PEONES EN LA COLONIA .....	104
X LA MUJER .....	109
XI LA JUVENTUD .....	119
XII LA VIDA SOCIAL EN LA COLONIA .....	129
XIII LA VIDA CULTURAL .....	133
XIV EL PERIODISMO .....	145
XV PROLEMAS DE ENSEÑANZA .....	157
La creación del colegio secundario “Mariano Moreno”	
XVI COLONIA LAPIN .....	167
XVII EL MOV. COOPERATIVISTA EN RIVERA ....	176
XVIII SIGNIFICADO DEL COOPERATIVISMO .....	197
XIX EL PROBLEMA AGRARIO .....	204

## ESTE LIBRO

Con un sentimiento de admiración y gratitud hacia nuestros mayores, pioneros de las pampas argentinas, damos a luz estas páginas. El título de la obra rinde de por sí emocionado homenaje a los que abrieron los primeros surcos, construyeron chozas, cavaron pozos, trazaron caminos en vastas regiones de nuestro territorio.

La colonización judía en la Argentina no es un hecho episódico. En la vida del pueblo judío tiene proyecciones históricas de vasto alcance. Fueron hombres sencillos los que inscribieron esta página gloriosa. Ellos refirieron con sangre y sus vidas aquel sabio principio de que son las multitudes, en su constante proceso de superación, las que realizan obra permanente. No es otro el significado del aporte de nuestros mayores.

Para ellos, la colonización no constituyó sólo un medio de vida. Es cierto que tenían urgencia de asegurar el pan para los suyos. Vivían miserablemente en la Rusia de los zares; pero además asfixiábanse moralmente en una cárcel, agobiados por las leyes de excepción. Huyeron de la inopia y del encierro para reestructurar sus vidas sobre bases productivas y libérrimas. La colonización judía en la Argentina está signada, precisamente, por ese noble ideal de pan y libertad.

Confraternizaron con los hombres del surco procedentes de las latitudes más diversas. Porque la libertad es también premisa de la convivencia fraternal. La aspiración común los identificó. Vivieron juntos las angustias, sinsabores y alegrías que los duros años de la iniciación les habían deparado. Juntos juraban la bandera y cantaban el himno patrio. Sus hijos se hermanaron bajo el mismo cielo liberado, y juntos aprendieron a amar a los próceres de Manyo y a los mejores hijos de la Patria que combatieron y combaten por la realización de los ideales emancipadores.

La colonización judía en la Argentina no tuvo un desarrollo independiente o específico. Las leyes generales del agro argentino rigieron y determinaron su proceso. El único rasgo diferencial que ofrece son los contratos con la empresa colonizadora, J.C.A., para la adquisición de las

tierras; pero la gravitación de este detalle no fue fundamental. Salvo es excepciones de escasa importancia, la colonización judía está caracterizada en su desarrollo por las mismas vicisitudes que sufriera todo el campesinado argentino. Idénticas dificultades los han agobiado y las mismas luchas los han unido. Claro está que hubo fuerzas retrógradas en la colonización judía que frenaron las luchas campesinas. En primer término, la propia empresa colonizadora; luego, los elementos que siempre marchan a contramano de la historia. Pero en sus esfuerzos regresivos, más de una vez tuvieron que morder el polvo de la derrota.

Los pioneros disiparon definitivamente la maligna “teoría” antisemita acerca del parasitismo judío, tan en boga entre las fuerzas reaccionarias. Los improvisados campesinos judíos no sólo asimilaron con presteza la técnica de la labranza, sino que evidenciaron una extraordinaria capacidad de adaptación a las nuevas y difíciles condiciones de vida; es así como, no obstante su escasa experiencia, pudieron dar ejemplo de espíritu práctico y de innovación a muchos de sus vecinos de otras nacionalidades, campesinos de antigua cuna. El extraordinario deseo de superarse y de dotar a las generaciones venideras de un hogar laborioso, bajo un cielo de libertad, fue el estímulo que les permitió vencer obstáculos aparentemente insalvables y adaptarse rápidamente a los usos y costumbres del país desconocido y extraño. Los campesinos judíos comprendieron asimismo que su nueva condición les imponía una responsabilidad frente a toda su estirpe: abandonar la tierra, doblegarse ante las penurias y amarguras, significaba dañar el prestigio de todo el pueblo judío. La responsabilidad social privó sobre el sacrificio personal.

El aporte de la colonización judía al progreso del país fue consagrado por el veredicto de la historia. Nuestros padres y abuelos hicieron fructificar vastas extensiones de tierra argentina que permanecían incultas a fines del siglo pasado y principios del presente. Fue cuando nuestro país abrió sus puertas de par en par a la laboriosa marea inmigratoria. Al llamado de Alberdi y Sarmiento, respondieron miles de familias judías que fueron incorporándose a la gran familia campesina, fuente de bienestar y progreso para todo el pueblo argentino.

Este libro se propone documentar este aporte a través de las experiencias concretas de una de las colonias judías, precisamente la que perpetúa el nombre del que inspiró la empresa colonizadora: la colonia

“Barón Hirsch”. Proyectado para la fecha del cincuentenario de Rivera, debióse postergar sucesivamente el día de su aparición ante un cúmulo de dificultades, ajenas a la voluntad de sus editores. Pero esa demora no limita, ni mucho menos, su significación. No se trata de una simple publicación de circunstancias, sino de un trabajo de documentación y valoración históricas de permanente actualidad.

Nada de lo que este libro expresa fue imaginado. Es el fruto de la elaboración colectiva de decenas de hombres y mujeres que vivieron total o parcialmente la epopeya de la era pionera. Septuagenarios y octogenarios narraron sus primeros pasos sobre la pampa virgen, ofreciendo en el emocionado recuerdo de sus vivencias precursoras la materia prima viva para la composición de este trabajo. Sus redactores recogieron los hechos, registraron los episodios y los interpretaron. Porque más que un libro anecdótico es, como queda dicho, un documento de valoración histórica. No todos los hechos fueron anotados; algunos, por ser simplemente marginales o accidentales, y no tener relación directa con los problemas planteados; otros, para evitar la superposición o repetición monótona de circunstancias y ejemplos ilustrativos; habrá, igualmente, hechos que no han llegado a conocimiento de los redactores. No se ha pretendido agotar el tema. Pero se ha trabajado con amor y honestidad. Sirvió de inspiración el gran cariño hacia la obra colonizadora y se trató de indagar con objetividad los materiales de que se disponía.

Rendir emocionado homenaje a los que con humildad creadora hicieron obra de gigantes, contribuir al mantenimiento y consolidación de la colonización judía en el país y esclarecer un aspecto particular e importante de nuestra realidad agraria hasta ahora no enfocado por la historiografía y sociología argentinas, constituyen los objetivos esenciales de este trabajo. El saber que la tarea cumplida satisface estos propósitos será la mejor recompensa para los que la han emprendido.

*LA REDACCION*

## Capítulo I

### *EL BARON Y SU EMPRESA*

De boca en boca, de aldea en aldea, de villorio en villorio, difundíase como una buena nueva entre las juderías de Ucrania, de Rumania y Besarabia, de Lituania y Bielorrusia el nombre del Barón Hirsch. Repetíanse las leyendas acerca de un Barón judío que vive en París, un multimillonario de honda sensibilidad judaica que había donado sus riquezas a fin de rescatar de las persecuciones y *pogroms* zaristas a los pobres y desventurados judíos y trasladarlos a través de los mares al Canadá, a América del Norte y la Argentina donde serían colonizados.

Fácil es de imaginar qué es lo que significaban esas leyendas en las condiciones de los judíos en la Rusia zarista allá por la década del 80 del pasado siglo. La asfixiante situación económica de la mayor parte del pobrerrío judío se había agravado considerablemente. Si hasta los *pogroms* de Pobiedonostzev, les estaba permitido a los judíos vivir, comerciar y procurarse la subsistencia en las aldeas, el antisemitismo brutal de ese ministro zarista les privó incluso de esos precarios medios de vida. Los judíos fueron arrojados como perros de las aldeas donde sus mayores habían vivido desde antiguo, viéndose obligados a trasladarse con los bártulos al hombro a los lugares de radicación que se les había designado buscando refugio entre parientes o allegados.

La tragedia judía era el resultado de la situación general imperante en el país. La aparición del capitalismo en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, sacudió los cimientos económicos feudales, modificando fundamentalmente las relaciones sociales entre el campo y la ciudad. Los campesinos fueron liberados de la servidumbre a fin de que la creciente industria urbana dispusiera de fuerza de trabajo. Estas transformaciones radicales expresadas en la crisis del feudalismo y en el surgimiento del

capitalismo, privaron de sus antiquísimas ocupaciones a millones de campesinos y artesanos obligándoles a procurarse otras nuevas. Este proceso se vio acompañado de motines, revueltas sangrientas y levantamientos contra el absolutismo zarista. El poder estatal, todavía firmemente asentado gracias al apoyo de los terratenientes, del clero y del capitalismo en ascenso, apeló al ya probado recurso del antisemitismo volcando todo el rencor de los millones de campesinos y artesanos desposeídos y hambrientos sobre las cabezas judías. Los *pogroms* agudizaron aún más el proceso de desarraigamiento de los judíos. La vida de millones de judíos habíase detenido en un desesperante punto muerto.

Y fue en aquellos años, que marcan el inicio de grandes conmociones sociales, cuando desparramóse entre la torturada población judía la buena nueva de que un Barón judío, millonario, que vivía en París había resuelto rescatar a los judíos que desearan abandonar Rusia y trasladarlos a países libres para trabajar la tierra.

Los ghettos comenzaron a agitarse. Una ola de esperanza envolvió a millares de familias, que carecían hasta de lo más indispensable y estaban dispuestas a emigrar en cualquier momento. En los pueblos, el pobrerío judío cantaba ya motivos del surco, de la labranza, de "las manos callosas". Y cuando representantes del Barón judío llegaron a los poblados para anotar a los candidatos que quisieran emigrar a la Argentina a fin de afincarse en la tierra, cientos y cientos de familias se registraron. No todos, ni mucho menos, fueron aceptados de inmediato. Se hizo una selección rigurosa de los aspirantes y los que tuvieron la suerte de contarse entre los agraciados sintéronse en el limbo, como si les liberaran de una prisión a perpetuidad.

Era la época cuando se habían iniciado grandes corrientes emigratorias, las más importantes se dirigían a Estados Unidos, otras al Canadá. El nuevo camino, el que conducía a la Argentina, estaba signado por el elevado ideal de la colonización, de la vida productiva.

La rápida difusión de las ideas socialistas en Rusia, en la década del 90, que abrían ante el pueblo ruso y demás pueblos oprimidos del imperio zarista amplios horizontes de liberación, alcanzó también a importantes sectores populares judíos. El triunfo del socialismo significaría para ellos el fin de todos los suplicios. Los socialistas predicaban la liberación social y nacional, lo que quería decir que el triunfo del socialismo en Rusia



proporcionaría a todos los pueblos oprimidos, y entre ellos también a los judíos, una completa seguridad nacional. Los judíos serían ciudadanos iguales en derechos, se les abrirían todas las fuentes de trabajo y tendrían libre acceso a una instrucción superior, a una vida plena y digna. Las ideas socialistas y la enardecida lucha de los trabajadores por sus derechos económicos y políticos detuvieron en gran medida el flujo emigratorio de amplias capas de judíos esclarecidos. Elevado número de combatientes judíos participó del movimiento socialista. Lucharon por la igualdad judía en el lugar y por el derecho de vivir libremente y a un mismo nivel que los demás pueblos en el país donde generaciones judías habían edificado sus hogares. Muchos revolucionarios judíos pagaron su aporte a las luchas redentoras con largos años de trabajos forzados o con sus vidas en los patibulos zaristas.

El socialismo, el sionismo político, las emigraciones a América del Norte y el Canadá y la colonización de judíos en la Argentina constituyeron hitos históricos en la vida judía a fines del siglo XIX. Todas estas corrientes surgieron de condiciones concretas creadas sobre el territorio del imperio ruso, donde se concentraban diez millones de judíos, es decir, la inmensa mayoría de los judíos en el mundo. Este libro se propone reflejar el desarrollo de uno de esos procesos, el de la emigración a la Argentina con el objeto de afincarse en la tierra.

El amplio inicio de la radicación de judíos en los campos argentinos está estrechamente vinculado al nombre del Barón Mauricio de Hirsch, fundador y presidente de la empresa colonizadora judía "**J. C. A.**" ("Jewish Colonization Association"). Resultará por lo mismo interesante para la amplia opinión judía y para el campesinado judío en particular, un conocimiento más minucioso de la vida del Barón Hirsch y de la obra por él realizada a través de aquella entidad, especialmente constituida para colonizar judíos en la Argentina.

El **Barón Mauricio de Hirsch** nació en Munich (Baviera, Alemania) el 19 de diciembre de 1831. Procedía de una acaudalada familia aristocrática. Su abuelo Jacob y su padre José ostentaban ya el título de Barón. Su madre provenía de la familia Wertheimer, banqueros de Francfort. Y como cuadra a una familia de banqueros, el joven Mauricio fue educado también en el mismo espíritu. Siendo todavía un adolescente fue introducido en el mundo de las finanzas. Contrajo matrimonio con Clara Bishoffsheim, hija de uno de los banqueros más importantes de Europa en aquella época,

Con la herencia del padre y la dote del suegro, el joven Barón reunió suficiente capital para establecer grandes empresas capitalistas. Las concesiones obtenidas de los gobiernos de Austria, Rusia, Turquía y de los Balcanes para la construcción de ferrocarriles, proporcionaron al empresario las mayores posibilidades para desplegar su capacidad financiera, organizadora y administrativa. El Barón desarrollaba una enorme actividad. Dedicábase febrilmente a las empresas gigantescas, a las que había incorporado a los mejores ingenieros y técnicos de Europa. Cientos de miles de obreros trabajaban en la construcción de los ferrocarriles. Y en el transcurso de un cuarto de siglo, el Barón Hirsch conquistó una posición de privilegio entre los millonarios más poderosos y entre los hombres públicos más influyentes de su tiempo.

De estos detalles, rápidamente trazados, surge claramente que el Barón Hirsch, el aristócrata de cuna, acumuló capitales cuantiosos gracias a sus grandes empresas, en las que dio ocupación a centenares de miles de obreros y empleados. La aristocracia y los reyes de Europa recibían igualmente y con bastante frecuencia del Barón juicios préstamos y contribuciones importantes para fines benéficos y filantrópicos.

Es de imaginar, juzgando por su ascendencia y educación, que durante sus viajes por los países donde construía ferrocarriles y, particularmente, durante sus visitas a Rusia, el Barón Hirsch nunca se puso en contacto directo con las juderías humildes. Acerca de la carencia de derechos y de la desventura de los judíos en Rusia había tenido abundantes noticias por parte de sus amigos de Petersburgo, los barones Guinsburg. En 1873, el Barón Hirsch fundó la "**Alliance Israelita**", con la participación de otros aristócratas judíos occidentales, con el objeto de ayudar a los judíos de Europa oriental. En ese entonces, la "Alliance" estableció escuelas en Galitzia, en Bielorrusia y Turquía. El Barón Hirsch era el que mayores contribuciones aportaba para el mantenimiento de esas escuelas y para aliviar la penosa situación del pobrerío judío. La actividad filantrópica de la "Alliance" acercó al Barón Hirsch a los problemas de las desventuradas juderías. Pero ¿cómo se le ocurrió al Barón, al aristócrata y multimillonario, la idea de sacar judíos de Europa oriental?' (La iniciativa contemplaba la movilización de un millón de judíos para colonizarlos en la Argentina, Canadá y Estados Unidos).

La idea de colonizar judíos no era del todo nueva. En aquella época,

el Barón Rotschild ya había creado unas cuantas colonias en Palestina con judíos que habían huido de los *pogroms* zaristas. Por lo común, el judaísmo oriental tenía sumamente preocupado a la aristocracia judía de occidente. Sucedió que en aquellos años una numerosa corriente de judíos orientales habíase volcado sobre las fronteras del imperio zarista; huían hacia América, pero al llegar a Europa Occidental, a Alemania o Bélgica, a Francia o Inglaterra, muchos de ellos interrumpían el peregrinaje; en esos países encontraban trabajo y techo seguro, e para que entonces afanarse en procura de lejanas latitudes, si los lugares ya alcanzados les ofrecían perspectivas de una vida tranquila? Su llegada a esos países no les proporcionó mayor placer a los ya afincados y casi asimilados judíos occidentales, y menos aún a los barones y aristócratas judíos. El ayudar al poverrío de su estirpe lo consideraban casi como un deber, pero el tener en las mismas ciudades y calles a los judíos del Este con sus hábitos plebeyos y nada aristocráticas costumbres les resultaba hartó incómodo. Tanto más cuando la ruina económica y social del judaísmo oriental y la gran ola emigratoria sobre Europa coincidía con el período cuando la burguesía y aristocracia judías de occidente hallábanse en el umbral de la asimilación completa, cuando su bienestar económico y excelentes relaciones con sus coterráneos no-judíos preparaban el terreno para la fusión armónica. La supresión de las leyes raciales y la proclamación de la igualdad de derechos durante la Revolución Francesa conducían a los judíos occidentales a la asimilación, y entre ellos muy particularmente a la fuertemente acomodada capa burguesa. Corrían en ese entonces los años de miel de la burguesía. Burgueses judíos y no-judíos hacían buenos negocios en común; barones judíos y aristócratas sin título eran amigos personales de los monarcas británicos, de los emperadores germanos y de los presidentes y ministros franceses.

Y he aquí que súbitamente surge un problema complicado y asaz desagradable: el poverrío de las juderías comenzó a huir de las ciudades y pueblos rusos; las puertas de América del Norte abriéronse ampliamente; el joven país necesitaba fuerza de trabajo para su creciente industria, y masas judías lanzábanse hacia las costas americanas; pero a mitad del camino, en Europa, quedábanse muchos judíos, y cada vez en mayor número. Y al quedarse en un país dado, se hacía imperioso buscar trabajo y procurarse un techo; y para lograrlo inmigrantes judíos ofrecíanse por salarios más bajos; la necesidad los obligaba a ello. El proletariado veía en ese ofrecimiento una amenaza para su nivel de vida, y comenzó a brotar el veneno antisemita: el judío es el culpable por la desocupación o por el salario disminuido. El

antisemitismo fue en ascenso hasta el extremo de crear el clima propicio para que las fuerzas reaccionarias de Europa pudieran montar el proceso Dreyffus con sus viles calumnias contra el judaísmo del continente. La burguesía judía occidental se sintió sacudida; el antisemitismo le cerraba el camino de la asimilación. Fue entonces cuando en el seno de la aristocracia semita surgió la iniciativa de orientar la emigración judía procedente del Este hacia países distantes. El continente americano, al Norte y al Sud, abría generoso para todos los hombres que quisieran habitarlo, y la iniciativa tomó cuerpo.

La Argentina desplegaba en ese entonces una intensa propaganda por toda Europa ofreciendo sus amplias y feraces llanuras para todo aquel que quisiera laborarlas. Los consulados argentinos en el Viejo Mundo reclutaban miles de familias campesinas a las que se les pagaba todos los gastos de viaje. Era el comienzo de la colonización argentina y, en general, la génesis del capitalismo en el país. Las visiones de Rivadavia y Alberdi y las medidas prácticas de Mitre y Sarmiento dirigidas a poblar el territorio patrio crearon a fines del siglo XIX, en coincidencia con el tendido de las primeras líneas ferroviarias, plenas posibilidades para una amplia inmigración campesina.

Al Barón Hirsch no le habrá resultado difícil, sin duda, vincular la proposición del gobierno argentino de colonizar las incultas extensiones del país con la gigantesca ola emigratoria de judíos del Este europeo.

Se trataba de una empresa audaz. Para llevarla a cabo había que disponer de capitales ingentes y de la colaboración y simpatía de los círculos aristocráticos. En lo que se refería a los judíos orientales, estaba claro que no habría de demandar mayores esfuerzos el convencerlos de que la colonización en los países americanos era una solución para su problema. Este elemento aguardaba cualquier iniciativa que diera una salida a su situación. Y el Barón Hirsch sabía perfectamente que su idea sería recibida por los emigrantes del Este como una salvación. Era igualmente previsible que los círculos allegados al Barón la acogerían con calor. Y así fue, en efecto. La aristocracia judía de Occidente predispúsose de inmediato a colaborar con el Barón en la empresa colonizadora. La emigración de grandes contingentes de judíos a países distantes libraría a Europa del veneno antisemita y las comunidades occidentales se verían, a la vez, libres de una pesada carga. Los judíos que se convirtieran en labradores, en hombres sanos y productivos, en los países americanos, serían igualmente el mejor

argumento para contrarrestar patrañas antisemitas que presentaban al elemento semita como únicamente apto para el comercio y la ocupación de intermediario. Los judíos demostrarán que pueden ser tan buenos campesinos como los de cualquier otro pueblo. La idea de la colonización judía fue, por todo ello, acogida con entusiasmo en todos los sectores.

El Barón Hirsch era el hombre más apropiado para empresa de tal naturaleza. Poseía grandes riquezas, acumuladas en el período del pleno florecimiento del capitalismo. En un período tal, se hacía posible la organización de empresas gigantescas, con cientos de miles de obreros que trabajasen para un solo patrono. Y a un hombre dotado de tal espíritu de empresa, que veía crecer de día en día sus millones, no le resultaba nada difícil disponer una parte de sus capitales para cualquier fin importante. Rotschild, por ejemplo, no habría sido capaz de ello, aun cuando poseyera más oro que el Barón Hirsch. Los horizontes de Rotschild eran menguados. Nunca pudo haber poseído la amplia visión de la gran burguesía de mediados del siglo XIX. Los capitales de Rotschild procedían del Medioevo, de la época feudal. Los Rotschild habían acumulado sus riquezas gracias a los préstamos e intereses. Las concepciones del usurero, por más acaudalado que sea, son mezquinas y estrechas. Tanto más, cuanto el origen de las riquezas de los Rotschild se remontaba a lejanos antepasados. Sus capitales fueron y continuaron siendo parasitarios, y se multiplicaban únicamente mediante la afluencia de intereses. Recibían la herencia con el objeto de trasmitirla a sus hijos, a fin de que continúen hilando el "hilo de oro" de la familia Rotschild. Los capitales del Barón Hirsch, en cambio, proceden de la época burguesa; fueron acumulados no en base al interés usurario, sino de la explotación en gran escala. La burguesía no se conforma con acariciar avariciosamente la libreta bancaria; piensa en grandes inversiones y en la financiación de importantes empresas, construcciones, industrias. El Barón Hirsch corporizaba el espíritu emprendedor y progresista de la gran burguesía de su tiempo. Y se requería, por cierto, audacia burguesa y enorme energía para emprender la tarea gigantesca de colonizar judíos en el continente americano. El Barón tenía un solo hijo, y este único heredero murió a temprana edad. Esta circunstancia trágica concurrió evidentemente a robustecer en el Barón la idea de invertir parte de sus capitales en la colonización judía. A la muerte del hijo, sólo le quedaban al Barón su fortuna, y mediante ella se propuso perpetuar su nombre, para que el pueblo lo recuerde a través de las generaciones.

El Barón Hirsch no donó sus capitales para que fueran distribuidos entre el pueblo. Invirtió parte de ellos en la compra de tierras. Soñaba con afincarse un millón de almas judías. Cuando la tierra desolada se puebla, su valor se acrecienta; por lo mismo, esa inversión no comportaba ningún riesgo. Al contrario; los capitales aumentarían en proporción directa al asentamiento de colonos y a la labranza de los predios. El Barón preocupóse de que la fortuna invertida en la colonización no se le escurriese de entre los dedos. Y se aseguró en este sentido como puede hacerlo un hábil y astuto empresario capitalista.

La empresa debía dar, de acuerdo a todas las evidencias, grandes beneficios; es decir, el capital crecería constantemente. El Barón Hirsch tuvo la prevención de registrar en el documento orgánico de la Sociedad Anónima que “los ingresos y bienes de la Sociedad se utilizarán exclusivamente para los fines establecidos por los estatutos. En ningún caso y de manera alguna podrá destinarse ninguno de los bienes de la Sociedad para distribuir dividendos entre los miembros de la misma”. Los fines establecidos en los estatutos eran: *“Facilitar la emigración de los judíos de Europa y Asia, donde están oprimidos por especiales leyes de excepción y carece de derechos políticos, y orientarlos hacia otras regiones del mundo, donde puedan gozar de plenos derechos políticos”*. Para ello, la Sociedad se propone “establecer colonias agrícolas en distintas partes de América del Norte y del Sud y asimismo en otras regiones”.

Veremos más adelante en qué medida la Sociedad cumplió con la prescripción estatutaria de dedicar los capitales invertidos exclusivamente para la colonización.

Sin duda que las inversiones realizadas por el Barón Hirsch para colonizar judíos conforman una de las raras excepciones que registra la historia humana. Debieron coincidir una serie de factores históricos para que tal hecho se produzca. Y la segunda mitad del siglo XIX fue un período propicio para ello. La democrática burguesía europea pudo permitirse en ese entonces un resplandor de liberalismo y humanitarismo. Nóbel, el químico sueco, acumula riquezas a lo largo de su vida y destina parte de ellas para un Fondo, cuyos intereses deberán ser distribuidos anualmente como premio al literato de mayor popularidad, al descubrimiento científico más importante etc.; el nombre de Nóbel se perpetúa a través de su acto. El Barón Mauricio de Hirsch, el aristócrata liberalburgués que había reunido capitales fabulosos

gracias a sus empresas constructoras, eterniza su nombre mediante la creación de una sociedad anónima de capital limitado a fin de colonizar al pobrerío judío de Europa oriental en tierra americana.

El 24 de agosto de 1891, el barón de Hirsch fundó la sociedad anónima **“Jewish Colonization Association”** (J.C.A.) con un capital social de dos millones de libras esterlinas distribuido en 20 mil acciones de 100 libras cada una. 19.990 acciones fueron adquiridas por el propio Hirsch, con lo que se aseguró de hecho la presidencia de la entidad. El resto de las acciones tuvo el siguiente destino: 1, Lord Rothschild; 1, Julián Goldschmidt; 1, Ernest Joseph Casell; 1, F. D. Macato; 1, S. H. Goldschmidt, presidente de la “Alliance Israelite”, 1, Salomón Reinach; 1, Benjamín Levy Cohen. Las tres acciones que faltan habrían, al parecer, quedado igualmente en manos del barón de Hirsch. En los años 1895 y 1896, el barón donó parte de sus acciones a la “Alliance Israelite” de París; a la “Anglo Jewish Association” de Londres; a la Kehilá de Berlín, a la Comunidad Judía de Francfort Am Mein, a la dirección de la Sinagoga de Bruselas. Con representantes de todas estas “kehilás” europeo-occidentales constituyóse definitivamente el Consejo Central de la J.C.A., bajo la presidencia —hasta el último día de su vida, del barón de Hirsch.

Hemos procurado descubrir en todos estos detalles sobre la creación, distribución de acciones y formación del Consejo Central de la J.C.A., algún indicio que revele la participación directa o indirecta de una comunidad judía de Este europeo en la actividad de la empresa colonizadora. Pero nuestro esfuerzo fue en vano.

La J.C.A. fue creada con el “fin exclusivo” de colonizar judíos en la Argentina, Canadá y Estados Unidos (luego incluyó también al Brasil como base colonizadora); es decir, en países donde había tierras despobladas y condiciones políticas propicias para los judíos de Europa oriental, para la oprimida población judía de los ghettos. Esta noble empresa de rescatar, de acuerdo al plan del barón de Hirsch, a un millón de judíos y convertirlos en labradores, representó para el judaísmo del Este europeo un verdadero viraje histórico en su existencia oscura y apagada. El tener la posibilidad de abandonar sus precarias y miserables formas de vida y adaptarse al sano y productivo trabajo de la tierra, no significaba únicamente el logro de mejores condiciones económicas, de una vida sin privaciones, sino también la conquista de una existencia digna y honrosa, sin persecuciones brutales ni

discriminaciones agraviantes. Y el sentirse ennoblecido y elevado en su condición humana, significaba asimismo tomar conciencia de su igualdad ante sus semejantes. Con este espíritu y esta convicción acogieron la iniciativa colonizadora los judíos que, alentados por bellas quimeras y esperanzas luminosas, emprendieron el largo camino hacia la libre tierra redentora.

Pero como lo demostrarían los hechos subsiguientes, la J.C.A., sus fundadores y dirigentes, concebían el problema de muy distinta manera. Para ellos, tratábase de una empresa colosal sobre cuyas derivaciones humanas no tenían la menor idea. Sólo sabían una cosa: la colonización debía realizarse de acuerdo a un plan previamente elaborado. Sabían, por ejemplo, que de acuerdo al plan cada familia campesina debía recibir tanto de tierra y tanto de crédito para instalarse; debía dedicarse de inmediato al cultivo de su parcela y en el término de tres años comenzar a amortizar sus deudas a la J.C.A., según las estipulaciones del contrato respectivo. Los planes eran concretos, correctamente calculados de acuerdo a las condiciones europeas. Ninguno de los dirigentes de la sociedad anónima, comenzando por su presidente, tenía la menor experiencia en cuestiones agrícolas ni menos aún una noción sobre la forma y condiciones en que se instalan campesinos en tierra americana. Todos los minuciosos cálculos mercantiles de los dirigentes de la J.C.A. evidenciáronse incorrectos y falsos no bien comenzó la colonización. Y no sólo porque desconocían totalmente el carácter del problema agrario en el continente americano, sino porque ignoraban qué es lo que significaba colonizar a judíos. En condiciones normales la colonización no dejaba de ser un problema complejo; pero tratándose de la colonización judía tornábase mucho más enredado. Habíanse colonizado elementos clericales, mercachifles, comerciantes, artesanos. No había otro material humano. Y el objetivo era precisamente el de transformar a esos hombres. Llegaron éstos al territorio desconocido y se dedicaron a una tarea acerca de la cual nunca tuvieron noticias. Y a pesar de todas las penurias sufridas sobre la tierra desolada y virgen, la mayor parte de los colonizados permaneció junto al surco.

Estos probados pioneros acumularon una experiencia que mucho habría ayudado a la dirección de la J.C.A. en su obra colonizadora. Pero la J.C.A. rechazó desde el primer día todo contacto con los colonos. Si sus fundadores hubieran tratado a estos elementos campesinos como a seres humanos dignos de consideración, no habría faltado en la dirección de la



J.C.A, una representación directa de los mismos. ¿Quiénes sino los más interesados en el éxito de la empresa histórica, los propios campesinos, habrían podido orientar a los barones y sires en los problemas complicados de la vida de campo? La constitución del Consejo Central de la J.C.A. ilustra mucho al respecto. Si algún contacto hubo entre éste y los judíos que debían ser colonizados se produjo únicamente por intermedio de los barones Guinsburg de San Petersburgo. Los judíos sencillos, la amplia masa judía, eran indignos de compartir la mesa con la aristocracia judía de occidente, que es taba relacionada con reyes y ministros. Toda la estructura de la empresa colonizadora elevábase sobre la división entre señores y esclavos. Los señores estudian los problemas, resuelven y ordenan el cumplimiento de las medidas previstas; los esclavos deben limitarse a recibir las órdenes y acatarlas sumisamente. Los señores no discuten con los esclavos, ni se rebajan a escuchar sus sugerencias. Las cartas del Barón de Hirsch, que transcribimos seguidamente, arrojan una clara luz sobre todo el proceso de la administración de la J.C.A. Confirman ellas que toda la obra colonizadora había sido construida sobre una base de desconfianza y desprecio hacia el hombre de trabajo. El aparato fue desde el primer instante montado para someter bajo el rigor a los colonos y ahogar sus quejas y reclamos. En los documentos del fundador de la J.C.A. no se registra ni la más mínima indicación en el sentido de que se trate humanitariamente a los colonos y se les ayude a resolver sus dificultades. Al contrario, lo que predomina es la insinuación y, a veces, la opinión abierta y cruda de que se los mantenga constantemente bajo la amenaza de la fusta, que no se tenga contemplaciones con ellos y que no se vacile en adoptar las medidas más severas contra los rebeldes. He aquí las cartas (1):

(1) *Estas cartas fueron extraídas de la revista Judaica N° 18, dirigida por Salomón Resnick.*

*(Carta N° 3, fechada el 20 de diciembre de 1891).*

...“Para vosotros la gran cuestión está en saber cómo proceder para restablecer el orden; yo os ruego, ante todo, tomar conocimiento de las cartas que acabo de recibir del señor Loewenthal (Nos. 20 - 1 - 2 - 3, indicadas más abajo) y he ahí mi consejo: Enviad una lista de todos los elementos nocivos para la colonia en cualquier concepto que sea, luego fijaos a vosotros mismos un plazo el más breve posible durante el cual esos individuos deberán desaparecer absolutamente, ellos y sus familias, y durante ese mismo plazo

acudid, para desembarazaros de ellos, a los medios más prácticos, que no me es posible indicaros desde aquí.

“Mi opinión es que procediendo con ellos con dulzura, sin mostrar el puño y una autoridad que ha faltado hasta ahora, no se puede llegar sino a resultados medianos.

"Cómo demostrar esta energía para que ella resulte realmente eficaz? Conocéís mi modo de ver al respecto: yo lo retrocedería ante la violencia y sé muy bien que si no logran éxito por medio de la persuasión, no titubearía, al término de algunos días, en recurrir a la fuerza. Cuando en Europa o en cualquier otra parte tengo en mi casa a un individuo que se niega a obedecer mis órdenes, le mando que se raya; si se resiste también a esto y yo no soy lo suficientemente fuerte para expulsarlo por mí mismo, recorro a la policía. Y bien; en Mauricio estamos en nuestra casa, y es la misma cosa en grande; así pues, llegado el caso, no dudaría yo en recurrir a la fuerza armada”...

*(Carta N° 7, del 14 de enero de 1892)*

“...Finalmente, las últimas palabras del mismo telegrama (C) nos informan que los colonos reclaman 100 hectáreas por familia, y agregais: según el uso del país". Os confesamos que eso nos ha sorprendido muchísimo, no debido a la pretensión de los colonos, sino porque parecería que 100 hectáreas constituyen la cantidad mínima por familia con forme a los usos de allí, mientras que Mr. Roth (1) nos ha afirmado constantemente que 50 hectáreas por familia era una cifra exagerada y que la Sociedad (2) no debería ir nunca tan lejos.

“Vosotros pareceís sostener ahora una opinión contraria; hay que esperar que las contradicciones de esta especie no volverán a producirse en vuestra correspondencia, porque nada es más penoso que extraviarse en falsos cálculos sobre bases inexactas que provienen de allí. ¿Qué quereis que hagamos aquí si todas nuestras previsiones se encuentran derribadas por los hechos? Suponemos, entonces, que no ireis más allá de 50 hectáreas por familia, pues nos causa pena que cien hectáreas puedan ser consideradas como mínimo para colonos como los nuestros. No queremos tomar como ejemplo sino a los colonos de Palacios, cuyas familias han recibido, cada una, alrededor de 50 hectáreas. Suponemos, por lo demás, que hemos

comprendido mal el sentido de vuestro telegrama, y que no habeis querido hablar de las exageradas exigencias de los colonos, sin entender aceptarlas como punto de vista vuestro.

“Nos parece evidente que basta cincuenta hectáreas sería demasiado en muchas localidades y que en algunas de ellas modificareis reduciendo esa cantidad. “Estamos muy curiosos de ser informados por vosotros cómo habeis encontrado la instalación provisoria de los Estambulenses (3), sobre todo porque el Dr. Loewenthal nos telegrafió a su respecto el 21 de diciembre último: "Stambouler verweigern Annahme Provisorium, verlangen sofortige Colonisierung oder Rückreise nach Europa” (4). Esto nos ha probado una vez más hasta qué punto hacen falta energía y habilidad frente a los emigrantes.

"Cuando se piensa que estos desdichados han pasado meses enteros en Constantinopla, obligados a contentarse con un subsidio de 25 céntimos por día para su sustento, apiñados en una cloaca inmundada, pidiendo de rodillas ser enviados no importa adónde y no importa en qué condiciones y que antes de su partida se ha tenido el cuidado de dos animarlos trazándoles un cuadro de los más sombrío acerca de la suerte que les aguardaba allí; cuando se recuerda todo eso, comprenderéis que uno se quede asombrado al recibir del señor Loewenthal un telegrama como el transcrito más arriba.

(1) *Uno de los primeros directores de la J.C.A. en nuestro país.*

(2) *Es decir, la J.C.A.*

(3) *Los emigrantes concentrados en Constantinopla, a su paso para la Argentina.*

(4) *"Los estambulenses rehúsan aceptar instalación provisoria. Exigen colonización definitiva inmediata o regreso a Europa”.*

“Comprenderéis asimismo que nuestro presidente (1) haya experimentado algo más que mal humor y que haya respondido el 22 de diciembre con el telegrama del cual habeis tomado conocimiento: "La descarada pretensión de los estambulenses es inadmisibile... Espero que no renovareis con los estambulenses la imperdonable debilidad empleada en Mauricio'. Agregad a eso, para colmo, las noticias recibidas a este respecto en

la última carta del Dr. Loewenthal, del 22 de diciembre, informándonos que ha entrado en negociaciones con los delegados de esos mismos estambulenses; que ha consentido entrar en negociaciones con gente que debían sentirse demasiado felices en aceptar la limosna que se les había hecho, y vereis que uno está cerca de sentirse desanimado en presencia de semejantes procedimientos; nada extraño, entonces, que nuestro presidente y todos sus colaboradores de aquí se haya dicho que tamaña manera de obrar sobrepasa todo lo que se podía imaginar.

“Si hacemos hincapié en este incidente, del que hemos recibido una impresión más penosa de 1:a que os imagináis, es para hacer penetrar bien en vuestro espíritu el carácter de nuestra intervención en la obra de la colonización y la absoluta necesidad de hacer prevalecer una justa pero firme autoridad, capaz de asegurar el éxito de nuestros esfuerzos. Nada agregamos ahora sobre este particular; vosotros comprenderéis fácilmente el resto”.

*(Carta N° 13, del 19 de febrero de 1892).*

“¿Pero qué debe entenderse por “poner orden??? Esta es la gran cuestión. He ahí como yo la entiendo:

“1) No hacer quedar en nuestras colonias una sola persona que no trabaje con sus brazos como lo haría cualquier otro colono de cualquier otra confesión que se dirigiese al Plata; desembarazarse, a todo precio, sin piedad ni misericordia, de todos aquellos que manifiesten mala voluntad.

“2) Seguir y vigilar el trabajo de la gente de la mar era más severa y no tolerar ninguna infracción a la regla bajo el pretexto de enfermedad o de otra índole.

---

“No debemos embarcarnos en instalaciones costosas artes de que aquellos por quienes nos interesamos hayan hecho sus pruebas y demostrado que valen la pena y los gastos, pagando personalmente con el sudor de su frente. Vuelvo, pues, a lo que ya he dicho: Instalar todo de la manera más primitiva y Clandeslebllich”, es necesario demostrar a los que quieran comenzar una vida nueva que no les queda sino elegir entre morir de hambre

o trabajar a base de las más crudas privaciones.'

*(Carta N° 60, del 19 de agosto de 1892).*

"Vuestra carta causa una impresión muy penosa, pues comprendemos que os habéis dejado influenciar más o menos por las amenazas de escándalos, ya que os limitásteis a expulsar de Entre Ríos sólo diez de las peores familias, en vez de despedir de un solo golpe a todo elemento dudoso."

(1) *O sea el mismo barón de Hirsch.*

*(Carta N° 133, del 1 de abril de 1893).*

"Según vosotros, por haber fracasado un cosecha, la Asociación deberá proporcionar a sus colonos, durante un nuevo año, los mismos subsidios que en el momento en que esa gente había desembarcado. Pero nosotros no podemos admitir ni el principio ni la aplicación de los subsidios en esas condiciones. Es evidente que aun con una cosecha frustrada los colonos deberían saber arreglarse mejor que en un principio. Poseen una huerta, algunos frutales, el producto de sus vacas; en fin tienen a su disposición mil pequeños recursos que no podían tener en sus comienzos. ¿Qué se hace en los países donde la cosecha llega también a perder se? ¿En Rusia, por ejemplo? ¿La gente muere por eso, deja de trabajar? No: sufren, es verdad, pero continúan existiendo y trabajando lo mismo.

"Vuelvo otra vez a los estambulenses. No puedo condenar suficientemente la manera de proceder del señor Loewenthal que surge de la última carta dirigida a la Administración por la Dirección de ésa, con fecha 22 de diciembre, y no sabré recomendaros bastante que no computais ese criterio. Posiblemente me pregunteis lo que yo hubiera hecho si hubiese estado en el lugar del Dr. Loewenthal frente a la negativa de esos estambulenses de someterse a sus órdenes.

"Ante todo, aleccionado por la experiencia del pasado, es evidente que yo habría evitado todo contacto de los inmigrantes con la parte de la población de Buenos Aires conocida como absolutamente dañina. Estoy convencido que ésta última fue la causa de la inexplicable actitud de los

estambulenses.

“A este efecto yo no los hubiera instalado en el Hotel de Inmigrantes, sino que los había retenido en el vapor que los trajo, aún a costa de pagar un suplemento, y eso hasta el preciso instante de su completa instalación provisoria. Si no hubiera sido posible transportarlos hasta allí de una sola vez, yo hubiera efectuado ese transporte en dos o tres veces, dejando a los que debían esperar su turno en cuarentena, sobre el vapor, y los hubiera hecho rodear y vigilar por la policía, a fin de impedir todo contacto, conforme ya lo he dicho más arriba.

"Pero, una vez cometida la falta, es decir, efectuado el desembarco, confieso que la situación era más difícil.

"Sin embargo, yo me habría entendido con la policía a objeto de abreviar todo contacto con la población; yo hubiera hecho encarcelar a los jefes de los renitentes y los habría mantenido allí hasta la total sumisión de los otros y de ellos mismos, lo que no habría tardado en producirse.

"No añado nada más sobre este incidente de los estambulenses: espero aun cuando vosotros seais perfectamente inocentes que eso os servirá de lección para el porvenir. Si me he detenido sobre el particular fue porque me encontraba bajo la impresión de vuestro telegrama diciendo que los colonos insistían en obtener 100 hectáreas por familia. El hecho de que ellos se atrevan a formular frente a frente de vosotros parecida pretensión me ha parecido un comienzo más o menos inquietante!!

*(Carta N° 136, del 13 de abril de 1893)*

"Otra falta que comete el señor Kogan (1) es ésta: desde el punto de vista de su valuación, considera que Moisés Ville debe ser colocada desde el principio sobre el mismo pie en que se encuentran las chacras de otras colonias (italianas, alemanas o suizas), que él toma como norma y que han alcanzado el grado en que se encuentran actualmente gracias al trabajo constante y progresivo de 4, 5, 6 o 10 y hasta 40 años sucesivos. Nuestro objetivo no es de ninguna manera colocar a nuestros colonos en ese mismo estado desde el primer año, si todo marcha bien, ni librarlos íntegramente de lo que nos adeudan, ni convertirlos rápidamente en gente rica; no es ese

nuestro programa. Lo que nos proponemos es poner a nuestros colonos en condiciones de poder subsistir el primer año y de crearse luego un porvenir mejor mediante su trabajo. Pero ¿qué hace falta para eso? Dar a los colonos los medios de cultivar y de recolectar luego lo que les haga falta para vivir el primer año. En cuanto al segundo año y a los sucesivos, ellos darán a los colonos lo necesario y eso sin nuestra intervención; si no, tanto peor para ellos.

“El colono posee una pequeña huerta (no hablamos de una huerta de tres hectáreas, como dice el señor Kogan); puede, por consiguiente, procurarse todo lo que le haga falta de legumbres para su sustento, las papas, y le es fácil tomar las precauciones para que su huerta sea presa de la langosta. Y ya que las legumbres crecen todo el año, no tiene más que procurárselas a tiempo. En cuanto a la cultura propiamente dicha (alfalfa, maíz, trigo), no creemos tan necesario darle desde el primer año gran extensión, debiendo contentarse, a nuestro modo de ver, en los comienzos, con una instalación de menos importancia.

“El porvenir, la experiencia, el trabajo, las buenas cosechas cuando las haya harán lo demás y permitirán a los colonos aumentar sucesivamente, cada año, por sus propios esfuerzos, la instalación más o menos costosa. Creemos que el señor Kogan, al tomar desde un principio como punto de comparación, a lo menos en gran parte, las chacras existentes en diversas colonias que cuentan numerosos años de existencia, ha caído en un extremo que nos crea una situación imposible a realizarse. ¿Cómo admitir, en efecto, una colonización en grande con iniciaciones que suben a esas cifras? Más valdría, en esas condiciones, renunciar inmediatamente a ello y reservar para buenas obras en Europa los millones que le quedan a la J. C. A. Pero pensamos también que el señor Kogan, al cual nos complacemos en reconocer una inteligencia sana, pese a los graves errores cometidos, comprenderá que París no fue construido en un día, que es menester andar paso a paso y que su sistema, con los gastos que él prevé, podrá ser realizado por los colonos después de algunos años de trabajo, pero jamás desde el comienzo’).

(1) *Uno de los primeros directores de la J.C.A. en nuestro país.*

Las cartas reflejan la personalidad del fundador y presidente de la J.C.A. y su concepción de la colonización judía. Estamos aquí ante un típico

empresario capitalista. Si bien se trata de documentos dirigidos por el presidente de la Sociedad Anónima a sus directores en Buenos Aires, de una Sociedad Anónima que no persigue la obtención de dividendos particulares ni otros beneficios personales, carecen sin embargo de todo espíritu social e impresionan más bien como las cartas que un amo dirigiría a sus súbditos. El barón de Hirsch se considera el dueño de la empresa colonizadora; esta es su obra y para ella destinó sus capitales. Estos conceptos emergen de cada frase de sus cartas.

Pero no hemos transcritos estos documentos para arrojar sombras sobre la gran obra colonizadora del Barón de Hirsch. Lejos de nosotros la intención de menospreciar los aportes positivos del Barón de Hirsch a la causa del pueblo judío. Nuestro único propósito es el de descubrir los motivos fundamentales que movieron al iniciador de la obra colonizadora y a sus colaboradores del Consejo Central de la J.C.A. a emprender la gran tarea.

En la última de las cartas hay un indicio del carácter que el barón atribuía a su empresa. “Más valdría, en esas condiciones —escribe— renunciar inmediatamente a ello (a la colonización— Redacción) y reservar para buenas obras en Europa los millones que le quedan a la J.C.A.”. Esto significa que para el barón de Hirsch, como para toda la aristocracia occidental judía, la colonización de judíos sólo era una obra filantrópica. Si la empresa de la J.C.A. no marcha —sugiere aquí el barón— trasladaremos los millones a Europa donde quedan por realizar otras “buenas obras” (léase “filantrópicas”). Queda claro que la aristocracia judía de Europa occidental consideraba que la gran obra colonizadora que se había propuesto llevar a cabo con los judíos del Este era un trabajo de ayuda o de rescate, de carácter filantrópico, pero de tipo esencialmente nuevo. Era filantropía en escala hasta entonces desconocida. Era una magnitud de calidad distinta, propia de la aristocracia burguesa dotada de espíritu de empresa, de amplia visión y audaz iniciativa; propia de una aristocracia surgida del seno de la burguesía en ascenso y no de la que se mantenía aferrada de cuerpo y alma al feudalismo medioeval. No en vano se mofaba el barón de Hirsch del barón Rotschild. Hablaba de éste con sorna y menosprecio. Cuando el Dr. Herz le solicitó al barón de Hirsch ayuda para la construcción de colonias en Palestina, éste le contestó: “Con la ayuda de quién construiréis la Palestina? Rotschild les donará 500 francos...”.

Y el barón de Hirsch tenía razón. Las concepciones del



multimillonario Rotschild eran del antiguo tipo parasitario. Rotschild corporizaba el medioevo, el feudalismo. Su iniciativa no iba más allá de una donación para un hospital, de un óbolo para la construcción de algunas misérrimas colonias en Palestina. Practicaba la filantropía al estilo feudal, con la concepción del prestamista calculador. Había heredado de sus tatarabuelos un fabuloso capital improductivo y debía conservarlo a la manera antigua y tradicional. El barón de Hirsch, en cambio, era un empresario de nuevo tipo; pertenecía a la época más feliz de la burguesía; representaba fielmente el triunfo del capitalismo sobre el feudalismo. Y sus concepciones filantrópicas correspondían a las concepciones de la gran burguesía de su tiempo. El barón de Hirsch concibió una filantropía de nuevo aliento. En lugar de donar capitales para obras benéficas, le pareció más lógico invertir una fortuna en una gran empresa colonizadora para los judíos de Europa oriental. Los capitales así invertidos crecerían sin cesar. Los fondos estaban, de esa manera, perfectamente asegurados.

Esa empresa, tal como fuera concebida, era auténtica y puramente capitalista. Si el barón de Hirsch y sus colaboradores hubieran emprendido la tarea con la intención real de transformar socialmente al judío del Este, de convertirlo en un hombre productivo, habrían establecido un estrecho contacto con los directamente interesados, con el objeto del experimento colonizador, y buscando su consejo o, al menos, su colaboración. No se hizo así. Como en toda iniciativa de carácter capitalista, el hombre no contaba, sólo contaba el capital.

Capitalista fue y sigue siendo la estructura de la sociedad anónima J.C.A. Capitalista fue la forma de adquisición de las tierras y, sobre todo su venta a los colonos. Nada se regaló a ninguno de los colonizados. Por la parcela de tierra, por los gastos de traslado e instalación de los colonos, cada uno de los redimidos debió pagar con intereses sobre intereses, como tendremos oportunidad de demostrarlo en los capítulos siguientes.

Importa señalar, al mismo tiempo, que al planificar y realizar la colonización judía en la Argentina, la J.C.A. tuvo buen cuidado de dispersar las colonias por distintas regiones del país, alejadas una de la otra. ¿Es acaso casual que la J.C.A. haya comprado tierras en las provincias de Buenos Aires, Santa Fé, Entre Ríos, La Pampa, Santiago del Estero? ¿No es lógico pensar que esa dispersión aparentemente ilógica respondía al propósito de mantener distanciadas entre sí a las colonias judías? ¿Acaso en la década del

90 del siglo pasado ya no había en el país una extensión de tierra lo suficientemente amplia para colonizar a los primeros miles de familias judías, en una sola unidad? La realidad demostró más tarde que a las colonias dispersas les resultaba difícil el comunicarse y entenderse las unas con las otras para solucionar los problemas comunes que fueron surgiendo con el tiempo, especialmente el problema de la lucha contra la propia J.C.A. que habíase planteado para los colonos como una cuestión vital a poco de iniciar la nueva vida. Claro está que en las actuales condiciones del transporte y de los medios de comunicación, la dispersión no representa un problema serio; pero si nos remontamos a la época primera de la colonización, el distanciamiento entre una colonia y otra se nos aparece entonces en toda su trágica crudeza.

¿Y qué decir sobre la tierra inadecuada adquirida para la colonización? Los colonos de "Barón Hirsch", de Narcise Leven, de Montefiore y Dora no cesaron de quejarse a lo largo de los años por la tierra mala e improductiva que les tocó en suerte. ¿Estuvo obligada la J.C.A. a comprar esas tierras? ¿Ya no había en aquel entonces extensiones buenas y adecuadas para la agricultura y las explotaciones mixtas, favorecidas por climas propicios? ¿Era preciso, acaso, recurrir a los desiertos de Bernasconi, donde había que buscar a más de cien metros de profundidad el agua salitrosa que las bestias se negaban a beber y donde alrededor de cien familias debieron pagar con sus vidas el "error" cometido por la J.C.A. al adquirir esas tierras? Otro tanto cabe preguntarse con respecto a la parte pampeana de Barón Hirsch", a Montefiore, a la colonia Dora. ¿Fueron simplemente errores o daños intencionales? ¿Y puede atribuirse a un simple error la adquisición de las tierras inaptas en regiones alejadas de los centros civilizados? ¿Simple error o menosprecio aristocrático de la J.C.A. hacia el elemento campesino?

De esto último se trata, precisamente. El principio era: tener a los campesinos en un puño de hierro; mantenerlos firmemente sometidos. A gritos lo dice cada línea de las cartas del barón de Hirsch. ¡Cuánto desprecio y desdén por los colonizados judíos del Este europeo fluye de las órdenes draconianas impartidas por el presidente de la J.C.A. a sus directores de Buenos Aires! "Contra ese sector de judíos deben adoptarse las medidas más rigurosas, incluso policiales". ¿De qué sector se trataba? Eran los rebeldes, los que soliviantaban la colonia, los que llamaban a luchar contra la conducta de la J.C.A., contra la arbitrariedad de las administraciones locales.

Eran los que veían en la colonización una obra de productivización, de auto transformación, eran los que no se consideraban un simple objeto de inversión capitalista. Todas estas circunstancias influyeron para que la colonización judía en el país se viera después de 50 o 60 años de existencia considerablemente constreñida, para que colonias enteras desaparecieran con el correr del tiempo sin dejar rastros del esfuerzo inútilmente prodigado por laboriosas manos judías. No fueron, claro está, las únicas causas. La crisis de la colonización judía es en su raíz una parte de la crisis agraria general del país, y los factores determinantes de ésta última incidieron también e inevitablemente en la degradación del campo judío. Pero cuando consideramos la específica colonización de la J.C.A. y las responsabilidades directas de su administración por su mal desarrollo, entonces no podemos menos que hacernos la siguiente reflexión: cuántos problemas surgidos en las colonias judías pudieron haber sido evitados, cuánto dolor y tormento pudo haberseles ahorrado a los colonos y cuántos ex-campesinos judíos hubieran podido gozar la felicidad de permanecer en sus chacras y trabajar la tierra con las propias manos, cuando en lugar del puño férreo, inhumano y brutal, la J.C.A. hubiese establecido una administración capaz de comprender en toda su profundidad el significado del proceso de transformación de hombres improductivos en labradores, una administración que ayudase racional y comprensivamente a solucionar las dificultades que una tal transformación radical entrañaba; que contribuyese a reeducar los hábitos que bajo la fusta zarista fue adquiriendo el hombre judío en su permanente preocupación de embaucar al *mujik* a fin de asegurarse la subsistencia del día.

Pero para que esto hubiera podido producirse desde el mismo inicio de la colonización judía, era necesario que los fundadores de la J.C.A., sus inspiradores y propulsores, tuvieran la visión del histórico proceso transformador que habían puesto en marcha, la visión de la reestructuración histórica de un pueblo moralmente abatido y espiritualmente deformado como consecuencia de las condiciones inhumanas en que fue transcurriendo su existencia. Lamentablemente los propulsores de la gran emigración judía carecían de esa visión. Los hechos lo demuestran. Los barones occidentales no tuvieron ante sí en ningún momento, al abocarse a la tarea colonizadora, la perspectiva de un pueblo sanamente transformado. Lo hicieron simplemente como filántropos. Para ellos sólo se trataba de una empresa filantrópica, aunque de nuevo tipo y de una envergadura inusitada. Ellos, los aristócratas, fueron educados en el espíritu filantrópico. Sus padres y abuelos habían practicado siempre la filantropía y para los hijos se trataba ya de una

costumbre secular. Para estos, significaba seguir hilando la noble tradición de la familia aristocrática. Tal fue, desde el principio, la concepción que sirvió de base al aparato que debía realizar los planes colonizadores.

El mundo burgués es afecto a la filantropía. En todo país capitalista, las clases “superiores” les prestan atención a esta actividad benéfica. Los muy acaudalados distribuyen anualmente algún porcentaje de sus ganancias en obras de caridad. De esta manera, las capas “superiores” cumplen con las “inferiores”, “mitigando” sus necesidades. Y es natural el trato que la capa que da otorga a la que recibe. El que da es orgulloso y capaz, el que recibe es servil e inepto. El filántropo mira a los de la clase que reciben, de arriba a abajo, con arrogancia y desprecio.

La colonización judía nació bajo el signo de la filantropía, edificose sobre una relación de desdén y menosprecio hacia los colonizados. Porque tal era la actitud que la asimilada aristocracia judía de occidente observaba con respecto a la pobreza judía del Este. Esta relación se reflejaba en la estructuración del aparato de la J.C.A. Casi todos los funcionarios, directores, administradores de los primeros años, con rarísima excepción eran oriundos de Europa occidental; pertenecían a la “élite” inglesa, francesa o alemana o eran judíos marroquíes o turcos educados en las escuelas de la “**Alliance Israelite**”. En su mayoría, los funcionarios de la J.C.A. no podían entenderse directamente con los colonos o con sus representantes; no hablaban, por supuesto, el idish, pero tampoco comprendían el idioma del país. Los directores, procedentes de Inglaterra o Francia, solían venir acompañados por intérpretes o, en su defecto, entendíanse con los delegados campesinos por intermedio de algún funcionario local, generalmente un judío marroquí o turco que hablaba el inglés o el francés, que a duras penas balbuceaba el castellano y que, a veces, tampoco entendía al propio director.

Señalábamos más arriba que en la dirección central de la J.C.A. estaban representadas las comunidades judías más importantes de Europa Occidental. En cambio, nunca participó de ella alguna comunidad judía del Este. Y actualmente, después de 65 años de experiencia colonizadora en la Argentina, sigue planteada como en el primer día la cuestión de una representación campesina en el Consejo

Central. Después de dos guerras mundiales que sacudieron los cimientos del mundo capitalista, transformaron radicalmente la fisonomía del pueblo judío como consecuencia del aniquilamiento de seis millones de sus hijos a manos de los sayones hitleristas, y dañaron considerablemente a la propia J.C.A., su estructura continúa siendo casi la misma que en el momento de su creación.

He aquí la conformación actual de la dirección central de la J.C.A.:

Leonard Montefiore, A.B.E., Londres.

Sir Henri Avigdor Goldschmidt, junior, D.S.A.M.S., Londres.

L. J. Stein, Londres,

René Meyer, París.

Leslie Prince, Londres.

René Casin, (vice-presidente del Consejo de Estado), París,

Maurice Stern, París,

Paúl Philipson, M.B.E., Bruselas.

General E. E. Viener, M. S., Bruselas.

Max Gotschaik, Nueva York.

Los mismos aristócratas, hijos y nietos de los fundadores de la J.C.A., dirigen actualmente su administración central. Se les agregó únicamente un representante de Nueva York. No sabemos si este personaje representa en la dirección central de la J.C.A., a alguna comunidad judía o representa únicamente a sus millones...

## Capítulo II

### *ATRAS QUEDA EL PASADO*

En los últimos días de abril y principios de mayo de 1905, llegaron a los campos de la colonia “Barón Hirsch” -hoy Rivera-, a 60 kilómetros del sudoeste de Carhué- las primeras familias campesinas. Medio siglo nos separa de aquellos días cuando colonos judíos se asentaron en una región salvaje del lejano sur de la provincia de Buenos Aires, limítrofe de la Pampa, en la que permanecían frescas aún las huellas sangrientas de los indígenas perseguidos y exterminados. En 1895, patrullas militares al mando del general Roca habían liquidado a los últimos caciques y a sus tribus, hostigándolas hasta las honduras cordilleranas. Fue la acción militar por la “Conquista del desierto” que puso definitivo punto final a la ancestral civilización indiana de aquella zona. Cientos de miles de kilómetros cuadrados le fueron ganados a la población aborigen. Las mujeres habían sido secuestradas por los blancos, y los hombres y niños que no lograron huir cayeron masacrados en la lucha desigual de la lanza contra el fusil, de la boleadora contra el cañón. A sangre y fuego fueron desarraigados los primitivos pobladores de América. Nunca se supo su número; nadie tuvo entonces interés en hacer esa estadística. El único gran incentivo era la conquista de la tierra donde los indígenas vivían de la caza y de la agricultura incipiente. La tierra tentaba fuertemente a los militares. Rosas había hecho el primer ensayo en gran escala y obtuvo por su “hazaña” una jugosa recompensa: 20 mil leguas de campo. Las marchas posteriores por la conquista del desierto” tuvieron el mismo objetivo. La tierra era distribuida entre los conquistadores, desde los generales a los soldados rasos.

Sobre una parte de ese territorio "liberado", que la "J.C.A." le

había comprado al terrateniente Leloir, uno de los más grandes oligarcas del país, comenzaron a instalarse, casi a mediados de 1905, los primeros colonos judíos. Fueron los pioneros fundadores de lo que con el tiempo se transformaría en un importante centro agrícola judío bajo el nombre de "Colonia Barón Hirsch".

A los pocos años de su creación, esa comunidad campesina contaba ya más de 400 familias judías con haciendas instaladas, que desplegaban una intensa vida social. Nos proponemos reflejar en sus diversos aspectos el medio siglo cumplido por esa comunidad. Sus luchas y sinsabores, sus triunfos y fracasos, sus alegrías y penurias, su estructura física y su fisonomía moral. Nos proponemos registrar una etapa importante en la vida judía, signada por el heroísmo de judíos sencillos en lucha con la naturaleza salvaje y violenta. Una etapa que nos muestra como los judíos rompen decidida y definitivamente con ancestrales concepciones y formas de vida, con las callejas oscuras y casuchas oblicuas, donde el oficio manual era vergonzoso y el chalaneo un motivo de orgullo, para pisar fuertemente la tierra, uncir el caballo al arado, sembrar el grano, segar el fruto del esfuerzo propio y entonar, con la voz amplia y ruda como las pampas argentinas, la canción del valor y del trabajo, del orgullo y la esperanza, tal como cantan los hombres de espinaza firme y recto que tienen fe en la dicha prometida por las propias manos trabajadas. Quiénes fueron los judíos que con dura afán y agotador esfuerzo conquistaron el desierto? ¿De dónde vinieron con palas y carros, con arados y sembradoras, para civilizar una bravía región argentina? ¿Cómo surgió en ellos la idea de colonizarse en la Argentina?

Como todas las grandes cosas, comenzó sencillamente. A principios de la primavera de 1904, en los últimos días del mes de abril, encontráronse en Dovladova, a 12 viorst de la aldea de Sofievka, en la región de Krivoirog, Ucrania meridional, los comerciantes en granos Iosep Resnikoff, Jaim-Idel Jersonsky y Motel Chorne. El encuentro no fué casual. Los dos primeros vendían granos y el tercero estaba empleado en una importante firma cerealista. Mantenían relaciones comerciales entre sí. Y en aquel anochecer primaveral, luego de finiquitadas todas las cuentas, inició Motel Chorne una conversación acerca de la situación de los judíos en Rusia, sobre los rumores de una guerra entre Rusia y Japón y sobre el futuro de la vida judía. Chorne, judío de Kutzovka que dominaba, la política rusa y conocía profundamente la situación judía, se explayó ampliamente sobre el tema. Y allí mismo resolvieron los tres reunirse nuevamente, esta vez con algunos amigos y conocidos de las aldeas y colonias judías vecinas a fin de discutir más

extensamente la cuestión. Un par de semanas más tarde congregó en Novobug una veintena de judíos, comerciantes y artesanos de Sofievka, Aziamka, un viejo colono de Kriveplios Schoileib Traiber y mercachifles del lugar. No les resultó difícil a los iniciadores convocar la reunión. El suelo quemaba bajo los pies y los judíos buscaban anhelosamente una salida. En esa asamblea de Novobug lanzó por primera vez la iniciativa de una colonización judía en la Argentina. Así nació entre aquellos judíos reunidos la idea de buscar un nuevo hogar en las lejanas tierras del Río de la Plata.

A los judíos de los distritos meridionales de Ucrania ya les era familiar la colonización del Barón Hirsch. Agentes de la J.C.A. habían recorrido en los años 1895 y 1896 las antiguas colonias de Jerson haciendo conocer a los colonos judíos de Ingulietz, Kriveplios, Tatarka, Babrovikut, Iazer, Yefingar, etc. noticias sobre la colonización judeo-argentina. En aquel entonces se habían registrado, incluso, algunos candidatos que fueron trasladados a la Argentina por cuenta de la J.C.A. Pero tan amargas fueron las cartas que esos pocos colonizados habían enviado sobre su nueva situación que desalentaron al resto.

En la asamblea de Novoburg, la cuestión de colonizarse sobre tierras de la J.C.A. en la Argentina fue planteada en términos totalmente nuevos. Motel Chorne, que había formulado el plan colonizador, conocía a fondo el problema. Propuso a los congregados una forma de colonización sobre bases distintas a las de las colonias creadas hasta aquel entonces. En efecto: la J.C.A. trasladaba al colono a la Argentina, lo instalaba en una chacra proporcionándole una casa, un pozo de agua, utensillos de labranza, caballos, ganado, registrándolo todo como una deuda a pagar. Chorne, en cambio, sugirió ponerse en contacto con el representante de la J.C.A. en San Petersburgo, señor Faimberg, a fin de solicitar únicamente tierra; se trataba, prácticamente, de una colonización casi autónoma. Todos los gastos de transporte hasta la instalación en el campo corrían por cuenta de cada colono. Los reunidos aprobaron la iniciativa y autorizaron a Chorne a iniciar las gestiones. Al recibirse la respuesta del señor Faimberg en el sentido de que estaba dispuesto a encontrarse con una delegación en la ciudad de Nicolaev, reunió nuevamente el grupo, ya más numeroso, designando a Motel Chorne, Yosep Resnikoff, Jaim-Idel Jersonsky y Schoileib Traiber para tratar



con el representante de la J.C.A. todos los detalles relacionados con la colonización. A fines de julio se produjo el encuentro entre la delegación y el señor Faimberg, en Nicolaev. La J.C.A. ofreció a cada colono 150 hectáreas de las tierras recientemente adquiridas en la provincia de Buenos Aires, a razón de 45 pesos la Ha, más el 5% de interés, a pagar en 20 años; durante los primeros tres años los colonos no debían realizar pago alguno; a los cinco años de colonizados, cada uno recibiría en arriendo otras 150 Has., a 3 pesos la Ha., las que serían tierra de reserva para los colonos antiguos como asimismo campo de colonización para los hijos que fueran creciendo.

Al regresar la delegación, convocóse una amplia asamblea en Dolinsk, nudo ferroviario cercano a Krivoirog, a la que asistieron 40 judíos. El informe fué minuciosamente discutido. Los judíos se negaron a confiar totalmente en las proposiciones de la J.C.A. y resolvieron enviar una delegación propia a la Argentina para que compruebe directamente las condiciones del lugar. Designóse como delegados a Motel Chorne y Meerson y allí mismo reunióse entre los asistentes cinco mil rublos para los gastos de viaje. Pocos días después, los delegados emprendían la larga travesía.

A los tres meses regresó Motl Chorne, solo. El otro delegado quedó en la Argentina; le había agradado la colonia Moisés Ville y se instaló allí de inmediato. Chorne rindió un amplio informe de su viaje; habló sobre las extensas tierras incultas, sobre las extraordinarias posibilidades de forjar en el nuevo país una vida hermosa, sobre las plenas libertades imperantes para vivir de acuerdo a las creencias y deseos de cada uno. El clima era propicio para la agricultura y la ganadería. Dio detalles acerca de las colonias judías en Entre Ríos y Moisés Ville; los colonos judíos tenían conflictos con la J.C.A., pero estaban bien instalados. En cuanto a la tierra que ocuparía el nuevo grupo, Chorne informó que era igual a la de la colonia judía más antigua, la "Mauricio", que se encontraba también en la provincia de Buenos Aires. El informe, positivo en todos sus aspectos, llenó de Júbilo a los futuros colonos. Comenzaron impetuosamente a prepararse para el camino. Las preocupaciones se sucedían. No resultaba tan fácil desarraigarse del lugar donde padres y abuelos habían vivido y soñado. Había que liquidar el viejo hogar, vender todo y procurarse lo que fuera necesario para la nueva forma de vida. Se viajaba, después de todo, a un país lejano para transformarse radicalmente, para convertirse en campesinos. Había que llevar de todo y cuanto más. Las mujeres se dieron a la costura; viajaban con criaturas pequeñas, y para cada niño había que preparar pantaloncitos, blusas, vestiditos, zapatos; tampoco había que olvidarse de uno mismo: vestimentas

de verano y de invierno. Y llenaron cajones de ropa, trajes, ropa de cama, vajilla, baldes para ordeñar: y entre la ropa y la vajilla metieron unos cuantos Libros de Oraciones y devocionarios, taledes y filacterias y, los que tenían, algunas Guemaras y libros de cuentos. Los hombres se ocuparon de las cosas más grandes; hubo quienes embalaron carros enteros y recados para veinte caballos. Crecían los cajones rellenos de objetos domésticos. El pud de carga costaba apenas 60 copecs y uno podía darse el lujo de llevar de todo y en cantidad. Un par de meses de preparación febril y todo estuvo listo para emprender el viaje. Y quien de Dolguintzeva, quien de Dolinsk y quien de otro punto de partida, lanzáronse a fines de enero y principios de febrero al ancho mundo, hacia la Argentina distante y desconocida, para iniciar una vida nueva sobre bases totalmente distintas.

Dando la espalda a la cárcel zarista, con sus lugares de asentamiento y sus *pogroms*, huyeron de las antiguas formas de subsistencia. Marcharon hacia una vida inédita, hacia el noble trabajo de la tierra en un país de libertad. Fueron con júbilo y esperanza juveniles, con profunda fe y confianza en el futuro. Casi todos en los 30, la mejor edad para comenzar de nuevo. Y la canción de Eliokom Zensur les brotaba espontáneamente: “la bendición y la suerte está en la gleba”. La vida tejía nuevos sueños. Se sentían redimidos y marchaban a Y a principios de marzo algunos, días más tarde otros, acercáronse a las riberas del Río de la Plata los nuevos inmigrantes, los futuros pioneros fundadores de la colonia judía “Barón Hirsch”, recostada sobre el lejano sudoeste de la provincia de Buenos Aires, al borde de la Pampa.

## Capítulo III

### *CAMINO HACIA EL GALPON*

De a dos, tres, cinco familias llegaron a Buenos Aires, con los ojos y el alma tendiendo hacia la tierra bendita que debían cultivar. Ninguno de ellos tenía la menor noción sobre el aspecto de su futuro hogar. Casi todos, con algunas contadas excepciones, carecían del mínimo conocimiento de cómo se labra la tierra u se unce un caballo al arado o la sembradora. En su lugar de origen solían ver a veces como el campesino araba y rastrillaba. Pero a quién se le habría ocurrido observar cómo se colocaba una collera o una montura, cuando toda la preocupación estaba centrada en el comercio o en la artesanía. Nunca sospecharon que durante toda una vida, hasta el último día, se verían ellos mismos ligados a la labranza, entregados con todos los sentidos al trabajo de la tierra, como si sus antepasados, sus padres y abuelos, les hubiesen transmitido el fervor y la pasión por el surco y el arado. Y sin embargo, llegaron al país espiritualmente preparados como campesinos. Trajeron consigo un profundo amor por la tierra. El deseo de reestructurarse socialmente, de transformar radicalmente sus formas de vida, los había preparado física y moralmente, para el cambio súbito. Y al llegar a las costas del Río de la Plata rompieron con el penoso, pasado y se pusieron de cara a la nueva vida. De no haber sucedido así y los antiguos comerciantes, buhoneros y artesanos no hubiesen venido al nuevo país dispuestos a todo, preparados para todo lo que pudiera depararles el campo, no habrían demostrado seguramente tanto heroísmo, ni soportado con tanto espíritu de sacrificio los sinsabores de la dura realidad que enfrentaron. Con lágrimas, a veces, rechinando los dientes y con los puños prietos siguieron marchando, superándolo todo, en tanto se decían: "Vendrán tiempos mejores, estamos construyendo una vida nueva, estamos echando las bases para generaciones

de judíos enteros en un país libre". Y esta profunda fe y esperanza los aferró a la tierra, al país.

En Buenos Aires sólo tenían una dirección: la J.C.A. O la —“ievish” (del inglés "Jewish"), como los colonos la llaman hasta el día de hoy. En la dirección de la J.C.A. se enteraron que todavía no podían viajar al campo. La tierra ya estaba comprada, pero el propietario no había entregado aún los títulos correspondientes. En el campo, mientras tanto, trabajaban ya los agrimensores; medían y demarcaban chacras de 150 Has., preparando la tierra para la instalación de los campesinos.

¿Qué hacer, empero, en el ínterin? Vinieron con mujeres, hijos, cargamento que necesitaban ubicación. Los hombres salieron por la ciudad en busca de un techo que los cobijara, durante semanas a algunos, durante meses a otros. Luego de acomodar precariamente a las familias, fueron en busca de trabajo. En el puerto necesitaban estibadores: desde allí partían barcos cargados con la mayor parte de los granos exportables; y parte de los futuros colonos se fueron al puerto a cargar bolsas. Algunos artesanos encontraron trabajo en las herrerías donde herraron caballos y guarnecieron carros. Los salarios no eran altos. Un herrero ganaba en aquel entonces \$ 1,80 por día y un estibador dos pesos con cincuenta. Por supuesto que aquí se aprovechó a los "gringos" pagándoseles salarios más bajos que los habituales. Llegaron también noticias de que en Coronel Suárez, cerca de Carhué, se había producido una buena cosecha de trigo. Y cuando la cosecha es buena, el trabajo abunda. El viajar a Coronel Suárez ofrecía entonces un triple incentivo: se ganaría unos pesos que buena falta hacían; se familiarizarían con el trabajo de campo y se acercarían al hogar, a la colonia propia. Allí obtendrían noticias más directas sobre la tierra, clima, condiciones y forma de trabajo. Algunas familias se trasladaron, por lo tanto, a Coronel Suárez a fin de pasar allí el tiempo hasta el momento de colonizarse en tierra propia. Al llegar encontraron una verdadera colonia judía: desde hacía varios años que vivían en Coronel Suárez judíos que ya se habían convertido en algo así como semi-terratenientes: los hermanos Vinitzky, León Barg, Schkadron, los Ruschansky, los Itzikson, los Scheinis.

Había los que trabajaban 500, 800 y hasta 1.200 Has., con buena maquinaria agrícola, y en escala señorial. A los campos de esos semi-terratenientes judíos fueron a trabajar los futuros colonos rivereños. Durante algunos años cursaron la escuela campesina de Coronel Suárez, muchos de

los que luego fueron colonizados en Rivera, trabajando algunos de peones y otros conduciendo carros cargados de cereal del campo a la estación. El trabajo era remunerador, pero asaz fatigoso. Así fue como trabajaron durante algunos meses junto al carro y el caballo Schoileib Traiber, Simón Vodovozov, Zalmen Drucaroff, Boruj Heiber, y otros, que luego fueron los primeros en pisar la tierra donde se fundaron las colonias judías de "Barón Hirsch".

En vísperas de Pesaj, las familias que habían permanecido en Buenos Aires se informaron en la administración de la J.C.A. que ya pueden prepararse para el traslado; la tierra estaba lista para la colonización. Pero nadie en la J.C.A. supo decirles cómo era el campo y qué es lo que allí había. Recién allí se enteraron de que la delegación que habían enviado a la Argentina para observar con los propios ojos la tierra que debían colonizar, no la habían visto nunca. La J. C.A. había preparado la ruta para la delegación. Chorne y Meerson viajaron por las colonias de Entre Ríos, visitaron Moisés Ville y Mauricio, y cuando regresaron a Buenos Aires los funcionarios de la J.C.A. les informaron que el "Campo Leloir" (donde se levantarían las colonias Barón Hirsch") era del mismo tipo que la tierra de Mauricio; ambos se encuentran en la provincia de Buenos Aires. Y la delegación se conformó con ese informe.

Y ahora, llegado el día en que debían trasladarse al campo, nadie sabía si encontrarían allí un techo para cobijarse. Por ellos mismos se preocupaban poco; los mayores se arreglarían de alguna manera, pero estaban los niños, los lactantes. Resolvieron entonces no moverse del lugar hasta no recibir noticias vivas y auténticas sobre la tierra que iban a ocupar. Con este objeto, designaron a Scholem Slobinsky, al viejo Safronchik y a Peisaj Levinshtein, para que visitaran el campo, comprueben todo lo que habla y observaran el aspecto de la tierra. Este sería el primer saludo del futuro hogar. Partieron los nombrados, retornando a las tres semanas. Por primera vez los aspirantes a colonos obtuvieron un cuadro completo del lugar, de las condiciones, en parte del clima y también de la tierra. El informe no fu muy alentador. Contaron las peripecias sufridas hasta que lograron llegar al sitio señalado y transmitieron que en el campo no habían encontrado nada. En toda la extensión de 40 leguas sólo había un gran galpón, que se usaba para guarecer las ovejas del terrateniente en tiempo de lluvia o tormenta. Le compraron, entonces, el galpón al administrador del campo, Lucas Torres, por 1.200 pesos, y ese sería el refugio y el hogar de los primeros colonos

hasta que cada uno se instale en su propia chacra.

Después de escuchar el saludo, fuéronse los judíos a los negocios de maquinarias agrícola, algunos a "Agar-Cross", a Drysdale o a "Internacional Harvester", y adquirieron arados, sembradoras, rastras, palas y demás utensilios necesarios para comenzar a trabajar. Diez familias cargaron once vagones con los que trajeron del viejo hogar y lo comprado en la ciudad. Esto era todo su patrimonio y todo su sueño. Y con ello se lanzaron al camino, acercándose cada vez más a la meta final.

En la administración de la "Jewish" todavía había que arreglar algunas cosas. En primer término, cada familia colonizada debía dejar 2.400 pesos en depósito como garantía de que permanecerá en el campo; luego se le devolvería el dinero para comprar implementos agrícolas, levantar una casa, perforar un pozo, construir un corral, etc. No todos los colonos poseían la suma total requerida; por lo que formaron sociedad de dos para una chacra. Al mismo tiempo escribieron a los otros candidatos que trabajaban en Coronel Suárez anunciándoles la partida. En los primeros días de Mayo, el grupo de Buenos Aires llegó a Carhué, la estación más cercana al lugar donde debían levantar el hogar. Simultáneamente partió hacia Carhué el grupo que trabajaba en Coronel Suárez a fin de organizar en conjunto la llegada al campo.

El camino de Coronel Suárez a Carhué era tortuoso, pero era un camino al fin. Actualmente, los automóviles salvan la distancia en dos horas encontrando en el trayecto poblados grandes y pequeños. Hace cincuenta años, empero, nuestros padres y abuelos partieron de Coronel Suárez en carros cargados hasta el tope y tirados por cuatro caballos. Llevaban los cajones con todo lo que habían preparado en el viejo hogar. A las mujeres y los chicos los instalaron sobre los cajones. Desde Coronel Suárez arreaban los potros comprados para el trabajo. Y con los carros y los potros se lanzaron al largo camino. Los carros eran conducidos por las mujeres o los hijos mayores y los potros eran arreados por los hombres montados. El trayecto les demandó casi cuatro días. Y durante cuatro días y cuatro noches avanzaron sobre el penoso camino varias familias con sus pequeñuelos. Una noche se descargó un aguacero y trataron de cubrirse con todo lo que tenían a mano. Sara Traiber, que hoy cuenta 87 años y que, entonces lucía, sus lozanos 35 años, nos cuenta cómo defendió a sus tres pequeñuelos del diluvio. "Creíamos que era el fin. El fuerte viento nos azotaba con fustas de agua.

Uno de nuestros hombres nos arrojó una lona y fue lo que nos salvó. Entonces creíamos que era lo peor que debíamos soportar. Años más tarde, al recordar aquel aguacero que nos sorprendió en el camino de Coronel Suárez a Carhué, ya nos pareció un juego en contraste con los vientos pampeanos, los violentos huracanes, los ciclones y demás inclemencias que la Pampa nos había deparado".

A medida que se acercaban a Carhué, se extendían y condensaban las neblinas. Alrededor de las cuatro de la tarde, caía una niebla espesa que se mantenía hasta promediar la mañana siguiente. No se veía a un metro de distancia. Entonces aflojaban las riendas, dejando que el instinto de los caballos reconociera el camino. Así llegaron a Carhué.

En Carhué comenzó recién el trabajo febril, preparándose para el viaje, histórico diríamos, que los llevaría al nuevo hogar. De Carhué a Rivera hay, en total 12 leguas (60 kilómetros) de distancia. Pero Carhué era en aquel entonces la última estación civilizada. Un paso más allá comenzaba el desierto y el desierto esperaba que llegaran colonos judíos para poblarlo y cultivarlo. Actualmente, esa zona amplia, importante y civilizadora está cruzada por carreteras y caminos; las chacras están cercadas por alambradas de 4, 5 y 6 hilos. Y resulta fácil indicar al viajero de otra parte la ruta que debe tomar para llegar a destino; el ferrocarril atraviesa la región, los caminos están llenos de carros, sulkis y automóviles y es difícil que se extravíe el que por primera vez visita esos lugares. Hace cincuenta años allí no había nada. Todo era un desierto extenso y vacío sin caminos y sin señales de vida. Zarzas, arbustos, abrojos, cortaderas, hoyos, lagunas. Y a través de esa extensión desierta y agreste debieron abrirse camino los pioneros de la colonización judía en la colonia "Barón Hirsch". Sabían, según les había indicado la "ievich" en el mapa, que el galpón al que debían llegar se encontraba a 60 kilómetros al sudoeste de Carhué. Era el único punto de referencia concreto que poseían. Si hubiesen tenido que llegar allí por el agua, la brújula les habría conducido a destino. Pero el camino debían abrirlo a través de las cortaderas, de los arbustos enmarañados, de las vizcacheras y aquí sólo podían servirse de los propios ojos y del propio sentido de orientación. Ningún baqueano, conocedor de la región, fue puesto a su servicio. Nadie se interesó por ellos, a pesar de que venían a civilizar una zona salvaje recientemente rescatada a los indios, a cultivar tierras vírgenes que serían por primera vez dominadas por la mano del hombre e incorporadas al patrimonio general de la nación. Esto interesó muy poco, por

lo visto, tanto a los gobernantes de la época como a la sociedad colonizadora judía. Ninguno de ellos facilitó absolutamente en nada los primeros pasos de los civilizadores judíos. Los gobiernos de Julio Argentino Roca, de Manuel Quintana, de Figueroa Alcorta no eran los portadores de las tradiciones gloriosas de Alberdi y Sarmiento. Mucho se habían preocupado ellos de que las tierras del lejano sud se vean "limpias" de indios. Y las 20 mil leguas cuadradas que Julio Roca arrancó de manos del indio o aborígen e incorporó a la región semi-civilizada del país fueron distribuidas entre los generales y oficiales que participaron de aquella "conquista del desierto". Estos se convirtieron en la nueva casta de oligarcas que, conjuntamente con los antiguos señores feudales, prefirió frenar la marcha ascendente de la historia patria antes que abrirle al país amplios caminos de cultura y civilización. La consigna civilizadora de Sarmiento sobre poblar densamente al país y fomentar su riqueza agrícola tropezó con la resistencia anticivilizadora de los gobiernos de Roca, Quintana y Figueroa Alcorta, genuinos representantes de la oligarquía vacuna, de las antiguas castas feudales que aún hoy obstruyen el desarrollo normal y progresista del país. ¿Qué atención podían prestar tales gobernantes a pioneros judíos que habían venido al país con el sueño luminoso de convertirse en labradores? Exactamente lo mismo se registró con los italianos y españoles, árabes y franceses, daneses y holandeses, con los pioneros de Esperanza y Tostado, de Tres Arroyos y Tandil, cuando llegaron al país hace 80, 90 y 100 años y se asentaron en las bravías; llanuras argentinas para desentumecerlas con el aliento civilizador de sus tierras de origen. La misma "bienvenida" que le dispensaran los gobiernos oligárquicos, recibieron 20 y 30 años más tarde los pioneros judíos.

¿Y dónde estuvo la sociedad colonizadora judía durante estas primeras penurias de los pioneros? Entre todas las grandes tareas de rescatar y reestructurar un pueblo no figuraba la pequeña tarea humanitaria de aliviar la angustia y el dolor que acompañan los primeros pasos sobre una tierra extraña. Y cuando estos primeros pasos se daban a través de un yermo salvaje, en un país desconocido, sin idioma y sin oficio, no es difícil imaginarse cuantas penurias, lágrimas y heridas se habrían evitado si en el momento oportuno se les hubiese tendido una mano fraterna. Pero esa mano no les fue tendida y los pioneros se vieron precisados a conquistar con su propia sangre cada palmo de terreno. La más mínima de las experiencias fue adquirida con dolor. Así fueron pagando un alto precio durante largos años los colonos, sus mujeres e hijos. Desde los primeros días, aún antes de haber llegado a destino, fue creciendo un profundo odio hacia la J.C.A. en los



corazones de los pioneros. Se sintieron desde el primer instante solos y desamparados en el inmenso ámbito extraño. Muy duras eran dificultades y nadie logró ocultar su profunda decepción y amargura. Desde el mismo principio, el nombre de la J.C.A. comenzó a mencionarse con rencor. Y solo la J.C.A. tiene la culpa por ello. Si en aquellos días de esfuerzos sobrehumanos hubiese aparecido un representante de la J.C.A., conocedor de la región, que condujera a los pioneros a destino, muy otros habrían sido los sentimientos de las familias campesinas hacia la sociedad colonizadora. En vez de rencor, habría habido reconocimiento y amistad. Y sentimientos que nacen al iniciarse una nueva vida son muy difíciles luego de desarraigar. Como el cariño que sentimos por nuestros padres cuando ensayamos nuestros primeros pasos. Es el sentimiento y el trato que se prodiga al que sale a nuestro encuentro con los brazos abiertos y sonrisa amable en horas de angustia y desconcierto. Pero cuando los colonos aguardaban, teniendo pleno derecho a ello, la primera ayuda humanitaria de la J. C. A., más moral que física, sin que ésta se dejara sentir en lo más mínimo, comenzó a establecerse entre los colonos y la J.C.A. una relación de odio y menosprecio. Para la J.C.A., los colonos eran bastardos, y para éstos la J.C.A. era una entidad extraña.

En Carhué descargaron los 11 vagones con arados y sembradoras, rastras y carros, cajones y roperos, objetos domésticos y maderas. Durante una semana estuvieron descargando vagones y cargando los carros. Todo fue acomodado y asegurado hasta que estuvieron listos para iniciar el viaje. Se destinaron carruajes para las mujeres y los niños. No todos viajaron juntos. El que primero llenaba su carro, partía. Ambularon como si estuvieran a oscuras. No había huella de camino. Los carros sobrecargados tropezaban con las cortaderas corriendo el riesgo de volcar. Con pala en mano cortaban los arbustos y más de una vez debieron aliviar la carga para permitir la marcha de los carros atascados. Las densas neblinas borraban el horizonte, y la marcha proseguía hasta que oscurecía; se desenganchaban entonces los caballos y se preparaban a pasar la noche. Cuando el sol ya estaba alto y se esfumaba la niebla, volvían a uncir las bestias para seguir adelante. Así fueron arrastrándose: viajando cuando había claridad y deteniéndose al caer la noche. Caminaron a pie más de lo que estuvieron sentados en los carros. Los más venturosos, los que habían casualmente adivinado la ruta, marcharon durante ocho o nueve días; los otros, los que se habían extraviado, llegaron 10 o 12 días después. Ninguno de los extraviados supo donde se habían perdido ni cómo llegaron a destino. Durante la marcha cayeron

aguaceros y se desencadenaron ventarrones, como sólo en la Pampa pueden verse. Hay que conocer bien la caprichosa naturaleza pampeana para formarse una idea de cómo esas familias, con pequeñuelos y criaturas de pecho, pasaron noches enteras a la intemperie, a fines de abril y principios de mayo, cuando ya comenzaban las fuertes heladas, con frecuencia a 8 y 10 grados bajo cero. Y fueron superando, sin embargo, todo esto avanzando poco a poco hacia la meta.

Josep Resnikoff y su mujer, Sheindl, que se cuentan entre los pocos pioneros sobrevivientes, guardan cuantiosos recuerdos de aquella época heroica y son particularmente abundantes los episodios acumulados en su memoria referentes a aquella travesía histórica desde Carhué al galpón. Ambos son ancianos; Josep supera los ochenta años y Sheindl es casi una octogenaria; sin embargo, cuánta claridad en los recuerdos y cuánto brillo juvenil en los ojos al revivir aquel terrible vía crucis. Las miradas se le humedecen con frecuencia y se les anuda la garganta al pintar cuadros y episodios en los que aparecen vivos amigos y compañeros de penurias que ya han desaparecido.

Sheindl y los chicos, entre ellos un lactante que nació en el barco, y con ella su hermana Rojl y Sara Traiber, ambas con sus hijos, partieron algunos días antes de Carhué. Las tres familias viajaban en el carro de Schoileib Traiber. Josep y su hermano Leivik quedaron en Carhué para rearmar los carros que habían traído de Sofievka. Cuando todo estuvo listo y los carros cargados emprendieron camino. Un carro era conducido por Zalmen Surkin, pariente de ellos, un judío de la colonia Kriveplios-Islutchestva, perteneciente a las antiguas colonias de Jerson; el otro carro era conducido por los dos hermanos: Leivik y Josep.

Después de varios días y noches extenuantes, estalló en una madrugada una tormenta y un aguacero. Los caballos negábanse a marchar. Los desengancharon y ataron a los carros, en tanto que ellos mismos se guarecían debajo. Cuando amainó la lluvia y el viento, resolvieron que uno de los tres saliera en busca de algún ser viviente, tal vez alguna casa o choza donde poder secarse la ropa empapada. La humedad y el frío no son buenos compañeros de viaje. Y salió al camino Josep, el más joven de los tres. Calado hasta los huesos y castigado por el viento, comenzó la marcha, a zancadas, con el ardor juvenil del que va a defender la propia vida y la vida de otros. Anduvo así durante mucho tiempo hasta que sintió como una

corriente cálida se le derramaba por todos los miembros. No sabe si habían transcurrido ya dos, tres o cuatro horas cuando notó de repente que algo se destacaba en la lejanía. Parecía a la distancia como si un rancho o una casa hubiesen brotado de la tierra. Cuando estuvo más cerca pudo ver recién que se trataba de un enorme carro de altas ruedas. En torno al carruaje se había tendido lonas y bajo las mismas, como una carpa, movíanse hombres. Era Boruj Heiber con su numerosa familia; el carro, que había alquilado en Carhué, estaba cargado de cajas y cajones. Hacía ya ocho días que la familia Heiber estaba de viaje y aún faltaban sus buenos cuatros días para llegar al galpón. El encuentro fue emocionante. La buena señora Heiber dió enseguida de comer al visitante, le proporcionó ropa seca y le obligó a recostarse sobre un catre. El descanso duró unas cuantas horas. Allí, a lo lejos, aguardaban Leivik Resnikoff y Zalmen Surkin. Pasaban las horas, como si fueran semanas, pero Josep no daba señales de vida. Se sintieron inquietos; algo debió haberle pasado. Y Leivik, el hermano mayor, salió en su busca. Alrededor de las cuatro de la tarde llegó al carro de Heiber y ambos retornaron entonces al lugar donde aguardaban los carros.

A lo largo de los interminables ocho días de viaje no tropezaron con el más mínimo indicio de vida humana en toda la zona. De tiempo en tiempo aparecía un guanaco, una liebre solía surgir de alguna parte y con las orejas tensas permanecía un instante para desaparecer y perderse velozmente; una perdiz abandonaba sobresaltada el nido para descender y ocultarse entre los arbustos. Estos eran los únicos seres vivientes que de tanto en tanto quebraban durante el día el silencio de muerte tendido sobre la soledad pampeana. El cielo era de plomo, tenebroso, y la niebla extendía al anochecer sobre hombres, bestias y vehículos sus sábanas húmedas. Y así continuaron la marcha hacia el gran destino. Se abrieron camino entre las espinas. Limpiaron prácticamente la senda a filo de pala. El ímpetu y el objetivo hicieron soportar y superar todo. Y cuando caía la neblina espesa hasta el punto de ocultar a los caballos uncidos al carro, brotaba desde las entrañas profundas un canto espontáneo y jubiloso horadando las tinieblas como una luz de esperanza. La confianza en las propias fuerzas barría obstáculos y marcaba el camino sobre la tierra virgen que no lo tuvo nunca. Durante los cuatro días que aún faltaban para llegar al galpón, los vehículos de los Resnikoff y de los Heiber marcharon ya uno cerca del otro. El trayecto se hizo más agradable. Al cuarto día surgió ante ellos todo un poblado. Era la casa del mayordomo Lucas Torres del "Campo Leloir" y los galpones donde vivían los peones. Lucas Torres fue durante todo el tiempo un amigo de los

colonos judíos y les sacó de muchos apuros. Algunos años después, alrededor de 1908, se instaló en ese mismo campo Arturo Bab, un judío alemán, que había sido administrador de la J. A. en Moisés Ville y Mauricio. Bab desempeñó un importante papel en el desarrollo de la colonia "Barón Hirsch". Más de una vez habremos de mencionar su nombre en relación con la defensa de la colonización judía del país y con la lucha contra la J.C.A.

Desde ese puesto administrativo, el mayordomo con la ayuda de algunos peones cuidaban la extensión de 40 leguas que la J.C.A. había adquirido para la colonización y sobre la que se tienden las colonias "Barón Hirsch" El terreno nunca fue colonizado del todo, prácticamente. Partes muy importantes permanecieron como tierra libre o en arriendo. En torno a esas, tierras arrendables estallaron en diversos períodos verdaderas batallas entre la J.C.A. y los colonos, a las que res referiremos más tarde.

Al llegar al poblado, el mayordomo envió un peón para que acompañara a los viajeros al galpón. La última legua y media que les separaba de la meta final fue salvada con júbilo y entusiasmo. Junta a ellos, montando su caballo, les acompañaba un guía. Esto les infundió seguridad y valor. Y si bien nadie podía entenderse con el guía para expresarle su reconocimiento, dijeron su gratitud en el mudo y elocuente lenguaje de los ojos emocionados. El jinete era un criollo de tez morena, de rasgos afilados y de extraña vestimenta. Era el primer encuentro con un gaucho de la pampa. Más tarde, eran los mismos colonos los que vistieron bombachas, calzaron alpargatas y se anudaron un pañuelo al cuello. Los más acriollados llegaron, incluso, a engalanarse con los anchos cintos plateados y el imponente cuchillo atravesado, asimilando en todos sus detalles los gestos y maneras gauchescos. ¿Quién podría distinguir años más tarde a un gaucho autóctono de un muchacho judío llegado desde el otro lado del océano? Y sobre todo, cuando la muchachada apegóse fuertemente al mate y aprendió a arrojar el lazo y la boleadora y a marcar las bestias con la misma habilidad y maestría del gaucho.

La primera impresión producida por el encuentro fue de extrañeza, pero no de violencia. Los colonos se sintieron estrechamente ligados al hombre que fue el primero en el país en tenderles una mano amistosa, y si bien llevaba un cuchillo a la cintura a nadie se le ocurrió pensar que el acompañante podría causarles algún daño. Y en efecto, en las regiones riverenñas nunca se supo de asaltos o choques entre criollos y judíos. Ninguno

de nuestros colonos, mujeres campesinas y muchachos tiene noticias de algún caso así. Con frecuencia acercábase algún gaucho a una casa campesina judía pidiendo algo de comer o un lugar para pasar la noche y siempre hallaba las puertas francamente abiertas. Muchos gauchos, que luego fueron peones en los campos, anudaron profundos vínculos de amistad con familias judías.

A eso de las 4 de la tarde, los carros acompañados del guía, se acercaron al galpón. Allí ya estaban las mujeres y los chicos de los Resnikoff y las familias Traiber, Beizer, los Slobinsky, Vinchnevetzky y Ratuschny. El júbilo era grande. Cada carro que llegaba aumentaba el número de familias. Los del galpón aguardaban impacientes la llegada de los que aún se encontraban en camino. Todo día de tardanza provocaba aprensión y angustia. Sabían que si no llegaban a los 8 o 9 días era porque estaban errando en la llanura desierta.

"Llegamos a casa", "este es nuestro hogar", repetían los recién llegados. Y si bien el hogar era por el momento un enorme galpón común de 60 a 70 metros de largo, todos se sentían regocijados y bendecían el lugar de donde debían abrirse todos los caminos y senderos hacia los hogares en las chacras propias.

El galpón olía a sudor ovino. Una mitad cubierta por un piso de madera. Tanto el piso como las paredes ya habían sido limpiados. Cajones, cajas, mesas y sillas anunciaban que allí ya vivían hombres y que pronto se convertiría en un poblado. Comenzaron incluso a aislarse "habitaciones", separadas por manteles, sábanas y frazadas, y hasta aparecieron "samovares" sobre las mesas. Cuando llegaron los Resnikoff y los Heiber el lugar ya olía a "civilización"; había quien los esperara. Los primeros, los que habían llegado diez días atrás, encontraron un galpón cerrado. Recién habían echado de allí a las ovejas. Mauricio Guesñeroff, el primer administrador de la J. C. A. en "Barón Hirsch", fue el que abrió el galpón entregándolo a los primeros ocupantes. No fue con una llave de oro ni con una rumbosa fiesta de inauguración como se dejaron francas las puertas del galpón. No se podía meter el pie en él. El piso y las paredes estaban cubiertos de vellones Y excrementos ovinos. Lanzáronse, entonces, al campo Zalmen Drucaroff, Iosie Ratushny —los dos solteros del primer grupo— donde arrancaron altos yuyos con los que fabricaron escobas. La primera tarea fue la de barrer el galpón de modo que se pudiera entrar en él. Las mujeres limpiaban con trapos las paredes. A baldazos de agua se empapó el piso para que el polvo se

asentara. Grandes y chicos trabajaron fatigosamente hasta que el galpón quedó lo suficientemente limpio como para que pudieran introducirse las cosas. Los chicos estaban a sus anchas. Para ellos aquello era una fiesta. Había bastante espacio y no se veían obligados a meterse entre las piernas de los mayores. Transportaban los objetos de los carros al galpón con bullicio infantil e ingenua alegría. Ellos, los chicos, no tenían necesidad de confiar en que más tarde las cosas mejorarían. Para ellos todo ya era bueno y placentero. Pero a los padres, en cambio, el comienzo les resultó duro y difícil. Se tenía fe y esperanza, pero sabían que nada caería del cielo. Las leyendas hablan de milagros; pero no bien pisaron la tierra, ya nadie dudaba de que sería de sus propias manos de donde surgiría el milagro del hogar y de la dicha. ¿Habían soñado con una noble y sana vida campesina? Pues, ahí estaban ante el umbral, ante el punto de partida. Y como en todo comienzo, el primer envión no resultaba fácil. Pero valía la pena.

## Capítulo IV

### *EN EL GALPON*

Paulatinamente fueron llegando al galpón nuevas familias. Algunas se habían demorado en partir de Buenos Aires, otras de Carhué, y hubo las que habían estado errando durante una o dos semanas con los carros. Simón Vodovozoff, por ejemplo, ambuló 15 o 16 días por el desierto inmenso y vació antes de ubicar al galpón. En el curso de seis semanas instaláronse allí las primeras 25 familias campesinas, que constituyeron el núcleo de pioneros con el que se inició la construcción de la Colonia “Barón Hirsch”. Hicieron méritos para que sus nombres se registren en la historia de la colonización judeo-argentina:

José Resnikoff, Jaim Idel Jersonsky, Schneier Ratuschny,  
Nejemie Beizer, Schoileib Traiber, Schneier Ratuschny  
Boruj Heiber, Zelik Wischnivetzky, Vove Slobinsky  
Stezovsky, Moisés Kusilevsky, Moisés Goldin,  
Simón Vodovozov, Scholem Slobinsky, Hesi Safronchik  
Laskin, Isaac Berjman, Meilej Fainstein, Isaac Ratuschny  
Saúl Pirotzky, Ber Spiguelman, Kniazitzky, Leib Pagarelsky  
Axlerod, Leivik Resnikoff  
y sus familias.

Y los solteros: Zalmen Drucaroff y José Ratuschny.

Nada fácil resultó a las 25 familias el acomodarse bajo un mismo

techo. Se trataba de hombres de concepciones, educación y hábitos diversos. La mayoría se había conocido recién en las asambleas de Novobug o Dolinsk. Las mujeres tomaron contacto entre sí por primera vez en el galpón. Y cada una de las familias, por otra parte, ya había llevado una casa a su manera en los viejos lares. Y he ahí que de súbito se ven reunidos, como los refugiados accidentales de una tormenta, bajo un mismo techo, en un galpón perdido en el desierto, a 16 días de viaje de ida vuelta del centro civilizado más cercano. Las circunstancias exigieron una rápida adaptación a las nuevas condiciones creadas, una convivencia armónica entre grandes y pequeños, una amistad recíproca y tolerancia mutua. Aparte de ello, todos ellos provenían de hogares que habían tenido un determinado standard de vida y determinadas conquistas culturales. Y aquí no había ni la menor huella de todo ello. El ambiente que los rodeaba era la soledad agreste, la vastedad ilimitada, los horizontes distantes y extraños. Era necesario crear con las propias manos, con la propia médula y con la propia sangre, un standard de vida, un ambiente cultural, una atmósfera apta para la existencia del hombre. ¿Y de qué y con qué? Pues, con los elementos de que se disponía. Fuerzas no faltaban; un impetuoso anhelo de construir una vida nueva también había; estaba la tierra; poseían instrumentos de labranza; y, por sobre todo, imperaba la fe profunda, el optimismo lúcido que alienta y estimula.

Las mujeres se dieron, entonces, a la tarea de crear el clima agradable y acogedor, la atmósfera de hogar. Se distribuyeron las tareas. Y en el trabajo colectivo surge siempre el organizador o la organizadora. Y se fueron superando las unas a las otras en habilidad y espíritu de iniciativa. En pocos días, el galpón relucía en su interior como si siempre hubiera habitado allí gente civilizada. Las familias se aislaron entre sí con manteles, sábanas y frazadas. Seguramente, ningún arquitecto ha logrado todavía trazar y construir de la noche a la mañana un lugar de residencia para 25 familias como lo hicieron los pioneros en el galpón. Como por arte de magia surgieron 25 "habitaciones". Y cada familia se acomodó en su "pieza" respectiva siguiendo sus propias inclinaciones y gustos. Se dispuso el "moblaje". Las cajas se convirtieron en sillas y los cajones fueron cubiertos de manteles transformándose en mesas. Las camas y catres fueron instalados junto a las paredes. El enorme ropero que la familia Vischnivetzky había traído del viejo hogar, le imponía prestancia majestuosa a toda la vivienda. Las mujeres se lamentaban de que en las "piezas" no hubiera ventanas para colgar las cortinas. Comenzaba a respirarse el ambiente de hogar, con su atmósfera limpia y cálida. A los niños se los bañaba en palanganas, y los



mayores se aseaban en latas más grandes. Las "cocinas" tuvieron que ser instaladas afuera, a la intemperie. Las mujeres y los niños cavaron no lejos del galpón una zanja larga y angosta a la que luego cruzaron con trozos de hierro. Sobre esta especie de "parrilla" colocaban las latas, las ollas, las pavas, mientras debajo ardían los arbustos secos. Así cocinaban y calentaban el agua. Combustible no faltaba, sobre todo en los meses de invierno cuando las zarzas se agostan y secan. Pero la zarza arde con fuerza y se consume pronto; para cocinar una olla o calentar una lata de agua hacían falta montañas enteras del arbusto y un cuidado permanente para alimentar el fuego. Al principio, las mujeres se iban al campo con bolsas para cargarlas de combustible, pero éste se consumía de inmediato. Salieron entonces los hombres con los carros trayendo altas parvas de arbustos secos, las que tampoco duraban más que unos días. Alguien había oído decir que los huesos de caballos y vacas arden bien y lentamente. Salieron, pues, en busca de osamentas. Pero al probar el nuevo combustible, comprobaron que sólo ardían los huesos frescos, los huesos viejos y secos no hacían llama. Retornaron, entonces, a los arbustos. Llegó el día, sin embargo, en que también faltaron los yuyos. Motel Chorne, al ser colonizado en el campo donde estaba ubicado el galpón, se puso a arar su tierra; pero la parcela estaba cubierta de arbustos y zarzas, por lo que fue necesario previamente limpiarla de malezas; y a las malezas arrancadas se les prendió fuego y todo se fue con el humo. Y como los huesos frescos también escaseaban, las "cocinas" se quedaron prácticamente sin combustible. Preparar la comida se hizo un problema.

Un anochecer, cuando los colonos ya habían vuelto de sus chacras, extenuados y hambrientos después de un duro día de trabajo, se agotó totalmente el combustible. Era necesario poner la olla, pero no había fuego. Y fué entonces cuando a Sheindel Reznikoff le asaltó una idea: tal vez con bosta... Le comunicó reservadamente la ocurrencia a su amiga Sara Traiber, y ambas se fueron silenciosamente con algunas bolsas a recoger el nuevo combustible. Probaron y resultó. La bosta seca ardía y dejaba brasas. Alegres, comunicaron la jubilosa buena nueva a las mujeres: ya no tendrían problemas con el fuego.

La señora Laskin, mujer habilidosa, y Zelik Vischnivetzky construyeron cerca del galpón un horno. El horno fue extraordinariamente útil. En vez de comprar pan o galletas, trajeron harina de Carhué y se pusieron a amasar solos. El combustible recientemente descubierto

contribuyó en mucho a calentar el horno en la medida requerida. De este modo, la necesidad fue enseñando poco a poco a resolver problemas. Cuando los colonos ya estuvieron instalados en sus respectivas chacras construyeron sus casas y cocinas, el combustible preferido seguía siendo la bosta. La dueña de casa y los chicos se internaban en el campo llenando bolsas tras bolsas. Al anoecer, el campesino transportaba con su carro las bolsas repletas y las guardaba en su galpón como si fuera un tesoro. Las mujeres solían chancearse: "Ve a buscar el oro que hemos recogido".

El problema de las provisiones era el de los más serios. Hay cosas que deben ser compradas frescas, todos los días: carne, leche, etc. Fue cuando Abraham Schlapakoff y Zalmen Drucaroff se convirtieron en carniceros, proveyendo a la población campesina de carne fresca día por medio. Se hizo posible gracias a la ayuda del mayordomo Lucas Torres. El problema de la leche fue resuelto por Scholem Slobinsky. Compró una buena vaca lechera y todas las madrugadas a la hora del ordeño venían corriendo los chicos con sus jarros para recibir su ración cálida. Estas pequeñas provisiones mantuvieron a los niños los primeros días y semanas. Pero la carne y la leche solamente no bastaban. Hacía falta pan, azúcar, aceite, sal y todo lo demás. Y todo esto se encontraba únicamente en Carhué, a 16 días de viaje ida y vuelta. No había otra salida. De modo que los primeros tiempos fueron realmente penosos. No puede afirmarse que se haya pasado hambre en el sentido literal de la palabra; había carne suficiente y leche para aclarar el café tampoco faltaba. Cada viaje a Carhué significaba un suplicio sobrehumano. Eran 16 días, con sus noches, por el camino desolado, expuestos a las lluvias, las heladas agudos latigazos de los vientos pampeanos. Y si al caer las nieblas, el viajero se desorientaba en la densa oscuridad a pleno día, ya no retornaba al hogar en la fecha prevista. Cada día de demora aumentaba la aprensión expectante de la gente, del galpón. Con frecuencia se salía en carros al encuentro del viajero, pero generalmente se encendían en torno del galpón grandes hogueras, en tanto que los niños y jóvenes proferían voces llamando al extraviado. Muchas veces daba resultado. El viajero solía errar cerca del lugar de destino, sin poder orientarse a causa de la niebla; la claridad de las llamas y las voces le servían de guía. Durante largos meses tuvieron que soportar estas torturas, hasta que pudieron distinguir y fijara distintas señales en el camino, lo que les permitió reducir el viaje a 6 o 7 días y, más tarde, a menos todavía. Actualmente, un automóvil salva la distancia entre Rivera y Carhué, ida y vuelta, en tres horas. El automovilista pensará con asombro, y tal vez, con sorna, en aquellos "gringos" malhadados que se demoraban 16 días en el

camino. Pero es justamente porque ellos cruzaron hace medio siglo el desierto, cuando allí sólo había arbustos y maleza, y porque sacrificaron sus vidas para conquistar la tierra, que hoy gozamos del privilegio de la ruta rápida y de otros adelantos que son el fruto jugoso y trabajado de sus manos creadoras.

El problema del pan fue resuelto, como hemos visto, con el horno construido por la señora Laskin y Vischnivetzky. Antes el pan y la galleta provenían de Carhué. Se los compraba en cantidad, y endurecían de tal manera que había que partirlos a golpes de hacha. Cuando el horno estuvo listo y se comenzó a traer harina y levadura de Carhué, fue cuando los campesinos pudieron gustar del pan esponjoso y fresco. Los problemas relacionados con la subsistencia iban superándose así, paso a paso, con el esfuerzo y la iniciativa colectivos.

Al poco de arribar al galpón, los colonos se reunieron con el representante de la J.C.A., señor Mauricio Gueschneroff, a fin de decidir el principio del plan colonizador. Ante todo, había que adjudicar a cada uno su chacra. Los planes generales para el ordenamiento de la colonización habían sido elaborados por la administración central, en Buenos Aires. Los colonos aprobaron, en principio, el proyecto de organizarse en grupos de diez, quince y veinte casas. Las chacras fueron distribuidas por sorteo: cada colono extraía un número. Así se crearon los primeros tres grupos: el N° 1, N 2 y el No 3. La J.C.A. las designó con los nombres de M. Montefiore. Pero los propios colonos, ni la población riverense más tarde, llamaron nunca a los grupos por su nombre oficial. Nunca se fué de paseo a Montefiore, 2 o 3. Se iba a las colonias "Perve", "Vtore", "Tretie". Así se las continúa llamando hasta el día de hoy, si bien pocos rastros han quedado de la antigua composición que dió origen a estas denominaciones.

En aquella época, a nadie se le ocurría pensar si su chacra se encontraba cerca o lejos. Allí donde estaba ubicada, allí se encontraba el centro. Ni siquiera en sueños se imaginaban la posibilidad de algún otro punto céntrico. Momentáneamente, el galpón era el centro del que partían todos los hilos. Cuando a alguno se le ocurrió insinuar que había escuchado rumores de que el gobierno se disponía a tender, cerca de allí, una línea ferroviaria y que se levantaría en las cercanías una estación donde se detendría el tren, los colonos lo observaban como a un alunado. "Cuando aquí crezca pelo –comentaban mostrando la palma de la mano– construirán

aquí cerca un ferrocarril". Tan distante y extraña resultaba entonces la idea del ferrocarril en el desierto. Las discusiones en torno a estas versiones inconcebibles comenzaron a agitarse en los meses invernales de 1905, y el 1 de enero de 1907, apenas a un año y medio del fantástico vaticinio, se levantaba ya a legua y media del galpón un vagón y cerca de él clavada en la alto de dos postes, una chapa con la inscripción: RIVERA. Dos veces por semana se detenía al lado del vagón el tren procedente de Bahía Blanca que se dirigía a Huinca Renancó. Con ese tren se podía llegar a Buenos Aires.

Una vez que se señaló a cada uno su chacra, comenzaron a trasladar de a poco los instrumentos necesarios para la labranza: el arado, la sembradora, la rastra, los caballos. Los colonos estaban impacientes por iniciar el trabajo. Ya estaban en la segunda mitad del año y cada uno aspiraba a arar y sembrar algo. Si no una gran cosecha, hagamos al menos todo lo que sea posible, razonaban los colonos. Y antes de alborar el sol, cuando la helada quemaba las orejas, los colonos se desparramaban por sus chacras como las abejas tras el polen de las flores. Se pusieron a trabajar con fervor y pasión. En primer término se dedicaron a desmalezar el campo bruto. La génesis tuvo con frecuencia ribetes tragicómicos. La mayoría de los soñadores del campo no sabía cómo se une un caballo al arado; y tanto más difícil se hacía, cuanto se estaba tratando con potros casi indómitos. Felizmente, entre los pioneros había algunos con experiencia campesina adquirida en el viejo hogar o en Coronel Suárez. Eran, por lo menos, un apoyo para los otros. Ciertamente es, que los expertos sólo podían conformarse con suministrar instrucciones teóricas, ya que ellos mismos estaban impacientes por trabajar cuanto más sus propios campos vírgenes. Pero con todo, fueron indicaciones que sirvieron de algo. La voluntad suplió a la inexperiencia y muy pronto aprendieron a manejar las herramientas y las máquinas y a moverse alrededor de las bestias. Las manos y los músculos se endurecieron. Al comenzar a trabajar comprobaron que las herramientas, los arados y las sembradoras no servían para una agricultura extensiva. Incluso los carros que habían traído de Europa no eran aptos para nuestra colonización. Con esos implementos no era posible realizar ningún trabajo. Sin embargo, no tuvieron más remedio que martirizarse durante un par de años con esos elementos inapropiados, hasta después de la segunda cosecha. Recién entonces adquirieron los arados y sembradoras adecuados, con lo que el trabajo tomó un nuevo y mayor impulso.

De sol a sol derramaban su fatiga por el campo; al anochecer

tomaban el camino de retorno al galpón, salvando legua, legua y media y hasta dos leguas de distancia. Y no hubo noche en que los colonos no se extraviaran. Las neblinas enceguecían. Una noche, Nejemie Beizer no volvió a casa; se había extraviado y recién a la tarde siguiente lo encontraron semi desvanecido lejos de su chacra. Todas las noches repetíase el espectáculo de las hogueras en torno al galpón, y las mujeres y los chicos llamaban a gritos a sus maridos y padres. Hasta que un día, Schoieleib Traiber, hijo de las antiguas colonias judías de Jerson, abrió con su arado un sendero desde el galpón hasta los grupos 1, 2 y 3, poniendo fin a las hogueras y a los clamores de mujeres y niños. A partir de aquel día los colonos no se extraviaron más, marchando por el sendero de la chacra al galpón.

Casi todos los colonos araron y sembraron; algunos 40 hectáreas, otros 30 y varios 25. Todos sembraron trigo. Y no porque alguno de ellos supiera que la tierra y el clima eran aptos para este cultivo. Los que habían trabajado en Coronel Suárez trajeron consigo semillas de trigo. Entonces los otros también compraron de la misma semilla en Carhué. Así sembraron trigo, como hubieran podido sembrar centeno o lino. Este fue el principio del cultivo triguero. Y año tras año fueron sembrando trigo hasta que las chacras se cubrieron de cebadilla. Fue cuando se percataron que la tierra estaba agotada y empobrecida. El trigo le había sorbido todo el jugo y era necesario buscar los elementos que le devuelvan su feracidad. Fue una nueva experiencia adquirida a costa del propio sacrificio.

A fines de setiembre y principios de octubre, los campos comenzaron a verdecer. Brotaba el trigo sembrado. La primavera se inició con abundantes lluvias; era el primer anuncio y la primera promesa de abundancia. Los corazones campesinos latían jubilosamente. Despuntaba el primer año del pan propio. Mucho se había sufrido, pero no fue en vano. El trigo crecía poco a poco; en el hogar ya no habrá privaciones; la mujer y los hijos se pondrán contentos. La tierra paga las fatigas. Comenzaron, entonces, las nuevas preocupaciones. El tiempo corre, pasarán octubre y noviembre y en diciembre se inicia la cosecha. En total, dos meses; y la cosecha no aguarda. Si no se la recoge a tiempo, las espigas se desgranaran o el viento o el granizo pueden frustrar un año de trabajo. La roturación y la siembra no provocaban tantas impaciencias ni aprensiones. Si se araba con un mes de retraso la desgracia no era tan tremenda. Más tarde supieron los colonos que también la roturación y la siembra deben hacerse en su tiempo. Vino, por lo tanto, el apuro por radicarse en las chacras, de modo de estar instalados en

ellas, aunque sea precariamente, cuando empiece la cosecha. Y fue entonces, en esta nueva etapa de la colonización que exigía la radicación en las chacras respectivas, cuando los colonos se dieron cuenta de cuán íntimamente ligados estaban los unos con los otros. Todos habían conformado una gran familia unida. Durante todo el tiempo de vivencia en común no se registró entre ellos ningún conflicto. Generalmente, los chicos son una fuente de rencillas. Allí no hubo nada de eso. Hubo aprecio y respeto mutuo. Enfermaba un niño y era la preocupación de todas las madres. Enfermaba una mujer y todas las otras la sustituían en los quehaceres. Enfermaba un campesino y los demás hacían frecuencia su trabajo. Imperaba el sano principio humano de mutua solidaridad. Si esta no hubiese sido la norma de aquella verdadera convivencia fraternal. Difícilmente habrían sobrevivido las familias, aisladamente, los primeros rigores de la vida en el desierto.

Durante las noches, cuando los colonos retornaban al hogar, se trenzaban entre ellos largas conversaciones. En primer término comentaban la marcha del trabajo, se informaban sobre los adelantos realizados y sobre las dificultades surgidas. Luego rememoraban el antiguo hogar, discutían cuestiones internacionales y se confiaban asuntos familiares. Y cuando comenzaba a brotar el trigo en los surcos y, luego, cuando una brisa ondeaba el amplio y verde mar triguero, los judíos empezaban a gustar el sabor de una nueva vida en crecimiento. Había claridad en las almas y cada uno alentaba las esperanzas de los otros. La conversación entonces concluía en un canto y los hermanos campesinos se separaban hasta la madrugada siguiente con júbilo en los ojos y en las venas. Los viernes retornaban más temprano del trabajo. Para averse, peinarse las barbas y vestirse a fin de salir apropiadamente al encuentro del sábado. Y mientras los padres entonaban transportados las oraciones litúrgicas, muchachos y muchachas de 17 y 18 años derramaban su alegría juvenil en canciones rusas y judías. Más de un idilio fue tejiéndose allí en el galpón. También despuntaron algunos signos culturales. Hubo los que habían traído consigo obras de Scholem Aleijem y de Frug, de Peretz y Méndele. Los rusificados leían a Tolstoy y a Gorky. Los jóvenes recitaban a Necrasov y a Nadson. Y ya entonces titilaba entre la muchachada la idea de formar un cuadro filodramático.

Por eso, cuando los colonos comenzaron a prepararse para la etapa siguiente, la de la instalación en las propias chacras, un sentimiento de tristeza los fue embargando a todos. Y más de una lágrima fue reprimida al despedirse y abandonar el galpón.

## Capítulo V

### *CONSTRUYENDO LOS HOGARES*

A fines de octubre y principios de noviembre de 1905, comenzaron los campesinos a abandonar paulatinamente el galpón y a instalarse en los grupos. Fue entonces cuando cada uno comprendió que la vida dura y difícil recién se iniciaba. Trasladarse a la chacra con la familia significaba preparar un techo, un pozo de agua, un galpón, un corral, un sótano, un gallinero, plantar árboles, una huerta de verduras y frutales. Significaba edificar el hogar y el centro colonizador. Y todo ello con las propias fuerzas y la ayuda de los familiares. Y la época de la siega se acercaba. El trigo florecía ya y las espigas se llenarían pronto de granos. El viento levantaba ya verdes ondas sobre el trigo. Cierto es que un tanto raleadas crecían las mieses, pero cosecha habría. Sería el primer fruto del trabajo sobre tierra argentina. Se comerá ya el pan amasado con el propio esfuerzo. Pero la cosecha hay que recogerla. Y habrá que adquirir una atadora y conchabar un par de peones. Pero peones no se ven y las máquinas tampoco están tiradas por ahí. Habrá que organizar entonces el trabajo sobre la base de la ayuda mutua. Es decir, será necesario unirse a los vecinos y en grupos de tres o cuatro marchar de chacra en chacra recogiendo el cereal. Ninguno tiene una cosecha extraordinaria, por lo que se podrá segar a tiempo. Pero mientras llega la hora, hay que asegurarse un techo. Cosa imposible de lograr en el mes o mes y medio que faltan para la siega. Hasta que se haga el adobe y hasta que éste se seque pasará más de un mes y la cosecha les sorprenderá en plena tarea. Se resuelve entonces cobijarse momentáneamente en una casucha subterránea; esto es, en una covacha. Y allí se las arreglarán con la familia durante el par de meses que faltan. Comenzaron, entonces, a cavar cuevas de 5 a 6 metros de largo por cuatro de ancho y de la altura de un hombre normal. Cubrieron el sótano con chapas y sobre las chapas echaron una capa de tierra y yuyos. No olvidaron de formar peldaños para descender. Y el que además alisó y blanqueó las paredes se olvidó bien pronto de que estaba viviendo en una covacha. Después de que los colonos construyeron sus casas, las cuevas

fueron utilizadas durante muchos años como sótanos, hasta que se derrumbaban, o hasta que los interesados instalaban sótanos más cómodos. Terminado que hubo la construcción de las covachas, los colonos trasladaron todos los enseres domésticos del galpón a su hogar. Dispusieron los cajones, las cajas, las camas y los catres como si fuese una pieza. Las mujeres se esmeraban en mejorar y embellecer la vivienda. Y se sentían felices con ella. Todo se encontraba en el lugar y ya no había necesidad de trasladarse todas las noches al galpón.

No todos los colonos habían abandonado el galpón cuando llegó la cosecha. Parte permaneció en él hasta después de terminadas las tareas de recolección. Y hasta tanto el último colono no había hecho abandono del galpón continuó siendo el centro donde todos se reunían los sábados o días de fiesta. Los mayores rezaban y los jóvenes se distraían a su modo.

La primera cosecha fue pobre. Se trilló 7 u 8 bolsas por hectárea. El trabajo resultó; los colonos estaban conformes con su primera experiencia. La organización colectiva de ayuda mutua establecida en la primera recolección resultó provechosa al tratarse de cosechas pequeñas. En cosechas más abundantes, las últimas chacras habrían sufrido mucho, por cuanto el trigo se habría pasado de maduro. El grupo necesitaría varias atadoras para obviar este inconveniente. Pero en aquel entonces no se planteó la cuestión de organizar colectivamente el trabajo también para el futuro. Se recolectó en común el cereal escaso y con eso se dieron por satisfechos. Los colonos expertos extrajeron las debidas conclusiones de la primera cosecha y señalaron las causas de sus pobres resultados: primero, se sembró el trigo en campo bruto; segundo, la siembra fue tardía, y tercero, el trabajo no fue de primera calidad. Lo que debía servir de experiencia para los años siguientes. Los colonos consideraron su iniciación como un hecho auspicioso. “Bendito sea el principio del tránsito a una nueva vida”, saludábanse entonces los unos a los otros.

Terminada la cosecha, dieron, antes que nada, a moler grano, en Carhué, para el pan de todo un año. Luego separaron la cantidad necesaria de semilla para la siembra siguiente. Y el sobrante se vendió a comerciantes privados de aquella misma ciudad. Mucho para vender no había quedado y los precios, además, eran bastantes bajos: \$ 4.50 la fanega de trigo.

Liberados de la preocupación de la siega, se dedicaron con ímpetu a



edificar las casas. El que tenía para conchabar constructores se preocupaba poco. En la colonia se había creado una “empresa constructora”. El colono Stetzovsky tenía dos hijos crecidos y entre los tres se constituyeron en “empresa constructora”. Y edificaban casas. Zelik Vischnivetzky se especializó en abrir pozos. Pero la mayoría de los colonos se pusieron solos, con la ayuda de la mujer y de los chicos, a la dura tarea. El trabajo era fatigoso: preparar el adobe con barro y paja; la mezcla la hacían con caballos que dejaban chapotear durante horas en el barro. Pero también los pequeños se metían descalzos en la mezcla a la par de los cuadrúpedos, hasta que se formaba una masa densa. La mezcla debía estar a punto antes de moldear los adobes. Miles de estos ladrillos crudos debían fabricarse para construir la casa, el galpón y el gallinero. El ama de casa solía robarle algunas horas diarias a sus quehaceres domésticos, de amasar y cocinar pan, lavar y planchar, preparar la comida y ordeñar las vacas, para ayudar al marido en el moldeo y disposición del adobe para que seque más rápido, y luego para alcanzarle los ladrillos crudos al levantar las paredes hasta el momento del techado. Concluida la construcción, se dedicaban ambos a revocar las paredes y blanquearlas por fuera y por dentro. La casa estaba lista. Durante tres meses toda la familia hizo trabajos forzados. Sólo el ímpetu de gigantes de que estaban animados pudo realizar la proeza. Sólo su espíritu de pioneros.

No alcanzan las palabras para entonar la alabanza al fervor constructor y pasión creadora de que dieron prueba en esa sacrificada iniciación. Años después, cuando la vida institucional urbana llegó a estructurarse y representantes de la prensa comenzaron a visitar las colonias para cantar loas a los colonos judíos, ninguno de ellos tenía la menor noción de lo que había significado la génesis de la colonización. Después de un día de aquellos de amasar adobe y levantar paredes, toda la familia caía exhausta e insensible: descansaba la noche, y a la mañana siguiente, con fuerzas renovadas nuevamente a lo mismo, hasta la hora luminosa del traslado de la oscura covacha a la casa blanqueada. Imaginémos el júbilo. El sol envía ya sus rayos a través de ventanas verdaderas; ya hay donde colgar las cortinas. Las mujeres campesinas se entregan febrilmente a la tarea de acondicionar y embellecer sus flamantes viviendas. Los cajones, las cajas y los catres estaban bien en el galpón o en el sótano. En la nueva casa hay que instalar una mesa y sillas, camas, un ropero, una lámpara colgante y los cajones y cajas dieron el material para la construcción de mesas y roperos. Había entre los colonos antiguos carpinteros; se recurrió a sus oficios para decorarla casa con “muebles”; en Carhué se compraron algunas sillas y una cama; y la casa

ya tuvo dormitorio y comedor.

Pasados los años, las mujeres de los primeros tres grupos -Perve, Vtore y Tretie- continuaban siendo célebres por su habilidad. Existía entre ellas una especie de puja no declarada: quién de ellas colgaría las cortinas más hermosas con vainillados propios y cuál de cuyas casas reluciría más. Todas introdujeron el ambiente de hogar en sus nuevas casas, pero creemos que ninguna de ellas logró superar a las de Vtore. Y no supongan los lectores que las casas construidas eran grandes mansiones. Claro está que en comparación con el galpón y las covachas, no dejaban de ser para los campesinos verdaderas residencias de ensueño. Pero independientemente del contraste, se trataba de casuchas bajas, con el techo al alcance de la mano, con ventanas pequeñas, sin pisos ni cielorrasos de madera y los techos cubiertos de chapas con capas de adobe, tierra y yuyos. Había que asegurar fuertemente los techos contra los violentos ventarrones pampeanos que estallaban con frecuencia en aquellos tiempos. Y aquel que no tuvo esa previsión quedábase durante la primera tormenta sin techo y, a veces, sin toda la casa. Muchas son las víctimas cosechadas por los vientos huracanados y muchas casas debieron ser reconstruidas totalmente después de las salvajes incursiones de los pamperos.

Años más tarde, cuando la situación económica lo fue permitiendo, hubo colonos que colocaron piso y cielorraso de madera. Pero la mayor parte de las casas campesinas permanecen aún hoy con los primitivos pisos de tierra y cielorrasos de chapas.

Los colonos se visitaban mutuamente en el día de la inauguración de la casa. Y seguramente, ningún palacio fue inaugurado como esas humildes viviendas campesinas. Eran fiestas de júbilo donde los corazones dábanse las manos en una danza sin descanso. El jolgorio se prolongaba durante todo el sábado hasta la madrugada del domingo. Los pisos de tierra no impedían que la danza arda; niños, jóvenes y viejos trezábanse en la ronda jubilosa. Eran auténticas fiestas populares. Las que se repetían casi todos los sábados. Más tarde, estas reuniones festivas se orientaron a convertirse en asambleas culturales. Los primeros años, los grupos 2 y 3 eran los centros de tales encuentros. El tercero más que el segundo. Ya estas reuniones concurrían todos los colonos de la zona. Había jóvenes con inquietudes culturales: Mijl Beizer, Moisés y Boris Kniazitzky, Aizik Marchevsky, Samuel Avrutzky, Saveli Stronguin, Moisés Smororinsky, los hermanos Spoliansky, y otros;

ellos se encargaban de convertir esas reuniones espontáneas en hermosas manifestaciones culturales consistentes en lecturas, recitados y cantos.

La segunda mitad de 1906 puede señalarse como el principio de un poblado civilizado. Blancas hileras de casas se extendían a través de los grupos 1, 2 y 3. Los caminos entre las colonias se animaron. Especialmente los sábados, que fueron días de descanso en los primeros años, los jóvenes se visitaban los unos a los otros, quienes a pie y quienes a caballo. y aprovechaban los encuentros en los caminos para probar la rapidez de sus monturas en carreras improvisadas.

Los colonos se dedicaron a ordenar los patios. Cada uno aspiraba a plantar algunos árboles en torno a la casa. Los árboles crean un ambiente confortable y cordial y expanden sus ramas, resulta agradable descansar durante y cuando crecen las siestas calurosas bajo su fresca sombra.

Al mismo tiempo de construir las casas propias, los colonos resolvieron edificar sinagogas. Y en 1906, fueron levantadas, en efecto, casas de oraciones en los grupos 2 y 3. Cada sinagoga constaba de dos piezas mayores. Una de ellas para las mujeres, y la otra con un entarimado en armario sagrado contra el Este, para los varones. Los sábados y días de fiesta, los colonos se reunían en sus sinagogas para rezar y conversar, y durante el resto de la semana estudiaban allí los niños campesinos, a la manera del antiguo hogar. Los colonos se preocuparon desde el primer día en que se asentaron en sus chacras, de que los niños en edad escolar no vagabundeen sin hacer nada. En la colonia N° 3 llegó el primer maestro judío, Dubrovsky. En aquel tiempo Dubrovsky era considerado un maestro moderno. Todas las mañanas, los niños de los grupos N° 3 y N° 2 concurrían a la escuela, salvando la distancia a caballo. Dubrovsky les enseñaba el Pentateuco en hebreo y a algunos, incluso, el Tanaj (Antiguo Testamento). También el idioma idisch. Grandes conocedores del Pentateuco y del Tanaj no surgieron de las colonias, pero por ello no hubo un solo niño que no supiera leer y escribir en idisch. Más tarde, aquellos niños se convirtieron en los consumidores de las publicaciones judías de la Capital. Cuando la colonia “Barón Hirsch” se expandió y se le agregaron numerosos grupos nuevos, cada grupo o, cuanto más, dos de ellos en común, tuvo su maestro propio. Decenas de maestros judíos amasaron durante años la tierna y maleable arcilla de los niños campesinos. Algunos de los maestros se colonizaron, pero la mayor parte permaneció ejerciendo el magisterio en el mismo lugar; hubo

también los que se trasladaron a otras colonias judías o se hicieron cargo de escuelas en la Capital. Rivera tuvo el honor de contar entre sus maestros a Pinie Katz, el decano de la cultura judeo-argentina, redactor de publicaciones judías, autor y traductor de numerosas obras importantes de la literatura universal.

Tiempos duros y difíciles atravesaban las colonias. Sequías y otras calamidades habían arruinado en distintas oportunidades las economías campesinas. Pero el pago al maestro era para los colonos una cosa sagrada. Se privaban de lo elemental, pero no permitieron que la escuela se derrumbe. Los colonos habían trasvasado a los campos argentinos la tradición educacional de padres y abuelos en el antiguo lar.

La segunda cosecha ya fue preparada por los colonos a tiempo. Con habilidad de expertos araron y sembraron los campos. Algunos de 70 a 80 hectáreas y otros, 120. Todo dependía de las posibilidades económicas y de la maquinaria y herramientas. Hubo unos cuantos que cultivaron incluso más de 200 hectáreas. Eran los privilegiados que habían sido colonizados desde el primer momento en chacras de 300 hectáreas, como por ejemplo, Motel Chorne, Pesaj Levinstein, Leib Chorne; los dos primeros habían sido designados delegados de la J.C.A. en la colonia. Esos mismos privilegiados instalaron, desde el principio, buenas alambradas en torno a sus campos, compraron hacienda y se asentaron como propietarios sólidos. Casi todos los demás colonos, apenas si estaban en condiciones de alambrar sus chacras con un solo hilo; bastaba al menos para deslindar los campos los unos de los otros y para dejar pastorear a los caballos sin temor a que se pierdan. En cuanto al ganado, era una utopía. En primer lugar, porque los colonos carecían de medios para comprar vacas y, en segundo lugar, porque para el ganado hacían falta alambradas de 4 o 5 hilos. Cada colono se conformaba con tener cerca de la casa una vaca o dos, a lo sumo, para satisfacer las necesidades del hogar. Años más tarde, cuando los colonos lograron alambrar paulatinamente sus predios con 4 o 5 hilos y cuando estuvieron después de una buena cosecha en condiciones de comprar algún ganado, la situación de la colonia comenzó a mejorar.

## Capítulo VI

### *LA COLONIA SE ENSANCHA*

Una vez instalados en sus chacras los colonos, la J.C.A. se preocupó de dar destino al resto de las tierras adquiridas al terrateniente Leloir. La extensión comprada era de 100 mil hectáreas, a las que se agregaron en 1908 otras 10 mil que debían servir de tierras de reserva para los ya colonizados. Entre los primeros colonos, sólo se había distribuido una parte de la tierra disponible y amplias extensiones aguardaban todavía la fructífera presencia del hombre.

Los que fueron colonizados después ya no habían sido traídos especialmente de allende el océano. Llegaron al país por propia iniciativa, aunque con el propósito de trabajar la tierra. Parte de ellos había logrado ciertamente arrendar parcelas en algunos latifundios del sur argentino, como en Villa Alba (hoy San Martín) y Avestruz —ambos en La Pampa— y en Médanos. Otros se conchabaron de peones en Coronel Suárez, en Campo Pantao, y también en las colonias judías ya existentes. Para ser colonizados desde Carlos Casares y Entre Ríos no bastaba demostrar interés, laboriosidad y honestidad; la selección dependía del particular criterio del representante de la J.C.A., el administrador, y del consentimiento de los delegados de la colonia, los que solían dar su aprobación previa "expresión de reconocimiento" por parte del interesado.

La población campesina fue organizada en grupos, a los que se dio el nombre de colonias. Barón Hirsch constaba de tres grupos; Cremieux, de cuatro; Montefiore, de siete; Guinsburg, de dos; Clara, de tres; Leven, de dos; Philipson, de dos. Más tarde se agregaron las colonias Tres Lagunas, Lapin, Veneziani y Shtarkmet, de un grupo cada una.

Los grupos estaban constituidos por 24 y 16 colonos, según los casos, aunque el número variaba igualmente en las distintas colonias. Las denominaciones oficiales que se les había dado para honrar a los dirigentes

jerárquicos de la J.C.A. eran muy poco tenidas en cuenta por los colonos. Preferían adjudicarles nombres afines a sus características especiales. Así, la colonia Barón Hirsch N° 1 era conocida por el nombre de "Bozhedarevke", en mérito a que la mayor parte de sus integrantes era originaria de aquel lugar; otras se llamaban "Levener" "Medanoser", porque habían venido de N. Leven y de Medanos; Philipson, grupo N° 3, se consagró bajo el nombre extraoficial de Colonia Lapin, en tanto que otros grupos sólo eran conocidos por sus respectivos números.

Los grupos se organizaron a la manera de la antigua aldea rusa. Como señalamos en el Cap. II, la delegación especialmente enviada desde Rusia no había estudiado, en el propio terreno las características de la zona que se proyectaban colonizar, por lo que se carecía de una orientación práctica en cuanto a cuáles serían las formas más adecuadas de organización. Optaron, entonces, por el único sistema que conocían, el del campesino ruso, que a la postre resultó inconveniente, determinando serias dificultades en el desarrollo de la obra colonizadora.

Los grupos fueron ubicados a bastante distancia de los campos que debían trabajar; algunos hasta a más de cinco kilómetros. Se exceptuaban unos pocos privilegiados, en primer término los así llamados delegados que obtuvieran tierras próximas a sus respectivas fincas. Esta situación exigía una economía doble: dos viviendas, dos pozos de agua, etc., aparte de las incomodidades que creaba para el trabajo. En los grupos, cada colono disponía de una quinta de cinco hectáreas —que se restaban de las 150 adjudicadas por, la J.C.A.— y en la que apenas había lugar para un par de vacunos y una cabalgadura. Lo fundamental de los elementos de labranza se hallaban en el campo y reclamaba un cuidado permanente durante todo el año y, muy especialmente, en época de roturación y de cosecha. Los que tenían hijos varones en la familia se las arreglaban distinto era cuando sólo había mujeres, las que, si bien realizaban buena parte de los trabajos masculinos, no eran las más adecuadas para esa tarea ingrata. En tales casos, el colono se veía obligado a ocupar permanentemente a gente extraña, generalmente a familias. Eran los peones, que trabajaban a porcentaje; de esta manera no sólo aumentaban los gastos del colono, sino que se reducían las posibilidades de organizar una mayor explotación agrícola en el predio disponible, lo que podría lograrse mediante la ocupación de la mujer en la cría de aves, la producción lechera, etc.

Los grupos, o colonias, fueron adquiriendo con el tiempo un aspecto agradable, gracias a los árboles que bordeaban su amplia alameda central. Fue logrado no sin grandes esfuerzos y fatigas. La zona no era adecuada para el plantío. La tosca estaba a poca profundidad, el terreno era arenoso y el clima seco. Sólo el trabajo tenaz y porfiado —especialmente, de las mujeres y de los niños que no descansaban en el acarreo de baldes de agua para regar los retoños— y la selección de especies vegetales adaptadas, pudo arrancarle el verde fresco y grato a las ásperas entrañas de aquella tierra gris.

Algunos colonos probaron al principio vivir en el campo. Pero para personas aisladas, y sobre todo en aquellos primeros años, la soledad se tornaba insoportable, por lo que se vieron obligados a retornar al grupo (colonia). Los que se colonizaron tiempo más tarde, como los de las Colonias Tres Lagunas, Lapin, y los refugiados alemanes, instaláronse directamente en los campos en grupos de cuatro y, en algunos casos, de dos. Y esta es la forma práctica de organización que corresponde para la mayor parte de las colonias judías.

En distintas épocas, y especialmente después de 1940, muchos colonos trataron nuevamente de instalarse sobre la propia tierra labrantía. Pero la soledad volvió a triunfar hasta el extremo de inducir a parte de ellos a abandonar definitivamente el campo y radicarse en el pueblo. La mayoría de los grupos se desorganizó a causa de ello, y justamente en momentos cuando el progreso técnico, expresado en modernas máquinas agrícolas, creaba ya las condiciones para que los colonos pudieran trabajar los campos sin necesidad de abandonar sus formas de vida colectiva en las colonias. Lamentablemente, empero, los implementos modernizados se encuentran en manos de los grandes trusts, fundamentalmente norteamericanos, los que impiden por sus precios que los colonos gocen de los adelantos conquistados por la técnica. Así se explica que en la época de las grandes máquinas agrícolas motorizadas, los colonos judíos y la mayor parte de los arrendatarios del País continúen usando los anticuados implementos de la primera hora.

El desconocimiento del terreno que debían cultivar se dejó sentir igualmente en los implementos de trabajo. Sobre todo en los arados. Cuando los colonos se aprestaron a trasladarse a la Argentina, se preocuparon de muñirse de instrumentos agrícolas elementales para los primeros trabajos. Pero como ignoraban la calidad de la tierra que les sería adjudicada, muchos de ellos adquirieron arados que se usan generalmente en campos ya

cultivados. Tales eran los arados de rejas acuchilladas. Pero los campos que les tocó en suerte eran totalmente vírgenes y cubiertos de matas silvestres, especialmente de "broquillas", una especie de arbusto que crece a ras del suelo, pero dotado de gruesas y profundas raíces. Cuando la reja chocaba con ellas, no era raro que se rompiera la cuchilla y, con más frecuencia aún, el balancín. En tales casos, los caballos, inesperadamente libres, salían desbocados por los campos arrastrando cadenas, riendas y colleras. El colono tampoco salía indemne; estos accidentes culminaban generalmente con su propia caída del arado. Pero, como decían chanceando las víctimas, los golpes se curan (aunque solían quedar cicatrices para toda la vida), en cambio, las cadenas, el balancín y las colleras había que comprarlas. Y los colonos se veían obligados a dejar arrumbadas sus rejas inservibles y sustituirlas por arados de discos que, si bien no cortaban las raíces de las matas, pasaban girando por encima de ellas sin atascarse.

Una vez instalados, los colonos comenzaron a estrechar vínculos y a intercambiar experiencias. Y no sólo entre ellos mismos, sino también con los colonos y peones no judíos, y especialmente con el elemento nativo, el gaucho. Con respecto a este último reinaba entre el campesinado judío una enorme confusión y desconfianza, particularmente entre las mujeres. El prejuicio lo traían ya desde Rusia. Se les había formado en base a ciertos hechos criminales registrados en algunas colonias judías ya existentes y sobre los cuales tuvieron noticias en el viejo hogar. En la provincia de Entre Ríos, por ejemplo, toda la familia Arcusin había sido asesinada por un grupo de gauchos exaltados. El caso que narra Alberto Gerchunoff en sus "Gauchos judíos".

El elemento nativo que poblaba la zona de las nuevas colonias demostró desde un principio su condición tranquila y cordial. Tampoco aquí faltaron las provocaciones, pero felizmente no se ha registrado ningún caso de consecuencias graves. El colono Lemkof, hombre callado y laborioso, fue asaltado cierta vez, mientras conducía cereales a Rolón, por unos cuantos gauchos belicosos; salió del trance sin mucho daño. Pero estos eran casos aislados. Frecuentes eran, en cambio, los que ponían en evidencia el natural abnegado y servicial del hombre pampeano. La señora Lemkof, por ejemplo, supo de una experiencia que compensaba la que había sufrido su marido. En cierta oportunidad, mientras volvía sola de Rivera se volcó el sulky en el que viajaba; un gaucho o criollo que pasaba por el lugar del accidente la ayudó solícito a regresar a casa. Y otro caso —igualmente relacionado con la



familia Lemkof merece ser registrado por cuanto refleja cabalmente la nobleza característica del alma gaucha o criolla. Sucedió en ocasión de festejarse el compromiso matrimonial de Sara Lemkof con Z. Aravsky, en la colonia Lapin. El anciano matrimonio Pinjasovsky salió muy engalanado con su sulky en dirección al lugar de la fiesta. Era el anochecer de un sábado y el camino que recorrían no les era del todo conocido; cuando llegaban a los límites del campo que actualmente pertenece a los Dolinsky se toparon con una extensión de agua, que más que un pantano parecía una laguna; por no distinguir bien o por calcular mal su probable profundidad se internaron en él decididamente; repararon en su error cuando ya era tarde; el sulky y el caballo se fueron hundiendo rápidamente hasta quedar prácticamente cubiertos por el agua; y allí quedó atascado el vehículo sin poder avanzar ni retroceder. El camino, generalmente poco transitado, estaba a aquellas horas completamente solitario; la situación de los dos ancianos era realmente desesperada y no habría sido difícil imaginar su trágico desenlace si en aquellos momentos de angustia no hubiese aparecido súbitamente un gaucha. El nativo se acercó con su cabalgadura al borde del profundo pantano y observó el dramático cuadro del sulky hundido; aun cuando hubiese intentado hablarles no se habrían entendido a causa del idioma; pero no hacían falta palabras; sin demorarse, desmontó el gaucha, ató su caballo a un poste y se metió decididamente en el agua que le fue llegando casi hasta el cuello; tomó primero a la mujer en sus brazos fornidos y alzándola para que sus ropas no se mojaran la libró de la difícil situación depositándola ilesa en lugar seco; repitió la misma operación con el anciano; volvió a internarse dos veces más para sacar separadamente al caballo y al sulky; de inmediato, sujetó nuevamente la bestia al carruaje, y no se dio por satisfecho hasta dejar sano y salvo al par de ancianos en el lugar del festejo.

Al llegar allí, el gaucha se convirtió en el héroe de la noche, recibiendo calurosas expresiones de reconocimiento y amistad por parte de la concurrencia. Muchos otros casos testimonian la inapreciable ayuda que el gaucha reportó con sus experiencias y conocimiento de la zona a los recién colonizados. Lo evidente es que allí donde el poblador judío explicaba pacientemente a su vecino criollo la comunidad e identificación que existe entre sus intereses y aspiraciones y le ilustra acerca de los factores sociales y humanos aviesamente interesados en crear diferencias artificiales entre ellos, allí se iban forjando vínculos amistosos y bases de convivencia armónica y fraternal.

La imprevisión y la desidia de la J.C.A., de los órganos gubernamentales y de los propios "representantes" campesinos (designados por la sociedad colonizadora) se dejó sentir en muchos otros aspectos fundamentales de la vida de los colonos en esas primeras etapas de asentamiento. No sólo hubo negligencia en la previsión de problemas que debían surgir inevitablemente en los pasos iniciales de la colonización, sino también en la despreocupación por resolverlos o aliviarlos una vez que se habían planteado. Gastos onerosos que pudieron haber sido evitados y que fueron sometiendo cada vez más al colono a la presión económica del comercio y de la J.C.A., esfuerzos físicos tremendos e, incluso, sacrificios humanos que pudieron haber sido ahorrados, son las consecuencias de esa despreocupación e insensibilidad.

El problema de la extracción del agua es uno de estos aspectos. Se realizaba —por desconocimiento previo de las condiciones existentes— de acuerdo al antiguo sistema de la aldea rusa. Era totalmente inapropiado, ya que aquí se vieron de inmediato precisados de abreviar por vez a muchas bestias y ganado, —normalmente, de 25 a 30 cabezas— haciendo uso de pozos de 15 o más metros de profundidad. Contrariamente a las condiciones de la aldea rusa, donde el número de las Cabezas era reducido y las fuentes de agua se hallaban a poco de perforar la tierra. En nuestros campos, el agua se extraía con baldes tirados por una cuerda, generalmente atada a un caballo; la operación ocupaba a dos personas, una para conducir a la bestia y la otra en el brocal para volcar los baldes de agua en el bebedero. En su mayor parte, eran mujeres, niños y personas de edad los que se dedicaban a esta tarea, la que les exigía una dedicación casi permanente, sobre todo en los meses de verano. Sucedió con frecuencia que la sogá, gastada por el roce, rompíase en pleno trabajo; llegábase a estos extremos porque escaseaba y no era fácil renovarla; en tales casos, los accidentes graves eran inevitables; al romperse la cuerda, el pesado balde a medio camino arrastraba consigo al jinete o al que estaba en el brocal; si éste perdía el equilibrio, caía fatalmente al pozo. En 1914 la pequeña Blume Silberman, de diez años de edad, al extraer agua mientras su padre estaba en el campo segando una de las pocas cose-chas que le deparaba la suerte, cayó al pozo muriendo instantáneamente. También el niño A. L. Aravsky, de diez años de edad, sufrió un accidente de esta naturaleza cuando vivían en la colonia Narcise Leven; cayó a un pozo de 30 metros de profundidad, pero gracias a que pudo agarrarse a tiempo a la sogá salvóse de una muerte segura. La repetición de estos accidentes y lo inapropiado del sistema indujo con el tiempo a los colonos a introducir

reformas. Se acopló al pozo un volcador automático, de modo que el balde — ya más grande y más sólido— al llegar al borde del pozo vertíase solo en el bebedero. Esta, novedad técnica no sustituía, sin embargo, la fuerza motriz del caballo, que seguía utilizándose, guiado, como siempre, por niños o mujeres. Pero en lo fundamental, el problema del agua quedaba sin resolver. Las cuerdas se-guían rompiéndose con el consiguiente hundimiento del balde en el pozo profundo; su extracción demandaba mucho tiempo y fatiga, con lo que se reducía en la jornada la provisión de agua. Agreguemos a ello, las fuentes pampeanas poco caudalosas que dejaban prontamente agotados a los pozos, lo que obligaba de tanto en tanto a perforar nuevos. La posterior instalación de molinos de viento mejoró la situación, pero estos no lograron desalojar del todo a los volcadores, que siguen siendo aún los únicos proveedores de agua en muchas chacras. Otro tanto sucedió con las sembradoras. En los primeros años los colonos sembraban a mano; luego compraron sembradoras pero sin discos; la operación se realizaba al voleo y los granos se cubrían con la rastra. Mucho más tarde fueron sustituidas por sembradoras de discos, que son las que se usan actualmente. En cuanto a la recolección, utilizábase al principio atadoras; luego se introdujeron las espigadoras que depositaban mecánicamente las espigas en las chatas. De este modo aceleróse el proceso de la siega.

En 1912, la cosecha prometía mucho. Pero para recogerla hacía falta una apreciable cantidad de máquinas. Unas 65 atadoras. Algunos colonos formularon su pedido a la cooperativa y otros, a comerciantes privados. En aquel entonces ya se conocían las marcas "Deering" y "MacCormick", que se consideraban como buenas. Pero tanto el presidente de la cooperativa, Chorne, que fué precisamente el primer representante de maquinaria agrícola en la colonia, como los comerciantes particulares arguyeron que no había tales máquinas en plaza.; ofrecieron en cambio, como una verdadera ganga, una marca, "Akme", uno de cuyos agentes hacía poco que había visitado la zona. Y se encargaron las máquinas. Resultó a la postre que la "verdadera ganga" sólo les reportó a los colonos molestias y mala sangre; muchas de las cosechas, incluso, se echaron a perder a causa de las máquinas deficientes. Y los colonos se vieron obligados a sustituirlas por otras, a igual que los demás implementos inadecuados que les habían vendido.

Una lucha tenaz y obstinada libraban los colonos contra todas las dificultades, en procura de un mejoramiento de sus condiciones de existencia.

Y si no les era posible lograr esas mejoras en el campo, procuraban que no les faltara, por lo menos, una mínima comodidad en las viviendas. En ellas habían puesto mucha dedicación, amor y esfuerzos. Las construyeron bajas y con los techos asegurados en previsión de los violentos vientos huracanados. El clima de La Pampa tiene su renombre en todo el país. El "pampero", el viento impetuoso que arranca techos, derrumba casas y descuaja árboles, es conocido en la literatura argentina. En aquellos primeros años de la colonización judía, el pampero era un visitante asiduo. Los colonos sabían que después de una prolongada sequía se desencadenaban las tormentas. El primer año de la colonización en "Barón Hirsch" fue un año de esos. La sequía duró largos meses, El cielo solía cubrirse de tiempo en tiempo de negros nubarrones, que se desvanecían sin dejar caer una gota. Ya en los primeros días, los colonos aprendieron a elevar la mirada a las alturas en busca de una promesa de lluvia. Niños de tres años sabían ya que las cosas anclaban mal cuando no llovía. Y también ellos clavaban sus ojitos en el cielo hurano, imitando el tono triste de los adultos: "No llueve". Las bestias rompíanse los hocicos contra el suelo duro y seco buscando alguna hierba. Sobre toda la región sureña de La Pampa tendióse un sombrío manto de amargura. Árboles añosos crujían por efectos del calor y la seca. Todo estaba sediento de agua. Criollos cobrizos, descendientes de indios, cruzaban a pie o a caballo la colonia, quedándose todo el día, o la noche en la casa del colono que encontraban al paso. Contaban que muchos años ha, cuando La Pampa era todavía el hogar ancestral de las tribus indígenas, el cielo solía cerrarse herméticamente y los hombres y las plantas se morían de sed. Y después de las sequías desencadenábanse tales vientos huracanados que no había fuerza capaz de detenerlos. Estos vientos acumulábanse en las lejanas profundidades de la Pampa, en aquel punto distante donde el cielo y la tierra se trenzan en un abrazo, y parten de allí con la violencia de mil demonios en dirección a las zonas asoladas por la sequía. Este año —anunciaban los viejos y curtidos criollos— estallará un viento de esos.

### *EL CICLON*

El 4 de febrero de 1911 fue uno de esos días bochornosos; a igual que en los anteriores, el cielo se extendía limpio, sin una nube punteando en su celeste ardido. Ninguno de los colonos sospechaba que se estaba cerniendo sobre ellos una tremenda desgracia, más espantosa aún que la sequía que ya estaban soportando. Como de costumbre en esos días de calor, cuando el sol pampeano quemaba como fuego, la gente guarecíase en la

sombra que proyectaban las paredes. Todavía no había árboles crecidos alrededor de las viviendas campesinas. En épocas normales cuando la tierra está húmeda, se salía a arar el campo de pastoreo; nadie se cuidaba, entonces, del sol abrasador; los colonos están habituados a trabajar bajo los fuertes rayos solares. Pero en aquellos días y semanas, cuando la tierra estaba seca y dura y cuando no había pasto para los caballos y ganado, la única preocupación de los colonos era impedir que las bestias murieran de inanición. Los colonos que ya habían hecho su experiencia y que habían cosechado abro el año anterior, tuvieron la previsión de almacenar par-vas de forraje para el invierno; los inexpertos, en cambio, no lo habían hecho. Pero no quedaron por ello librados a la buena de Dios; muchos de los afortunados compartían sus existencias almacenadas con los que nada tenían. Y en aquellos días bochornosos, uno de los trabajos obligados y habituales era el de ir a las chacras vecinas a cargar chatas de forraje para las bestias hambrientas. Y en la tarde de aquel 4 de febrero, cuando algunos colonos que estaban ocupados en la tarea de cargar sus chatas de paja, percibieron en la lejanía pampeana varios puntos negros que iban agrandándose rápidamente hasta convertirse en anchas franjas sombrías que se proyectaron sobre el horizonte. A medida que iban avanzando las franjas y se intensificaba su negrura, se afirmaba la impresión de que era el anuncio de un aguacero. Pero cuando el sol se vio súbitamente cubierto y comenzó a entenebrecerse la atmósfera, advirtieron los colonos que las franjas oscuras estaban cargadas de polvo y que vientos huracanados las estaban empujando hacia la colonia con vertiginosa rapidez. Y no habían logrado todavía alcanzar las casas vecinas para refugiarse, cuando el huracán ya estaba arrancando techos y derrumbando paredes. Allí donde el colono se las ingenió para pasar cuerdas por las vigas y colgar de ellas a toda la familia, el viento arrancó los techos, pero dejó intactos los muros, sin que se registren víctimas. Pero en los lugares donde no se logró tomar a tiempo estas medidas, muchas paredes no resistieron el impetuoso envión huracanado, derrumbándose estrepitosamente; bajo los escombros quedaron hombres, mujeres y niños, parte de los cuales fueron rescatados, otros sucumbieron trágicamente.

Después del primer estallido del ciclón, vino un segundo aunque menos potente del norte y luego comenzó a llover. El agua cayó durante toda la noche y los colonos permanecieron así en medio de las tinieblas hasta la mañana siguiente. El sol resurgió límpido y el ambiente fresco. Los colonos salieron de sus viviendas sanas o destartadas para comprobar el dally. Era mayor del que se habían imaginado. Los hombres largáronse por los campos

en busca del galpón o del techo de la casa. Las chatas medio cargadas fueron encontradas volcadas o deshechas a bastante distancia del lugar donde las habían dejado. Los caballos erraban sueltos arrastrando trozos de riendas y varales. Otros permanecían descuartizados contra las alambradas donde habían sido arrojados por el huracán. Palos telegráficos arrancados formaban ovillos monstruosos con los hilos rotos. Vagones que habían estado estacionados hallados tumbados y hechos trizas a los costados de vías a 10 y 15 kilómetros de distancia. En los caminos, entre los alambres de los cercados, veíanse chapas retorcidas, restos informes de los galpones y los techos. En la historia de la colonia, esta tormenta quedó registrada con el nombre de "El Ciclón". Muchos años después, cuando en pleno día comenzaban a avanzar nubarrones oscuros y los vientos impetuosos dábanse al siniestro juego de arrancar techos y postigos los colonos recordaban angustiosamente una y otra vez al ciclón. Y las tormentas estallaban con bastante frecuencia; muchos en el año; pero no volvió a repetirse el ciclón de 1911. Veinte años después, en 1931, se desencadenó otro huracán, no tan violento como el primero sobre el grupo central de la Colonia Lapin y sobre la escuela de la zona; felizmente no fue en horas de clase. Los techos de casi todas las casas volaron y el anciano matrimonio Loiterfoter encontró la muerte entre los escombros de su vivienda. Pero poco a poco, el clima, fue cambiando; a medida que la pampa se poblaba, espaciábanse las tormentas. Los elementos fueron paulatinamente domesticados por las manos callosas de los colonos.

### ***RESERVAS***

En 1911, la J.C.A. tuvo que satisfacer la justa exigencia de los colonos con respecto a las tierras de reserva. La propia J.C.A. las había prometido en un principio a los primeros colonos, pero luego se resistió a dárselas en arrendamiento. La lucha campesina tendía a completar las 300 hectáreas para cada colono. Reclamaron el envío de agrónomos especiales, tanto del gobierno como de la J.C.A., para que comprobaran si le era posible al colono de la zona asegurarse la subsistencia con menos de 300 hectáreas de campo. Los agrónomos que estudiaron el terreno, incluso los de J.C.A., confirmaron la justicia de la reivindicación campesina. En este sentido, cabe destacar la positiva actuación del agrónomo Etinguer, cuyo nombre es recordado aún hoy entre los colonos con profundo cariño.

Las tierras de reserva fueron dadas en arrendamiento a los colonos

únicamente por el término de cuatro años; al concluir el plazo, se las volvían a quitar. Con estas tierras, la J.C.A. llevaba a cabo operaciones especulativas en combinación con los grandes terratenientes y comerciantes de la región, habiendo llegado al extremo de introducir cláusulas en los contratos por las que se prohibía el arrendamiento de campos a los colonos. Sin embargo, los pocos años que los colonos gozaron de las tierras de reserva les permitieron aliviar un tanto su situación, si bien coincidieron con una época de precios bajos, cuando se pagaba por la fanega de trigo sólo 4 pesos, de los que más de una cuarta parte se iba en flete. Los colonos que vinieron después también tuvieron que librar una ardua lucha para conseguir las tierras de reserva. En 1917, una delegación compuesta por los colonos Arón Brodsky, Aizik Marchevsky y José Steimberg bajó a la Capital Federal para realizar gestiones en este sentido. No visitaron directamente a la dirección de la J.C.A., porque sabían de antemano que sería un esfuerzo inútil; prefirieron ponerse en contacto con representantes de la vida institucional y social judía, de entidades periodísticas y filantrópicas; así entablaron conversaciones con los dirigentes del Hospital Israelita, doctores Zhabotinsky y Nisenshon. El primero de los nombrados, un odontólogo, prometiéndoles plantear el problema al representantes de la J.C.A., señor Starkmet, que era casualmente paciente suyo, cuando éste lo visitara en su consultorio. A los pocos días, cuando la delegación acudió en busca de la respuesta, el Dr. Zhabotinsky les informó que Starkmet lo había visitado efectivamente, pero para curarse la dentadura, y que en cuanto a las tierras de reserva se manifestó categóricamente en contra del reclamo campesino, por lo que los dirigentes del Hospital se veían impedidos de ayudar en algo.

La delegación les hizo saber entonces que denunciarían la actitud de la J.C.A. ante el ministerio de Agricultura. Y en efecto: aquel mismo día fueron recibidos por el ministro (gobernaba en aquel entonces el primer gabinete de Irigoyen), ante quien expusieron ampliamente los diversos problemas de la colonia, y fundamentaron su pedido de tierras de reserva. El ministro se mostró sumamente interesado en el asunto e invitó a la delegación a que lo visitara el domingo en su residencia particular a fin de discutir exhaustivamente el problema. Por lo visto, la delegación le había impresionado favorablemente, en especial Aizik Marchevsky, que había concurrido a la casa de gobierno vestido a la usanza campesina, con pañuelo al cuello. Después de la conversación en su residencia el secretario de Estado les aseguró que intervendría de inmediato ante la J.C.A. a fin de que dé satisfacción a los campesinos. A los pocos días, Starkmet les hizo llamar

informándoles que se daría a los colonos tierras de reserva.

Con el júbilo que da el triunfo regresó la delegación a la colonia y en una asamblea entusiasta informaron sobre el resultado positivo de sus gestiones. Pero la J.C.A. no se quedó con los brazos cruzados ante esta primera derrota y movilizó su influencia en las altas esferas a fin de poder anular la conquista campesina; pudo obtener de esta manera una media palabra oficial en apoyo de sus designios. Piñe Katz, que en aquel entonces trabajaba en "El Diario Israelita", se apersonó, siguiendo instrucciones que le había dejado la delegación campesina, a la dirección de la J.C.A., donde le informaron sobre esas negociaciones con el gobierno. Sin demoras, Katz escribió a Aizik Marchevsky sobre el particular, lo que permitió que el movimiento reivindicatorio continuara. Se sucedieron así las notas y reclamos al ministro de Agricultura, instándole a defender la conquista de los colonos, hasta que la J.C.A. se vio obligada a cumplir con lo prometido. Trató, claro está, de reducir las proporciones de su fracaso y minimizar el triunfo campesino extendiendo contratos por sólo un año, con opción a cinco, y sobre parcelas de áreas más pequeñas que las indispensables, llegando en algunos casos a distribuir extensiones de sólo 75 hectáreas. Al cumplirse el quinquenio, la J.C.A. se hacía cargo nuevamente de las tierras, con las que continuaba las antiguas especulaciones. En esto contradecía una noble aspiración campesina relacionada con los intereses más vitales de la colonización judía. En efecto: al plantear la reivindicación sobre las tierras de reserva, los colonos habían señalado al mismo tiempo que cuando concluyeran los términos del arrendamiento, se colonizara en esos campos a sus hijos o hijas que habían contraído matrimonio, a fin de arraigarlos en la colonia y evitar su éxodo. Pero tampoco en esto se mostró sensible la dirección de la J.C.A.

En estas condiciones, cultivando campos de extensión inadecuada para subvenir las necesidades de la familia campesina, sucedíanse año tras año, con raras excepciones, los fracasos. En este sentido, importa destacar que en ocasiones cuando los colonos se veían obligados a solicitar créditos de los bancos oficiales e, incluso, del propio ministerio de Agricultura, sus solicitudes eran rechazadas en razón de que los predios de 150 hectáreas no garantizaban ni mucho menos una producción suficiente como para afrontar el pago de los préstamos. Señalaban los funcionarios que el mínimo indispensable en esa zona era de 300 hectáreas. A pesar de ello la J.C.A. no tuvo más tarde reparos en colonizar a familias sobre campos de 75 y hasta de



50 hectáreas...

### ***EL WARRANT***

El año 1914 trajo abundancia a la colonia. Fue un año lluvioso y la tierra respondió generosamente ofreciendo el cereal a manos llenas. Un promedio de cerca de 25 bolsas por hectáreas fue el producto recogido. En ese año había estallado la primera guerra mundial y los precios estaban en alza. Se pagaba la fanega de trigo de 12 a 13 pesos y en invierno —cuando los colonos necesitaban el grano para la siembra— el precio alcanzó, incluso, los 18 pesos. La cifra era óptima considerando los precios bajos de los artículos de consumo. Los colonos tuvieron entonces oportunidad de ponerse al día. Pagaron sus deudas y al que le quedó algún sobrante le fue posible adquirir un arado, una sembradora, un carro o un sulky, un poco de ganado o cosas para la casa, muebles y ropa. El año 14 se registra en la memoria de los colonos como uno de los pocos momentos luminosos que les deparara su esforzada comunión con la tierra labrantía.

La satisfactoria experiencia insufló entusiasmo y optimismo. Con fervor se dieron los colonos a la tarea de preparar la cosecha del año siguiente. La temporada no se igualó a la anterior, pero tampoco fue mala. El invierno fue propicio, aunque no tan lluvioso, y la cosecha no decepcionó a los colonos.

Durante todo el año 1915 se mantuvieron altos los precios del cereal, pero justamente en la época de la cosecha, cuando el colono ya tenía lo que vender, cayeron verticalmente. De 14 o 15 pesos la fanega de trigo, bajaron a 8 pesos. Casi nadie quiso vender. Los colonos depositaron el trigo en la Cooperativa "Barón Hirsch" y en comercios privados. Tanto la cooperativa como los comerciantes particulares adelantaban a los colonos por el trigo recibido una determinada suma de dinero de acuerdo al precio del día. El cereal quedaba depositado condicionalmente. El colono especulaba confiando en el alza de los precios. También especulaban la cooperativa y los comerciantes privados, que dependían de las grandes firmas monopolistas Dreyfus, y Bunge y Born y de las que habían recibido igualmente sumas condicionales por el cereal entregado. El presidente de la Cooperativa, Arón Brodsky, a quienes los colonos respetaban por su seriedad y honestidad y por considerarlo un hombre inteligente, capaz y juicioso, había recomendado no liquidar el cereal de inmediato. Sostenía que los precios debían subir como

consecuencia de la guerra. Y los colonos siguieron su consejo. Pero se sucedieron las semanas y los meses, y los precios, en vez de subir, comenzaron a bajar pronunciadamente. De 8 pesos cayeron a 7, y de 7 a 5 con tendencia a una baja mayor aún. En la colonia fue creándose un clima de descontento, desorden y tumulto. Cada vez que caían los precios, los colonos veíanse obligados a devolver las diferencias. Si el trigo bajó a 7 pesos la fanega, y el colono había depositado condicionalmente 1000 fanegas por las que le habían pagado 8 pesos, debía devolver a la cooperativa o al comerciante 1000 pesos. Las primeras diferencias fueron devueltas. Pero luego, cuando los precios descendieron hasta los 5 pesos, los colonos ya no tuvieron con qué pagar. El mismo proceso debió sufrir la cooperativa y los comercios privados en relación a las grandes firmas cerealistas. Y cuando el trigo bajó a 4 pesos, los monopolios cerealistas Dreyffus y Bunge y Born les obligaron a liquidar los stocks depositados. La cooperativa y los comerciantes debieron, a su vez, obligar a los colonos a liquidar su cereal a cualquier precio. Fácil es de imaginar la situación que reinó entonces en la colonia. Parte de los colonos trató de responsabilizar a Brodsky por el desastre. Claro está que la imputación era injusta. Brodsky había actuado honestamente y si algún pecado ha cometido fue el de no haber previsto el papel que jugarían en la emergencia los grandes monopolios cerealistas. He ahí a los culpables, los verdaderos responsables. Cuando los colonos sangraban por el malvendido fruto de su esfuerzo, los directores de las grandes firmas se refregaban las manos satisfechos. El trigo que habían arrebatado a los colonos a 4 pesos el quintal, lo vendieron a los desangrados pueblos europeos a 32 pesos.

En todo el desastre se destacaba la figura siniestra de los monopolistas que habían especulado con la miseria y las necesidades apremiantes de los colonos y con la tragedia y el hambre de los pueblos del continente europeo en llamas. El tremendo fracaso de la operación especulativa significó una nueva y pesada carga de esclavitud y opresión para los colonos. Y tal como se recuerda con satisfacción el año 1914, año de prosperidad y abundancia, se rememora con pesar y amargura el año 1915, el año del desastre, del "warrant".

La colonia se sumió nuevamente en un estado de crisis asfixiante. Los créditos fueron restringiéndose de más en más y los colonos veíanse prácticamente imposibilitados de adquirir lo imprescindible. Bastaba para cubrir las necesidades elementales una bolsa de harina, una lata de yerba de

cinco kilogramos, una lata de kerosene, un cajón de azúcar y, para el que fumaba, un paquete de tabaco fuerte y barato. El costo de todo ello no era extraordinario y aún así los colonos no estaban en condiciones de proporcionárselo. Los jóvenes de las familias campesinas vieron entonces obligados a conchabarse en las estancias vecinas y en los campos de los pocos privilegiados de la colonia. Además del peonaje, los campesinos buscaron trabajo en las estancias llevándose el arado y caballos propios. No bien concluían de labrar y sembrar la propia tierra —en proporciones reducidas, ya que escaseaba la semilla—, iban a los latifundios con sus implementos de labranza. Especialmente se ocupaban en los vecinos campos de los hermanos Arano y en la estancia "La Concepción", propiedad de los grandes terratenientes Alzaga Unzué que poseían solamente en esa zona 113 leguas de campo. El precio que pagaban por una hectárea labrada era bajo; apenas tres pesos. Y los colonos no lograban, por más que esforzaran a sus caballos agotados, trabajar más de una y media, o dos hectáreas a lo sumo por día. De la suma obtenida, había que alimentar a las bestias y comprar lo necesario para la subsistencia en los negocios de los mismos terratenientes; los precios de los artículos eran caros. Si a esto se agregaban los días de lluvia durante los cuales era imposible trabajar, resultaba a la postre que los campesinos cumplían su temporada de trabajo, obteniendo algunos míseros pesos; abundaban los casos, incluso, en que debían darse por satisfechos si cubrían apenas sus propios gastos.

### *HUELGA CAMPESINA*

La cosecha del año 1916 fue igualmente alentadora. Pero vino la langosta y se devoró la mayor parte. El año 1917 fue de gran sequía, y justamente en momentos cuando empezaba, a espigar el cereal, la helada dio al traste con todos los esfuerzos y esperanzas.

Para la cosecha de 1918, los colonos habíanse preparado con mucho entusiasmo y optimismo. La empresa ferroviaria, británica contribuyó a despertar ese estado de ánimo mediante una insistente y profusa propaganda por la que exhortaba a los colonos a labrar y sembrar cuanto más. Grandes carteles en todas las estaciones tenían inscripciones y llamados en ese sentido. Y los colonos se entregaron con interés a la tarea, confiando en obtener buenos precios. Se endeudaron mucho más de lo que ya estaban a fin de comprar la mayor cantidad de semilla y no dejar ningún trozo de tierra sin sembrar. Y, en efecto, la cosecha fue buena. Y entonces vinieron los nuevos

preparativos y adquisiciones para realizar la siega con mayor rapidez y eficiencia. Todo se desarrolló de acuerdo a lo previsto. Se recogió la cosecha y se acarreó el cereal para, depositarlo, quién en la cooperativa, quien en la de algún comerciante particular. (Repitamos aquí que muchos colonos pobres se veían imposibilitados de operar por intermedio de la cooperativa a causa de que los dirigentes de aquel entonces los consideraban insolventes).

Y cuando todo estaba listo, se produjo nuevamente el desastre de los precios bajos. Una de las grandes firmas cerealistas —Bunge y Born— había sido incluida en la lista negra por los gobiernos aliados a causa del origen alemán de sus capitales; los productos argentinos estaban prácticamente bloqueados como represalia por la posición neutralista del gobierno de Hipólito Irigoyen; la otra firma monopolista —Louis Dreyffus— se abstuvo, por su parte, de seguir comprando en un intento de forzar al gobierno argentino a volcarse abiertamente a favor del campo aliado. Lo único que se logró fue que la casa Dreyffus aguardábase con la liquidación definitiva del cereal depositado hasta el mes de mayo. Al cumplirse el término —que el monopolio se negó terminantemente a prorrogar—, el trigo fue liquidado al precio miserable de 3,75 pesos el quintal. Al mes siguiente —en junio— fue levantado el bloqueo contra nuestro país y los precios empezaron a subir rápidamente. Toda las ganancias fueron a parar, naturalmente, a las ávidas arcas de las grandes firmas cerealistas.

Esta situación, claro está, la sufrió no sólo la zona de Rivera, sino todo el país. Esto determinó la creación de un amplio movimiento reivindicatorio entre las masas campesinas, el que cobró especialmente auge en el territorio de La Pampa. Los campesinos pampeanos organizáronse para reclamar precios más equitativos y al no obtener respuesta positiva por parte del gobierno y de las firmas cerealistas, declararon la huelga. El organismo que dirigía el movimiento era la "Liga Agraria" que contaba con el apoyo de todos los colonos y peones. Creáronse en cada lugar piquetes campesinos que vigilaban rigurosamente el cumplimiento del paro. Los rompe-huelgas exponíanse a que les destruyeran los aperos en pleno campo. Largo tiempo mantúvose el movimiento huelguístico; cesó en el mes de junio, luego del levantamiento del bloqueo a nuestro país y cuando comenzaron ciertas negociaciones con vista a establecer precios más justos. Lamentablemente, la mejora se produjo cuando la mayor parte de la cosecha ya había sido malvendida por los colonos.

La situación se hizo angustiosa. Particularmente para los colonos ubicados en torno el meridiano quinto; es decir, los que vivían en la zona pampeana, cuyos campos eran arenosos y en gran parte inapropiados para la agricultura. Algunos colonos comenzaron a vender sus pertenencias para poder subsistir. Quien se desprendía de un caballo, quien, incluso, de un carro o de una desmenuzadora a fin de poder adquirir una bolsa de harina o un cajón de azúcar.

### *EN LOS BOSQUES*

Comenzaron en ese entonces a circular noticias de que en los distantes bosques pampeanos trabajaba mucha gente, talaban los árboles convirtiéndolos en leña, la que luego era transportada a las estaciones de ferrocarril. Durante los años de guerra, los ingleses no tenían posibilidades de recibir carbón para sus ferrocarriles en la Argentina; entonces, alimentaban las locomotoras con leña. A raíz de ello desarrollóse en todo el país una importante industria forestal. En torno a los bosques y montes concentrábanse millares de hachadores. Bosques milenarios que representaban riquezas fabulosas fueron barridos a filo de hacha. Verdaderos poblados con un comercio ampliamente ramificado levantáronse cerca de los obrajes; pero con la misma rapidez con que fueron surgiendo y desarrollándose, iban arruinándose y desapareciendo a medida que el trabajo en los bosques concluía.

Los desesperados colonos de Barón Hirsch acogieron las noticias con entusiasmo y se lanzaron con sus carros en busca de los bosques pampeanos. Los más cercanos se encontraban a 60 leguas (300 kilómetros) de distancia, en los alrededores de las estaciones de Naicó— R. Tara Caneló. Aunque también se pusieron en camino colonos de edad avanzada, el elemento predominante fue el joven, que ansioso de procurarle a sus hogares algunos pesos, afrontaban decididos las previsibles penurias de la nueva ocupación. Al llegar a los bosques, encontraron allí obrajes en plena marcha; hacía dos años que el talado se estaba desarrollando a ritmo febril y acelerado. Decenas de miles de hachadores santiagueños —los mejores del país— habían sido trasladados con sus familias al corazón de La Pampa y allí partían leña, para los ferrocarriles británicos. Regiones boscosas en una extensión de cientos de miles de hectáreas iban desapareciendo. Los

terratenedores, dueños de los bosques que no habían plantado atesoraban por ello grandes fortunas; los ingleses pagaban buen precio por el combustible para sus máquinas. Y superficies gigantescas de bosques ancestrales convirtieron en pocos años en simples llanuras. El clima de la región cambió fundamentalmente. Allí donde la lluvia era un fenómeno normal, comenzó a reinar la sequía y el clima del desierto. Y las inmensas extensiones, otrora, cubiertas de árboles añosos, fueron incluidas oficialmente entre las tierras *áridas e improductivas*. Los había invadido la erosión.

Los santiagueños derribaban los árboles a golpe de hacha y de serrucho, y de los árboles surgían metros cuadrados de leña. La leña era transportada por los carreros en sus carros a las estaciones vecinas. Por esa dura tarea tanto los hachadores como los conductores recibían una paga exigua. A los primeros se les pagaba por metro cuadrado de leña cortada y a los acarreadores se les recompensaba con 3,50 pesos por mil kilogramos de leña transportados. De modo que si el colono lograba trasladar en el día cuatro mil kilogramos de leña, que era el máximo de sus posibilidades, recibía al final de la jornada 14 pesos. El pienso de los caballos corría por su cuenta y una bolsa de avena costaba en las proveedurías del bosque de 6 a 7 pesos; era la misma avena que el colono había vendido a los cerealistas a 2 pesos o aún menos, la fanega. Su propia alimentación, consistente en un trozo de carne asada y un par de galletas duras, le insumía igualmente buena parte del jornal. Como vemos, las ganancias en el bosque no eran muy brillantes. Agréguese a ello los días de lluvia, tan frecuentes en aquel invierno de 1919, en los cuales no era posible trabajar, y se comprenderá porque los colonos, lejos de poder reunir algunos pesos para llevar a casa, vieron obligados a vender caballos para cubrir sus deudas en las proveedurías.

Durante largos meses los colonos se afanaron en los bosques. Vivieron en carpas, sufrieron enfermedades y toda clase de privaciones; y retornaron a sus hogares con los carros destartados, con menos caballos, con la ropa deshecha y generalmente sin un centavo. Los únicos beneficiados fueron los británicos que habían resuelto el problema de sus ferrocarriles, y los terratenientes, íntimamente vinculados a aquéllos, que acumularon ganancias quemando en aras de las locomotoras británicas incalculables riquezas naturales que pertenecían al país y al pueblo de la nación.

La J.C.A., por su parte, se desentendió de la situación apremiante de

los colonos y exigió perentoriamente, como todos los años, el pago riguroso de la anualidad. Los colonos no tenían, naturalmente, con qué pagar. Y en conocimiento de que los jóvenes de las familias campesinas de la región pampeana habíanse trasladado a los bosques y que los campos no eran trabajados, el administrador de la J. C. A., J. Greis, obligó a los colonos a alquilar sus campos a los terratenientes de la vecindad para pastoreo. En la propia oficina de la administración se firmaban los contratos respectivos, quedándose la J. C. A. con el importe de los arriendos como pago de las anualidades exigidas.

### ***UN MEMORANDUM DE LOS PAMPEANOS***

En 1920, llegó al país el director de la J. C. A., Dr. L. Ungré, de París. Visitó las colonias "Barón Hirsch" y en esa ocasión los colonos le hicieron conocer la verdadera situación que atravesaban.

Los colonos más sufridos, de los grupos pampeanos Clara y Guinsburg y de los alrededores, cincuenta en total, elevaron un memorial al representante de la J. C. A. en el que hicieron historia de las penurias soportadas y plantearon reivindicaciones claras y concretas. Entre ellas: 1) la revaluación de las tierras, ya que el precio de 60 pesos la hectárea fijado por la J.C.A. podría ser válido para los mejores campos, pero no para las polvorientas tierras pampeanas que les habían adjudicado; 2) créditos para el alambrado de los campos; 3) tierras para la producción de alfalfa; 4) créditos para la adquisición de 15 vacas a fin de desarrollar una industria tambera; 5) prolongar los términos de pago; 6) reducir el importe de las anualidades; 7) que las deudas y anualidades puedan ser cubiertas con los frutos de las cosechas y otros productos agrícolas; 8) enviar un agrónomo oficial que estudie las tierras de las chacras y las que resulten inapropiadas para la agricultura sean sustituidas por otras; 9) colonizar a los hijos y yernos de campesinos, a fin de asegurar la continuidad de la colonización judía.

Medio centenar de colonos suscribieron el memorándum. Y en una asamblea realizada el 29 de setiembre en el local de la escuela de la colonia Clara se designó una comisión para que hiciera entrega del documento al representante de la J. C. A. La comisión estuvo integrada por los colonos: M. Sigal, del grupo Guinsburg 1; Aizik Marchevsky, del grupo Guinsburg N° 2; A. Sutz, del grupo Clara N° 1; y G. Gurevich, del grupo Clara N° 2.

El Dr. Ungré dio su conformidad a la mayor parte de las exigencias, especialmente las referentes a los créditos; se opuso únicamente a la prolongación de los términos de pago. Los colonos acogieron la respuesta con satisfacción, por cuanto la misma entrañaba promesas que abrían perspectivas más luminosas para el futuro inmediato.

La población campesina se entregó fervorosamente a la tarea de reorganizar y perfeccionar las chacras. Se sentían estimulados por noticias según las cuales las promesas comenzaban a tener principio de realización. Se supo, por lo menos, que ya se estaban adquiriendo alambres y postes de acuerdo al pedido formulado. Pero la decepción no se hizo esperar. La dirección, de Buenos Aires, comunicó de improviso a los colonos, por intermedio del administrador J. Greis, que la J.C.A. había anulado su resolución por cuanto los colonos eran elementos poco apegados al trabajo e indignos de confianza.

La desesperación cundió nuevamente en la colonia. No existía en ese entonces una organización gremial que asumiese la defensa de los derechos campesinos. Y los colonos debieron afrontar la situación y buscarle solución en forma individual, cada cual a su manera y de acuerdo a sus posibilidades particulares. Algunos viajaron a la Capital Federal, visitaron a las instituciones y a ciertas personalidades judías para que intercedan ante la J.C.A. y colaboren en la salvación de la obra colonizadora. Pero ninguna intervención dio frutos. La J.C.A. mantúvose firme en su actitud anticampesina. Lo único que pudieron lograr algunos colonos, fue que el Dr. Nissensohn, conocido dirigente institucional y destacado jurisconsulto, demandase judicialmente a la J.C.A. Pero el vencedor en tantos juicios anteriores, tuvo que declararse vencido en éste ante la dominadora influencia de la J.C.A.

### ***EL DESASTRE DE LA GANADERIA***

Mientras tanto, la situación internacional comenzó a influir favorablemente en la vida campesina. La guerra había terminado; el cerco económico contra nuestro país fue suprimido; el continente europeo, desolado y hambriento, necesitaba de los productos argentinos; la demanda se hizo insistente y premiosa, especialmente de la carne; y aceleradamente eleváronse los precios del ganado. Mejoraron igualmente los precios de los cereales, beneficiándose de ello los colonos que aún tenían un resto de la



cosecha de 1917. El que pudo, compróse unas vacas para dedicarse a la crianza. Los altos precios les estimulaban. Y para los colonos abrióse una nueva perspectiva: reunir algún ganado, venderlo y salir de deudas. Llegaron a soñar, incluso, con convertirse en los dueños de la tierra que trabajaban. Porque independizarse de la J.C.A. fue siempre la aspiración más anhelada y sentida de los colonos judíos.

Pero el sueño quedó en sueño. Los campos seguían siendo los mismos, de extensión limitada y de mala calidad; el clima tira seco: en los meses de invierno, las heladas quemaban inmisericordemente hasta el último hierbajo, y los campos de pastoreo se veían reducidos ante las exigencias de la siembra. En esas condiciones, la crianza de ganado se tornaba asaz difícil e improductiva.

El otoño de 1921 fue extremadamente seco. Y el invierno sorprendió a las bestias en un lastimoso estado de desnutrición. Los exiguos pastizales que los colonos habían preparado ya habían sido consumidos. La terrible crudeza de la estación comenzó a hacer estragos entre las bestias. No se podían mantener en pie y si se acostaban ya les era imposible incorporarse. Para levantarlas no bastaba la fuerza de un hombre. Reuníanse, entonces, de cinco a seis vecinos y recorrían los campos para levantar a las bestias. Carecían igualmente de medios para trasladarse, ya que los caballos también estaban desnutridos. Y para viajar al pueblo a fin de comprar algunos artículos imprescindibles, se ponían de acuerdo dos o tres colonos, uncían los caballos disponibles y se trasladaban en compañía; el viaje de retorno lo hacían al día siguiente, ya que los animales no habrían soportado la repetición del trayecto en las mismas veinticuatro horas. A los caballos no se les prestaba mayor cuidado, ya que los precios de los equinos no habían sufrido variante alguna en tanto que resultaba sumamente oneroso el mantenerlos. A causa de ello, la mayor parte de los caballos murió de inanición. A las vacas, en cambio, se les dedicaba una atención extraordinaria. En cada chacra, cerca de las viviendas, se habían instalado aparatos especiales para mantener a las vacas erguidas e impedir que caigan. Los colonos acumularon nuevas deudas a fin de procurarse pienso para el ganado. Hubo casos, incluso, en que los colonos amasaban pastas con el último resto de harina que les quedaba en el hogar a fin de salvar a una bestia. Pero todos los cuidados sirvieron de poco. También las vacas eran diezmadas por el hambre. Los caminos estaban cubiertos por osamentas. A las vacas se les quitaba el cuero que luego era vendido a tres pesos cada uno.

El cuero de caballo, en cambio, no tenía ningún valor.

Pasado el invierno, los colonos se dieron por satisfechos con el poco ganado que se había salvado de la hambruna. Los precios se mantenían altos. La primavera vino con lluvia, trayendo promesas de cosecha y pastos. Los colonos trataron de hacer un nuevo esfuerzo para explotar su reducida hacienda. Mediante la crianza de terneros y asegurarse de esta manera un ingreso permanente. Pero justamente cuando las esperanzas parecían fructificar ya en realidades, comenzaron a caer los precios. Y en forma tan vertical, que los colonos no tuvieron prácticamente tiempo para vender. Tampoco hubo compradores. Una vaca que había costado \$ 150 — apenas si se lograba vender a \$ 20— Muchos colonos arrojaron el ganado al camino, ya que ni siquiera cubría los costos del campo que ocupaba. El contraste económico no se dejó sentir con tanta fuerza, gracias al alza creciente de los precios del cereal. Y aunque la comercialización continuaba siempre en manos de los monopolios Bunge y Born y Dreyffus, la competencia que se comenzó a insinuar en el mercado cerealista permitió que los colonos se beneficiaran también en cierta medida.

### *ARBITRARIEDADES, DESALAJOS Y LUCHAS*

La región se vio bloqueada por acopiadores, en su mayor parte agentes de las grandes firmas especuladoras, que trataron de sacar provecho de las necesidades campesinas. Ofrecían a los colonos adelantos de dinero a cuenta de la cosecha de trigo o centeno, que recién iba a ser recogida algún tiempo después, ya sea sobre la base de los precios del día o como préstamos a plazos determinados. Los colonos tenían apremiante necesidad de dinero en efectivo tanto para hacer frente a los gastos normales que demandaba la preparación de la cosecha, como para la adquisición de caballos y proveerse de objetos imprescindibles para el hogar. La bancarrota de la cooperativa — producida, precisamente, en ese entonces— dio mayor campo de acción al comercio privado, al que los colonos se vieron obligados a recurrir inevitablemente.

Y como siempre, los precios en época de cosecha no repuntaron a gran altura. El máximo que pudieron alcanzar fue de 14 pesos. En tanto que en los meses de invierno, llegaba hasta los 28 pesos. Lo que sólo beneficiaba a los grandes terratenientes, que eran los únicos que podían permitirse el lujo de mantener en depósito por tiempo indeterminado la producción cosechada.

Los precios se cotizaban en la Bolsa de Comercio, donde los compradores fundamentales eran los monopolistas Bunge y Born y Dreyffus. Algunos otros comerciantes en granos trataron de competir con aquéllos, lo que determinó al principio cierta alza en los precios, pero a la postre se vieron obligados a declararse en quiebra y a abandonar el terreno a los grandes monopolios.

Las cotizaciones de los precios llegaban diariamente a la colonia por vía telegráfica. Con frecuencia, hasta dos veces por día, aún cuando las variaciones fueran sólo de 10 ó 20 centavos. El objetivo era mantener a los campesinos en un permanente estado de tensión. La caída de los precios en veinte centavos bastaba para alarmar a los colonos, los que renunciaban a aguardar más temerosos de una baja mayor; los comerciantes tenían, a su vez, un pretexto para urgir la liquidación definitiva del cereal depositado. Y de esta manera, los pobres colonos vendían siempre a los precios más bajos. Y se repetía el círculo vicioso: al final de la operación, las deudas habían aumentado y nuevamente debían gestionar créditos onerosos para afrontar los preparativos de la próxima cosecha.

A partir de 1920, las cosechas dieron resultados más o menos satisfactorios con excepción de las de una parte de los colonos pampeanos, como los de los grupos Clara y Guinsburg, cuyas tierras arenosas ya se negaron a producir más. Otros colonos, en cambio, vieron compensados sus esfuerzos. Pero en este sentido, no se puede hablar en términos generales, ya que los campos no eran todos de calidad pareja y la producción variaba de uno a otro. Incluso, campos colindantes ofrecían apreciables diferencias en los resultados; uno por tener mayor extensión de tierra baja apta para la alfalfa, otro por ofrecer una topografía más abrupta y tener la tasca casi a ras de suelo. A esto se debe que haya habido colonos que sufrieran menos de la sequía, al verse compensados por la producción de alfalfa. Por otra parte, los que en 1919 habían logrado cultivar algunas hectáreas más, dispusieron luego de mayor cantidad de semilla para sembrar extensiones mayores, lo que le permitió reservarse alguna cantidad de fanegas de trigo para el invierno y obtener por ellas precios más elevados. Entre estos colonos se cuentan los primeros que pudieron adquirir segadoras y trilladoras modernas; fueron los que pudieron recoger en tiempo propicio las cosechas propias y beneficiarse luego alquilando las máquinas a sus vecinos. Fueron asimismo los que estuvieron en condiciones de agrandar sus tierras arrendando parcelas de sus vecinos más pobres necesitados de dinero; en

otros casos, cuando algún colono carecía de semilla y de otros medios para cultivar su campo, lo trabajaban ellos por un porcentaje de la producción. Algunos de estos laboriosos campesinos que lograron salir de pobres —muy reducidos en número— también vieron cumplida la aspiración suprema de obtener los títulos de propiedad sobre sus campos. Pero no todas fueron rosas. Se interpuso en su camino de superación la arbitraria resolución de la J.C.A. de no arrendar a judíos las tierras de reserva. Y fueron ellos los más perjudicados por esa disposición, ya que eran precisamente los únicos que estaban en condiciones de cultivar extensiones mayores de campo. De ahí que entre los mismos surgieran, como lo veremos más adelante, los que encabezaron la lucha contra las arbitrariedades de la J.C.A. Los precios de los cereales habrían permitido la mejora, de la situación de los campesinos, en general, si estos no se hubieran vistos precisados a recurrir a los comerciantes y a los créditos que devoraban todo el fruto de sus esfuerzos. La responsabilidad por esta situación recaía en el gobierno, que se negaba a facilitar a los colonos créditos liberales, y fundamentalmente en la J. C. A. con su política de presiones y exacciones injustas.

Tomando como pretexto el aumento de los precios del cereal, la J.C.A. presionaba a los colonos para que hicieran totalmente efectivas sus anualidades; particularmente severa se mostró con respecto a los morosos, de quienes exigía el pago íntegro de las deudas con los intereses acumulados. Así dejó sentir su rigor sobre los sufridos campesinos de la Colonia Lapin, reclamando las nueve anualidades por las tierras yermas de N. Leven, sobre los colonos de otros grupos donde las deudas acumuladas importaban sumas cuantiosas. La J.C.A. demandaba el pago de dos a tres mil pesos, casi el importe de toda una cosecha. Y para apoyar su exigencia recurría a los brutales métodos feudales y oligárquicos del desalojo y el embargo. A causa de ello, 105 colonos debieron apelar la generosidad de los comerciantes, a los onerosos créditos privados, en muchos casos hasta vendían la última bolsa de cereal quedándose sin pan y sin semilla, a fin de saldar sus cuentas con la J.C.A. Esto, antes que el desalojo —decían los colonos—, primero asegurarse el techo, luego veremos cómo salir de las deudas.

Pero no todos lograron salvar el techo. A fin de atemorizar a los colonos de Lapin y de los alrededores, la J. C. A. lanzó al camino, desalojándolos de sus chacras, a los colonos Maguidman y Schwartzman. La empresa colonizadora evidenció un especial interés en desalojar a aquellos colonos que tenían contratos con promesa de venta. La tierra comenzaba a

cotizarse mejor y a la J.C.A. le convenía cambiar los antiguos ocupantes por nuevos, a fin de reevaluar el precio del campo, o bien fundir varias chacras en una sola extensión de tierras para especular con ella en combinación con los terratenientes del lugar. Si colonizaba a alguien era sobre contrato de arrendamiento o en forma condicional. Y así fueron cayendo las víctimas de esa mezquina especulación. En la región pampeana, la viuda de Lisnovetzky fue una de ellas; en grandes chatas, conducidas por matones conocidos del lugar y acompañados por agentes de policía, la viuda y sus hijos fueron violentamente desalojados de la chacra; ocupando el campo quedó otro matón, célebre por sus fechorías, con el deliberado propósito de provocar al yerno de la viuda Lisnovetzky, que ocupaba la chacra colindante, y obligarle a abandonar igualmente el campo.

El yerno, Wolf Sutz, era un colono a carta cabal, honesto y cumplidor, y entrañablemente apegado a la colonización. El nuevo "vecino" recurrió a todos los medios para hacerle la vida imposible. Sus caballos invadían el campo sembrado de Sutz y cuando éste trataba de espantarlos, el matón lo amenazaba con el cuchillo. Sutz comprendió de inmediato qué es lo que se ocultaba tras esa provocación. Se dirigió a la administración y allí formuló su denuncia: "Me quieren desalojar; pues bien, dadme la boleta de desalojo y la firmaré, pero no manden matones a asesinarlos, que mi mujer y yo queremos vivir". Y Sutz abandonó el campo.

El juicio que los campesinos habían entablado por intermedio del Dr. Nissensohn contra la J.C.A. también dio lugar a represalias. Buen número de colonos fue apremiado por el desalojo. Algunos —como los Garmanik— fueron arrojados del campo; otros no quisieron exponerse a las violencias del desalojo y comenzaron a abandonar las chacras por su cuenta. Parte de los mismos trató por todos los medios de permanecer en el agro; buscó tierras fuera de la J.C.A. Pero estas estaban en manos de los grandes terratenientes, los que imponían condiciones onerosas. Los hermanos Garmanik, por ejemplo, se trasladaron a Recaneló, ubicado a 22 leguas, en las profundidades de La Pampa; se pusieron a trabajar sobre la base de porcentajes, con la condición de que el propietario de las tierras instalara un molino de agua; el agua se hallaba a 120 metros de profundidad y su extracción demandaba esfuerzos penosos; el propietario no cumplió, y los hermanos Garmanik sacrificáronse los primeros tiempos extrayendo el agua a fuerza de pulmón con la ayuda de una bolsa de cuero, pero a la postre tuvieron que renunciar. Otros colonos hicieron intentos similares en distintas zonas, pero igualmente

sin éxito. Por las mismas razones que los arrendatarios no judíos se veían obligados a abandonar los predios que trabajaban, los colonos desalojados de "Barón Hirsch" veíanse imposibilitados de afincarse en otras tierras.

Los métodos de la J.C.A. no sólo afectaban a los pobladores de la colonia Barón Hirsch, sino a todos los colonos judíos del país que de ella dependían. Esto condujo a un acercamiento y entendimiento más estrecho entre los afectados de las distintas colonias. Se iniciaron, en consecuencia, acciones comunes dirigidas a interesar en el problema a toda la población judía de] país y del extranjero. Las visitas de los escritores H. D. Nomberg y Péretz Hirschbein, en los años 1922 y 1925, contribuyeron a movilizar e interesar a la opinión pública, determinando cierto aflojamiento en la rigurosidad de los métodos de la J. C. A.

El período de relativa prosperidad, iniciado en el año 20, apenas si duró un lustro. Los precios comenzaron a caer nuevamente; las cosechas empeoraban de año en año; la tierra trabajada no producía más, y los colonos veíanse cada vez más hostigados por los latigazos de la miseria creciente. Esta situación alcanzó su punto crítico en los años 1929-1930, a los que dedicamos un capítulo aparte.

## Capítulo VII

### *EL PUEBLO*

En 1907 completóse el tendido de la vía férrea entre Huinca Renancó y Bahía Blanca., que permitió la vinculación de la colonia "Barón Hirsch" con esa ciudad bonaerense) situada a 222 kilómetros de distancia; por vía Toay, y en combinación con la anterior, alcanzábase ya también la Capital Federal, a 568 kilómetros. No corría ningún tren directo, debiéndose realizar trasbordo en Catrilo. De Rivera partían también dos líneas, una hasta Doblas y la otra hasta Salliqueló, arabas a 70 kilómetros.

Todas las líneas fueron tendidas en dirección a las zonas portuarias. En cambio, no se dispuso ninguna que permitiera por lo menos la vinculación con Carhué, que era cabeza del distrito Adolfo Alsina, al que pertenece Rivera. Plasta 1918, el traslado a Carhué se hacía por medios comunes de transporte. Menos podía aspirarse, por lo tanto, a una vinculación ferroviaria con otras localidades importantes, como Coronel Suárez, Pigué, Tres Arroyos, Olavarría, o cualquier otra ciudad o pueblo que no se encuentre en la dirección trazada hacia los puertos. Esta conformación de la red ferroviaria pone de manifiesto el objetivo y los intereses que la misma servía.

El nombre del pueblo consagra la memoria de Don Juan Ignacio de Rivera que había participado en las históricas asamblea de 1813 y 1816, en las que se echaron las bases de independencia patria y de sus instituciones democráticas. El primer edificio levantado en la localidad fue el de la administración de la J. C. A. Al poco tiempo, los hermanos Shlapacoff y Besedovsky construyeron una casa de cinc a la que trasladaron su negocio que tenían en Boyedarovke.

Pero no fue la J. C. A. ni los primeros comerciantes los que sentaron el fundamento del desarrollo de Rivera.

La J.C.A. única propietaria del lugar donde debía levantarse el

pueblo, obró exclusivamente en beneficio propio.

De acuerdo a cálculos muy aproximados de gente que maneja números, se demostró que la J.C.A. percibió por los terrenos de la zona trazada para el pueblo de Rivera más de lo que le costaron las ciento diez mil hectáreas sobre las que se asentó la colonia Barón Hirsch.

En cuanto a los primeros comerciantes tampoco hicieron méritos de fundadores, por cuánto desaparecían del pueblo con sus negocios, cuando el comercio de hacienda les proporcionaba mayores ganancias, es decir, obraban estrictamente contemplando su beneficio personal.

El desarrollo de Rivera se debe, fundamentalmente, a los hombres de trabajo, a los verdaderos pioneros. Eran los artesanos; los herreros Karabelnikoff y Borovinsky a los que acudían los colonos para arreglar los arados y afilar las rejas. Eran también los hojalateros y maquinistas, como León Sutzky, Socolovsky, Manuel Yuño, Fischkin. Era el talabartero Heiber; el zapatero, Froike Kijel; los peluqueros, Soifer y, más tarde, I. Peker; los albañiles Kopel y Moisés Kuperschmidt y otros; los pintores hermanos Spoliansky; el músico Barkan, que trajo su oficio desde las colonias de Jersón, y que aquí amenizó con su violín centenares de casamientos campesinos.

A todos ellos acudían los colonos judíos y no judíos, para arreglar desperfectos, resolver problemas de la economía campesina y para que satisfagan naturales necesidades de la vida de relación humana. En torno a esos lugares de trabajo fue concentrándose cada vez un número mayor de personas, creando condiciones para la ocupación de nuevos pobladores que habían venido con la esperanza de ser colonizados, pero que chocaron con las limitaciones impuestas por la J.C.A. Entre ellos, contóse cierta cantidad de judíos que habían sido pequeños comerciantes en los poblados europeos y que vieron en el nuevo lugar la posibilidad de dedicarse a su antigua ocupación. Y fueron surgiendo uno tras otro los pequeños negocios. No todos, sin embargo, se hicieron negociantes. Aun cuando la instalación de una tenducha no exigía grandes capitales, hubo quienes carecían de los medios económicos necesarios para ello. Es así como Motl Scholtz, sólo dispuso de recursos para agenciarse un par de caballos y un pequeño carruaje y se convirtió en changador: transportaba las mercaderías de la estación a los negocios.



El comercio fue creciendo poco a poco, pero no tanto por la prosperidad de los negociantes, como por el número de los mismos. Cliente que penetraba a alguna tienducha ya no salía sin haber comprado algo, aun cuando con ella apenas si el dueño obtenía un mínimo margen de ganancia. Los comerciantes vivían de la venta del día y estaban casi siempre ungidos por los vencimientos de pagarés y otros compromisos. De ahí que fuera extendiéndose por las zonas circunvecinas la noticia de que en Rivera se compraba muy barato. Y desde puntos distantes venían alemanes, italianos, españoles y criollos a beneficiarse de los precios bajos. En los alrededores ya había por aquel entonces grandes almacenes; cualquiera de ellos poseía más mercaderías que las existentes en todo Rivera, como el de Roso o Erize; pero no vivían de las ganancias del día; a ellos se veían obligados a acudir los campesinos para comprar a crédito, y es así como dejaban allí el producto de todo un año de trabajo.

Los pequeños comerciantes deben ser incluidos entre los constructores y forjadores del progreso de Rivera. Con su modesto aporte contribuyeron a activar la vida del pueblo. Ahí estaban, por ejemplo, los Schwartzberg, conocidos en la localidad por "Gath y Chaves" porque poseían dos "negocios", pero en los que apenas cabía una persona; en esas tenduchas, se vendía semillas tostadas de girasol, pomada para el calzado y papel para escribir; algún dueño cumplía además las funciones de cobrador de la Chevra Kadischa.

Claro está que también hubo entre los comerciantes los que se dedicaban a la especulación y la usura. Pero en general, Rivera no ofrecía amplio campo de acción a los comerciantes inescrupulosos. Los colonos también tenían en Rivera su mercado. Traían unas cuantas docenas de huevos, el cuero de un animal muerto, cerda de caballo, un par de gallinas, un poco de crema, y con el importe de la venta adquirían los artículos indispensables para el hogar. Algunos de los pequeños comerciantes también salían al campo a vender esas mercaderías y hubo otros que se dedicaban especialmente a esa tarea. Se los llamaba "verduleros", si bien la verdura era lo único que no vendían; gracias a ellos, el colono tenía muy de tanto en tanto la posibilidad de gustar de alguna fruta.

Los profesionales también aportaron lo suyo al progreso de Rivera. El nombre del Dr. Sonnenberg se perfila entre ellos con rasgos peculiares. Llegó al pueblo apenas graduado; apasionado por la medicina, acumuló

profundos conocimientos en el arte de curar e hizo de su profesión un culto. No obstante su natural nervioso, conquistó muy pronto renombre entre la población campesina. Desde los puntos más distantes acudían a él en busca de atención médica y muchas son las vidas que ha salvado con los escasos recursos y precario instrumental de que disponía. Su carácter impetuoso le llevó en cierta ocasión a protagonizar un episodio que lo hizo muy popular entre los rivereños. Fue en 1921; el administrador de la J.C.A., Horovitz, había denunciado el "robo" de la caja-fuerte con veinticinco mil pesos; no hubo en el pueblo quien dudara de que solo se tratara de una artimaña del presunto damnificado. No obstante ello, la policía apresó a unos cuantos peones, entre ellos al judío Kaplan, y los torturó bárbaramente a fin de que se declararan culpables; al tener conocimiento de este hecho, el Dr. Sonenberg irrumpió en la comisaria increpando violentamente a los torturadores y echándoles en cara la infamia de martirizar a hombres cuya inocencia era notoria.

En la nómina de los profesionales capaces que actuaron en Rivera se registran también los nombres de Arón Sas, Berta Freidin, Cabezas, Rivas Diez, M. Lapaco, S. Drucaroff, S. Simkin, Sara Drucaroff y otros.

Rivera se fue convirtiendo paulatinamente en el punto de convergencia de los pobladores de toda la zona. Su intensa vida cultural e institucional atraía la atención e interés de los poblados vecinos y distantes, incluso de localidades importantes. Allí se había fundado la primera biblioteca, las primeras organizaciones gremiales —como la Unión Obrera y la Unión de Empleados—; también se habían organizado los primeros núcleos partidarios de orientación progresista.

Durante la época de la cosecha 1914-15 los obreros organizaron una huelga. Por primera vez supo el pueblo y la zona de ese método de lucha. Los obreros exigían 10 horas de trabajo y libre pensión, es decir, no estar obligados a la pensión del dueño. Después de duras semanas de luchas, triunfó por la amplia y total solidaridad del pueblo y de la colonia.

Las conmemoraciones de los 1° de Mayo, adquirieron desde ese entonces, magnas proporciones. Centenares de obreros y campesinos desfilaban por las calles, enardecidos por las canciones proletarias. Generalmente ocupaban las tribunas hombres de la zona, luchadores por la causa obrera y campesina, sin que faltara, casi siempre, alguna personalidad

del movimiento obrero y político nacional. Esos actos fortalecían la conciencia de clase de la gente de trabajo e imprimían un sello progresista a toda la población laboriosa.

La numerosa población ucraniana daba al pueblo su propio colorido. Eran los peones de los campesinos judíos. Estaban organizados en una institución que abarcaba todas las actividades sociales: educación, grupo filodramático, coro, cuerpo de danzas populares ucranianas. La escuela era dirigida por un maestro ruso, en su propio idioma. Al frente del coro estaba Korobka, peón de un horno de ladrillos. Poseía, además de su agudo oído musical, un bajo de tipo Chaliapin. Su coro fascinaba a toda la población. Cuando se le propuso a Korobka que fuera a la Capital, donde se le abrían todas las posibilidades de abrirse amplio camino, se negó. Hoy, viejo ya, sigue cantando las hermosas melodías ucranianas para sus camaradas.

El cuadro filodramático lo dirigía León Slutzky, enamorado del folklore ucraniano. Cuando el cuadro llevó a escena “Natalka Poltavka”, hubo que repetir la representación durante muchos sábados. Tal fue el éxito. Miguel Pratasjuk mecánico de 22 años, nacido en Rivera, dirigía con verdadera maestría el cuerpo de baile ucraniano. Todos sus componentes, muchachos y muchachas de origen ucraniano, eran peones y obreras domésticas. Con cuanta alegría y talento ejecutaban las danzas que solo conocían por reflejo.

Rivera respiraba aliento vital por todos sus poros; sus calles se mantenían animadas desde las primeras hasta las últimas horas del día; los sulkys, jinetes y peatones dábanle el bullicio y la agitación que caracteriza a las poblaciones prósperas. En los días festivos las representaciones teatrales, los bailes, las reuniones culturales, etc., imprimían nuevas notas de animación y de vida fecunda. Las fechas nacionales eran recordadas con fervoroso patriotismo y las reuniones, ofrecían, además de las celebraciones solemnes, todas las características de las fiestas nativas: carreras cuadreras, carrera de sortija, taba y el gran asado criollo; reuniones estas de las que participaban alegremente todos, judíos, ucranianos, alemanes, italianos, españoles, criollos, etc., fraternamente trenzados en el fervor y el júbilo comunes.

En esta atmosfera de estrecha confraternización entre judíos y no judíos, no faltaron, sin embargo, los intentos provocación antisemita por

parte de ciertos elementos interesados en introducir rozamientos y divisiones en el seno la población. Estos hechos recrudecieron durante el auge de la penetración hitlerista en nuestro país. Elementos foráneos, llegaban de la Alemania nazi para perturbar la fraternal convivencia de la población. Traían toneladas de papeles impresos de contenido racista. Las colonias alemanas, en vecindad con los campos judíos, eran inundadas con esa ponzoña antisemita. Hubo ciertos intentos prácticos de perturbación del normal desarrollo progresista del pueblo y de la colonia. Pero ninguno de esos intentos prosperó, gracias a la influencia y ajustada actuación de los sectores populares de la localidad. Judíos y no judíos trabajaban en común por el progreso de Rivera. Y entre los últimos corresponde destaca algunos nombres. Bernardo Faure, fue uno de los primeros comerciantes de Rivera; su honradez y honestidad le conquistó la simpatía de toda la población. Luis Silveira, durante muchos años funcionario de la Delegación Municipal; dejó impresiones imborrables durante el desempeño de su cargo por el trato cordial, correcto y amistoso que dispensaba a todos. Juan Cejpek, fabricante de aguas gaseosas, hombre laborioso y de natural modesto; participa hasta hoy activamente en la vida institucional riverense, evidenciando especial interés por los movimientos democráticos y culturales.

Abelardo Molina, Juez de Paz vitalicio de Macachín, era gran amigo de todos los colonos judíos que pertenecían a su circunscripción pampeana. Caudillo criollo, de corazón magnánimo y benefactor del hombre. Por centenares contábase los episodios que enaltecían su brillante calidad humana. Todos ellos fueron constructores del pueblo, el que pudo haber alcanzado, gracias a sus esfuerzos y preocupaciones, un mayor desarrollo, si no obraran en su seno los elementos hostiles a su progreso. En primer lugar, como dijimos, la J. C. A., que era la que ponía precios inaccesibles a los terrenos, sin demostrar, por otra parte, interés alguno por el desarrollo edilicio de Rivera. Menos preocupación aún demostraban las autoridades municipales y nacionales.

En el año 1907, la Municipalidad, con asiento en Carhué, habilitó una Delegación en el pueblo, siendo el primer delegado el colono judío Moisés Dreizin. De acuerdo a las leyes municipales, la población elige a los representantes del municipio, siendo la Municipalidad la que designa a sus delegados en las localidades dependientes, los que ejercen el cargo en calidad de funcionarios. Es decir, que Rivera, al igual que las demás poblaciones dependientes de Carhué, no tenía derecho a elegir a los titulares de la

## Delegación.

Hasta 1930 imperaba una relativa libertad democrática en el país. Todos los ciudadanos, gozando de derechos electorales, podían emitir libremente su voto. Pero en la zona de Rivera y sus alrededores, como en casi todo el resto de la República, los electores se veían limitados a votar por candidatos partidarios en cuya previa designación no habían participado. En la zona dominaban los partidos Radical y Conservador, ambos dirigidos por elementos oligárquicos. La población se pronunciaba generalmente por el partido Radical, cuyo lista de candidatos era elaborada por los dirigentes caudillescos. Resultaba así que Rómulo Roso y Erize grandes comerciantes y terratenientes, se iban sucediendo en dirección de la Intendencia. Los campesinos, deudores perpetuos de los nombrados y a quienes debían acudir en procura de crédito, no se atrevían a pronunciarse en contra de sus candidaturas.

Claro está que esos intendentes no podían demostrar mayor interés en el progreso de Rivera. El pueblo se caracterizaba, como queda dicho, por la libre competencia comercial, lo que naturalmente contradecía las ambiciones particulares de esos grandes comerciantes, que controlaban, conjuntamente con los de Carhué, la vida política y económica de la región.

Las calles de Rivera nunca fueron adoquinadas. Hasta 1925, la iluminación privada se basaba en las lámparas de querosene, y la pública combinaba éstas con las de carburo. En el año señalado, capitalistas particulares instalaron una usina eléctrica, lo que determinó cierto mejoramiento; pero al mismo tiempo, quedó al arbitrio de los dueños la fijación de tarifas y el suministro de fuerza motriz para cualquier intento industrial, situación que aquellos aprovecharon en provecho propio y en perjuicio del desarrollo general. Durante ese tiempo, hubo varias iniciativas privadas en el terreno industrial. Hertzberg fué el primero en instalar una fábrica de jabón y luego le imitó Jersonsky; Herschel Chernicoff puso en marcha una fábrica de caramelos y A. Sulkin una de conservas de verduras; funcionó también una fábrica de cestos de botellas. Pero a causa de la crisis y de la despreocupación de las autoridades municipales y provinciales, ninguno de estos intentos prosperó.

Los caminos no tuvieron nunca prácticamente ningún arreglo o acondicionamiento. Sólo en épocas pre-electorales se solía enviar algún

grupo de obreros para rellenar los pozos. Los colonos, sin embargo, debían pagar regularmente por esos servicios inexistentes. Lo hacían no sólo a través de los impuestos generales que regían sobre los productos, sino también directamente mediante el pago obligado de patentes para sus vehículos. Estas patentes representaban una carga suplementaria para las pobres economías campesinas. En aquel entonces se pagaba 15 pesos por un sulky, 20 por un carro, 30 por un carruaje con elásticos. Con frecuencia resultaba imposible pagar esas sumas. En tales casos, se ponían de acuerdo dos colonos y adquirían una patente para ambos. Pero a veces sucedía que los dos debían viajar al mismo tiempo al pueblo; entonces uno de ellos escogía las calles intransitables tratando de escurrirse con su carro en algún patio de una casa conocida; el inspector, empero, se mantenía alerta y con el ojo avizor, y no se dejaba burlar fácilmente; y se trate de ancianos o de niños, conducía a los “infractores” a la comisaría obligándoles a pagar la patente y una abultada multa; para hacer frente a la penosa contingencia, los colonos debían recurrir a los préstamos de los comerciantes y las pequeñas sumas convertíanse hasta el momento del pago —generalmente, después de las cosechas— en cantidades respetables.

Después del golpe de estado del 6 de setiembre, las libertades democráticas desaparecieron completamente. La policía, actuando en consonancia con directivas superiores impuso su imperio en la vida del pueblo, y con tanta más saña por cuanto Rivera se caracterizaba por el aliento y orientación progresistas de sus pobladores. Se realizaron los fraudes electorales más escandalosos y las persecuciones a los opositores políticos, y especialmente a los obreros agrícolas cataban a la orden del día. En 1932 fue terriblemente golpeado y torturado Tobías Herszage, que trabajaba de peón en las colonias; más tarde fueron detenidos y encerrados durante tres días, sin que se les suministre alimentos, los colonos A. Fiskel, Isaac Smetniansky, A. Bradichansky, los que se vieron luego obligados a abandonar la colonia. Muchos otros solían ser citados a la comisaría y amenazados con represiones por su actividad democrática.

Los métodos represivos empleados por los conservadores fueron aplicados con excesos después del golpe de estado del 4 de junio de 1943. El descontento reinante a causa de la política conservadora, les permitió a los dirigentes peronistas conquistar el apoyo de amplios sectores de la población. Sus grandes promesas demagógicas atraían a los que habían subido la brutal y descarada política antipopular de los gobiernos anteriores. Por lo mismo, no

se vieron precisados a recurrir en los primeros tiempos al fraude electoral. Pero, como siempre, tampoco aquí intervenía nadie en la elección de las autoridades y dirigentes. Los jefes peronistas del lugar, siguiendo las directivas de sus jefes superiores, elegíanse a sí mismos sin consultar la opinión popular. La confianza de la primera hora fue disipándose, creciendo el descontento entre sectores cada vez más amplios, hasta el punto de que los dirigentes actuaban ya en los últimos tiempos únicamente con el apoyo y la protección de la policía.

Es evidente la acción nefasta de cierto caudillaje pueblerino, quien había colaborado antes con los conservadores y después del golpe de estado del 4 de junio, se puso al servicio del "nuevo orden". La evidencia más elocuente de la impopularidad de la administración peronista y del descontento que la misma fue provocando entre la población, se ofreció durante los festejos del Cincuentenario. Se temió en esa oportunidad que una celebración de auténtico carácter popular y democrático tuviera derivaciones desagradables para los fines políticos del peronismo. Por lo que un mes antes de los festejos, la policía —reforzada considerablemente por "agentes uniformados y de civil traídos especialmente de La Plata— se dedicó a la tarea de aterrorizar a la población. El mismo día de la celebración —convertida en un simple acto peronista— colonos judíos fueron encerrados en la comisaría.

Forjadores y constructores de Rivera, Milner, padre e hijo, Motl Sitz y Deino, festejaron el cincuentenario en los calabozos.

Durante los preparativos fue detenido también el activo militante progresista M. Roitburd. Su detención se prolongó por más de un año en las cárceles de Dolores y Sierra Chica. El nombre de Roitburd está íntimamente vinculado a los esfuerzos por dotar a Rivera de un eficiente servicio eléctrico, para el desarrollo de la zona, sobre bases cooperativas. (Así mismo, la labor de M. Roitburd en el terreno cultural y de progreso general para la zona, queda fielmente documentada en los anales del Centro Cultural). Varios intentos infructuosos se habían realizado ya en ese sentido; el más serio, pero también fracasado, fue el que propició el entonces gerente de la cooperativa "Granjeros Unidos", Pavé. Recién en 1945, pudo constituirse la Cooperativa Eléctrica de Rivera Ltda.; su concreción se produjo como consecuencia de un planteo justo, consistente en buscar el apoyo de toda la población; en el transcurso de un mes logró suscribirse un capital accionario de \$40.000; en

los trabajos de formación se destacaron además de Roitburd, Juan Cejpek, José Acevedo, Adolfo Sdrauli, Aarón Grinberg, Aarón Fischkin e Israel Borovinsky. Después del período inicial exitoso, que contó con el apoyo general del vecindario, se produjo un estancamiento en razón de no haberse encarado con energía la construcción de una planta nueva, perdiéndose varios años en tratativa con los dueños de la usina existente para comprarles sus instalaciones. Los explotadores del servicio eléctrico aprovecharon el caudillismo de la zona, la inflación, los consejos deliberantes impopulares, para afirmar sus posiciones y aumentar sus ganancias, impidiendo que prospere el proyecto de explotación cooperativa. El año de prisión de Roitburd, al restar su aporte como organizador e impulsor de la empresa proyectada, benefició igualmente a los dueños de la usina.

Rivera ha tropezado en sus cincuenta años de existencia con estos factores negativos que trabaron su desarrollo. Los elementos antiprogresistas, cuyos intereses privados son incompatibles con el avance de la localidad, y la prolongada y persistente política de persecución y represión contra los sectores democráticos, no han podido menos que demorar su progreso. Pero a pesar de ello, no han logrado mantener al pueblo estático y pasivo. A pesar de los obstáculos, fue dando pasos hacia adelante. Su impulso lo fue extrayendo de la primera época, de los pioneros de extracción popular y visión progresista. En aquella época están afirmadas sus fuertes raíces; por ellas fluye la savia fecunda que estimula a los sucesores. Es la inspiración que les alienta en la lucha contra la rémora caduca, para abrirle a Rivera la senda ancha de la elevación y la prosperidad.



## Capítulo VIII

### *LA CRISIS DE 1929/30*

Los años 1929/1930 inician una nueva página en la historia de la colonia Barón Hirsch.

Argentina y todos los demás países americanos —incluyendo a Estados Unidos— y parte de los países capitalistas europeos, fueron sacudidos en esa época por una profunda crisis económica y política. Nuestro país sufría además de la desvalorización de sus productos agrícolas —base fundamental de su existencia—, en tanto que su industria incipiente artesanal en esencia, quedaba paralizada aún antes de haber aprendido a andar.

Gobernaba en el país el gran caudillo liberal Hipólito Irigoyen, figura cumbre de la fracción personalista de la Unión Cívica Radical, que en las elecciones de 1928 había obtenido el 80% de los sufragios. Este partido es de estructura heterogénea, compuesto por elementos de distinta posición social: por un lado, grandes terratenientes y oligarcas, grandes y pequeños industriales y comerciantes, y por el otro, empleados, campesinos y obreros. Y si bien el grueso de la masa partidaria estaba constituido por los humildes sectores Populares, que comenzaban a cobrar conciencia de la necesidad de una industrialización que libere al país del yugo de los países imperialistas, de las garras de los capitales británicos y norteamericanos ansiosos de monopolizar y apoderarse de nuestras riquezas, el gobierno apoyábase y orientábase fundamentalmente sobre los sectores reaccionarios y oligárquicos afines con el partido conservador. Irigoyen, aunque hombre de tendencia liberal e independiente, no se respaldó en las masas populares que lo llevaron al poder, sino en un reducido grupo de elementos oligárquicos de su partido que lo rodeaba y aconsejaba. No adoptó ninguna medida para resolver la crisis creciente que minaba la estabilidad de la nación, ni previó el golpe de estado que el imperialismo yanqui, cabalgando sobre esa inestabilidad, estaba preparando y que, encabezado por el reaccionario general Uriburu, estallaría el 6 de setiembre de 1930 para iniciar un largo período de zozobra nacional y

de asfixia de la democracia argentina.

La crisis general golpeó también a la colonia Barón Hirsch. Pero en forma agravada. 1929 fue un año de terrible sequía, y al fracaso total de la cosecha sumóse la pérdida de buena parte de la riqueza caballar y ganadera a causa de la falta de pasto. Y si bien ese agudo contraste estuvo precedido por algunas cosechas de regular rendimiento, es decir que sobrevino luego de que los colonos hubiesen aprovisionado de pan al país y, tal vez, a buena parte del mundo, sorprendió a los hogares campesinos en momentos cuando carecían de posibilidades de proveerse siquiera de una bolsa de harina y, menos aún, de semilla para la siembra próxima. Que a los colonos les falte la bolsa de harina para subvenir sus necesidades elementales, no era ninguna novedad. Muchos de ellos, a fin de evitar el desalojo o el embargo, se veían obligados a vender hasta la última bolsa de trigo, debiendo luego recurrir a los comerciantes en procura de créditos por los que pagaban altos intereses. Sin embargo, nunca la necesidad y el apremio se dejaron sentir con tanta fuerza como en el año 1930. Puede afirmarse que toda la colonia, con muy escasas excepciones, tuvo que afrontar el amargo problema de conseguir pan para alimentarse, semilla para la próxima cosecha y forraje para la poca hacienda que había quedado todavía en pie.

Esta situación no la sufría únicamente la colonia Barón Hirsch, sino el campesinado de toda la zona. En una amplia extensión, a lo largo de los límites con La Pampa, la cosecha habíase perdido totalmente. Surgió, entonces, un movimiento que abarcó a toda la región tendiente a solicitar préstamos del gobierno para la adquisición de pan y semilla. La Cooperativa "Granjeros Unidos" lo hizo en nombre de la colonia, Barón Hirsch. Fueron enviadas delegaciones a la Capital Federal, y el gobierno accedió a otorgar créditos por intermedio del Banco de la Nación. La Cooperativa logró igualmente que la sucursal de ese Banco en Carhué enviara un empleado a Rivera a fin de diligenciar todas las solicitudes de crédito en forma conjunta y simultánea y evitarles de esta manera a los colonos los viajes y gestiones por separado.

El crédito fue resuelto según las normas de una operación comercial ordinaria. Aparte de suscribir una "prenda agraria"— sobre la, cosecha próxima, el colono ofreció en garantía todo su capital vivo y la totalidad de sus implementos de trabajo. La magnitud del préstamo dependía de la cantidad de hectáreas que el colono trabajaba; se le otorgó una simia

determinada para la compra de semilla y forraje y 50 pesos mensuales para medios de subsistencias; el monto total del crédito no alcanzaba a los dos mil pesos.

Los colonos, un tanto reconfortados, se dispusieron nuevamente a trabajar. El invierno lluvioso, aseguró la recolección de una cosecha satisfactoria, con excepción de algunas regiones que sufrieron de la helada caída el 19 de noviembre de 1930.

Los preparativos para esa cosecha de 1930/31 demandaron nuevas erogaciones especiales. Sin hablar ya de las máquinas, exigidas para la siega, se imponía la renovación de la mayor parte de los elementos de trabajo desgastados por el uso. Por otra parte, la sequía había diezmado a los caballos y urgía una nueva provisión.

Para la recolección de la cosecha, el Banco de la Nación otorgó ciertos créditos para la compra de bolsas y repuestos. Fueron, sin embargo, tan limitados que la mayoría de los colonos vióse igualmente precisada a acudir a los comerciantes particulares en procura de sumas adicionales para afrontar las necesidades imperiosas. La firma Halperin y Karabelnicoff se dedicaba especialmente a estas operaciones con los colonos. Los integrantes de la firma habían sido hasta 1928 funcionarios de la Cooperativa "Granjeros Unidos"; al independizarse, lograron la concesión de créditos importantes que la propia cooperativa no estaba en condiciones de obtener. Aparte de ellos, actuaban otros acopiadores, como la firma Jmelnitzky y Zmud, Jacobo Greis (ex administrador de la J.C.A.), Javkin y Cherevinsky, etc.

En 1931, los precios fueron bajos; el cereal era, en su mayor parte, de calidad inferior. Si bien el colono, al comprar semilla, debió pagarla a 10 pesos la fanega, el trigo obtenido lo tuvo que vender a sólo 5 pesos. La recolección, por otra parte, no fue abundante, de modo que el colono no sólo que no pudo saldar las deudas viejas, sino que las vió aumentadas con otras nuevas. Además estaba obligado a pagar intereses sobre intereses al Banco y a los acopiadores privados.

La J. C.A. dejó de cobrar la anualidad por algunos años, a fin de dar preferencia al Banco. Pero, como se constató más tarde, no se trataba de un simple gesto de deferencia sino de un cálculo intencionado y preconcebido. En la Colonia Lapin había colonos que luego de saldar viejas deudas e

intereses recibieron las "promesas de venta", es decir, comenzaron a amortizar la tierra que trabajaban de acuerdo al antiguo precio establecido por la J. C. A.; pero al dejar de cobrárseles las anualidades y quedar, por lo mismo, en mora con los pagos perdieron automáticamente sus derechos a la "promesa de venta" retornando a la condición de simples arrendatarios. De la misma manera actuó la J.C.A. con todos los demás colonos morosos.

En 1932, la J.C.A. se hizo cargo de las deudas bancarias de los colonos y se dio a la tarea de hacerlas efectivas. Para, ello modificó sustancialmente el sistema de cobranza. Comprendiendo que le resultaría difícil sino imposible obtener dinero del colono, ya que los bajos precios del cereal no le proporcionaban ganancias sino pérdidas, la J.C.A. comenzó a recaudar porcentajes de la cosecha. Cada colono debía entregar el 20 por ciento del cereal trillado, colocándolo en la estación más cercana a nombre de la J.C.A. La administración enviaba empleados para controlar las cosechas y contar las bolsas. Entre los "contralores" de la J.C.A. encontrábase, incluso, hijos de campesinos que habían aceptado esa tarea incómoda y desagradable a fin de ganarse algunos pesos, en los que estaban angustiosamente necesitados.

La situación tornábase cada vez más crítica. Los precios continuamente, hasta el punto de que el colono llegó a recibir por fanega de tres a cuatro pesos, de los que se descontaban 1.40 en concepto de transporte hasta el puerto de Bahía Blanca. El descontento entre el campesinado crecía. En la zona de Tres Arroyos, los colonos negáronse a recoger el cereal de los campos. Levantóse un movimiento reclamando autoridades nacionales a fin de obtener la intervención de la en los precios; en caso contrario, los campos no una mejora serían cultivados. La Cooperativa "Granjeros Unidos" desempeñó un papel importante en ese movimiento, a resultas del cual el gobierno del general Justo se vio obligado a fijar un Precio mínimo de 5 pesos el quintal de trigo. Fue creada igualmente la "Junta Reguladora de Granos" la que, lamentablemente, nada efectivo hizo a causa de la interferencia de los grandes monopolios y la incapacidad de sus dirigentes.

Pero la necesidad y la miseria iban en aumento. Los precios fijados para el cereal distaban mucho de ser compensatorios; los demás productos campesinos, como leche, hacienda, huevos, aves de corral, manteca y queso, daban igualmente escaso rendimiento y en nada podía contribuir al magro presupuesto del colono. Esta situación mantúvose casi sin variantes hasta el

estallido de la segunda guerra mundial.

Las causas apuntadas concurren a darle un carácter alarmante al éxodo campesino. Gran número de colonos vióse obligado a deponer su obstinación de perpetuarse junto al surco y a buscar otros medios de subsistencia. Alguno se instaló con un pequeño negocio en la localidad vecina; otros se dirigieron a las grandes ciudades, como Bahía Blanca y la Capital Federal; hubo los que ingresaron como empleados en las casas de máquinas agrícolas y los que se convirtieron en obreros portuarios o aprendieron algún oficio. La industria, argentina estaba aún poco desarrollada y su demanda de obreros era restringida, por lo que la mayor parte de los que, abandonaron el campo se dedicó al comercio; algunos se hicieron, incluso, "cuenteniques", buhoneros u ofrecían artículos de casa en casa por cuenta de otros. El éxodo de la juventud también arrastró a los padres, particularmente a aquellos que ocupaban las tierras áridas e improductivas de La Pampa; fue así que los grupos Guinsburg y Clara se vieron repentinamente casi totalmente despoblados.

Los colonos que permanecieron en sus chacras fueron endeudándose cada vez más después de cada cosecha. La J. C. A. continuó aplicando el sistema de apropiarse del 20% neto de la cosecha recolectada, asegurado por el control inquisitorial de sus agentes: Esta situación condujo al ensayo de la economía mixta en las chacras, con la que el colono soñaba, facilitar su subsistencia. Y a la dura faena de arar con caballos desnutridos y hambrientos, rastrillar, sembrar, quemar la maleza, recoger la cosecha — trabajo penoso aún en condiciones normales—, transportar las bolsas a la estación cercana a través de caminos arenosos o barrocos, llenos de pozos y de haches, frecuencia a quedar varado en el trayecto con una rueda o tus eje roto, bajo los rigores de una temperatura que llegaba a veces a los 43 grados a la sombra; descargar las bolsas y volverlas a cargar en un carro alquilado y llegar a altas horas de la noche a la estación, dejar la carga en una casa amiga hasta el día siguiente o trasnochar sobre el mismo carro, sumóse ahora la nueva ocupación de la economía mixta consistente en el ordeño de vacas, criar aves y algunas ovejas.

Apenas amanecía, el colono ya estaba en pie y expuesto a los fríos más crudos y tajantes, poníase a ordeñar las vacas; de inmediato dejaba correr la leche por la desnatadora y luego, lleno el tarro de crema, lo transportaba a la estación para, despacharlo a Bahía Blanca, por cuanto aún

no había fábricas de queso en la zona.

Por cada litro de leche el colono obtenía un centavo y medio. Poseía pocas vacas y de calidad inferior que producían término medio de dos a tres cada una; por lo que el colono lograba reunir apenas en el día de 20 a 25 litros. Quedaban los terneros que constituían la ganancia fundamental. Este trabajo convirtió a la familias campesinas en su integridad, desde los adultos hasta los más pequeños, en pastores; los campos carecían de buenas alambradas y había que cuidar continuamente al ganado para evitar que incursionara en los sembrados propios o ajenos.

Los tiempos difíciles endurecieron al colono. Perdió incluso, el miedo al desalojo. Hubo épocas en que la amenaza de desalojo por parte del administrador de la J.C.A. sumía el hogar campesino en la desesperación más extrema; el colono le temía a la ciudad, cuanto más la perspectiva de convertirse nuevamente en comerciante o volver a su antigua profesión de buscavidas; había abandonado el viejo hogar con el sueño de transformarse en un hombre productivo, vivir del propio esfuerzo y evitar que le sigan considerando un pícaro o tramposo. Soportó por ello estoicamente las torturas de los primeros años, sufrió en silencio, y como un verdadero pionero curtióse en la adversidad y en el duro esfuerzo; pasó hambre, resistió fríos, lluvias, tormentas y calores, con plena conciencia de que todo principio exige tenacidad y constancia. Y he aquí que después de tantos años de esfuerzos sobrehumanos, cuando ya había terminado para siempre con la “bruquilla”, exterminado las vizcachas; rellenado los profundos zanjones, le viene el hombrecillo a controlar la cantidad de bolsas que recolectara con tanto esfuerzo, porque no le tienen confianza, que al visitar la administración le grite el funcionario de la J. C. A. como si fuera un muchacho cualquiera y encima le trate de mentiroso y estafador porque se permitió ocultar algunas bolsas para pan; y que no pueda mostrarse ante el comerciante porque no está en condiciones de pagarle lo que le debe; y que deba ocultarse cuando alguien visita la chacra y su mujer e hijos deban mentir diciendo que está ausente.

Entonces, ¿Por qué temer al desalojo? ¿Qué se perdía con eso? Sólo esa vida de penurias y privaciones y nada más que eso. Y el colono comienza a sentirse decepcionado, defraudado; el sueño de vivir una vida digna y honorable se le esfuma entre las manos. Y cuando acompaña a su hijo a la ciudad, ya no juzga con el mismo rigor de antes los defectos del especulador,

del comerciante o del buhonero; y aunque no pierde su hondo amor por la madre tierra, pierde, en cambio, el temor, se vuelve más levantisco y rebelde; ya está dispuesto a expulsar al agente contralor la próxima vez que venga a revisar las bolsas y en la oficina de la administración ya se oye retumbar el golpe en la mesa de un potente puño campesino como respuesta a las ofensas del funcionario de la J. C. A.

El descontento se generaliza. Gran parte de los campesinos más acomodados, algunos ya con títulos de propiedad sobre sus tierras, igualóse durante los años malos con los más pobres y todos aguardan su turno para obtener créditos. Los bajos precios que los compradores monopolistas pagaban por el cereal afectaron a todos, incluso a aquellos colonos que lograron cultivar de 300 a 400 hectáreas, los que probablemente fueron los que mayores deudas contrajeron. Es conocido el caso de Berl Gorer, un viejo colono capaz y de experiencia, que tenía títulos de propiedad enmarcados y colgando de la pared como un regalo para los ojos luego de su larga y esforzada vida de pionero, y que vióse obligado a empeñarlos en el Banco a fin de hacer frente a las grandes deudas contraídas durante las repetidas temporadas infructuosas. Este fue el caso también de Israel Goishen, que logró afirmarse en los primeros años de permanencia en el grupo Leven, luego de haber abandonado Médanos, y a quien las malas cosechas y los precios bajos le despojaron de lo que había ahorrado con penoso esfuerzo. Muy pocos se salvaron. Sólo, tal vez, los que eran más comerciantes que colonos.

## Capítulo IX

### *PEONES EN LA COLONIA*

Con el crecimiento de la economía agrícola creáronse condiciones para el aumento de la fuerza de trabajo. Los colonos ya no podían realizar por sí solos todas las tareas; menos aún durante las cosechas. Las máquinas espigadoras, que se utilizaban entonces para la recolección, demandaban el trabajo de varias personas como mínimo: para la chata, 2 para las parvas, 1 maquinista, 1 ayudante y 1 caballista. Aun cuando hubieran formado grupo de tres colonos y dispusieran de los brazos de cuatro o cinco personas, igualmente debían recurrir a peones para completar el personal indispensable.

En época de siega trabajaba toda la familia, desde los mayores hasta los más pequeños. El chico de 4 o 5 años de edad, siempre que supiera montar a caballo (¿y qué chico de colono no lo sabía?), arreaba de madrugada los equinos al corral y de tarde ayudaba a las mujeres a alcanzar el mate cocido y las galletas a los labradores en el campo. Durante la temporada, la casa campesina bullía de gente. A la mesa tendida, solían sentarse hasta quince personas, cuatro o cinco de la familia y los demás, extraños. La mujer era la única que debía preocuparse de todo, especialmente de tener lista la comida a la hora exacta. La cosecha se prolongaba de 25 a 30 días, y durante este período era el ama de casa la más sacrificada; trabajaba hasta el agotamiento.

Una vez que se hubo segado y emparvado el cereal, se abría un angustioso paréntesis de espera. Se aguardaba a la trilladora. Había pocas máquinas en la zona y todas ellas en manos de los grandes comerciantes. La trilladora hacía su recorrido por los campos siguiendo un itinerario establecido por sorteo. Encanecían los campesinos en ese intervalo de forzosa y desesperante inactividad, especialmente cuando el tiempo era lluvioso (lo que sucedía con frecuencia) y debían observar impotentes como las parvas, el fruto total del gran esfuerzo, se mojaban y pudrían.



En las grandes trilladoras trabajaban unos treinta peones. Ya no dependían del servicio doméstico campesino. Tenían su propio cocinero. La comida, consistente en sopa de puchero, se cocinaba en una olla enorme y se servía en tazones de lata; en los mismos tazones les alcanzaban el mate cocido que, acompañado de galletas, tomaban a la madrugada y al promediar la tarde. El almuerzo, al que se rendía honores al pie de las parvas, no duraba más de 15 o 20 minutos.

El peón obtenía del campesino por su trabajo durante toda la temporada de la siega de 200 a 250 pesos, lo que representaba una suma importante en aquellos tiempos. El que trabajaba con la trilladora ganaba de 6 a 7 pesos diarios, jornal igualmente bueno.

En la historia de la colonización judía, los peones judíos también tienen su página gloriosa. Berl Gorer, que luego se convirtió en colono, fue uno de los primeros en iniciar esa página. En la segunda cosecha, en el año 1906/7, trabajaban ya en la colonia muchos peones judíos. En la Capital Federal, como en todo el país, crecía la desocupación; obreros y artesanos judíos que habían quedado sin trabajo en las ciudades, dirigieron sus miradas hacia las colonias judías. Estas constituían el centro de la vida judía sana y noble en aquella época de crisis y los desocupados fluyeron hacia ellas en busca de trabajo y de un ambiente judío. La colonización marchaba entonces cuesta arriba. Los colonos se sentían sólidamente aferrados a la tierra y los sombríos horizontes de la primera hora estaban adquiriendo profundas tonalidades rosadas. El nuevo elemento que la crisis acarreo de la gran urbe fue muy útil. Muchos nunca habían conocido el duro trabajo muscular; los peluqueros, sastres, zapateros, carpinteros, abundaban entre ellos; se asimilaron al campo como si hubieran sido labradores de cuna.

La mayor parte de los peones llegados de la ciudad casó luego con hijas campesinas, permaneciendo en las chacras y convirtiéndose con el tiempo en verdaderos colonos.

Los peones no sólo participaban del duro esfuerzo físico de la colonización, sino que eran también los propiciadores de la vida cultural y social organizada de la colonia. La primera organización, integrada por 60 peones, fue fundada en 1908, con el objetivo de proteger los intereses de los mismos. Dispuso un registro para que el trabajo se adjudique entre los peones por riguroso turno y creó un fondo social de ayuda para los peones

desocupados. Al poco tiempo formóse también una biblioteca.

El continuo desarrollo de la colonia fue acrecentando la demanda de peones. Lo que coincidía con la afluencia cada vez mayor de nuevos postulantes procedentes de la ciudad. En época de cosecha solían concentrarse de este modo en las colonias varios millares de trabajadores. Como queda dicho, los recién llegados desconocían las tareas agrícolas. Se trataba mayormente de inmigrantes judíos, originarios de Rusia, Polonia, Lituania y Rumania, que habían arribado al país antes de la primera guerra mundial, ansiosos de rehacer sus vidas en las amplias llanuras argentinas y, particularmente, en el seno de las colonias judías.

Al llegar esta nueva corriente de trabajadores, la organización de obreros agrícolas creada en 1908 ya no existía más. En 1916 se fundó una "Unión Obrera", pero estaba constituida en su mayor parte por artesanos y empleados y no contemplaba la defensa del obrero agrícola. De modo que la gran masa de recién llegados dependía exclusivamente del favor de los colonos. En vísperas de la siega, el colono bajaba al pueblo en busca de peones. Los candidatos formaban grupos cerca de los negocios y, especialmente, al lado de la cooperativa, aguardando ser agraciados por la suerte. El colono solía escoger, naturalmente, a los más fornidos. Y fracasaba con frecuencia en la elección. Porque sucedía a veces que el físicamente más desarrollado resultaba poco práctico para las tareas agrícolas. Gran parte de los colonos se mostraba paciente y tolerante ante la incapacidad de los peones, y gracias a ello convirtieron éstos con el andar del tiempo en los mejores obreros del campo y, más tarde, en colonos auténticos. Otros, en cambio, no demostraron idéntico espíritu de tolerancia; eran mayormente los de "habla rusa", diríamos los pretendidos "aristócratas" de la colonia, que se traían de vuelta al otro día a los peones incapaces sustituyéndolos por rusos; y polacos no judíos.

Esta actitud provocó una violenta reacción por parte de cierto sector del proletariado campesino judío que planteó la exigencia de que los colonos judíos ocuparan únicamente obreros de ese origen. Esta lucha tomó estado público en el seno de la colectividad israelita, siendo recogida por el periódico "Der Avangard" que tomó la defensa de los colonos judíos.

Gran parte de los recién llegados se mostró tenaz, enfrentando y superando todas estas dificultades. Con el correr del tiempo fueron

colonizados por la J.C.A. en Bernasconi y asimismo en la colonia "Barón Hirsch". Bastaría, como ejemplo, la mención de Moisés Kaplinsky que se convirtió no sólo en un colono, sino también en activo dirigente del movimiento cooperativista. Agreguemos a ello dos hechos más que ponen de relieve la tenacidad y obstinación de estos peones por transformarse en permanentes y productivos trabajadores agrícolas.

La J.C.A. no colonizaba a solteros. Era un principio rígido que había establecido desde el inicio y tal vez, con razón, ya que la soledad no era ninguna garantía de permanencia y arraigamiento. La colonización se basa fundamentalmente en la convivencia y colaboración familiar; cada miembro de la familia tiene su función específica en el trabajo de campo. Sin embargo, ningún principio puede mantenerse inflexiblemente cuando choca con una realidad determinada; debe adquirir cierta elasticidad a fin de dar solución a contradictorias situaciones de hecho. Es lo que sucedió con el riguroso ucace de la J.C.A. de no colonizar a hombres solos. La mayoría de los peones de la colonia "Barón Hirsch" eran solteros; entre ellos formáronse trabajadores capaces que resolvieron permanecer en la colonia; hicieron el trabajo de peones durante algunos años y ahorraron algunos pesos para instalarse de alguna manera en alguna chacra; los solteros aspiraban, entonces, a colonizarse, pero ¿qué hacer con el rígido principio? Dos de ellos, Aizik Marchevsky y Berl Gorer resolvieron hacerle una visita al administrador de la J.C.A., señor Mauricio Guesehneroff, para pedirle tierra. Gorer estaba noviado por aquella época y tenía algunas esperanzas de éxito; Marchevsky, empero, carecía de este argumento, por lo que le contó al administrador que tenía mujer y dos hijos que vivían transitoriamente en casa de un buen amigo suyo, el colono Guralnik. El administrador conocía perfectamente a los dos peones y no ignoraba su verdadero estado y situación, pero también sabía que se trataba de dos obreros excelentes y que serían igualmente buenos colonos. Gueschneroff escribió, por lo tanto, a la dirección central en Buenos Aires informando que Berl Gorer y Aizik Marchevsky tenían familia y los colonizó de inmediato.

Suerte tuvo la colonia "Baron Hirsch" de que su primer administrador fuera Mauricio Gueschneroff. La J. C. A. no puede sentirse muy orgullosa de sus administradores, pero Gueschneroff figuraba entre las raras excepciones. Fue un hombre comprensivo y sensible, dotado a la vez de una clara conciencia social. Interpretó con justeza los amplios alcances de la colonización judía en la Argentina y aspiró a que se afirmara y consolidara.

Para él, los principios de la J.C.A. no eran cosa sagrada; la colonización, en cambio, sí. De ahí que en más de una ocasión no haya vacilado en trasponer las normas burocráticas de la J.C.A. en lo referente a la colonización de solteros, cuando los consideraba elementos sanos y aptos para arraigarse en el campo. Y por cierto que en los casos de Gorer y Marchevsky, el administrador Gueschneroff estuvo en lo justo. Ambos se transformaron en colonos excelentes y ocuparon con el tiempo un lugar destacado en la vida social campesina, luego de sufrir durante largos años las tremendas penurias del alumbramiento de la colonización judía.

## Capítulo X

### *LA MUJER*

Si el iniciarse en la nueva vida sobre las amplias llanuras argentinas, bajo el cielo extraño de un país totalmente desconocido, le resultó penoso al hombre; doblemente penoso le resultó a la mujer.

Sus penurias comenzaron mucho antes de llegar a las playas platenses. Ya habían comenzado allí lejos, en los poblados y aldeas ucranianos. Y aunque su opinión no fue escuchada ni tomada en cuenta en las asambleas donde se discutió el problema de la emigración a la Argentina, sus esfuerzos y sacrificios fueron aceptados, sin embargo como una cosa natural.

En muchos casos, los hombres habían partido solos al distante país a fin de comprobar primero con los propios ojos las doradas promesas y luego traer a sus familias. La mujer, con niños pequeños o ya crecidos, debió convertirse de inmediato en la sostenedora del hogar, y, luego, hacer frente sola, sin ayuda de nadie, a los preparativos del viaje y a la larga y accidentada travesía. Liquidar lo que se podía, si es que algo quedaba para liquidar, embalar lo necesario (el marido le había escrito que llevara consigo todo lo que fuera posible, porque todo sería útil), y con los chicos, a quienes justamente en el barco se les ocurrió contraer todas las enfermedades infantiles, largarse al camino interminable, temblorosa y esperanzada, hacia el edén prometido. Todo le resultaba grato, todo lo aceptaba buenamente, con tal de liberarse con el marido y las criaturas del sombrío infierno antisemita de la Rusia zarista. Igualmente, la perspectiva de poder trabajar junto a otra gente un pedazo de tierra la llenaba de júbilo. Y todo ello hacía superar en ella el temor por los hombres barbaros del “país salvaje”, sobre los cuales corrían toda clase de versiones.

Tanto la mujer que había acompañado al marido, como la que vino después, soportaron con estoicismo y valor de pioneras la terrible etapa inicial de la colonización judía sobre tierra argentina.

Dispuesta estuvo a acogerlo todo ecuánimemente, pero el primer encuentro con la realidad no pudo menos que provocar en ella profunda decepción y desasosiego. Los campos todavía no estaban mensurados ni preparados en absoluto para recibir a las familias campesinas. Se rumoreaba, incluso, que la compra de las tierras aún no había sido legalizada. ¿Por qué, entonces, los apuraron tanto?

Del pueblo de Rivera ni siquiera existía el nombre. Ni un rancho, ni una mísera tenducha, ni la huella de un camino. Decenas de familias debieron instalarse en el gran galpón; paredes de sábanas separaban a una familia de la otra.

Cocinar, lavar, bañar a los chicos, tareas cotidianas y comunes, convirtiéronse de pronto en un motivo de seria preocupación para la mujer. Escaseaba el agua; no había donde y con qué hacer fuego; con frecuencia, faltaba con qué poner la olla. Pero la mujer lo soportaba todo con entereza, aceptándolo como un inevitable período de transición hasta el feliz momento en que les fuera entregada una parcela donde podes levantar un techo.

Y esta dura tarea de habilitar y arreglar un hogar también recayó sobre la mujer. El hombre, con su pobrísima experiencia campesina y aún más pobre ayuda de la J.C.A., estaba totalmente absorbido por su nueva y, para él, difícil ocupación.

La mujer y los pequeños cavaban la tierra, cargaban pesados baldes de agua, mezclaban con los pies el barro y la paja para el adobe. Resultaba, a veces, tener que hacer el adobe en un campo ajeno donde ya había un pozo de agua, y luego era necesario transportar la pesada carga sobre maderas o chapas de cinc unos cuantos kilómetros hasta la propia chacra. No pocas veces, la lluvia, inmisericorde disolvía el adobe con tantos esfuerzos fabricado, y con lágrimas en los ojos se empezaba tenazmente de nuevo.

Quién sabe si la más lujosa y hermosa de las mansiones fue alguna vez recibida con tanta alegría como ese ranchito diminuto y bajo con sus minúsculas ventanas y puertas estrechas.

Gracias a las manos hábiles y tiernas de la mujer, la oscura casucha de barro convertíase pronto en el más luminoso de los destellos en la

inmensidad del campo abierto. Blanqueadas las paredes, rellenos y aplanados los pisos de tierra con una mezcla de barro y estiércol, el moblaje —en su mayor parte cajas y cajones de madera— recubierto de una artística toalla ucraniana o bien de papel recortado, y la mansión campesina estaba lista.

Razón tenía el fallecido cooperativista e hijo de colono Marcos Vortman, cuando afirmó años más tarde en un congreso campesino, realizado justamente en Rivera, que la pobreza del colono se deja ver no bien se entra a su patio, pero dentro de la casa ya no es tan visible, porque la mujer trata por todos los medios de disimularla. Y era verdad; el cultivo de este difícil arte de embelecar la pobreza le demandaba a la mujer interminables horas de esfuerzos y fatigas.

Alejados de todo centro civilizado, sin posibilidades de conseguir lo indispensable para el consumo familiar, los problemas domésticos de la mujer iban acumulándose sin perspectivas de solución. El poco dinero en efectivo que habían traído del viejo hogar debió ser invertido en la compra de implementos de labranza. Lo primero que hicieron fue adquirir caballos y un carro (hubo los que habían traído consigo sus carros, de los que ha quedado hasta ahora el nombre de "carro ruso") y se iban a ganar algunos pesos en las cosechas de otras colonias, como en Coronel Suárez o Carlos Casares.

Las vivencias de la mujer en ausencia del marido eran terribles. El temor por el gaucho "salvaje", acerca del cual había escuchado tantas leyendas fantásticas, la mantenía en permanente sobresalto; el más leve de los ruidos del campo la hacía estremecer de angustia. Más tarde hubo casos, en que esos mismos gauchos "bárbaros" traían a la casa campesina, por compasión o simple generosidad, el obsequio de medio cordero o un pedazo de sabrosa carne de ternera, como sucedió en la colonia N° 4.

Lamentablemente eran obsequios inútiles. Porque no bien desaparecía el gaucho, se enterraba la carne profundamente. ¿Quién cometería el sacrilegio de comer carne "impura", carne "trifá", Y como aún no había matarife, las familias campesinas se pasaban, en efecto, semanas enteras sin probar carne.

Claro está que esto sucedió en los primeros años. Con el andar del tiempo, la presencia o ausencia del matarife dejó de constituir un problema

para, la mayoría. Y hay que reconocer que fue la mujer la que dio los primeros pasos en este terreno. Fue también la mujer la que obtuvo que los niños no fueran los días sábados a pie, sino montados, a buscar los caballos para abrevarlos o a encerrar los terneros. Sin darse, seguramente, cuenta ella misma, fue dejando poco a poco de lado arcaicas costumbres y tradiciones; la salud de sus hijos, amenazada por la ausencia de carne y los riesgos de arrear a pie a las bestias todavía indómitas, pudo más que las ancestrales leyes religiosas, y fue así como introdujo los primeros indicios del libre pensamiento en la vida de la colonia.

La vida de la familia recién llegada estaba llena de dificultades. Desde el amanecer hasta las altas horas de la noche, la mujer estaba atareada. Debía preocuparse, sobre todo, de alimentar a los suyos; a veces faltaba lo indispensable, y cuando ya había can que poner la olla se planteaba el problema del fuego. Mucho más tarde comenzaron a ir al lejano monte en busca de leña, pero en los primeros tiempos debían recoger maleza seca, que pinchaba y desgarraba las manos, o estiércol de vaca que una vez seco se convertía en combustible. Y, sin embargo, las mujeres hacían maravillas; con ese combustible improvisado calentaban el horno hogareño, del que luego salía como por arte de encantamiento no sólo el sabroso pan, sino las más exquisitas tortas y bizcochos para sí y para agasajar a las visitas.

Tampoco el vestir a la familia le resultaba fácil. En el trabajo campesino, la ropa se desgasta rápidamente; se ensucia de grasa, se desgarran en las alambradas; a los pequeños en crecimiento les va quedando chica; las muchachas ya crecidas exigen vestidos adecuados. Lo que se había traído ya está varias veces en desuso; comprar ropa nueva, no había con qué ni tampoco dónde. Entonces la mujer se pasa noches en blanco, porque el día le resulta chico, y a la luz de una primitiva lámpara de querosene, arregla, surce, transforma, a fin de que el marido vista decentemente y los chicos no vayan haraposos.

Pero todos estos problemas se desvanecían ante la urgencia de otros mucho más serios e importantes. Uno de ellos era la falta absoluta de asistencia sanitaria. Es fácil de imaginar, entonces, las angustias de la madre cuando un chico caía enfermo. Carhué era el punto más cercano donde había un hospital. Y ya vimos en qué tremenda aventura se convertía el viaje hacia allí en aquellos primeros tiempos. De ahí que no pocas veces se registraran en los hogares campesinos desgarradoras escenas de desesperación e



impotencia. Una criatura —de la familia Ratuschny— fue la primera víctima de ese desamparo; fue el trágico y doloroso tributo inicial en aras de la incorporación de judíos rusos a la familia del campesinado argentino.

Por las mismas razones, la salud de la propia mujer misma estaba expuesta a los mayores peligros. Durante todo el período del embarazo y en el parto mismo carecía de la mínima atención médica. Una vecina o una mujer de edad la atendía en esos graves trances.

Larga es la lista de cargos que los colonos tienen contra sus colonizadores, pero bastaría este solo, el de la despreocupación absoluta por la salud de la familia campesina, para condenarlos definitiva e irremisiblemente. Este hecho basta de por sí para poner claramente de relieve el desprecio que los grandes accionistas de la empresa del Barón sentían por la vida de los humildes trabajadores del surco y sus familias.

Años más tarde fundóse en Rivera el hospital "Dr. Yarcho". Está demás decir que son las mujeres las que se preocupan hasta el día de hoy de que no falten allí sábanas, colchas Y los elementos indispensables para el enfermo.

A todas las dificultades que debía enfrentar la mujer campesina, agregábase también las que se vinculaban con el envío de los chicos a aprender las primeras letras. El marido, como queda dicho, estaba entregado a la tarea de cultivar el campo, la que ciertamente no le resultaba fácil; y era nuevamente la mujer la que debía velar por la educación de los hijos. En los primeros tiempos, constituía un problema serio. Sea porque todavía no se habían acostumbrado a dejar que los chicos se alejen montados más allá de los límites de la propia chacra o, tal vez, porque tampoco sobraban los caballos, lo cierto es que los pequeños debían recorrer a pié varios kilómetros para llegar a la sedicente "escuela" instalada en una casa "ad hoc" donde el mismo maestro les enseñaba tanto el idisch como el castellano.

La madre, por más ocupada que estuviera, acompañaba al chico o a los chicos un buen tramo del trayecto hasta que se encontraban con otros compañeritos en cuya compañía los dejaba. Y cuando se acercaba la hora del retorno, la madre permanecía largo tiempo en el camino aguardándolos. Cierto es que ningún riesgo corrían, pero la idea de que estaban viviendo en una zona extraña y salvaje obsesionaba a la familia campesina.

Con la erección de escuelas estatales en las colonias, el problema se alivió naturalmente. Pero para el chico, no así para la madre. La mayoría de las veces es ella la que lleva los chicos a la escuela y los va a buscar. El trayecto no se hace en automóvil —que aún hoy son escasos en la colonia—, sino en un sulky o un carrito. Hay que atar y desatar los caballos, lo que insume un tiempo precioso, y si se considera que es la mujer la que debe cargar casi exclusivamente con los trabajos de la casa y del patio, fácil resulta imaginar el tremendo esfuerzo que aquello le demanda. Y aún en los casos cuando los mayorcitos se dirigen a la escuela en compañía de los hijos de los vecinos, de a cuatro o cinco en un sulky, o de a dos o tres en un caballo, tampoco se siente aliviada la madre. Los caminos están llenos de pozos, el sulky salta rechinando de una zanja a la otra, y parece que poco falta para que todo ruede deshecho por el suelo, las ruedas, el sulky, los chicos; y hasta que no se los ve de vuelta sanos y salvos, la inquietud no desaparece.

La lucha a brazo partido con la naturaleza sumábase a todo este cúmulo de problemas y preocupaciones. La sequía, el granizo, la langosta, la helada. Miles de proyectos, esperanzas y sueños quedaban resecos, devorados, congelados. El fruto de un largo año de fatigas y esfuerzos destruía en un solo día, a veces en una sola hora. La mujer, la más: débil y sensible, era justamente la que consolaba y alentaba al marido, impulsándolo a reiniciar la lucha.

No es por lo mismo extraño que todos estos problemas cotidianos, grandes y pequeños, amenazaran con absorber totalmente a la mujer llevándola a la pasividad y la indiferencia por todo lo que era ajeno a su quehacer diario. Incluso el marido, claro está que sin malicia, tomaba el aislamiento de la mujer como una cosa natural. Resultaba sumamente cómodo y grato desatar los caballos del arado o retornar del pueblo y entrar en la casa limpia y reluciente, encontrar preparada una palangana de agua fría para refrescarse, la comida lista, los chicos arreglados, las gallinas y los pollos alimentados, agua fresca en todos los recipientes y bebederos, y con frecuencia los terneros aislados y encerrados para que no se mamen la leche de las vacas. Todo muy agradable y como uno lo desea, pero no como debería ser. La mujer no se conformaba con eso, y comenzó a buscar para sí un lugar en la vida institucional en desarrollo.

Sus primeros pasos en este sentido fue la creación de la, "Sociedad de Damas", cuya actividad se concretaba en procurar ayuda a las familias

necesitadas, especialmente en casos de enfermedad, a fin, de facilitar el viaje del enfermo a la Capital Federal para curarse; los tiempos eran malos y la falta de dinero en la casa campesina era un fenómeno corriente. También halló tiempo disponible para realizar colectas en beneficio de instituciones filantrópicas de Buenos Aires, como el Hospital Israelita, el Asilo de Huérfanos y Ancianos, la Liga contra la Tuberculosis y otras.

No hubo en las colonias ningún dominio de la actividad cultural o social en el que no participara activamente la mujer. Así en las representaciones teatrales —con las que se destacaba especialmente la colonia Lapin—, la mujer fue un elemento decisivo e imprescindible. En invierno, en los fríos más crudos, mujeres con pequeños en brazos concurrían a los ensayos luego de una fatigosa jornada doméstica. Asimismo en las veladas literarias, con las que se hizo célebre la colonia Montefiore N° 2, más conocida por el nombre de Tres Lagunas, la mujer daba su aporte significativo.

Serio e importante fue el trabajo solidario que con anterioridad había desplegado en ayuda de las víctimas de la primera guerra mundial. Sus sentimientos por los que habían quedado en la Rusia zarista y sufrido, además, las devastaciones de una guerra, eran de tan profunda simpatía y tan noblemente generosos, que no escatimó esfuerzos para hacerles llegar su solidaridad; no sólo confeccionaba para ellos ropa y les enviaba todo lo que le era posible, sino que incluso hubo casos en que espontáneamente se donaba el último y único anillo o prendedor, vinculado a recuerdos entrañables e íntimos, para los seres queridos que sufrían en la tierra distante.

Pero tanto este trabajo, como el que se relacionaba con el hospital, la "Sociedad de Damas" o las instituciones de la Capital Federal, era de carácter filantrópico y se desarrollaba, por lo mismo monótonamente, sin insuflarle a la vida campesina intensidad, fervoroso entusiasmo ni contenido trascendente. La literatura progresista y avanzada que comenzó a llegar poco a poco a la colonia fué ganando con su mensaje esclarecedor y su honda espiritualidad la adhesión de la mujer campesina; ésta fue tomando contacto cada vez más estrecho con los problemas del mundo exterior, de los que dependían su futuro y el de los suyos. Y es así como fue dable ver a la mujer campesina participar activamente en una labor ayudista que no estaba directamente vinculada con una institución judía ni revestía un carácter filantrópico; fué su admirable acción de solidaridad con el pueblo español, en cuyas pacíficas e

inocentes ciudades y campiñas, las hordas pardinegras experimentaban sus diabólicas armas de destrucción en masa.

La mujer campesina comprendió que del triunfo o derrota del pueblo español en lucha por su libertad, dependía indirectamente la tranquilidad y seguridad de su propio hogar. Y a esa grande y justiciera causa aportó generosamente y sin limitaciones su emocionado tributo.

También tomó parte activa en la organización sionista femenina "WIZO". Pero esta entidad desarrollaba generalmente y la mayor parte de su actividad en el pueblo de Rivera. Y aunque después del establecimiento del Estado de Israel logró ampliar y consolidar su hasta entonces asaz débil labor, nunca pudo concentrar en torno suyo a una cantidad importante de mujeres, y menos aún de las colonias.

El punto culminante de la actividad conscientemente solidaria de la mujer campesina fue alcanzado, sin duda, durante la campaña de ayuda a las naciones aliadas en lucha contra la bestia nazi. Hizo méritos para que su actuación se registre en la historia de la colonia Barón Hirsch como uno de sus momentos más dignos y luminosos.

Corre el año 1942. En el lenguaje campesino se trata de un "año negro". Ya se está a fines de octubre, y los campos aparecen totalmente negros. El cielo, mudo. Los ventarrones soplaban con tanta furia que parecía que de un momento a otro arrasarían las chacras y las traspasarían a otro lugar. En uno de esos días, en la colonia Tres Lagunas, en el local donde había funcionado la escuela judía, reunióse un grupo de mujeres y constituyó el primer comité femenino de ayuda, a los aliados. A partir de ese día, y no obstante la mala cosecha, la colonia revivió espiritualmente. Algo más tarde, se repitió en Lapin, en los grupos cercanos a Rolón y también en el pueblo de Rivera. Confeccionaron ropa, tejieron tricotas, algunas mujeres, medias, y las muchachas, echarpes. Y decenas de bultos partieron para el lugar de la lucha llevando las bendiciones maternas de la mujer campesina y sus emocionados votos por una rápida victoria.

Pero la mujer campesina no sólo halló tiempo para coser y tejer, sino también para desplegar una intensa e importante acción de esclarecimiento. Se organizaron pic-nics, exposiciones, veladas literarias, asambleas, conjuntamente con la juventud y con los hombres, y en todas estas

actividades la mujer se destacaba en el primer puesto. Ni los fuertes calores ni los fríos invernales fueron obstáculos para ella. En sulkys y carritos, salían de a parejas, y recorrían las chacras, sin hacer excepciones, recolectando, esclareciendo.

Paralelamente a este trabajo, la mujer campesina fue creciendo también espiritualmente; poco a poco elevase en su propia estimación y se afirma su confianza en sus propias fuerzas, torna plena conciencia de la importancia de su aporte en la vida general de la colonia y de la comunidad.

No obstante el gran progreso alcanzado por la mujer campesina en la vida social e institucional, quedó, sin embargo, rezagada en el terreno de los específicos problemas agrarios. Ciertamente es que los comprende clara y conscientemente, pero no participa en su solución. En las cooperativas, por ejemplo, no es más que una compradora. En las asambleas, que se caracterizan en las últimas décadas por sus debates apasionados, no es más que una espectadora. En los congresos anuales de la "Fraternidad Agraria" su ausencia es absoluta. Ni en los años trágicos de los desalojos, cuando estaba expuesta a ser arrojada con su familia y sus humildes pertenencias a los caminos, ni en los años tumultuosos de las luchas organizadas, se dejó oír.

Hay que señalar, sin embargo, que en este fenómeno también obró, y con mucha fuerza, un factor intencionalmente malicioso. Los que estaban interesados en debilitar el movimiento contra la J. C. A., que eran a la vez los que durante un largo período dominaron la vida campesina organizada, se esforzaron por crear un clima de menosprecio hacia la participación de la mujer; no le daban acceso a la actividad social específica y la ignoraban como elemento igualmente interesado en la solución de los problemas generales; temíase que su participación activa fortaleciera la ola de descontento campesino y la lucha por sus justas reivindicaciones. ¿Sería exagerado suponer que la participación organizada de la mujer habría apresurado la conquista de la colonización de los hijos e impedido que corrieran a la ciudad en busca de alguna ocupación?

Después de los hijos fuéronse las hijas, y tras ellos muchos padres. Colonias enteras quedaron despobladas. ¿La participación activa de la mujer en las luchas gremiales del campesinado no habría contribuido, tal vez, a que toda la obra colonizadora cumpliera un destino muy distinto al que se observa en la actualidad?

Lamentablemente, esa injusta actitud con respecto a la mujer campesina no ha desaparecido del todo todavía. Ni en los festejos del cincuentenario de la colonia Barón Hirsch ni en 50 años de lucha sobrehumana, se le ha dado a la mujer el lugar que le corresponde, a pesar de que su aporte linda con el heroísmo.

Y aunque sus nombres no figuran en este capítulo especial que les dedicamos, todos ellos merecerían ser recordados y grabados con letras doradas en la historia de la colonización judía en la Argentina y, muy particularmente, en la de la colonia Barón Hirsch.

## Capítulo XI

### *LA JUVENTUD*

La participación de la juventud es un factor importantísimo en el desarrollo y progreso de toda organización o iniciativa. Es una ley natural; el organismo tiene que renovarse, asimilar sangre y aliento nuevos, para poder subsistir. El adulto aporta a la organización su seriedad, experiencia y sentido práctico; el joven, su dinamismo, vigor y entusiasmo; en la armónica colaboración de ambos está la raíz del éxito y la seguridad de la permanencia.

En las organizaciones judías no ha sucedido así. La juventud no tuvo prácticamente acceso a la vida económica general de las colonias ni se le dio intervención en la solución de sus problemas.

Quien primero aisló a la juventud y trató por todos los medios de desvincularla de la realidad económica campesina fue la J.C.A. La disposición de no colonizar hijos o yernos de colonos (los yernos eran en su mayoría peones, experimentados trabajadores de la tierra), había dejado sin perspectivas al elemento joven. Sólo dos excepciones se produjeron al fundarse la colonia "Barón Hirsch"; la J. C. A colonizó a dos yernos, uno fue León Yesevich, yerno del delegado Motl Chorne, y el otro, León Dimenstein, yerno del delegado Abraham Schlapacoff.

La empresa colonizadora se mantenía aferrada a su principio antijvenil. Se negaba sistemáticamente a recibir delegaciones de jóvenes; su arbitrariedad llegaba al extremo de no reconocer al hijo del colono, que era el que virtualmente conducía la economía de la chacra, autoridad para entender en los asuntos relacionados con la administración. La presencia e intervención personal del padre era obligatoria e insustituible, aún cuando éste fuera anciano, enfermo y la chacra se encontrase a decenas de kilómetros.

En casos de fallecimiento del padre, sólo se reconocía la presencia

de la viuda. Esto sucedió, por ejemplo, con Clara Lisnovetzky, a la muerte de su marido Herschl; el verdadero colono era el hijo, Nojem, pero en los registros de la J.C.A. y de la cooperativa fue asentado el nombre de la viuda, y fue la anciana la que debió soportar penosos trajines para realizar tramitaciones y firmar documentos y escrituras.

El mismo principio antijuvenil de la J. C. A. fue aplicado también en la cooperativa, que era prácticamente la única organización gremial campesina en la colonia. En la cooperativa sólo tenían derechos los socios, y socios podían ser únicamente los padres, los dueños de las chacras; los hijos no tenían autoridad para realizar ninguna clase de operaciones o trámites en la cooperativa. Entre muchos, recuérdase el caso del colono Jacobo Greis, de Lapin, un hombre quebrantado y enfermo, que hacía años ya que había confiado total y definitivamente la conducción de la chacra a su hijo Isaac, y que se vio obligado a recorrer los 40 kilómetros intransitables hasta Rivera para firmar unos papeles en la cooperativa porque no se permitió que fuera sustituido por su hijo.

Tal era la tendencia de desvincular a los jóvenes y desconocer sus derechos, que hubo colonos, influenciados por ese clima, que prometían a sus hijos porcentajes por el trabajo como si se tratara de extraños. Pero después de las cosechas, cuando lo obtenido no alcanzaba para amortizar las deudas y pendía la amenaza del embargo o del desalojo, el hijo ya no se acordaba de los porcentajes y su sola preocupación era la de salvar la chacra del derrumbe.

La discriminación contra los jóvenes imperante en la primera cooperativa "Barón Hirsch", también tuvo su vigencia en la segunda, la "Granjeros Unidos". Un caso característico a este respecto fué el registrado en 1932, en oportunidad de realizarse una asamblea campesina; los dirigentes de la cooperativa habían recurrido a la policía para impedir la entrada al salón de los hijos de colonos Arke (Aarón) Fiksl, Itzl (Isaac) Smetniansky, Isaac Greis, Benjamín Rosch y otros, porque temían que hicieran uso de la palabra; sólo ante la insistente exigencia de los asambleístas se les permitió presenciar la reunión, pero bajo vigilancia policial, con la condición de que no hablen.

Fue este un principio vigente no sólo en la colonia Barón Hirsch, sino en todas las colonias judías dependientes de la J. C. A. ¿Fue esto casual? ¿Fue acaso un simple error, como se quiere interpretarlo ahora, el que la J. C.



A. y las cooperativas, cuyos primeros dirigentes estaban íntimamente vinculados a aquélla, no dieran lugar a la juventud? Por cierto que no.

La J. C. A. sabía perfectamente que los verdaderos trabajadores eran los hijos de los colonos. Gran parte de los mayores, que ya habían venido quebrantados desde Europa, no se adaptaron tan rápidamente a la nueva vida ni llegaron a acostumbrarse al caprichoso clima pampeano, el que los debilitó mucho más aún. Y fueron ellos, los malhadados e inexpertos, los que más fácilmente se dejaban dominar por la amenaza del desalojo, los que menos resistencia ofrecían a las arbitrariedades de los colonizadores. Sólo más tarde, cuando los hijos ya crecidos pusieron a trabajar, cambió fundamentalmente la situación, y los "viejos inservibles", como se los juzgaba en la administración de la J. C. A., convirtieron en colonos capaces y cabales.

La J. C. A. sabía perfectamente quiénes eran los auténticos hombres del surco, cuál era el probado y experta elemento campesino; sin embargo, prefería colonizar a hombres incapaces y sin ninguna experiencia, sencillamente porque suponía que eran más manejables.

La juventud representaba el dinamismo y la habilidad en el trabajo, pero también encarnaba la frescura y el empuje de las ideas nuevas de avanzada y progreso. Los llegados a temprana edad y los nacidos más tarde en la colonia habíanse creado en una atmósfera más libre que la que les cupo en suerte a los mayores bajo el régimen zarista. Aquí los muchachos estudiaban acerca de Rivadavia, Moreno, San Martín, Sarmiento y demás forjadores de la emancipación y libertad de la Argentina, acerca de los prohombres que habían inspirado su acción en las nuevas ideas libertarias que expandiera por el mundo la Revolución Francesa.

La juventud campesina, en contraste con los colonos viejos, portadores en su mayor parte de ideas conservadoras y prejuicios religiosos, vibraba de idealismo pujante bajo el influjo de las grandes ideas progresistas y, fundamentalmente, del gran acontecimiento histórico de 1917.

La participación activa de esa juventud habría determinado, sin duda, cambios rápidos y radicales en las relaciones de dependencia entre la colonia y la J.C.A. y habría impedido el caos que ésta última introdujo en la obra colonizadora.

Fue la J.C.A. la que impuso a las cooperativas su principio discriminatorio contra la juventud, con el objeto de impedir que la misma intervenga activamente en la vida gremial, económica y social de la colonia. Pero a pesar de todos los frenos e interdicciones, no logró ahogar el creciente ímpetu juvenil y su ansia de aportar con lo suyo a la construcción de la estructura cultural e institucional campesina. Estas ansias juveniles concretáronse en la creación de bibliotecas y centros culturales, en la realización de espectáculos teatrales y veladas literarias en las condiciones de que damos cuenta en el capítulo dedicado especialmente a estas actividades.

Pero también aquí trató de interferir la J.C.A. En general, su actitud frente a los activistas institucionales fue de desdén y menosprecio. Persistentemente les "aconsejaba" que se dedicaran mejor al trabajo que a los asuntos sociales. Y con frecuencia se inmiscuía en la vida interna de las instituciones.

Hubo casos en que el administrador de la J. C. A. revisaba los libros de las bibliotecas por si se habían "infiltrado" títulos "subversivos". Así actuó, por ejemplo, el administrador John Horvitz en la colonia Lapin.

Al colono le estaba vedado participar de cualquier iniciativa de carácter progresista; pero no conforme con ello, la J. C. A. trataba de hacer extensiva la interdicción también sobre los hijos. Los administradores solían citar a los padres de esos "revoltosos" y les daban a entender que la J. C. A. no podía tolerar la actuación de elementos revolucionarios en la colonia, porque la desprestigiaban. Actuaba como si fuera no sólo la dueña de los campos, sino también de la conciencia de los hombres. Y numerosos campesinos' jóvenes, elementos activos y dinámicos, debieron llamarse a silencio, para no ocasionar contratiempos a los padres, o bien abandonar para siempre las chacras. Con ellos se fué gran parte de la sangre nueva que nutría la vida cultural e institucional de la colonia. Su partida fué igualmente uno de los factores determinantes del éxodo posterior de gran cantidad de los colonos mayores.

Pero a pesar de todas estas restricciones, no se logró reprimir el movimiento juvenil. El aumento vegetativo de la juventud no se interrumpía, y la no solución de sus problemas la impulsaba a continuas luchas reivindicativas. Fué la juventud la que se incorporó al movimiento gremial de Rivera. Se sentía hermanada con los peones y con los obreros y empleados

del pueblo y participó activamente en el "Centro Obrero". Espontánea e impulsiva, la juventud dejóse ganar en los años 1914 a 1917 por las postulaciones anarquistas —que tal fué, en efecto, la orientación dominante del "Centro Obrero"—; buena parte de ella actuó también en el poalesionismo, sobre todo por el carácter democrático y obrero que ese movimiento revestía en aquella época; durante la primera guerra mundial, hubo jóvenes que se alistaron incluso en la Legión Judía, como el obrero Losch y los hijos de colonos David Buyanovsky y Bernardo Scakovsky, los que fueron a luchar por un estado judío construido sobre bases socialistas. Durante algunos años, el partido Poalesionista desplegó una intensa actividad en Rivera; pero al perder su carácter revolucionario y al dividirse en dos fracciones, de derecha e izquierda, gran parte de los jóvenes que en él militaban abandonó sus filas. Más tarde, la mayoría de la juventud adhirió al "Procor", movimiento que desplegaba un amplio trabajo de esclarecimiento y movilizaba importantes recursos solidarios para los judíos desclasados por la revolución de Octubre y que iban incorporándose en la Unión Soviética al productivo trabajo de la tierra.

En cuanto a la política nacional, gran número de jóvenes fué atraído por el partido Socialista, de carácter eminentemente obrero y de firme orientación combativa en su primera época. Secretario del centro socialista en Rivera fué en aquel entonces el obrero mecánico Manuel Yuño, de actuación meritoria en beneficio del pueblo. Jóvenes judíos participaron también en las filas del partido Radical, que luego de sancionada la ley Saenz Peña había asumido la dirección del país a través de la presidencia de Hipólito Irigoyen. Fué bajo ese gobierno que se produjo la tristemente célebre "Semana Trágica", durante la cual se desencadenó en el país una brutal persecución contra todos los elementos progresistas; muchos jóvenes riverenses vieron obligados en ese entonces a abandonar transitoriamente sus hogares a fin de evitar las consecuencias de la sangrienta represión.

En 1922 insinuóse entre los jóvenes un movimiento tendiente a conquistar el derecho a ser colonizados, y en 1924, cuando el problema ya había cobrado contornos agudos, creóse una organización juvenil bajo la dirección de Elías Schneider, como secretario, y de Berl Gamarnik, Moisés Gorelik, Mendel Kazakevich, Moisés Kaplún y Herschl Vitkin, como vocales. Conjuntamente con la organización campesina, fundada también en aquel año bajo el nombre de "Unión Agraria", sobre la que se habla en capítulo aparte, la entidad juvenil dio tumultuoso impulso a la lucha por los

derechos de los hijos de colonos a obtener tierra. Se hizo igualmente presente en el primer congreso campesino a través de su delegado Moisés Kaplún, hijo de colono. La lucha, empero, fué poco exitosa, y algunos de los iniciadores viéronse obligados a abandonar la colonia. A partir de entonces, la organización quedó prácticamente disuelta.

En el año 1934 creóse una posibilidad de colonizar a los hijos de colonos. Gran parte de las tierras que la J. C. A. había arrendado a estancieros de los alrededores, como Rómulo Roso y Mr. Backen, quedó libre. Rápidamente surgió la iniciativa de constituir una organización juvenil encargada de plantear la exigencia de que esos campos fueran entregados a los hijos de colonos. Participaron de la iniciativa B. Guetzelevich, Itzl y Arl Smetniansky, Isaac Oklander, Raquel Slonimsky y otros.

La nueva organización presentó a la J. C. A. un memorial y una lista cuidadosamente confeccionada de los que debían ser colonizados. La J.C.A., empero, actuó como siempre; rechazó la petición (todo reclamo era para la J.C.A. una "petición") y comenzó a colonizar a refugiados alemanes y también a algunos hijos de colonos, pero a su elección y no de acuerdo a las indicaciones y exigencias de la organización juvenil campesina.

Durante, algunos años, la organización continuó la lucha, pero al no recibir el apoyo de la cooperativa ni de la "Fraternidad Agraria", tuvo que disolverse en tanto que muchos de sus dirigentes debieron abandonar la colonia.

Cabe señalar que después de la primera guerra mundial, con la afluencia de la nueva corriente inmigratoria, gran parte de la cual fué colonizada en la zona de Tres Lagunas, incorporóse a la colonia un importante número de jóvenes de clara conciencia combativa, los que conjuntamente con los aquí nacidos constituyeron una fuerza firme e influyente. Lamentablemente, las condiciones imperantes obligáronles con el tiempo a abandonar las chacras y a convertirse en comerciantes, fabricantes u obreros en la gran ciudad.

En 1938, recoge la "Fraternidad Agraria" la iniciativa de organizar a la juventud, convocando un congreso especial en la localidad de Moisés Ville, provincia de Santa Fé, en ocasión de celebrarse el cincuentenario de la colonización judía en la Argentina.

Los dirigentes de la "Fraternidad Agraria" se propusieron celebrar el cincuentenario ofreciendo como símbolo una, organización juvenil, la que debía demostrar que en las colonias existía una fuerza capaz de consolidar y continuar la obra colonizadora. La interesante y hermosa iniciativa fue entusiastamente acogida en todas las colonias, donde las cooperativas tomaron a su cargo la tarea de realizarla. En Barón Hirsch, lo hizo la Cooperativa "Granjeros Unidos" y, en especial, su gerente Pavé, oriundo de Entre Ríos e hijo de colonos él mismo. No resultó difícil concretar el proyecto; de inmediato se creó un centro juvenil, cuya primer tarea fue la de designar una delegación para Moisés Ville. Fueron enviados Alejandro Abraschkin y Jacobo Schufer.

El congreso se realizó como parte de los festejos del cincuentenario. En general, las delegaciones campesinas participantes de la celebración no salieron muy satisfechas; si bien la fiesta era teóricamente de y para los colonos, resultó que la, misma hubo de dirigirla el administrador de la J.C.A., Ferreyra (ex administrador de la colonia Barón Hirsch), en tanto que la tribuna y la lista de oradores fueron monopolizadas por los altos funcionarios del gobierno, por el gobernador de la provincia y por los sedicentes invitados de honor; los representantes campesinos ambulaban, mientras tanto, como padres que concurren de garrón al casamiento del propio hijo.

Lo positivo del congreso fue el dejar constituida la central de las organizaciones juveniles, aunque destacando como su objetivo fundamental el de educar a los jóvenes en el espíritu del cooperativismo. Si bien la sigla de su nombre era "O. J. A." (Organización de la Juventud Agraria), llevaba siempre el agregado: "Cooperativista". Así se llamó también el centro juvenil de la colonia Barón Hirsch.

Un grupo de jóvenes se abocó entusiastamente a la tarea. Comenzó a sentirse una atmósfera de mayor libertad; la cooperativa "Granjeros Unidos" ya permitía el acceso de los jóvenes a las reuniones y algunos dirigentes juveniles intervenían en las deliberaciones. Una de las conquistas fundamentales del movimiento fue la de atraer a las muchachas campesinas a la actividad. Celia Wischñevsky fue presidenta del centro durante un breve período; Berta Jersonsky fue delegada del centro ante el congreso de la organización central, que se realizó en Rivera; colaboraron activa y entusiastamente Nita Rubín y Cecilia Bogudlov.

El centro realizó durante el tiempo de su existencia 78 sesiones de C.D. y 11 asambleas generales, además de una serie de actos de esclarecimiento. En el congreso de la "O. J. A.", realizado en Domínguez (Entre Ríos), el centro estuvo representado por P. Rosenfed, y en el mencionado de Rivera por Berta Jersonsky, P. Rosenfeld y A. Abraschkin.

Entre otros, participaron activamente en las tareas del centro: Alejandro Abraschkin, M. Naiman, S y J. H. Schufer, P. Rosenfeld, Motl Sitz, Blejman, M. Belinki, Leizeron, Isaac Marek, D. Kozak, I. Jersonsky, I. Gelman, M. Sokiransky, I. Milner, N. Eidis, etc.

En las reuniones se debatía fundamentalmente la forma de atraer mayor cantidad de jóvenes a la organización. Los dos plintos invariables de la orden del día eran: el reducido número de activistas y la morosidad de los adherentes en el pago de sus cuotas. Con respecto a este último punto, el miembro de la C.D. Blejman señaló en 1942 que a causa de la, crítica situación económica que se atravesaba resultaba imposible abonar puntualmente las cuotas, a pesar de que sólo eran de 2.90 pesos por mes; el mismo Blejman expresó su convicción de que muchos jóvenes deseaban ser socios pero que sus magras finanzas no se lo permitían. También se llamó la atención durante las reuniones sobre la reducida concurrencia juvenil a los actos y asambleas. D. Kozak, Motl Sitz, Blejman, Rosenfeld, Belinki y otros coincidieron en destacar que con la educación cooperativista únicamente no se atraería a la juventud y que vanos serían todos los esfuerzos si el centro no recogía y se hacía eco de los problemas gremiales.

En una de las reuniones, Motl Sitz describió la situación concretamente: nuestros productos son mal pagados, las tarifas ferroviarias son altas, la juventud no tiene posibilidades de conseguir tierra o de que se amplíen los campos de sus padres. Belinki, por su parte, señaló la necesidad de luchar por las libertades democráticas a cuyo amparo pueden librar-se exitosamente las luchas por las conquistas económicas y destacó como un ejemplo la unidad combativa de los campe-sinos de la zona de Campo Sánchez. En esa misma reunión, resolvióse pedir la libertad del campesino Gabrieli, quien en un desesperado estallido de profunda indignación y nerviosidad había matado al terrateniente que lo iba a desalojar. He aquí algunos otros hechos registrados en las actas de las reuniones: Crítica a la J.C.A. por no haber permitido a la organización juvenil el arrendamiento de 1.200 hectáreas de tierra liberada; fueron igualmente criticados los dirigentes

de la cooperativa por no haber acudido en ayuda de la juventud. Firme condenación a la J. C. A. por haberse negado a recibir al secretario del centro juvenil, B. Reznik, quien había acompañado a los representantes de la "Fraternidad Agraria" a invitación de los mismos; severa reconvención a esos Mismos dirigentes por su actitud anti solidaria al dejar al secretario juvenil afuera. Enérgico reproche a los dirigentes de "Granjeros Unidos" que, habiendo invitado a dos delegados juveniles para que los acompañaran a la administración de la J.C.A., no reaccionaron cuando el administrador Saltiel les comunicó que tiene orden de no recibir a los jóvenes.

La situación iba agudizándose y el éxodo se generalizaba. El centro realiza, entonces, un censo de la juventud y convoca, en junio de 1943, una asamblea de todos los antiguos y actuales activistas, adultos y jóvenes para considerar el problema. Motl Sitz, secretario, informa sobre la situación que atraviesan los jóvenes y sobre las repercusiones que la misma puede tener sobre el futuro de la colonización. Toman la palabra los viejos activistas campesinos, los que critican a la juventud por su falta de idealismo y espíritu de sacrificio en lo concerniente a la obra colonizadora e insisten en la necesidad de esclarecer los objetivos del cooperativismo y de la colonización. Los jóvenes contestan que el esclarecimiento teórico y retórico no basta y es inoperante cuando los intereses gremiales de la juventud no son defendidos.

La asamblea se divide en dos sectores; uno reclama, por intermedio de I. Schufer, que se designe de inmediato una comisión gremial; el otro, encabezado por A. Lapacó, propone una comisión encargada de estudiar los problemas. Triunfa el primer criterio; los mayores se sienten ofendidos y, para evitar resquemores, Schufer quiere retirar su proposición. Después de un acalorado debate se concilian los dos criterios: se designa una comisión provisoria de jóvenes y adultos para estudiar los problemas gremiales.

Se agrava la presión reaccionaria después del golpe de estado del 4 de junio de 1943. La C. D. de la cooperativa "Granjeros Unidos" resuelve negarle el salón al centro juvenil para sus reuniones. Esta actitud ahonda el descontento entre la amplia masa de asociados que, desconforme con los viejos dirigentes, renueva las autoridades de la cooperativa incorporando esta vez a colonos jóvenes.

La nueva C. D. llama nuevamente a la juventud y le ofrece su sala de sesiones. Los jóvenes participan también de las deliberaciones de los

dirigentes cooperativistas. Mientras tanto, la organización central "O. J. A.", debilitada a raíz de las precarias relaciones existentes entre las cooperativas y los jóvenes en las colonias, prepara su tercer congreso en Basavilbaso, Entre Ríos. El centro agrario de Barón Hirsch se propone plantear en el mismo la ampliación del trabajo en el terreno gremial y el pronunciamiento positivo y solidario con los problemas gremiales de la juventud campesina. Pero el congreso no se llevó a cabo. El secretario general de la "O. J. A.", colono de excelente posición en Moisés Ville, B. Resnik, había resuelto repentinamente emigrar a Israel, renunciando a la lucha por la consolidación de la colonización judía en la Argentina.

La no realización del congreso, que dejó pendiente una serie numerosa de problemas fundamentales condujo a la disolución de la "O. J. A." y de todos sus centros adheridos en las colonias. Con ellos, desapareció también la posibilidad de una lucha organizada por la solución de los problemas que afligen a la juventud campesina.

Pero las batallas libradas y las experiencias recogidas dejaron su saldo positivo. En Barón Hirsch, la juventud forma parte de la mesa directiva de "Granjeros Unidos", donde no sólo discute los problemas cooperativos, sino también las cuestiones gremiales. Idéntico cambio positivo se registra igualmente en las demás colonias judías del país.



## Capítulo XII

### *LA VIDA SOCIAL EN LA COLONIA*

La característica más notable de la colonia era, sin duda, la convivencia amistosa y armónica entre las familias campesinas. La unidad y la colaboración solidaria en la dura vida de todos los días y en los acontecimientos imprevistos las mantenía estrechamente vinculadas entre sí. Surgían a veces discusiones acaloradas, pero nunca derivaban en rencillas ni en enemistades.

En los cincuenta años de vida de la colonia Barón Hirsch, registráronse casos muy contados en que la policía u otros funcionarios oficiales debieron intervenir para solucionar algún conflicto. Y en verdad, ¿de dónde podían partir los conflictos serios? Tal vez, porque algunos caballos o vacas incursionaron en los trigales o cebadales del vecino ocasionando daños, a veces importantes; pero tampoco en tales casos, la culpa era del colono. Las alambradas en aquellos tiempos no eran nada seguras; al colono apenas le alcanzaba para su propia subsistencia como para que pensara en mejorar los cercos; de modo que las separaciones entre las chacras eran bastante precarias, lo que aprovechaban de tanto en tanto los caballos y la hacienda para incursionar en los sembrados ajenos. A veces se producían reyertas por causas societarias o políticas, pero todas estas pequeñas desavenencias se resolvían en la cooperativa, donde funcionaba una permanente comisión de arbitraje, de la que fue secretario durante muchos años el ya fallecido Leizer Schneider, que habíase ganado la estimación general durante su larga actuación institucional; participaban con él en esa comisión Simón Vodovosov, Abraham Schlapacoff, Oser Besedovsky, Eliezer Melamed y otros, a quienes les tocó en más de una oportunidad resolver asuntos bastantes serios; gracias a ellos y a la buena predisposición de los colonos fueron evitados los conflictos graves y la intervención de la policía, o de la justicia.

Algunas enemistades juraban, por cierto, en los momentos de

excitación, que no pisarían más el umbral de sus vecinos. Pero el rencor se disipaba no bien alguno de ellos sufría algún percance grave: ora el vecino que volcaba con el sulky hiriéndose; ora el hijo que había recibido una coza de un potro. Entonces como por encanto esfumábase el enojo y la tensión y toda la familia se hacía presente sin demoras en la casa del accidentado, sin aguardar a que la llamen, y con toda abnegación y diligencia se dedicaba a ayudar en lo que fuera necesario: alcanzaba el alcohol, un limón u otros remedios caseros y si urgía la atención de un médico, se preparaba rápidamente el sulky y el antiguo rival corría ya velozmente al pueblo en busca del profesional.

Y ni qué hablar cuando se trataba de algún festejo, algún compromiso matrimonial o casamiento. En tales casos era ley que el rencor y la enemistad desaparecieran. Y no podía ser de otra manera. Los hijos habían crecido juntos, más de una vez montaron juntos el mismo caballo para dirigirse a la escuela y, cuando mayores, juntos fueron a los bosques lejanos a cargar leña, juntos durmieron bajo los árboles milenarios, juntos sufrieron y gozaron. ¿Y cómo pueden los padres estar enemistados entre sí, si el novio o la novia habían crecido en sus regazos como si fuera un hijo propio?

Un casamiento en la colonia era un acontecimiento que vinculaba estrechamente a los vecinos de toda la zona: todos, sin excepciones, ayudaban en los preparativos. ¿No hay salón? Pues, hay que habilitar un salón: y jóvenes y ancianos acarreaban de todas partes maderas, tirantes, largas sogas. Y se construía un salón. Una semana antes de la fiesta se reunían todas las mujeres de los alrededores y se ponían a amasar y cocinar; se movilizaban todas las vajillas campesinas y se aseguraba suficiente cantidad de platos, vasos, tenedores; en la víspera de las bodas se hacían presentes las vecinas de varios kilómetros a la redonda en la casa de la novia, daban los últimos toques a los preparativos y se aseguraban de que todo esté en orden. Y durante la fiesta todas se sentían miembros de la familia, servían a la mesa, atendían a los invitados, lavaban después los platos y los cubiertos, y no dejaban, por cierto, de bailar trezadas un "freilej" o una "tijera" con la exaltación y el entusiasmo que sólo puede verse en las fiestas populares.

El casamiento se prolongaba con frecuencia durante dos o tres días y a veces hasta una semana. Se convertía en una gran fiesta familiar. No había extraños; todos eran allegados; nadie quedaba sin bailar; una extensa rueda trezada, a la que eran incorporados hasta los más reacios, giraba sin cesar, y

en los rostros de todos se derramaba la felicidad y la alegría. No había señores envarados ni damas puntillosas; no había lugar para enojos ni rencores; todos gozaban por igual.

Y la colonia se transformaba en una sola gran familia; sean unos derechistas y otros izquierdistas, todos sabían y sentían que la alegría y el dolor no los diferenciaba, que los problemas les son comunes y que para resolverlos sólo había un camino: la comunión de esfuerzos, la unidad de todos.

Un motivo de unidad, particularmente poderoso, surgió en la década de 1934 a 1943, en estrecha vinculación con el avance hitlerista sobre Europa.

La colonia Barón Hirsch y, en particular, la colonia Lapin limita con la gran colonia alemana de San Miguel, ubicada cerca de la estación Gascón. En las chacras judías siempre trabajaron muchachos y, a veces, familias alemanas enteras. Se trataba de alemanes rusos, originarios la mayoría de Saratov y Samara, católicos fanáticos y de instrucción escasa no obstante residir ya en el país de 30 a 50 años, no sabían en aquel entonces hablar en castellano, ni siquiera los jóvenes, nacidos y criados en el lugar. En la colonia San Miguel funcionaba únicamente una escuela particular; a pesar contar con una población de 500 familias no disponía de una escuela oficial; pero por ello, levantábase en su seno, firme y bellamente construida, una iglesia, y el sacerdote o "father" como lo llamaban, oficiaba de todo: de médico, juez, consejero., No sólo los adultos, sino la mayor parte de los jóvenes eran analfabetos. Mucho más tarde, el gobierno construyó allí una escuela y se fundó una cooperativa agraria. En general, los alemanes se mostraban amistosamente predispuestos hacia la población judía; gran número de ellos hablaba, incluso, un idish excelente y trabajaban con agrado en las chacras judías.

Pero la virulenta propaganda hitlerista hizo lo suyo. Favorecida por el gobierno reaccionario de Castillo y luego, por el de Farrel-Perón, la cizaña nazi envolvió y dominó a esos elementos primitivos y atrasados. Hubo entre ellos algunos de mayor instrucción que ya estaban en condiciones de leer un diario en alemán; pero el que fundamentalmente llegaba a sus manos era el "Deutsche La Plata Zeitung", que rebosaba de veneno hitlerista y antisemita; y fueron precisamente estos elementos "más esclarecidos" los que

contribuyeron a difundir el antisemitismo entre sus connacionales, preparándolos para apoderarse y distribuirse los campos y pertenencias judías en cuanto suene la hora de la victoria definitiva de Hitler, en la que no dudaban. Tal era la pasión que los dominaba, que hasta se produjeron conflictos entre ellos a causa del "reparto" de las chacras judías. Bajo la influencia de esa propaganda, comenzaron a aparecer cada vez con más frecuencia en Rivera volantes antisemitas.

La agresión nazi a la Unión Soviética en 1941 movilizó a toda la población; todos comprendieron que debían aportar lo suyo al esfuerzo del mundo civilizado para ponerle enérgica resistencia a los bárbaros; y en todas partes se constituyeron comisiones de ayuda solidaria.

En la colonia, trabajaban conjuntamente en la tarea solidaria la sionista Sara Fiksel y el no sionista Aarón Maraminsky, la sionista Celia Schnaider y la no sionista Sara Schnaider, y con ellos otros cientos de abnegados activistas, como Eva Leizeron, Hodl Roitberg, Goischen, Rosa Kaplún y muchos otros que viajaban de chacra en chacra, visitaban casa por casa, recolectando ayuda para los pueblos heroicos que luchaban contra el sanguinario enemigo. Todos, sin excepción, celebraban regocijados los triunfos del ejército soviético, como antes se habían dolido y angustiado ante los avances devastadores de la máquina hitlerista. La colonia en pleno, sin diferencias de matices ideológicos, sionistas y progresistas, estaba unida en la gran tarea de solidaridad con los vencedores de la hidra nazi. Sólo un minúsculo grupo de chauvinistas y antisoviéticos recalcitrantes se opuso al movimiento ayudista y trató de perjudicarlo, pero fracasó de inmediato en su intento divisionista.

## Capítulo XIII

### *LA VIDA CULTURAL*

La labor cultural y la actividad institucional siempre partes indisoluble de la vida campesina en Barón Hirsch.

A poco de fundarse la colonia, comenzó a sentirse la necesidad del trabajo cultural a fin de embellecer y, en cierta medida, hacer llevadera la dura y esforzada labor de pioneros de construir, arar y sembrar. Y una de las manifestaciones culturales que más contribuyen a realzar y remozar el espíritu es, sin duda, el espectáculo teatral. Fue así que ya en 1908 surgió la iniciativa de realizar una representación. Se reunió un grupo de muchachos, hijos de colonos, peones y algunos obreros (los primeros obreros del pueblo de Rivera, recién fundado) que se entregó con entusiasmo a la tarea. Se trataba de los hermanos M. y B. Kniazitzky y su hermana, Broñe, Mijl y Ester Beizer, Jaike Biderman, Najman e Israel Spoliansky, Aizik Marchevsky y algunos otros, los que debutaron con "La Madre" de David Pinski. El espectáculo fue montado en el histórico "galpón", el único salón de que disponían los colonos.

Si nos dispusiéramos a describir detalladamente la actividad teatral en las colonias y en los pueblos recién fundados no nos alcanzaría un capítulo sólo; el intento demandaría un libro entero; y aún así no quedaría agotado el registro de reminiscencias y recuerdos, de episodios penosos, dulces y tragicómicos que jalonaron el desarrollo de la actividad cultural y social de la familia campesina.

Los espectáculos teatrales —consistentes en la representación de una obra de 4 actos o de varias piezas de un acto completadas por algunos monólogos y números de canto— constituían prácticamente una fuente financiera para el sostenimiento de instituciones culturales, bibliotecas o sociedades de beneficencia. Si una biblioteca necesitaba aumentar su caudal de libros se organizaba una representación teatral; si hacía falta reunir ayuda

solidaria para objetivos locales o generales, se recurría nuevamente a los buenos oficios del cuadro filodramático. Cierto es que las recaudaciones por la venta de entradas eran exiguas, ya que su precio era reducido, pero por ello se aseguraba el ingreso fundamental mediante la organización de remates, bazares, kermesses y buffets, cuyos beneficios eran netos y no demandaban gasto alguno, por cuanto se basaban en el aporte gratuito, regalos y obsequios de los colonos y el comercio local. En algunas colonias, como en Lapin por ejemplo, se había organizado incluso la propia banda de músicos con la participación de Piñe Prizont, David Gaetzky y la colaboración ocasional de Meyer Guralnik y Abraham Reznik.

En el pueblo de Rivera, al que dedicamos un capítulo aparte, la actividad cultural inició casi con su fundación; allí las condiciones eran más favorables para el desarrollo de una labor relativamente intensa. No así, empero, en las colonias. Aún hoy, con las mejoras introducidas en cuanto a caminos y medios de comunicación y de transporte, los esfuerzos culturales se hacen penosos. Los aficionados y demás participantes de las representaciones teatrales eran todos hombres de trabajo, colonos o peones. Y después de una jornada de dura y fatigosa tarea en los campos, debían preparar un carro, acolchándolo con paja, y en noches oscuras y con frecuencia lluviosas, viajar a los ensayos. No pocas veces debían recorrer algunos kilómetros para traer a una mujer o muchacha que no podía viajar sola y acompañarla, después de los ensayos, nuevamente a su casa. En esto se iba toda la noche; ya no se dormía, y para alejar el sueño se tomaba un mate acompañado de galleta dura, y en seguida se iba en busca de los caballos para atarlos al arado y se ponían a trabajar. Los papeles los aprendían, por supuesto, durante la faena.

Con frecuencia, le era dable al viajero ver desde el camino a algún joven sentado en el arado haciendo ademanes y hablando en voz alta. Al viajero no le asombraba el hecho; adivinaba que el muchacho se estaba preparando para alguna función teatral.

Los ensayos duraban más de un mes y se preparaban durante todo el año. Sólo las cosechas abrían un intervalo de pocos meses en la actividad cultural.

Los preparativos para llevar a cabo una representación exigían esfuerzos particularmente intensos. En los primeros años no se podía soñar

siquiera con disponer de un salón. Los colonos carecían, incluso, de galpones adecuados. No quedaba, por lo mismo, otra salida que improvisar un salón por cuenta propia. Lo construían con maderas, listones y lonas. Jóvenes y ancianos afanábanse durante 8 o 10 días para levantar la construcción; el escenario lo montaban sobre barriles de vino conseguidos en los boliches de la vecindad; las decoraciones se improvisaban con arpilleras, las que luego eran pintadas de acuerdo al ambiente de la obra que debían representar.

Tales carpas solían ser instaladas en casi todos los grupos. Más tarde, a partir de 1928, se dejaron ver también en zona de Tres Lagunas, cuando se ubicaron allí los nuevos colonos, los llamados "gringos". Estos llamaron de inmediato la atención de toda la colonia Barón Hirsch con su entusiasmo, capacidad y espíritu emprendedor y progresista. Entre ellos se destacaban la familia Smetniansky constituida por los hermanos Itzl, Arl, Gnendl y Esther, los Guetzelevich y otros que inyectaron nueva sangre, optimista y pujante, a la vida cultural de la colonia Barón Hirsch, que en esa época atravesaba un período de depresión y anquilosamiento.

En 1929, a un año de su llegada, los colonos de Tres Lagunas lograron organizar un centro cultural en torno al cual se concretó el elemento más esclarecido; el mismo año, y a pesar de las dificultades propias del afincamiento reciente, realizaron una representación teatral. También ellos se iniciaron con "La Madre" de Pinski, a igual que 21 años atrás los pioneros de la colonia. El papel de la madre fue interpretado por Gnendl Smetniansky, naturalmente dotada para las tablas; con su gracia juvenil y su lenguaje sonoro y cristalino, Gnendl ganábase la entusiasta admiración de todos; lamentablemente, en 1952, viviendo en Buenos Aires, una cruel enfermedad arrebatóla para siempre de este mundo. Junto a ella participaron de la representación su hermano Aarón, Slonimky, Amstibovsky y otros.

El espectáculo se ofreció en el galpón de los Blejman. Al que se había agregado una carpa de lona. Pero antes de iniciarse ocurrió un percance que revela con cuanto interés el público campesino aguardaba las representaciones. La noche del estreno en el galpón de los Blejman, cuando la gente ya estaba reunida, comenzó a llover; sobre las lonas del techo fue acumulándose naturalmente el agua y en tal cantidad que llegó un momento en que se corría el riesgo de que la pesada masa líquida venciera la resistencia de los tirantes; para evitarlo, uno de los concurrentes trató de levantar la lona con un palo a fin de que el agua se escurriera por los

costados, pero lo hizo con tan mala suerte que toda la masa se precipitó sobre el público; esto no impidió sin embargo que los colonos, luego de secarse precariamente las ropas empapadas, gozaran plenamente del espectáculo. Episodios semejantes o parecidos ocurrieron a lo largo de casi todos los grupos desparramados.

Asimismo la Colonia Lapin se destacó con sus funciones teatrales. La primera la ofrecieron en 1920; en aquel entonces los colonos carecían todavía en su mayor parte de viviendas definitivas; hacía poco que habían venido de la colonia Narcise Leven. El primer salón fue improvisado en la chacra de C. Pisarenko. Se presentó "Dvoirele, la orgullosa" de Jacobo Gordin. Los ex narcislevenenses cuya actividad cultural e institucional radicaba casi exclusivamente en la labor filodramática, no quisieron asumir toda la responsabilidad del espectáculo e invitaron a participar con ellos al conocido aficionado Israel Peker (que, siendo peluquero de oficio, también destacábase como buen maquillador) y a la talentosa Jaike Saltz, ambos de Rivera. Esta circunstancia aumentó las dificultades. Porque para cada ensayo debían ir a buscar y llevar de vuelta al pueblo a los dos participantes, un trayecto de 40 kilómetros en sulky y en plena noche. Un pequeño aditamento a los obstáculos generales que debían vencerse en la preparación de un espectáculo. Hasta 1925, tales representaciones se ofrecieron dos o tres veces por año. Entre una y otra, realizábanse frecuentes veladas literarias para las que se utilizaba ya el local de la escuela recién construido.

Casi toda la juventud participaba de los espectáculos. Debemos recordar especialmente, a las familias Sokiransky, Saltz, Grosman, Bradichansky. Lipovetzky, Ablin, Fiksl y Schmukler. La familia Saltz se especializaba en la interpretación de los personajes de Sholem Aleijem: dos de ellos abandonaron lamentablemente sus chacras. Y Abraham Bradichansky, el favorito de la colonia, falleció en 1944 a la edad de 37 años.

Las representaciones atraían a grandes y chicos. Madres con lactantes preparaban en un rincón del mismo salón un p lugar para acostar a los pequeños. Y si por ahí se le ocurría a alguno de ellos estallar en llantos, nadie se desesperaba ni se sentía molesto. Ya llegaría el momento en que concilie nuevamente el sueño y les permita gozar tranquilamente del espectáculo o del baile que se realizaba al finalizar aquél.

La colonia Barón Hirsch, por su parte, después de su primera y



exitosa representación teatral, mencionada al iniciarse este capítulo, comenzó a sentir la necesidad de organizar un rincón cultural estable; particularmente anhelosos de esa organización se mostraron los peones judíos recientemente llegados. En el invierno de 1908 se convocó con ese objeto una asamblea de la colonia Barón Hirsch en el flamante local de la escuela de la J. C. A. La reunión fué tumultuosa; se definieron en ella los dos sectores característicos de la colonia: por un lado, la amplia y laboriosa masa campesina, con sus hijos y sus peones, y por el otro, el reducido grupo de ruso-Parlantes, la así llamada "inteligentzia" Estos se sintieron escandalizados por el hecho de que se designara como presidente, por voluntad mayoritaria de la asamblea, al peón Aizik Marchevsky. Por lo visto, no habían esperado que se les infiriera una afrenta tal y, como respuesta, trataron de hacer fracasar la asamblea. No lo consiguieron, gracias a la firme y serena actitud de la mayoría. Los colonos continuaron las deliberaciones, resolviendo fundar una institución que sea a la vez biblioteca y una sociedad de ayuda mutua.

Mucho contribuyó a este esfuerzo el primer administrador de la J. C. A., Mauricio Gueschneroff, un hombre de tracción popular y comprensivo, tal vez el único de su clase, en toda la galería de administradores de la empresa colonizadora. La primera comisión directiva de la flamante institución estuvo constituida por: Aizik Marchevsky, presidente; Miguel Beizer, secretario; M. Gueschneroff, tesorero, y vocales: Israel Spoliansky, M. Kniazitzky, Saveli Stronguin y B. Kniazitzky.

En su primera reunión la C. D. resolvió realizar una función teatral, cuyo beneficio sería destinado a la compra de libros. Se puso en escena con mucho éxito la obra de J. Gordin: "Dios, hombre y diablo". Los ingresos, por otra parte, fueron bastantes importantes, por lo que los dirigentes pusieron de inmediato a confeccionar la lista de libros que iban a adquirir. El tesorero Gueschneroff aconsejó que se hiciera la compra, por intermedio de la J. C. A., la que había prometido contribuir con el 10 por ciento del importe total de la compra. Confiando en Gueschneroff, el que indudablemente estuvo animado por el más sano y honesto de los propósitos, se envió la nómina a la J. C. A., en Buenos Aires, y cuál no sería la sorpresa y la decepción de la C.D. cuando la J. C. A. le devolvió la lista en la que había suprimido todas las obras de contenido social, como las de Emilio Zola, León Tolstoi, Enrique Heine, Carlos Marx y otros. La C. D. resolvió entonces rechazar la contribución prometida de la J. C. A., adquiriendo los libros por cuenta propia y con los medios de que disponía.

Diversas causas emergentes de la vida en la nueva colonia determinaron la disolución de la entidad; los libros, empero, fueron puestos a buen recaudo. Y el 5 de julio de 1912, por iniciativa de los entusiastas activistas Miguel Beizer, Spoliansky y Elías Schneider, se convocó una asamblea en el local de la ya existente cooperativa "Barón Hirsch", en la que se resolvió crear un centro cultural bajo el nombre de "Club de la Juventud Israelita para Recreo y Desarrollo Intelectual", con las siguientes autoridades: presidente, A. Schlapacoff; Vice, Israel Spoliansky; secretario, Miguel Beizer; pro. F. Muchnik; tesorero, Adolfo Sas; vocales: Zalmen Merlinsky, Pifíe Katz, Elías Schneider, M. Kniazitzky, Saúl Stronguin, Najman Spoliansky; sindico: José Yusem. La nueva institución, funcionando esta vez en Rivera, tomó posesión de los libros de la entidad desaparecida. Al terminarse la construcción de la línea ferroviaria, en 1908, Rivera comenzó a convertirse en un verdadero pueblo. Fueron llegando los primores artesanos y oficiales, como herreros, carpinteros, albañiles, pintores, etc.; les siguieron los pequeños comerciantes que instalaron sus negocios y al poco aparecieron también algunas grandes tiendas que ocupaban ya a empleados; todo lo cual dio un fuerte impulso al desarrollo de la localidad, la que se convirtió en el punto central de todos los grupos de los alrededores.

Los obreros y los empleados del pueblo, conjuntamente con los hijos de los colonos no se dejaron estar y al poco tiempo estaban enfrascados en la preparación de una representación teatral. Durante 20 días, afanáronse obreros y empleados en el gran galpón donde el herrero David Karabelikoff tenía su fragua, para poder montar allí el espectáculo.

Se trataba de la primera representación teatral en el pueblo. Luego se realizaron algunas otras en los galpones de Kuris y de la estación del ferrocarril, y las que les sucedieron ya tuvieron la suerte de presentarse en el propio salón del Centro Juventud. La mayoría de las obras eran de Jacobo Gordin, como: "La matanza", "El loco", "Dios, hombre y diablo", "La verdadera fuerza", etc., más tarde se enriqueció el repertorio con P. Hirschbein, Scholem Aleijem y otros autores.

Entre los aficionados se destacaban como intérpretes de talento: Ester Beizer, Broñe Kniazitzky, Miguel Beizer, los hermanos Israel y Najmen Spoliansky y los hermanos Kniazitzky; más tarde se agregaron: Israel Peker, Berl Hirschorn, León Karabelnikoff, Rivke Peker, Jaíke Saltz y algunos otros, que durante años se dedicaron al teatro proporcionándole a la

población de Rivera y de la zona circunvecina frecuentes paréntesis de emoción y goce en su esforzada vida de trabajo.

León Karabelnicoff era un actor de garra, tanto en idish como en castellano. No existe un riverense que no guarde emotivo recuerdo o que no haya tenido noticias de su extraordinario "Juan José". Mientras trabajaba en la herrería de su Ire, primero, y luego como empleado de la cooperativa, se traba también activo en la vida institucional. Pero cuando se dedicó al comercio y los negocios comenzaron a irle favorablemente, redujo en mucho su actividad, especialmente en el terreno filodramático.

Jaike Saltz, que se había revelado no menos dotada, trasladóse más tarde con su esposo, el talentoso Moisés Kaplinsky, a la colonia Narcise Leven, donde se mostraron activos durante muchos años en todos los aspectos de la vida institucional y cultural; luego radicaronse en Moises Ville, donde Moisés, siendo aún un hombre joven fue arrebatado por la muerte.

Israel Peker y su hija Rivke se dedicaron con amor y responsabilidad durante largos años a las representaciones teatrales; lo mismo Berl Hirschorn, quien además se evidenció un excelente lector de Scholem Aleijem, con cuyos personajes se sentía íntimamente compenetrado; éstos surgían de su interpretación vívidos y reales, tal vez porque el mismo Hirschorn es oriundo del pueblo natal de Scholem Aleijem.

De tiempo en tiempo venían al pueblo artistas profesionales, primero, Gutentag, Marinoff Zuckerman, Laguer Glazunov, Maurice Moscovich, J. Goldenberg, Socolov, Zaslavsky y Naúmov, que eran acogidos con apasionada adhesión. No así, empero, los elencos que traían un repertorio de mala calidad. Estos se veían con frecuencia afrontados al problema, de cubrir sus déficits, por cuanto el público riverense, de gusto teatral educado, rechazaba las obras de pacotilla. El "Centro Juventud", fundado en 1912, inició su actividad proyectando la erección de un salón de actos, apto para toda clase de reuniones sociales y, especialmente, para el teatro, festivales literarios y conferencias. Al poco tiempo, logró cumplir su plan, edificando el hogar cultural que, con algunas mejoras, continúa en pie hasta la actualidad. A causa de la dirección de la aristocrática "inteligentzia" ruso-parlante, resultaba difícil conquistar la adhesión y confianza de la laboriosa masa campesina y de los obreros y empleados pueblerinos, hacia el "Centro

Juventud". Tal vez sea por ello que un grupo de obreros, artesanos y empleados creó en 1916 una organización, de tipo gremial, bajo el nombre de "Unión Obrera"; entre los fundadores registramos los nombres de León Slutzky, Abraham Heiber y Pinjas Moisés Kuperschmidt. La "Unión Obrera" alquiló para sus actividades un enorme galpón, donde había funcionado durante varios años el negocio de Bernardo Faure y Cía. En ese galpón, la nueva entidad instaló una biblioteca, un escenario y, más tarde, un proyector cinematográfico; se organizaron también cursos nocturnos de castellano para adultos. La "Unión Obrera" solía realizar excelentes espectáculos teatrales, entre ellos la representación de "Natalca Poltavka", en idioma ucraniano, del célebre poeta y revolucionario Taras Schevchenko. Destacáronse, en la interpretación entre otros aficionados, León Slutzky, y la señora B. Saltz y Elías Schneider.

Rivera vivió años de extraordinaria actividad institucional; el pueblo todo estaba febrilmente entregado a la labor; pero no había lugar para dos organizaciones, casi del mismo carácter y con objetivos idénticos. El "Centro obrero", que había demostrado que la conciencia gremial ya estaba madura en Rivera, no podía convertirse empero en una institución eminentemente profesional a causa del reducido número de obreros y empleados existente en el pueblo, le modo que debió conformarse con desplegar una labor cultural de carácter popular y progresista. En el "Centro Juventud Israelita", por otra parte, los socios más esclarecidos y avanzados, cuyo número fue creciendo extraordinariamente, comenzaron a exigir que la institución impregne su actividad de espíritu y contenido popular, para hacerla más atractiva y accesible a las masas laboriosas. Al mismo tiempo buscaron las vías para fusionar ambas entidades; en 1919 se hizo el primer intento, pero duró poco.

Más tarde, con la llegada de un apreciable número de hombres progresistas, logróse unificar definitivamente a las dos instituciones. Fue en 1925 y la entidad resultante de la fusión tomó el nombre de "Centro Cultural Israelita", cuya primera comisión directiva estuvo constituida de la siguiente manera: Sansón Drucaroff, presidente; David Zsmud, Vice; I. Halperin, secretario; Angel Schwartz, pro; Najman Traiber, tesorero; vocales: León Karabelnikoff, Elías Schneider, Samuel Wainfeld, S. Kantarovich, Jacobo Merpert, I. Reznik, L. Sigal; suplentes: A. Leschinsky y J. Blejman; síndicos: A. Schlapacoff y Rubén Koifman.

Una de las primeras medidas del centro fue honrar la memoria del

gran pensador y sociólogo argentino José Ingenieros, dando su nombre a la biblioteca de la entidad, que es el que aún lleva en la actualidad.

El "Centro Cultural Israelita" desplegó una amplia e intensa actividad cultural. La biblioteca, bastante nutrida ya en aquel entonces, fué enriquecida con nuevos títulos en idish, y castellano; todos los viernes se realizaban "kestel oventin' literarios, actos con destacados conferencistas de la Capital Federal, como Rodolfo Senet (el secretario de Ameghino) y otros; se organizaron representaciones teatrales con un repertorio de calidad; se creó una escuela popular en idish, cuya necesidad se había hecho imperiosa en el pueblo, la que fue dirigida durante tres años por el conocido pedagogo Aarón Daijovsky.

Las colonias o, mejor dicho, los grupos campesinos se mostraron, por su parte, también activos en otros dominios. No bien pisaron los campos, habilitaron sinagogas para rezar, donde pudieran cumplir con los ritos judaicos; si bien no eran profundamente creyentes, con la excepción de algunos, trataron sin embargo de conservar las viejas tradiciones, por lo que casi cada grupo se preocupó de instalarse una casa de oraciones.

Los judíos del pueblo rezaron por largo tiempo, durante las festividades religiosas, en el salón primero del Centro Juventud Israelita y luego del centro cultural, hasta que construyeron un hermoso templo. Hubo un período, en que los judíos rivereños se dividieron en dos sinagogas; los de la "crema", los más aristocráticos, concurrían al gran templo recién construido; la "plebe", los hombres de pueblo, oficiaban sus oraciones en el salón del centro, donde podían al mismo tiempo echar unas frases con los vecinos sin tener que soportar los diversos sermones a los que no eran tan afectos. Esta sinagoga era llamada la "sinagoga bolchevique".

A poco de haber arribado los primeros colonos, fue creada la "Chevra Keduscha" la que se procuró un solar para habilitar el cementerio judío. La "Chevra Keduscha" se dedicaba a su tarea específica e intervenía poco a casi nada en otras actividades.

En los grupos Guinsburg, Clara y alrededores, habían surgido, ya en el año 1910, la iniciativa de fundar una biblioteca, pero el proyecto se concretó recién en 1913. De esta manera desarrollábase la vida social y cultural en casi todos los grupos; los mayores tenían su sinagoga, que

oficiaba a la vez de punto de reunión donde se discutían los problemas importantes, y los jóvenes, por su parte, tenían su biblioteca.

En el año 1914, célebre por su extraordinaria cosecha, formóse por iniciativa de Aarón Brodsky, Alejandro Javkin, Bernardo Faure, A. Schflapacoff y Jacobo Katashinsky, una comisión que se abocó a la tarea de construir un hospital. Un año después se inauguraba ya el primer pabellón del Hospital "Dr. Noe Yarcho". La institución satisfizo, por cierto, una muy sentida de la población. Aunque no resolvía problemas sanitarios en su totalidad, los aliviaba, al menos, en grado sumo. Entre los problemas que enfrentaban los primeros pioneros, el sanitario era sin duda uno de los más apremiantes. En los primeros años, el pueblo carecía de medico; el lugar más cercano donde podía procurarse la atención de un profesional era Adolfo Alsina (Carhué), a una distancia de 60 kilómetros, sin caminos transitables, que debían ser salvada en carros sin elásticos. La mayor parte de los enfermos era atendida por el viejo Neistat, un curandero práctico a quien la gente demostraba cierta confianza. Cuéntase de él, incluso, la siguiente anécdota: Pasando cierto día con un conocido cerca del cementerio, el "viejo" Neistat, como lo llamaban, comentó: "ve, todos estos que descansan aquí en la paz eterna, fueron curados por mí".

El primer médico del pueblo fué el Dr. Cabezas, un criollo de edad madura, bastante hábil en su profesión, pero con una lamentable afición al trago fuerte. Dos años más tarde llegó el joven médico Abel Sonenberg, quien permaneció en Rivera hasta los últimos días de su vida; se hizo conocer en toda la zona como profesional abnegado y capaz. En los 50 años de existencia, prestó sus servicios en el pueblo buen número de médicos, entre ellos, Rivas Diez, Mauricio Lapacó, Aarón Sas y otros. Los dos últimos prestaron igualmente durante muchos años activa dedicación a la labor institucional y cultural. Entre los numerosos colaboradores y sostenedores del hospital "Dr. Yarcho", debe señalarse el nombre del demócrata Juan Cejpek, de origen checo, quien conjuntamente con López Orte, contribuyó activamente al desarrollo de la vida social y cultural de Rivera.

En 1908 se fundó una Sociedad de Damas de Beneficencia bajo el nombre de "Baronesa Clara de Hirsch". Durante muchos años fueron presidenta y secretaria de la entidad, respectivamente, las señoras Fanni Brodsky y Raine Schneider. La sociedad fué muy útil, fundamentalmente en los primeros años cuando había en el pueblo muchos peones sin hogar. A

medida que se desarrollaban el pueblo y las colonias, ampliábase la actividad cultural e institucional. Surgían continuamente nuevas organizaciones, solidarias y filantrópicas, que mucho contribuyeron no sólo en el orden nacional, sino también para el extranjero. Así, por ejemplo, la gran acción de ayuda a las víctimas de la primera guerra mundial; cada grupo organizó colectas de dinero, habilitáronse talleres de costura donde se confeccionaba ropa para las víctimas europeas. Una acción similar, aunque de magnitud mucho mayor, realizóse en ayuda de los heroicos antinazi-fascistas; en esta campaña participaron grandes y chicos, sin distinción de tendencias.

También actúan sub-comités de las instituciones de la Federal, como el Hospital Israelita, Asilo de Huérfanos y Ancianos y Liga Israelita contra la Tuberculosis. Rivera, como asimismo las colonias, contribuyeron siempre y generosamente a las campañas realizadas en su seno por diversos enviados y emisarios.

Hubo igualmente organizaciones políticas, como la "Agudat Zirei Sion", "Agudat Bnei Sion", "Poale Sion" que desplegaron en su tiempo una activa labor; surgieron luego un centro socialista, otro radical, también uno comunista y algunos otros, en todos los cuales se destacaban con su actuación los jóvenes de Rivera y de las colonias vecinas.

En todas las épocas, existió en la actividad cultural y social una estrecha vinculación entre el pueblo y las colonias, como entre los grupos campesinos. Si Lapin realizaba una velada, concurrían colonos de Tres Lagunas y de los grupos Guinsburg, Clara y otros, distantes 30 y 60 kilómetros, sin hablar ya de los grupos más cercanos. En Rivera, la muchachada alquilaba un camión y se venía a la fiesta. Igual cosa sucedía cuando era otro grupo el que organizaba la velada.

Lapin y Tres Lagunas eran las zonas que realizaban un trabajo autónomo; Lapin sigue haciéndolo hasta el día de hoy. Los otros grupos, más cercanos al pueblo, estaban más vinculados a Rivera, convertido en el centro de la actividad general. Con todo, no faltaban los grupos que se decidían de tanto en tanto a realizar por cuenta propia ciertas reuniones culturales. Tal el caso del grupo Leven N° 2 (Médanos), que contaba con un número muy reducido de colonos, pero con una juventud muy activa; en los años de 1930 a 1933 efectuaron una serie de veladas en el local de la Sinagoga, al que refaccionaron utilizándolo para sus necesidades colectivas. De igual manera

actuaron los grupos Guinsburg N° 2, Leven N°1, Filipson N° 1. Era la época cuando la juventud luchaba aún por ser colonizada; la categórica oposición de la J. C. A. la obligó más tarde a abandonar la colonia. A causa de ello, casi todos los grupos arriba mencionados apenas si existen en la actualidad. Cada colono vive ahora solitario en su chacra, con lo que la actividad cultural y social ha desaparecido completamente. Con excepción de la colonia Lapin que, lejos de debilitarse, se va fortaleciendo cada vez más como baluarte cultural y social de las masas campesinas.



## Capítulo XIV

### *EL PERIODISMO*

Publicar en aquellos tiempos un periódico en el interior del país no era una cosa fácil. Particularmente, si la empresa carecía, de bases comerciales y tenía el exclusivo propósito de servir los intereses colectivos. La audacia de editarlo —porque era una audacia— demandaba grandes esfuerzos y, con frecuencia, no pocos sacrificios personales.

La primera publicación impresa en Rivera apareció en 1916 bajo el nombre de "**Riverer Wojenblat**" (Semanario Riverense), redactado y editado por los peones judíos Israel Kazakevich y Moisés Los. La existencia del semanario terminó al tercer número. Los editores eran muy entusiastas de la vida cultural e institucional, pero carecían de suficiente capital para mantener por mucho tiempo una publicación. Por otra parte, en aquella época aún no había imprenta en Rivera; por lo que debían enviar todos los originales del periódico a Buenos Aires para que fuera impreso, lo que demandaba esfuerzos y gastos adicionales. Este hecho ha influido seguramente en el pronto fracaso de la empresa.

¿Y quiénes fueron los dos jóvenes que tomaron conciencia de la necesidad de dotar a la colonia de un órgano propio ? Eran peones que trabajaban en las chacras judías. Uno de ellos, Israel Kazakevich, era un muchachón esbelto, melenudo, y profundamente inquieto; nunca faltaba en las veladas hogareñas, en las fiestas y reuniones colectivas; entonaba con sentimiento una canción judía y recitaba a Frug. Kazakevich era el gran animador de las fiestas campesinas y su presencia era calurosamente acogida por el público.

El segundo redactor, Moisés Los, militaba en la fracción poalasionista de León Jazanovich; despreocupado de su físico, nervioso e inquieto, era de aquellos intelectuales e idealistas que siempre estaban dispuestos a sacrificarse por una idea; no se recuerda haber visto a Los sin un

libro bajo el brazo. Cuando murió Peretz fue Moisés quien valoró la irreparable pérdida sufrida por la literatura judía: en el penumbroso galpón del Centro Juvenil Israelita contó con voz profundamente emocionada a los colonos quien había sido I. L. Péretz.

Los dos peones, Israel Kazakevich y Moisés Los, dejaron en los senderos de la colonización judía en Rivera honda huellas humanas.

Los que les sucedieron en el intento de editar un periódico no ignoraban las dificultades con que tropezarían. No faltaban en el pueblo los profesionales del mal agüero que demostraban especial satisfacción en predecirle fracasos a toda, buena iniciativa, un agorerismo cómodo y útil que les eximía, de aportar al éxito de cualquier empresa. No obstante ello, y sabiendo que la anterior publicación debió ser impresa, en Buenos Aires y que la repetición de la aventura demandaría enormes gastos, los propulsores de la iniciativa se mostraron decididos a llevarla adelante aun cuando para ello debieran sacrificar parte de sus magros ingresos personales.

Pero esta vez, los iniciadores —Zvi Schneider, Moisés Ratuschny, Bernardo Hirschoren y Abraham Berenson— tuvieron suerte. En el pueblo de Salliqueló, vecino a Rivera trabajaba desde hacía muchos años con una imprenta Luis Aptekman. A fines de 1917, Aptekman resolvió trasladar su imprenta a Rivera; trajo consigo un poco de tipografía judía y unos cuantos elementos gráficos rudimentarios y anticuados. Con ello les dio al grupo de entusiastas la posibilidad de pensar seriamente en la realización de su viejo sueño.

Diversos eran los incentivos que impulsaban a la publicación de un órgano propio. Posiblemente haya influido en alguna medida la propia afición a la pluma y el natural deseo de verse publicado; pero el factor fundamental fue, sin duda, la palpitante y creciente vida cultural e institucional judía de Rivera y los graves problemas que agitaban la vida campesina.

Ahí estaba la "aristocracia" rusófila, que se consideraba el cerebro pensante y aspiraba a monopolizar la "jefatura espiritual" del pueblo y la colonia, para lo cual no le hacía ascos a ningún recurso a fin de congraciarse con los representantes de la J.C.A. Y allí estaba, la propia J.C.A., pretendiendo orientar a su manera y de acuerdo a sus intereses la red de

instituciones sociales y culturales riverieñas, para lo cual apelaba a los buenos servicios de aquella seudo intelectualidad aristocrática.

Pero tanto la una como la otra se equivocaban. Entre la masa campesina abundaban ya en aquellos tiempos los hombres de pueblo esclarecidos y progresistas que comprendían que la vida institucional y cultural de Rivera no podía, ni debía ser dirigida por la J. C. A. y sus testaferros "espirituales". Y fueron ellos los que iniciaron la lucha contra, esos elementos antipopulares, lucha que con el andar del tiempo dio sus frutos exitosos.

Pero esa lucha necesitaba su vocero, su tribuna. Hacía falta el vehículo impreso que hiciera pública la denuncia de la política nociva de algunos dirigentes y de las tremendas arbitrariedades e injusticias de la J.C.A. Justamente, la colonia acababa de atravesar uno de sus momentos más críticos ; la cosecha había fracasado, los colonos no podían pagar sus deudas; tanto el comercio y los acopiadores como los Bancos les habían concedido a los agricultores la prórroga de un año para la amortización de sus obligaciones, pero la administración de la J.C.A. no quería saber nada, ella exigía su anualidad; y las amenazas de embargos y desalojos, muchas de las cuales se concretaban en los hechos, estaban a la orden del día.

Los diarios de la gran ciudad o, con más precisión, "El Diario Israelita" que era el único cotidiano en aquel entonces, les concedía muy poco espacio a estos asuntos; había que conformarse con alguna correspondencia, redactada de modo que no hiera la susceptibilidad de ninguno, y que aparecía muy de tanto en tanto.

Las otras cuestiones, culturales y sociales, no tenían mejor suerte. En general, la prensa judía de la gran urbe mostrábase indiferente a lo que se estaba construyendo y desarrollando en las comunidades y colonias del interior. "El Diario Israelita" en particular, le dedicaba poca atención a la obra colonizadora en su conjunto; sólo más tarde, con la, incorporación de José Mendelson a la redacción del cotidiano, fueron apareciendo algunos comentarios sobre el problema de la colonización y las actitudes de la J.C.A., pero siempre en un tono mesurado y nada condenatorio.

"El Diario Israelita" y asimismo las demás publicaciones judías de aquella época, asumían, en general, una actitud de despreocupación y

menosprecio con respecto a los principiantes que surgían de entre los sectores populares; no comprendían, o no querían comprender, que todas esas chispas espontáneas y dispersas que centellaban en muchos de los jóvenes de los pequeños poblados y colonias debían ser estimuladas, apoyadas, atraídas. De haber sido así, seguramente gran parte de aquellos principiantes habríanse convertido en periodistas y escritores de garra, capaces de reflejar lo que la vida judeo-argentina en formación tenía de peculiar y nuevo.

Todas estas fuerzas jóvenes fueron, sin embargo, rechazadas e ignoradas. Las publicaciones judías de la gran urbe soslayaban el hecho de que la mitad más numerosa de la población judía del país estaba radicada en las colonias y localidades del interior, donde la vida judía, palpitante y sanguínea, iba adquiriendo una fisonomía propia dando nacimiento a lo específicamente judeo-argentino.

No hablamos aquí del diario "**Di Presse**", que apareció recién en 1918. Desde el principio demostró un mayor interés por el hombre del pueblo, abriendo sus columnas para el obrero judío, para los sectores populares más progresistas, para las laboriosas masas campesinas. Más tarde y durante un largo período fue una tribuna libre donde se debatieron ampliamente los problemas que afligían al campesinado judío. Esta orientación del diario debióse, sin duda alguna, a que su jefe de redacción era Pifíe Katz, quien había sido uno de los primeros maestros de la colonia, precisamente en Rivera, y conocía perfectamente la sacrificada vida de los colonos. La línea señalada fué mantenida por "**Di prensa**" durante muchos años, hasta que se incorporaron a su seno nuevos elementos que terminaron por desviar al diario de su sendero original, lo que con el tiempo determinó el alejamiento de algunos de sus primeros fundadores. Allí, en los distantes poblados y colonias dispersas, en los grupos de dos o cuatro casas, los judíos hacían todo lo posible por la cultura y las letras judías, interesando a la nueva generación en las cosas culturales, dando de sí intelectuales y profesionales que luego aportarían lo suyo al progreso de la vida institucional judía en las ciudades, huyendo con su trabajo productivo a elevar el prestigio de la comunidad judía en su conjunto, formando lectores entusiastas e inteligentes que serían una base de sustentación del libro y de la prensa judía, de esa misma prensa que silenciaba la vida y el drama de las masas laboriosas y campesinas judías para convertirse en el portavoz y el defensor de los sectores reaccionarios y antipopulares.

Todas estas circunstancias, más una serie de cuestiones locales que fué surgiendo con el tiempo, impulsaron al mencionado grupo de entusiastas a editar un periódico. Y el 7 de noviembre de 1918 aparecía el primer número del semanario "**Di Pampa**" ("La Pampa").

Como todas las iniciativas importantes de carácter social, cultural o gremial, también ésta fué el fruto de hombres laboriosos y de extracción popular.

Zvi Schneider, ya era conocido en los círculos literarios y periodísticos a través de sus narraciones y sátiras aparecidas en distintas publicaciones, como en "Bijlej far Iedn", "El Diario Israelita", etc. No obstante poseer talento, Schneider no vivía de su pluma; era antes que nada un colono, habíase entregado con amor al trabajo agrícola, lo que no le impedía dedicar buena parte de su tiempo y de su capacidad de iniciativa a la actividad cultural e institucional de la colonia. En 1929, un grupo de activistas riverenses constituyó un comité para editar una selección de sus escritos, la que apareció bajo el título de "Humor y Sátira". La edad y, más que nada, la dura y sacrificada vida campesina, quebrantaron su salud; su vista fue debilitándose hasta el punto de que apenas si podía ver, lo que no le impedía, sin embargo, escribir a grandes intervalos algún artículo o cuento. Falleció en 1933 dejando el recuerdo imborrable de una obra cumplida.

Moisés Ratuschny, hijo de colono, ya había publicado algunos poemas en diversos periódicos y revistas. Iniciándose en el cultivo de la poesía, terminó, sin embargo, por convertirse en un periodista de garra. En sus numerosas y frecuentes colaboraciones en publicaciones judías y no judías, Ratuschny denunciaba enérgicamente las arbitrariedades de la J.C.A.

Un artículo imprudente contra la misma reportóle dos años de arresto condicional. Ratuschny impresionaba con su dinamismo, pero en los primeros años, al carecer de una orientación claramente definida, desconcertaba también con sus impulsos contradictorios; sólo más tarde, en 1940, afirmado en sus ideas y concepciones, convirtiéndose en un activo y consecuente colaborador de las publicaciones y organizaciones progresistas; su militancia costóle largos meses de prisión, que no dejaron de repercutir sobre su quebrantada salud. Falleció en 1944.

Bernardo Hirschoren, era el más joven del cuerpo de redacción, pero

el más activo; la publicación corría casi exclusivamente por su cuenta y era el que cargaba con la mayor parte de las tareas; después de cumplir agotadoras jornadas de 16 a 17 horas como empleado, dedicaba las noches a confeccionar las ediciones. Siendo muchacho todavía, publicó algunas poesías en el periódico "Di Idische Hofenung" bajo el seudónimo David Keren Zvi; pero donde mejor evidenció su talento fu en el género ligero, en el folletón y la glosa satírica que han merecido en su tiempo, a igual que sus narraciones en las que en tono humorístico planteaba problemas importantes, una entusiasta acogida del público y la crítica. Hirschoren se mostró asimismo activo en la vida institucional, al principio en las filas del poalesionismo y luego en los sectores progresistas, donde continúa hasta la actualidad aportando los frutos de su capacidad y trabajo.

Abraham Berenson, maestro de profesión que dictaba cursos de contabilidad y sobre problemas comerciales; si bien no había publicado nada hasta aquel momento, fué ganado por el entusiasmo, al igual que el resto de sus compañeros de redacción convirtiéndose al principio en un buen colaborador; más tarde comenzó a retacear su aporte, hasta limitarlo a un artículo o comentario que entregaba de vez en cuando.

Con excepción de Zvi Schneider, ninguno de los redactores había cumplido todavía los 20 años de edad; pero el ardor juvenil, el idealismo y el entusiasmo los capacitaba para vencer todos los obstáculos que se oponían a la marcha del periódico.

Desde su primer número, "**Di Pampa**" se puso al servicio de las necesidades locales e inquietudes de la población, tanto de Rivera como de la colonia. No pocas mejoras en la vida pueblerina fueron logradas gracias a la iniciativa e insistente prédica del periódico. Los primeros faroles de carburo se vieron en las calles de Rivera después de una intensa campaña, de "**Di Pampa**", que llamaba a la población a reclamar de la municipalidad de Carhué la instalación del alumbrado público.

Rivera, pueblo en pujante crecimiento, con gran número de negocios y talleres, aportaba importantes sumas en concepto de patentes y otras cargas impositivas a la municipalidad de Carhué; durante muchos años, la municipalidad no le prestó ninguna atención al poblado; se ocupaba de él únicamente cuando debía recaudar los impuestos. El pueblo adelantaba a pasos agigantados; las casas iban multiplicándose rápidamente, surgiendo

unas al lado de otras, pero de las calles y veredas no se preocupaba nadie. De noche, la gente debía caminar alumbrándose con linternas para no caer en algún pozo o zanjón. En localidades de menor importancia ya se había logrado que las calles fueran aparejadas, que los propietarios construyan veredas y planten árboles al borde de las mismas. No así en Rivera. **"Di Pampa"** recogió todas estas cuestiones y las planteó como un objetivo para el vecindario; la municipalidad tuvo que hacerse eco del reclamo y una comisión especialmente designada al efecto se dedicó a nivelar las calles, instalar faroles, obligar a los propietarios a construir veredas; el aspecto del pueblo cambió fundamentalmente.

Las casas de comercio se abrían, tanto en verano como en invierno, no bien aparecía la luz del sol y se cerraban a altas horas de la noche. Los dueños y los empleados permanecían esclavizados detrás del mostrador durante 14, 15 y más horas corridas; el descanso dominical era desconocido todavía; y así trabajaron durante largos años sin permitirse otro respiro que el que les proporcionaban las fiestas patrias, como el 25 de Mayo y el 9 de Julio, y las festividades judías de Rosh Hashaná y Iom Kipur. **"Di Pampa"** se preocupó seriamente de este problema, llamando a los empleados a unirse y a poner fin a ese trabajo de esclavos. La "Unión Obrera", que desplegaba entonces una intensa actividad gremial en el pueblo, encabezó esa lucha; los empleados adhirieron a la organización y con su ayuda lograron la jornada de 10 horas y el cierre dominical de los negocios. Fue una conquista que otras localidades más importantes no habían registrado todavía.

En aquella época, la J.C.A. había liquidado las escuelas que había fundado y sostenido en las colonias y en el pueblo; y en las que también se daban cursos en Idish, transfiriéndolas a los gobiernos nacional y provinciales. Esas escuelas, con todas sus deficiencias, llenaban en cierta medida el vacío que se dejaba sentir en la instrucción judía de los niños; al hacerse cargo de las mismas el "Consejo Nacional de Educación", cientos de niños perdieron la posibilidad de aprender las primeras letras judías. Se sucedieron entonces las comisiones para solicitar del Vaad Hajinuj (Consejo Escolar Israelita) que abra una Talmud Torá (escuela religiosa) en Rivera; llegó, incluso, de Buenos Aires el inspector Efrón quien constató la justicia del reclamo; pero a pesar de todas las intervenciones la escuela no fue abierta. **"Di Pampa"** se hizo eco de ese problema, tan sentido por cientos de hogares campesinos, y exhortó a los comerciantes y a los padres a crear con los propios medios una escuela popular. El órgano combatió duramente las

deficientes escuelas particulares que fueron surgiendo después de la liquidación de los cursos judíos. Los comerciantes acomodados no enviaban a sus hijos a esas escuelas arcaicas, estaban en condiciones de contratar maestros capacitados y modernos; pero la mayoría de los obreros, artesanos y colonos carecía de esas posibilidades y veíase obligada a confiar sus chicos a los anquilosados maestros de los "jedorim", aún sabiendo que esa enseñanza les sería perjudicial. La insistente exhortación del periódico a favor de la creación de una escuela popular donde los chicos fueran educados en el espíritu de la época, fué recogido por "Agudat Bnot Sión", y con la ayuda de cierto número de padres, concretóse la iniciativa. Fué, sin duda, un paso importante en la solución del problema de la enseñanza judía en el pueblo. Algunos años después, la comisión escolar pasó a depender del Centro cultural, bajo cuya dirección la escuela popular continuó funcionando durante mucho tiempo.

Como dijimos, el periódico se mantuvo, en general, atento a todos los problemas locales de carácter cultural, institucional y social. Posiblemente le haya faltado en ocasiones el tono rotundamente condenatorio con respecto a algunos dirigentes caudillescos y más decisión en la denuncia de las arbitrariedades de los funcionarios de la J. C. A. La escasa experiencia periodística y la poca edad, —eran adolescentes casi—, de la mayor parte de los redactores responsables habrá influído seguramente en ese tono menor y suave de su crítica. Nunca faltó, sin embargo, la reacción firme y oportuna ante las conductas incorrectas y los actos injustos.

Cincuenta números aparecieron del periódico "**Di Pampa**". Demandó de sus editores voluntad, idealismo y espíritu de sacrificio, lo que le fue prodigado a manos llenas. Y si la cuenta se interrumpió al llegar al medio centenar, no fué tanto por las dificultades financieras —que no faltaron, por supuesto—, sino porque algunos de los redactores viéronse obligados a trasladarse a otras localidades para buscar trabajo. "**Di Pampa**" llenó con sus cincuenta ediciones una página limpia y digna en la historia del periodismo argentino.

La desaparición del periódico provocó un vacío en la vida institucional de Rivera que fue dejándose sentir cada vez con mayor intensidad. Si bien la prensa judía del país habíase desarrollado extraordinariamente —aparecían ya dos, y a períodos tres, diarios, además de un crecido número de periódicos y revistas—, continuaba la práctica de



reducir al mínimo la información sobre la vida judía en las colonias y provincias. Se limitaba a la correspondencia, retajada en la redacción hasta la insignificancia, donde se daba cuenta de los acontecimientos menores de carácter institucional y social.

Los problemas de la colonización judía agravábanse de año en año, y la necesidad de un órgano periodístico local que esclareciera, orientara y planteara soluciones, se hacía, cada vez más imperiosa. 1929 fue un año de sobresaltos y angustias, no sólo en Rivera, sino en todo el país y en gran parte del mundo. Las vicisitudes sufridas no impidieron sin embargo que la vida cultural y societaria del pueblo y la colonia crecieran y se expandiera; esta actividad ya había adquirido, en su parte decisiva, un claro y definido contenido progresista gracias a la dirección de elementos jóvenes y combativos. Y fue nuevamente este sector de avanzada el que tomó en sus manos la iniciativa de dotar a Rivera de un órgano de opinión.

El 15 de febrero de 1929, aparecía bajo la dirección de Sansón Drucaroff, con la colaboración de Elías Schneider, Aarón Daijovsky e Isaac Mizraj, el bisemanario **"Unzer Vort"**.

Con una visión y alcances mucho más amplios y en condiciones muy distintas aparecía este periódico. En ese entonces comen7aban a definirse en el mundo dos campos contradictorios; por un lado, uno progresista y de clara orientación combativa; por el otro, uno regresivo y de neta tendencia conservadora. Los editores de "Unzer Vort" se pronunciaron sin vacilaciones por el primero imprimiéndole a la publicación una decidida orientación de avanzada frente a los problemas y acontecimientos no sólo locales, sino también nacionales e internacionales.

**"Unzer Vort"** fué durante todo el tiempo de su existencia una tribuna de unidad. Era una hoja abierta a todas las insinuaciones constructivas. Sus colaboradores, de distintos credos políticos y sociales polemizaban cordialmente entre sí, exponiendo cada uno sus opiniones sobre cooperativismo o problemas agrarios y culturales. Muchas veces era dado ver como un número del periódico contradecía al anterior en algunos conceptos. Pero dentro de esas contradicciones predominaba el concepto progresista constructivo y de unidad.

¿Quiénes eran los redactores del periódico? Sansón Drucaroff,

odontólogo de profesión, ya era en ese entonces un periodista de merecido renombre en el ambiente periodístico judío del país. Estaba íntimamente identificado con la vida laboriosa de agricultores y obreros; obraba en él el imborrable recuerdo de la propia infancia campesina, pero con más fuerza aún, su ideología y su clara concepción del mundo que lo ligaban cada vez con más firmeza al destino de la gente trabajadora de la ciudad y del campo, convirtiéndole en uno de sus orientadores y voceros. He aquí un episodio característico que ayuda a conocer más de cerca a Drucaroff. Sansón (así lo llamaban siempre en Rivera, y así lo continúan llamando hoy en todos los movimientos populares y progresistas donde actúa) era invariablemente el invitado especial, como orador de fondo, en las celebraciones anuales del Día del Cooperativista; pero para la celebración, realizada el primer domingo de junio de 1928, no fue invitado a ocupar la tribuna a causa de su militancia política. Citando el público reunido en el acto observó que Sansón no figuraba en la lista de oradores comenzó de inmediato a agitarse y movilizarse, reclamando a voz en cuello que Drucaroff hablara. Y habló. Sus primeras palabras fueron las siguientes: "Todos los años tuve el alto honor de ser invitado por las autoridades de la cooperativa a hacer uso de la palabra; hoy, empero, me han concedido un honor mucho más alto: el de ser invitado por la amplia masa de asociados".

Elías Schneider, el auténtico hijo de colono, cuyo nombre se registra con frecuencia en esta historia como abnegado activista en los distintos aspectos de la vida cultural e institucional de Rivera, era el que llenaba buena parte de las páginas del periódico. Bajo distintos seudónimos escribía comentarios acertados sobre los problemas campesinos. El mismo los había vivido y sufrido desde niño. Con su hermano, trabajaba en la chacra del padre, ya que la J.C.A., como a todos los hijos de colonos, se negó a colonizarlo. De muchacho fue peón, trabajando en distintas colonias; se destacaba, especialmente como domador de potros, dura y riesgosa tarea que le atraía enormemente. Esa vida campesina y gauchesca fue reflejándose luego en narraciones que vieron la luz en numerosas publicaciones judías. Urgido por la necesidad, tuvo que abandonar finalmente la colonia, ocupándose primero como receptor de granos en la zona; trabajó luego en otros lugares, trasladándose por último a la Capital Federal donde, no obstante su precario estado de salud, continúa actuando activamente en el movimiento progresista.

Aarón Daijovsky, era maestro de la escuela popular, en la que

evidenció su amplia capacidad pedagógica, ganándose la adhesión y simpatía no sólo de los nulos, sino también de los mayores. Aunque políticamente adherido al poalesionismo, vióse impulsado por su visión progresista de los acontecimientos mundiales a acercarse, colaborar e, incluso, participar directamente de las luchas que librada **"Unzer Vort"**, a cuyo servicio puso su pluma y su trabajo.

Isaac Mizraj, era funcionario de la J.C.A.; luego, seguramente incómodo en sus funciones y violentado por las injusticias que sus ocupadores cometían con los colonos, abandonó su puesto y se hizo cargo de la gerencia de la cooperativa "El progreso" de Bernasconi. Hombre de clara inteligencia, sentíase atraído por la gente humilde y laboriosa. Hasta el momento de su traslado a Narcise Leven colaboró en el periódico y luego, desde su nuevo lugar de residencia, enviaba con frecuencia algún artículo. En Rivera, actuó intensamente en el terreno cultural, especialmente en el cuadro filodramático, donde se destacaba como buen aficionado y excelente recitador.

Si es verdad que Rivera vivía en aquella época momentos de auge extraordinario en su actividad cultural e institucional, no es menos cierto que mucho de ello se debía a la, presencia de **"Unzer Vort"**. En el terreno cultural, la gravitación del periódico dejábase sentir no sólo en Rivera y en la colonia "Barón Hirsch", sino en toda la zona circunvecina. Su voz estimulante y sonora, que agitaba el ambiente riverense impulsándolo a la acción, repercutía también en las comunidades judías de los alrededores. Basta hojear la, colección de los tres años de **"Unzer Vort"** y leer las correspondencias e informaciones enviadas desde distintos puntos de la zona, para formarse una idea del papel jugado por el periódico en el desarrollo de la vida institucional judía de otras localidades. Pueblos como Villa Alba (hoy San Martín) y Bernasconi, donde la actividad cultural estaba anquilosada desde hacía años, comenzaron a revivir al influjo de la prédica de **"Unzer Vort"**. Darregueira, localidad vecina a Rivera, donde vivían desde hacía mucho tiempo una decena de familias judías, a las que nunca se les había ocurrido constituir un centro o crear una biblioteca, y el propio Carhué, que atravesaba una situación similar de abandono y apatía, despertaron culturalmente bajo la influencia estimulante del periódico. En Darregueira, el trabajo cultural vióse igualmente favorecido por la participación activa de Zalmen. Merlinsky, ex-maestro de Rivera.

Muchas ediciones de **"Unzer Vort"** estuvieron íntegramente dedicadas a los problemas agrarios; su prédica fue siempre combativa y continuo e insistente su llamada a la unidad campesina, en la organización y en la lucha; las entidades cooperativistas encontraban siempre amplio espacio en las columnas del periódico, y gracias a ello la unidad de acción en torno a los principios del cooperativismo logró abarcar a las, amplias masas campesinas de Rivera y de las colonias vecinas.

**"Unzer Vort"** rebasó rápidamente los marcos locales. Colaboraban en sus páginas el pionero del periodismo judío en la Argentina, Mijl Hacohe Sinay; expertos en las cuestiones campesinas como Marcos Wortman y N. Krischmar, y otras plumas de prestigio en el ambiente periodístico.

Venciendo dificultades innumerables, enfrentando valiente combativamente los ataques de la reacción, **"Unzer Vort"** cumplió su digna función durante tres años, ininterrumpidamente. Al acallarse su voz, dejaba tras sí, documentada en sus páginas vibrantes, toda una época de la vida judía en las colonias y pueblos argentinos.

A partir de entonces se repitieron los intentos de editar alguna publicación en Rivera, pero con escaso éxito. En 1930, apareció el periódico **"Tribuna Libre"**, en castellano, del que se editaron unos pocos números; el iniciador fue José Spolianky, pasando luego a dirigirlo Elías Schneider. Sus páginas reflejaban la vida institucional de Rivera.

En 1934, la organización juvenil campesina tomó la iniciativa de editar un periódico que defendiera los intereses agrarios y combatiera la política feudal-reaccionaria de la J.C.A. de no colonizar a los hijos de colonos. Apareció, en idish y castellano, bajo el nombre de **"El Campo"** y sólo vio la luz tres veces.

En 1937, el imprentero Silberman comenzó a editar un periódico local en castellano, pero sobre bases estrictamente privadas y comerciales: su material informativo limitábase a los comunicados de las instituciones y a los sucesos de carácter general.

Actualmente, Rivera carece de un órgano propio.

## Capítulo XV

### *PROBLEMAS DE ENSEÑANZA*

Desde el mismo principio de la colonización, comenzó la seria preocupación de los pioneros por la educación de sus hijos. No podía ser de otro modo. Eso viene de muy lejos. El pueblo judío recoge de generación en generación la pre-ocupación por sus hijos. Los hijos deben superar a los padres. Deben ser mejor educados, instruidos. Se gastaba hasta el último centavo para procurarles los mejores maestros. Se endeudaba para mandarlo a estudiar, siempre que los hijos demostraran afán por ello.

Para el pueblo judío, errante e inseguro en su posición conquistada, casi siempre efímera, la instrucción de los hijos significaba dotarlos de mejores armas en la lucha por la vida. Cuanto mejor instruido mayores eran las condiciones de triunfo. De manera que no era de extrañar ese desvelo de los padres por la educación de sus hijos, máxime en un país al que acababan de llegar para arraigarse definitivamente.

Junto al primer arado que abrió el surco en la tierra, virgen, augurando el nacimiento de una nueva era, se levantó el primer rudimento de una escuela. Al lado de las chozas que surgían en las colonias, se levantaba otra que debía ser la escolita para los niños campesinos.

Así comenzó la enseñanza de las primeras letras para, los pequeños recién llegados al país. Era el fruto de los esfuerzos privados de los colonos.

Pasado el primer período de enseñanza improvisada, con maestros un tanto improvisados, la J.C.A. traía su plan y su programa de enseñanza. Era un programa de enseñanza elementalísimo para las escuelas de dos grados en las colonias y de cuatro grados en el pueblo. Se enseñaban las primeras letras en castellano y en idish.

Los maestros en castellano veían generalmente de las escuelas

fundadas por la Alliance Israélite y mantenidas por el barón Hisch en Turquía y Marruecos francés. El Consejo Nacional de Educación habilitaba a esos maestros con títulos extranjeros para ejercer en las escuelas dependientes de la J.C.A., y a jóvenes que tenían ciertos conocimientos de idish, aun sin haber ejercido el magisterio.

El maestro en castellano, con notable acento extranjero, se consideraba de mayor jerarquía frente al gringo, maestro improvisado para la enseñanza del idish; generalmente sus relaciones distaban mucho de ser cordiales. El maestro en idish se sentía despreciado por su colega, que enseñaba el castellano más a la usanza de los judíos sefaradíes de Constantinopla, Salónica o Marruecos que de la Argentina. De ahí que los chicos de los colonos judíos aprendían en las escuelas un idioma y hablaban otro distinto con los nativos, criollos, gauchos o peones. El resultado de ese doble aprendizaje no fue brillante: los niños de las colonias judías hablaban el idioma del país mal, o con dificultad.

En general la enseñanza era efímera. Los niños apenas si aprendían las primeras letras, tanta en castellano como en idish. Las inspecciones del Consejo Nacional casi no se realizaban, y cuando se hacían no se tomaban muy en serio e. problema. Total, eran escuelas rurales de tipo privado. ¡Qué se las arreglen!

El idish se impartía de acuerdo al programa de los cursos religiosos de la J.C.A. Se pretendía inculcar en la mente del niño algunos conceptos religiosos, lo que jamás se logró. El niño veía en esos cursos algo así como un anacronismo inexplicable.

El viejo "jeder", con el "rebe" al frente, era una verdadera universidad frente a esos cursos religiosos. Por lo mena., en el "jeder" se aprendían cosas arcaicas, que luego de joven se arrojaban por la borda, o se practicaban con conocimiento los ritos religiosos o la enseñanza talmúdica. Los "cursos religiosos", en las escuelas de la J.C.A. no tenían elementos que pudieran resultar de alguna utilidad.

De acuerdo al programa el niño debía aprender a rezar, a bendecir el pan, la fruta y a decir "Kadisch".

Se trataba de inculcar al niño nociones que no veía practicar en el ambiente. Sus padres no rezaban, salvo en contadas oportunidades, ni bendecían el pan al sentarse diariamente a la mesa, ni la fruta, que por lo demás rara vez aparecía en la mesa campesina.

Los primeros años, apenas si se descansaba los sábados. Y ni eso en tiempo de cosecha, para luego terminar adaptándose totalmente a los usos y costumbres del lugar.

El niño veía a su padre celebrar con alguna solemnidad las grandes festividades judías, Rosh Hashana, Iom Kipur o la Pascua, descartando generalmente los ritos religiosos. El resto del año lo veía exactamente igual a los demás vecinos, judíos o no. ¿Qué impresión podían causar al niño esos versículos incomprensibles que el maestro trataba de enseñarle de memoria y mecánicamente? Ante sus ojos, los cursos y el maestro, aparecían como cosas ridículas y odiosas, de las que trataba de librarse.

Para suerte de muchos niños, no todos los maestros tomaban en serio el programa de los cursos religiosos. Los había hombres jóvenes de concepciones liberales, hasta socialistas, imbuidos de las ideas de la vieja social democracia europea, de principios revolucionarios en todos los órdenes de la vida. Esos jóvenes judíos, huidos del infierno zarista, iban a las colonias para ganarse el sustento —problema muy serio entonces— y para hacer obra social. Y como maestros lo lograban en buena medida. Tales maestros llevaban los cursos a su modo, recordando el programa sólo en vísperas de las inspecciones. Entonces enseñaban rápidamente algunas de las cosas exigidas por el programa oficial.

El resto del año entretenían a sus alumnos con amenas tertulias, leyendo trozos de nuestra hermosa literatura idish, haciendo comentarios sobre los profetas o interpretando capítulos del Tanaj: Hicieron todo lo que pudieron para inculcar en las mentes y en los corazones tiernos, un profundo amor hacia las grandes realizaciones y las bellas tradiciones judías. Felices los niños que tuvieron como maestros en nuestras colonias, aun por poco tiempo, a Pinie Katz, Salomón Resnick, Moishe Pinchevsky, pioneros de la cultura jadeso argentina, conocidos en todo el mundo judío. Quienes tuvieron la suerte de recibir la enseñanza de esos maestros no los olvidaron jamás. Esos niños fueron más tarde los dirigentes de la cooperativa, del centro cultural y de toda la vida institucional lugareña.

Aprendieron a amar con fervor la cultura y la literatura de su pueblo. Nuestros clásicos eran para ellos los portadores de las más sanas y gloriosas tradiciones de la historia judía.

Si las colonias de Barón Hirsch recibían de la metrópoli, por centenares, las ediciones de los periódicos y toda suerte de publicaciones populares en idish, fue gracias a la abnegada labor de esos maestros, que bien pueden ser incluidos entre los pioneros de la formación de la vida judía en el país.

Muchos de esos muchachos y muchachas siguieron estudios universitarios. Algunos sobresalieron en distintas profesiones. Otros son conocidos dirigentes en la colectividad y en el orden nacional. Pero todos, absolutamente todos, recuerdan con honda emoción su paso por las primeras aulas de las colonias.

Entre los buenos maestros, que dejaron huellas en los corazones de la primera generación, figuran también los nombres de Papirmeister, Jaques Abravanel, Dubrovsky, Lázaro Hirschoren, Zalmen Merlinsky, José Liberman, Schmois, Mekler, Adler, Kurelovsky. Los nombres de los esposos Joseph y Cecilia Souessia merecen destacarse, especialmente la abnegadísima labor de la señora Souessia. Con motivo de celebrarse el cincuenta aniversario de la Colonia Barón Hirsch, la señora Souessia recibió el clamoroso homenaje de centenares de sus alumnos, organizado por la Asociación de Residentes Rivereños, en la Capital Federal.

Llegaron los maestros Souessia al pueblo de Rivera cuando recién se trazaban las primeras calles. A la señora Souessia le tocó actuar como maestra en la misma escuela durante casi un cuarto de siglo. Formó una pléyade de buenos patriotas judeo argentinos. Dedicó todos sus afanes a la enseñanza, como sólo puede hacerlo una inspirada en el arte de enseñar. Supo inculcar a sus alumnos hondo respeto por el pueblo argentino, por sus grandes hombres y por su joven y gloriosa historia. Le sucedió en la misma escuela y con no menos brillo la dignísima señora Elisa de Repossi, abanderada del magisterio sarmientino. La J.C.A. dirigía esas escuelas a través de los cursos religiosos. Ella contratava a los maestros, inspeccionaba las escuelas y proveía todo el presupuesto para su sostenimiento, que luego cobrava a los colonos. De modo que en realidad eran los colonos, los padres de los niños —y aun los que no tenían niños— quienes mantenían



íntegramente las escuelas.

La J.C.A. ejercía su control sobre la enseñanza. La influenciaba con su ideología aristocrático-conservadora. El primer director de los cursos religiosos fue el rabino doctor Halfon, hombre de la Congregación Israelita; a su muerte, le sucedió el señor Yedida Efron.

¿Qué concepto tenía la J.C.A. sobre el tipo de enseñanza que debía impartirse en las escuelas? El más retrógrado y reaccionario. Religión y primeras letras eran todo lo que el niño debía aprender. Cuanta menos cultura tuviera, mejor colono sería. Para arar, sembrar, cosechar, ordeñar y alambrear no necesitaba grandes conocimientos. Y los pocos que adquiría debían oler a tradición cavernaria. Si no pudo imponer sus conceptos en la enseñanza, no fue por falta de vigilancia; como tampoco fue culpa suya no haber podido imponer sus ideas a los colonos. El tiempo trabajó en contra de la J.C.A. Las colonias judías nunca fueron ghettos. Estaban abiertas a todas las influencias renovadoras.

El cálido aliento de las ideas universales irrumpía estrepitosamente en el medio campesino, destrozando el medioevo en las escuelas y en el ambiente general. Los niños respiraban una atmósfera distinta a la asfixiante que la J.C.A. quiso crear. Los niños crecían en un medio libre de, ataduras ancestrales y ningún programa trazado en los sectores aristocráticos de París o Londres iba a frenar su desarrollo.

Era la influencia de mayo y el amor a los próceres argentinos, y la de la enseñanza de los profetas y macabeos las que barrían los últimos vestigios que pudieran dejar en las mentes infantiles los programas oscurantistas de los cursos religiosos.

En 1916 la J.C.A. transfirió al Estado todas las escuelas de las colonias judías. Fueron donados los locales, construidos con dinero de los colonos. El Consejo Nacional de Educación y los consejos provinciales se hicieron cargo de las escuelas.

Sin embargo, los cursos religiosos pretendían seguir orientando la instrucción en idish en las colonias. Con los años, su influencia se iba debilitando. Muchas escuelas se cerraban por falta de alumnos. A medida que

los colonos se independizaban de la J.C.A. abandonaban las chacras para trasladarse al pueblo. En la chacra quedaba un peón con su familia.

Sólo una colonia de Barón Hirsch quedó casi íntegra desde su fundación. Es la colonia Lapin. En ella funciona hasta hoy una escuela idisch. Desde este punto de vista, como desde muchos otros, la colonia Lapin es un ejemplo que honra a la colonización judeo argentina.

Durante muchos años, en el pueblo ele Rivera, de población entonces casi íntegramente judía, no funcionó una escuela en idisch. Para los hombres modestos esta era una seria laguna. Ningún judío de antaño podía concebir que sus hijos desconocieran el idioma, la literatura y la historia judía. Era, una necesidad elemental. Y surgieron entonces algunas escuelas privadas, del tipo "jeder", dirigidas por elementos inescrupulosos. Eran años de crisis económica y cultural. La población sufría abandono. Sólo de tal ambiente pudieron surgir los mal llamados institutos de enseñanza.

Faltaba quien diera el primer impulso para salir de la situación. Esto se logró cuando en 1921 se amalgamaron el Centro Juventud Israelita con el Centro Obrero, para dar nacimiento al Centro Cultural Israelita. La nueva institución inició su vida con verdadero brillo. Una falange de jóvenes de distintas tendencias tomó con responsabilidad la tarea de estructurar un serio movimiento cultural. Comenzaron por la biblioteca, que hasta entonces contaba con varios armarios de libros en idisch y castellano en estado de total abandono, para en sólo algunos meses contar con una biblioteca completamente remozada, con títulos de los más afamados autores nacionales y extranjeros. La biblioteca ostentaba con orgullo el nombre de José Ingenieros.

Inmediatamente se comenzó a estructurar una moderna y popular escuela idisch, que tanto se hacía sentir. Apenas lanzada la iniciativa por el Centro Cultural, se ofrecieron espontáneamente decenas de padres para todas las tareas de organización de la escuela. En pocas semanas se completaron los preparativos. El Centro de Maestros Judíos de la Capital Federal destacó a un joven maestro que tuvo relevante actuación en la flamante escuela y en los trabajos culturales del Centro: Aarón Daijovsky, educador profesional, se adaptó rápidamente al medio. Poalesionista de convicción, supo colaborar con honestidad y eficacia en el grupo de jóvenes progresistas en todas las tareas de elevación cultural y social de la juventud y de toda la población. La

escuela llenó un enorme vacío de casi una década. Encabezaba su dirección el doctor Mauricio Lapacó, hombre dotado de una verdadera pasión por la educación de los niños. El mismo casi desconocía el idish. De pequeño había recibido instrucción de un robe, que con los arios casi olvidó. apasionara la escuela moderna, fundada por los hombres del Centro, y a Ella dedicó sus mejores afanes. Se deleitaba cuando los niños cantaban, recitaban o leían trozos de nuestra literatura.

Años más tarde, los más destacados fundadores del Centro abandonaron el pueblo en busca de nuevos horizontes. La escuela moderna y popular cerró sus puertas. Surgió entonces una escuela del Vaad Hajinuj, heredera de los cursos religiosos. Mijl Beiser, fundador y pionero de la colonia, Zinovi Pogost, antiguo poblador de Rivera y otros tomaron la dirección de esa escuela, que con ciertas alternativas y altibajos sigue funcionando en el pueblo.

### ***LA CREACION DEL COLEGIO SECUNDARIO "MARIANO MORENO"***

A fines del año 1950, debido a una propuesta de la J.C.A. algunos vecinos después de varias reuniones realizadas, comenzaron las tareas de fundar en Rivera un colegio de estudios secundarios: Después de varias tentativas para formar una Comisión, quedó confirmada una a base de representantes de Instituciones locales, como ser: Centro Cultural Israelita, "Cooperativa Granjeros Unidos", Club A. Pacífico Rivera, Coop. Eléctrica de Rivera Ltda., Soc. Sanitaria Dr. N. Yarcho, Club A. Independiente, Asoc. Chevra Kedescha, Soc. Cosmopolita de Socorros Mutuos, Tiro Federal, las dos Cooperadoras de los colegios Nacional y Provincial de enseñanzas primarias y el sindicato de obreros de la industria lechera.

La J.C.A. bajo la presión de los elementos que ya habían empezado a actuar contra la creación de esta casa de estudios, no tomó parte en la comisión, aunque el administrador local, Sr. Arón Mosnaim personalmente apoyó con todos los medios a su alcance la materialización del proyecto.

La oposición a la fundación del Instituto Mariano Moreno, tuvo su

origen en un sentimiento localista de algunas personas de Carhué, quienes creyendo que un colegio de estudio secundarios en un pueblo vecino podía restar importancia al colegio secundario que funcionaba en aquella localidad, y buscaron apoyo en los políticos oficialistas de aquel entonces, que tenían su influencia en la zona como en las esferas gubernamentales. Si bien se podía perdonar los celos de algunos vecinos de Carhué que creían en un posible perjuicio que ocasionaría la creación del mencionado Instituto en Rivera, no se puede perdonar que vecinos de este pueblo se pusieran incondicionalmente al servicio de quienes, llevados por su concepto equivocado, hicieron todo lo posible para hacer fracasar una iniciativa que jugaría un papel tan importante en el avance cultural de nuestra localidad. Desgraciadamente, estos elementos no faltaron, y la comisión constituida, además de realizar todos los trámites relacionados con la realización del proyecto tuvo que superar una serie interminable de obstáculos que en forma solapada le fueron interpuestos. Como se trataba de algo que interesaba a toda la población, el ataque de los opositores a la creación del Instituto, no se realizó en forma abierta, sino ocultamente.

En sus diligencias, la comisión organizadora comprobó que la oposición obraba en todas partes: se trató de influir ante el Ministerio de Educación, llegando al extremo de hacer desaparecer un expediente que estaba a la firma del Señor Ministro; se hizo propaganda, se presionó a los padres de los posibles alumnos para que no inscribieran a sus hijos, con el fin que no se cuente con el número suficiente de inscriptos para la iniciación y autorización del colegio, se trató de impedir que el colegio cuente con el local necesario, etc.

Pero gracias a la tenacidad y energía de algunos vecinos de Rivera se logró desvirtuar todas las maniobras, y el Instituto Mariano Moreno fué inaugurado en la fecha reglamentaria, es decir el día 2 de Abril de 1951. Los vecinos dignos de mención por su trabajo tesonero en pro de la creación de esa casa de estudios son: Isaac Schatzky, Juan Cejpek, Abraham Dik, Moisés Roitburd, Señora Cloe F. Benitez de \_Maza, Señora Teresa Salvo, Sres. José L. Acevedo, Juan Archanco y Juan Vita.

Cabe también destacar el apoyo que se tuvo en esta emergencia de la Asociación de Residentes Rivereños en Bs. As., que en aquel entonces fue presidida por Alejandro Cherni (Q.E.P.D.)

Los elementos que no pudieron evitar la creación del Instituto, en el mismo día de su inauguración intentaron su última maniobra. Cambiando bruscamente de táctica, se presentaron como amigos del nuevo establecimiento ya en marcha, y apoyándose en la situación política imperante en aquel entonces en el país, obligaron a renunciar a la comisión fundadora, usurpando ellos los cargos directivos con el fin de poder hundir la Institución. Pero la constante vigilancia de todo el pueblo y en especial el abnegado sacrificio de algunos vecinos no permitieron que estos designios se cumplieran.

En la actualidad, en el Instituto M. Moreno ya funciona el 59 año acudiendo a clase más de ochenta alumnos, hijos de vecinos de la localidad, sus colonias y de pueblos cercanos, de condiciones económicas modestas, esperando que para fines de este año, egresen los primeros bachilleres, quedando coronado de esta forma los esfuerzos de los que han luchado sin des-mayo hasta lograr su fin.

Es de desear que todo el pueblo y la zona unida prosigan con los esfuerzos para que esa gran obra cultural se afiance y progrese, siendo necesario para este fin, en otros problemas de importancia, desarraigar los vicios introducidos por los elementos opositores al colegio que usurparon la dirección de la Cooperadora.

Para tener una idea de las presiones que se utilizaron para impedir y entorpecer los trabajos de la creación del Instituto, publicamos a continuación, la renuncia de uno de los miembros fundadores del mismo que, conjuntamente con otros vecinos, se vio obligado a presentarla:

Rivera Mayo 2 de 1951

Al Señor:

Presidente de la Asamblea Extraordinaria del Instituto de Enseñanza Secundaria y por su intermedio a la Honorable Asamblea.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Uds. para exponer públicamente lo siguiente: Después de haber vencido una serie enorme de dificultades, causadas por

los elementos, que, por razones que no podemos explicar, hicieron todo lo posible para evitar la creación en nuestro pueblo de Rivera de un Colegio de Estudios Secundarios, con resultados negativos para ellos, desde el día 2 de abril fecha en que se inauguró el Colegio, los componentes de la Comisión Directiva, fueron objeto de muchas intrigas y presiones para dejar en acefalía dicha Comisión, en completa pugna y contradicción con lo previsto en nuestro estatutos; pues estos no permiten la intromisión de cuestiones políticas en el seno del Instituto.

El pretexto utilizado para estas maniobras fue el de dividir, a los componentes de la Comisión en base a las ideas políticas, que personalmente pudieran sustentar los componentes de la misma; y se comprobó que el promotor de esa serie de anomalías lamentablemente es un miembro de la Comisión, el señor Antonio Lapacó, que en combinación con los que tanto han hecho para que resulte estéril la obra de los que con muchos sacrificios y abnegación, llevaron adelante los trabajos hasta concretarlos con completo éxito, están buscando nuevos caminos para dificultar la normal marcha del Colegio. Como a pesar de todas sus maniobras no pudieron obtener el fin perseguido, el día 27 de Abril en el local del Centro Cultural Israelita, se reunieron miembros de esa comisión para aclarar situaciones; y en esa reunión el Sr. Antonio Lapacó declaró abiertamente, que los elementos que con una tenacidad (TENACIDAD DIGNA DE MEJOR CAUSA) removieron cielo y tierra para evitar la creación del Instituto de Enseñanza Secundaria "Mariano Moreno", están amenazando con utilizar sus influencias oficiales para impedir la adscripción del Instituto, en caso de no conseguir incondicionalmente las renunciaciones exigidas por ellos.

Tomando en cuenta todo lo antedicho, y conociendo por experiencia hasta que extremos son capaces de llevar las cosas en perjuicio del Instituto, —como el caso que denunció el Sr. Isaac Schazky en reunión de esta Comisión, de que se llegó al extremo de hacer desaparecer un expediente que estaba a la firma de su Excelencia el Sr. Ministro de Educación, y que nos hubiera evitado muchas dificultades económicas—. Y para evitar que en base a un nuevo pretexto pueda ponerse en peligro la existencia del Instituto, he resuelto presentar mi renuncia solidarizándome con el resto de la Comisión, que así ya lo ha hecho.

Haciendo votos por el constante progreso del nuevo brote cultural en nuestro pueblo, cuyo objetivo principal es poner al alcance de sus hijos de familias de recursos económicos modestos la enseñanza secundaria, terminando de ese modo, con un privilegio, que hasta el presente en nuestro pueblo pertenecía únicamente a la gente adinerada.

Saludo con mi mayor consideración.

Moisés Roitburd

## Capítulo XVI

### *COLONIA LAPIN*

Entre los últimos grupos de colonos que se sumaron a la Colonia Barón Hirsch se cuentan los que constituyen la colonia Lapin, ubicada en el borde meridional de aquella en vecindad con la colonia alemana San Miguel y con los latifundios de los terratenientes Rómulo Roso y Erize.

Estos colonos no vinieron como inmigrantes ni tampoco como bisoños, sino con nueve años de dura experiencia acumulada sobre los campos de la colonia Narcise Leven.

Entre los 280 colonos que la J.C.A. había instalado en 1909 y 1910 sobre las tierras inhóspitas de Bernasconi, los de los lotes 20 y 22 fueron los que más sufrieron; sus campos eran más áridos y salvajes que el resto y se evidenciaron totalmente inaptos para la agricultura. Pero esta comprobación se produjo luego de haber realizado grandes esfuerzos y sacrificios para levantar y ordenar las casas, domesticar los caballos indómitos, talar grandes extensiones montuosas, exterminar las alimañas y vizcachas, y después de que los campos sembrados, cultivados con agotador esfuerzo, fueron repetidamente, y con la sola excepción del año 1914, removidos por los vientos pamperos y recubiertos de polvo y arena hasta el punto de que las alambradas de un metro de altura desaparecían de la superficie.

Pero a pesar de que los colonos ya habían comprobado que las tierras no servían y que todo el esfuerzo era para el diablo, insistieron sin embargo, con algunas excepciones, hasta 1916, tratando de ararlas y sembrarlas, prodigándoles su sudor, su fatiga y el importe de las semillas, creyendo de que a la postre lograrían extraerle el duro mendrugo. De las familias donde había dos o tres pares de manos aptas para el trabajo, algunos se conchababan de peones en campos vecinos y otros íbanse a trabajar la tierra a regiones más distantes. Su amor a la labranza y a la colonización era tan profundo que, no se detuvieron ante ninguna dificultad ni ante ningún

sacrificio con tal de continuar apegados a la tierra. Sólo un porcentaje muy pequeño abandonó la colonia.

Convencidos, empero, de que era imposible proseguir sobre ese terreno improductivo, los colonos de los lotes 20 y 22 comenzaron a exigir de la J.C.A. que los traslade sobre tierras mejores. Señalaron en su pedido que además de la anualidad, imposible de cubrir, crecían los intereses sobre intereses, y las deudas acumulábanse de año en año, de modo que nada bueno podía aguardarse en perspectiva.

La J.C.A., única responsable por la adquisición de esa tierra inapta, rechazó el reclamo de los colonos, arguyendo que no disponía de campos libres, al tiempo que no estaba predispuesta a comprar tierras nuevas, no obstante existir en aquel entonces brillantes oportunidades para ello. Los colonos no renunciaron, sin embargo, a sus exigencias, y cuando en Junio de 1918 llegó a la colonia el director de la J.C.A., Lapin, hombre de carácter más liberal y no complicado en los tejemanejes de la representación argentina de la J.C.A. y de su dirección central, le fue reiterado el reclamo. Lapin constató de inmediato la ineptitud de las tierras, aunque señalando que, tal como le habían informado en las oficinas locales de la J.C.A., no se disponía de tierras más aptas para proceder al traslado.

Fue entonces cuando uno de los colonos, Winocur de nombre, le informó de lo que él tuvo oportunidad de enterarse durante una vista casual a Rivera y sus colonias: que cuatro leguas de campo, 10.000 hectáreas de tierra excepcionalmente buena, eran objeto de negociaciones especiales entre los administradores riverreños, los comerciantes de la localidad y los terratenientes de la zona; los campos estaban registra-dos en los libros como tierras pantanosas e inapropiadas para, la agricultura y eran arrendados a precios ínfimos. El director Lapin intervino de inmediato y dispuso la entrega de esas tierras a los colonos de los improductivos lotes de Narcise Leven. Por ese tremendo crimen, el director Lapin fue llamado con urgencia a París y hasta el día de hoy ignoramos cuál fue su destino. Pero en reconocimiento por su noble actitud, los colonos perpetuaron su nombre dándoselo a la colonia, rechazando el de Filipson N°3 que la J.C.A. le había adjudicado.

Los trámites para el traslado se cumplieron rápidamente, de modo que en 1919 ya se pudo cosechar algo en la colonia Lapin. Esto exigió un esfuerzo excepcional; el tiempo disponible era muy corto (ya se estaba a



principios de julio) Y sólo fue posible empaquetar y trasladar lo más indispensable; tomaron los arados, la sembradora el que la poseía, algunos recados, uncieron caballos a los carros y se lanzaron a cruzar los 100 kilómetros que separan a Narcise Leven de Lapin ; demoraron en el viaje dos días y al llegar se pusieron de inmediato a ubicar cada uno su campo, que le fuera adjudicado por sorteo; la primera preocupación fue asegurarse viviendas, y las construyeron cavando covachas de un metro de profundidad recubiertas por algunas chapas viejas; esas covachas eran en su mayor parte colectivas, para dos o más colonos. Las mujeres y los niños habían quedado mientras tanto solos en las antiguas chacras, donde pasaron en su soledad momentos de inmenso terror y angustia.

El trabajo en las nuevas tierras estuvo erizado de dificultades; toda la zona era una sola extensión, sin alambradas, tampoco había caminos transitados. El invierno era lluvioso y con frecuencia, en las neblinosas madrugadas, los colonos erraban como perdidos en sus campos tratando de ubicar los caballos y, a veces, las propias viviendas.

Entre los numerosos percances de esa naturaleza registrados en aquella primera época queremos recordar uno: el viejo Silberman, al abandonar cierta noche el rancho de Roitberg se extravió; anduvo errando así hasta la madrugada, cuando llegó a una distante y desconocida casa campesina; pertenecía, al italiano Mallarini, quien acogió cordialmente al vecino extraviado, le agasajó con el mate tradicional y después de que entrara en calor lo llevó hasta la casa; a partir de entonces, una estrecha y entrañable amistad vinculó a los dos hombres. Apuntemos, de paso, que las relaciones entre los colonos judíos y no judíos fueron siempre, y en general, cordiales y amistosas.

No obstante haber venido ya con una dura experiencia de nueve años de infructuosos afanes y repetidos fracasos, todos los recién llegados entregáronse con renovado fervor y entusiasmo al nuevo trabajo de pioneros; veían ante sí la perspectiva cierta de convertirse en colonos y no era de extrañar entonces que en los amaneceres y a altas horas de la noche se dejaran oír desde las covachas y carpas canciones individuales y colectivas que sonaban a vida y esperanza.

En el mes de agosto ya estuvieron listas las pequeñas parcelas cultivadas y los colonos comenzaron a pensar en el traslado de las familias a

los nuevos hogares, aún no preparados ni instalados. Como primera providencia, se dieron a la tarea de abrir pozos de agua y levantar algunas habitaciones; para ello, tuvieron que retornar previamente a Narcise Leven a fin de desmontar las antiguas viviendas y aprovechar de ellas las chapas y tirantes para la construcción de las nuevas.

Este episodio continúa profundamente grabado en el recuerdo de todos. No olvidan el momento cuando empuñando palos u otros instrumentos caseros comenzaron a derribar a golpes las paredes de adobe y rescatar las chapas y maderas, que luego transportaron al nuevo hogar. Los vecinos que quedaban les ofrecieron su ayuda solidaria en el traslado de sus pobres pertenencias. Corrían ya los meses de setiembre y octubre; y habiendo levantado las viviendas provisorias, se dedicaron recién a mezclar adobe y construir las casas permanentes, a alambrear con un solo hilo los campos sembrados para que no sean devorados o pisoteados por los caballos y las vacas exterminar poco a poco las vizcachas, que ya se habían dado tiempo para construirse verdaderas ciudades subterráneas y amenazaban comerse el cereal en crecimiento. Por otra parte, se acercaba ya la época de la siega y había que preparar los elementos para la recolección.

Las máquinas que algunos habían traído consigo eran de un modelo muy antiguo e inapropiado; se trataba de las primeras cosechadoras "Crecent" que no habían dado resultado satisfactorio. Esto y muchos otros problemas, como la recolección de las bolsas de grano, transportarlas a la estación más próxima, pagar las deudas contraídas en los preparativos de la cosecha, mantenía en permanente tensión a la familia campesina, desde los pequeños hasta los más ancianos.

El resultado de la cosecha 1919/20 fue, en general, bueno; pero con las 20 o 30 hectáreas que los, colonos habían logrado cultivar no pudieron resolver su problema económico. Las deudas eran elevadas y aparte de ello debían proveerse de nuevos medios para poder ordenar nuevamente sus chacras y subsistir durante todo el año hasta la próxima cosecha.

A pesar de todas estas preocupaciones y dificultades, los lapinenses no se olvidaron de sentar bases para la vida social y cultural de la colonia. Y el 19 de setiembre de 1919, a los pocos meses de su llegada, se reunieron en asamblea en la única casucha de adobe que había en la colonia y que pertenecía al puestero del lugar. Participaron de la misma casi todos los

colonos, particularmente los jóvenes; también concurrieron vecinos de la localidad de Gazcón y de las colonias Filipson N° 1 y N° 2. Y allí fue creada la biblioteca que se convirtió rápidamente en un importante centro cultural no sólo para la colonia Lapin, sino para toda la zona de la colonia Barón Hirsch, con repercusiones en la vida cultural judía del país.

La comisión se abocó de inmediato a la tarea de organizar veladas literarias, debates, representaciones teatrales; al principio, en amplias carpas especialmente levantadas, y más tarde en el salón, construido gracias a la iniciativa y esfuerzo de la comisión y a la generosa ayuda de toda la colonia. En el año 1945, el salón fue totalmente reconstruido y reformado, instalándose asimismo, y por primera vez en una colonia judía del país, un aparato de cine.

La vida social y cultural de la colonia siempre estuvo orientada en sentido progresista. Gracias a ello pudo convertirse en el centro de irradiación para toda la zona circunvecina y destacarse en todas las importantes iniciativas sociales de carácter general. Esa orientación progresista, combatida acerbamente por los elementos reaccionarios, incluida la J.C.A., les permitió igualmente a los lapinenses mantener intacta la integridad de la colonia, lo que la destaca como ejemplo único para toda la colonización judía del país.

A principios de 1920 llegó el segundo grupo de colonos, en su mayoría del lote 20 de Narcise Leven. Con éste, el número de familias campesinas llegó a 44. Aún quedaba una amplia extensión de tierra en la que podía instalarse otro número igual de colonos. Pero la J.C.A. se negó a trasladar nuevas familias de Narcise Leven, prefiriendo dejarlas sobre los campos áridos e improductivos.

A poco de crearse la colonia Lapin, surgió el problema de los hijos campesinos. Había familia que tenían uno o dos hijos casados y que con gran esfuerzo construyeron sus míseras viviendas cerca de los padres. Pidieron a la J.C.A. que les adjudicara otra parcela de tierra para trabajar, ya que a igual que sus mayores querían continuar de campesinos. Pero la J.C.A. rechazó brutalmente los reclamos. Los jóvenes viéronse obligados, entonces, luego de errar por los campos y trabajar de peones, a abandonar la idea de convertirse en colonos y a buscar nuevos horizontes en la gran ciudad.

Pero como si fuera a propósito, la J.C.A. comenzó más tarde a instalar nuevos colonos en las tierras sobrantes que antes había negado a los narcislevenses y a los jóvenes. Les adjudicó 100, 75 y, a algunos, sólo 50 hectáreas. El resultado de esa colonización era previsible. Si las chacras de 150 hectáreas apenas si le aseguraban al colono una subsistencia miserable, fácil era de imaginar lo que le depararía aquellas parcelas reducidas al mínimo. Los nuevos colonos iniciaron la lucha en procura de mayores extensiones de tierra; fue dura y prolongada, y recién en 1950, la J.C.A. decidió a entregarles campos adicionales.

La J.C.A. empeñóse en hacerse odiosa. Era indudablemente la única responsable de haber mantenido a los colonos durante largos nueve años sobre las tierras arenosas y yermas de Narcise Leven; los colonos trabajaron año tras año los campos áridos creyendo que con tesón y constancia tal vez extraigan de ellos lo que éstos no estaban en condiciones de dar; pero la J.C.A. nada quiso saber de los esfuerzos y sacrificios inútiles de esos nueve años y comenzó a reclamar las viejas anualidades que los colonos no habían podido pagar en aquel entonces, más los intereses acumulados; las deudas viéronse por lo mismo enormemente aumentadas; y si bien es cierto que el primer año, cuando el grupo inicial sólo había logrado cultivar una extensión reducida, la J.C.A. se abstuvo de cobrar, por ello se hizo pagar con creces esa "generosidad" al año siguiente.

La administración o, como la llamaban los colonos, la "casita de la J.C.A." se convirtió en una cámara inquisitorial. Los administradores, pretextando que cumplían instrucciones de París, no querían escuchar siquiera las justas argumentaciones de los colonos: que los gastos eran grandes, que era imprescindible comprar nuevos implementos de labranza, que debía reservarse medios para subsistir durante el año, y que por lo tanto no estaban en condiciones de hacer efectivas las viejas deudas las que deberían ser definitivamente prescriptas. La J.C.A. no quiso prestarle oído a ninguna de esas quejas; estableció una cifra, una tasa, en base a la cual debía llegarse a un arreglo. Y si los colonos habían envejecido rápidamente a lo largo de los nueve años de penurias en Narcise Leven, viéronse obligados a pagar nuevas cuotas de salud al permanecer largas horas en la oficina de la J.C.A., y escuchar, gorra en mano, los sermones y admoniciones de los administradores que amenazaban con embargos y desalojos. A la postre, debieron aceptar los pagos que no estaban en condiciones de cumplir.

A fin de mantener su dominio y su presión sobre los colonos, la J.C.A. no se limitó únicamente a las amenazas, sino que se dispuso a llevar a la práctica sus actos de represalia.

En el invierno de 1922, la J.C.A. procedió a desalojar a los colonos Maguidman y Schwartzman. En un día frío, con el pampero violento y helado enseñoreado sobre los campos, llegaron en carros enormes algunos funcionarios de la J.C.A. acompañados de agentes de policía y sin contemplaciones lanzaron al anciano Maguidman, su mujer e hijos, al camino. Toda la colonia se sintió sacudida, y si en aquel entonces faltó aún, lamentablemente, la confianza y la conciencia de que la unión solidaria de todos habría podido oponerse a la fuerza pública e impedir la tremenda injusticia, no por ello el hecho consumado dejó de conmover profundamente a la masa campesina, que no escatimó su cálida y abnegada adhesión a las víctimas de la arbitrariedad. Y esa misma noche, oscura e inclemente, N. Fiksel y F. Budnik largáronse en un sulky destartado a Rivera, a 40 kilómetros de la colonia, para traer un fotógrafo que documentara gráficamente la injusticia. La fotografía, que mostraba a la familia Maguidman junto a sus pertenencias arrojadas a la calle, debía servir de elemento movilizador de la opinión judía del país en una acción de protesta que presione sobre la dirección central de la J.C.A., en París. Lamentablemente, los diarios de la Capital Federal prestaron poca atención a este penoso asunto.

La colonia realizó grandes esfuerzos para lograr el retorno de Maguidman, pero en vano. El colono Aisenberg, en una mezquina actitud antisolidaria, se apresuró a ocupar el campo desalojado, lo que le valió la repulsa y el boicot de toda la masa campesina, conducta que se mantuvo hasta el día de su muerte, en 1952. El colono Maguidman, quebrantado por el sufrimiento y la amargura, enfermó gravemente, falleciendo en 1923; sus hijos se vieron obligados a buscar ocupación en la gran ciudad, donde se encuentran actualmente.

Las presiones de la J.C.A., sus reclamos de los grandes pagos e intereses a cuenta de las antiguas deudas, pusieron al poco andar a la colonia en una situación inestable, impidiendo su normal desarrollo. Después del año de trabajo, la mayoría de los colonos quedaba sin medios para poder mantenerse hasta la cosecha próxima, ya que además de las crecidas deudas estaban precisados de adquirir nuevos implementos de trabajo: arados,

rompedientes, caballos, recados, quien un sulky o un carro, sin contar las máquinas para recolectar las cosechas. En la colonia aún no había una cooperativa; la única que funcionaba en Rivera se declaró en quiebra justamente en aquella época; y aun cuando tal entidad hubiera existido, tampoco habría estado en condiciones de satisfacer todas las necesidades sin créditos; bancarios oficiales a bajos intereses.

Los colonos debían recurrir, entonces, a los comerciantes privados que concedían créditos, para poder adquirir lo necesario para vivir y las imprescindibles herramientas de trabajo.

La colonia se encuentra entre dos líneas de ferrocarril; de un lado, la estación Gascón donde actúa la importante firma Rómulo Roso; del otro, la estación Erice con la firma Erice y Narvais. Estas dos firmas comerciales, que monopolizaban toda la zona, ofrecieron de inmediato crédito a casi todos los colonos de Lapin, sin discriminaciones. En los primeros años, duros y difíciles, ese ofrecimiento fué en cierta medida una salvación para los colonos; más tarde, empero, cuando las sumas apuntadas en las libretas comenzaron a crecer de día en día, percatáronse de que los grandes comerciantes oligárquicos habíanse convertido prácticamente en los dueños de su humilde economía; por una serie de documentos y compromisos que habían suscrito en los momentos de apremio se veían obligados a comercializar sus cosechas por intermedio de esas firmas monopolizadoras.

Por un lado, los altos precios que debían pagar por las mercaderías adquiridas a crédito, más los intereses; y por el otro, los precios bajos que recibían por el cereal cosechado fue sumiendo a la colonia en una situación cada vez más difícil.

Los campos, que los colonos debían cultivar año tras año sin poderse permitir el lujo de dejarlos descansar, viéronse invadidos cada vez más por toda clase de malezas y, en especial, por la cebadilla negra; a causa de ello se desvalorizaba el cereal, el que debía ser vendido a precios inferiores. Las cosechas, por otra parte, eran bastante débiles, y con el año negro de 1929, cuando hubo un fracaso total, la colonia se hundió en el abismo de la crisis. Las dos firmas comerciales mencionadas cortaron totalmente los créditos y, al igual que para todos los demás grupos de la Colonia Barón Hirsch, no les quedó otra salida que solicitar créditos del gobierno.

La Cooperativa "Granjeros Unidos" de Rivera, tomó la iniciativa en ese sentido, y luego de una serie de intervenciones e intercesiones, el Banco de la Nación concedió los créditos requeridos, de los que también se benefició la colonia Lapin.

A partir de entonces, comienza la participación de la colonia Lapin en el movimiento cooperativista junto a toda la familia campesina de la colonia Barón Hirsch. A su contribución se debe la posterior separación de los elementos adinerados y "aristocráticos" que detentaban la dirección de la cooperativa, posibilitando de esta manera el acceso a la misma de los colonos más humildes. Su aliento popular y progresista dio también aquí sus frutos provechosos.

## Capítulo XVII

### *EL MOVIMIENTO COOPERATIVISTA EN RIVERA*

La colonia Barón Hirsch aportó a la historia del movimiento cooperativista del país la creación en 1909 de su primera cooperativa, la Cooperativa "Barón Hirsch", que funcionó hasta el año 1920.

En sus diez años de existencia, registró un desarrollo asaz accidentado y complicado. Carecemos, lamentablemente, de la documentación necesaria para reflejar detalladamente ese desarrollo. Esa documentación se encuentra en poder de la J.C.A. y es prácticamente inaccesible.

En 1920, la J.C.A. se hizo cargo de todo el activo y pasivo de la cooperativa en bancarota. Las deudas que los colonos habían contraído con la misma fueron cobrados por la J.C.A. hasta el último centavo, incluidos los intereses acumulados. Cuando el colono concurría a la administración a pagar su anualidad, le descontaban previamente su deuda con la cooperativa desaparecida.

Cuando en 1928, los dirigentes de la Cooperativa "Granjeros Unidos" se entrevistaron con el director general de la J.C.A., Louis Ungré, y le reclamaron rendición de cuentas por el activo y pasivo de la Cooperativa "Barón Hirsch" y la devolución del archivo de la misma, el señor Ungré les contestó: "esta fue una operación realizada por la J.C.A. y sólo a ella le compete; adquirió el activo y pasivo de la cooperativa en quiebra, por lo que ustedes nada tienen que ver con ella". Y el señor Scharckmet, director de la J.C.A. en la Argentina, agregó: "los archivos de la cooperativa "Barón Hirsch" los necesitamos para demostrar nuestra correcta actuación; por otra parte, la entrega de los mismos daría motivo para que la "Federación" comenzara a publicar nuevamente documentos y comunicados en los diarios". El director Ungré finalizó el diálogo en forma cortante: "los archivos son propiedad de la J.C.A. y en su poder deben quedar".



Y todo quedó, en efecto, en manos de la J.C.A., permaneciendo para la opinión judía y, muy particularmente para la colonia Barón Hirsch, envuelto en el mayor de los secretos la actuación de la primera y más importante de las cooperativas campesinas durante la década más difícil atravesada por la colonia, y asimismo las causas verdaderas de su fracaso y bancarrota.

He aquí lo que Arturo Bab, uno de los fundadores de la "Cooperativa Barón Hirsch" y su primer secretario, escribe en "**Colono Cooperador**" de Octubre de 1944 sobre la creación de la misma:

"La situación en la colonia Barón Hirsch era bastante complicada. Se veía claramente que los "buenos negocios" entre el agente (el administrador de la J.C.A.) y los "delegados" estaban en gran peligro en virtud de la creación de una organización campesina seria, con personería jurídica; por otra parte, algunos "delegados" se convirtieron al mismo tiempo en representantes de firmas cerealistas, de casas de maquinaria agrícola, y solían comprar y vender a los colonos bolsas para la cosecha. Eran lo suficientemente astutos como para oponerse abiertamente a la creación de una cooperativa agraria; participaban activamente en las reuniones y en la preparación de los estatutos, pero siempre, como por milagro, surgía algún conflicto y estallaban tales rencillas que lo poco que se había logrado adelantar para la creación de la cooperativa quedaba anulado en un santiamén".

Los delegados arriba mencionados son los mismos a quiénes nos hemos referido al comienzo de esta historia. Eran los que habían conducido a los grupos de colonos desde el viejo hogar al lugar donde serían colonizados. Se habían autoelegido prácticamente como representantes de los colonos y actuaban como intermediarios ante la J.C.A. Conviene señalar asimismo que esos delegados, tres en número, poseían, diríamos casualmente, sus chacras en los mismos límites del pueblo de Rivera y se habían convertido en los primeros comerciantes de la zona, por lo que se sobreentiende que en nada les beneficiaría, muy por el contrario, una organización campesina.

En octubre de 1909 llegaron a Rivera, Miguel Sajaroff y Noé Yarcho, invitados por un grupo de colonos para que ayuden a la creación de la cooperativa agraria. Con su participación, se realizó una de las asambleas más entusiastas y vibrante que los campesinos recuerdan. Tuvo lugar en el lo-

cal de la escuela de la J.C.A. Ninguno de los colonos estuvo ausente. Miguel Sajaroff, joven aún en aquel entonces, con la apariencia típica de un intelectual ruso, dijo su discurso en un ruso jugoso e impecable; El Dr. Yarcho, con un pronunciado acento lituano, habló a los asambleístas en el materno idioma idish. Ilustró su disertación con fábulas y anécdotas y se dirigió fundamentalmente al corazón de los colonos. Llamó a la unidad, a la responsabilidad colectiva, porque todo el pueblo judío tiene los ojos puestos en el experimento histórico que se estaba realizando con los colonos judíos en la Argentina. Los discursos de los visitantes impresionaron profundamente a la masa campesina. Y en el mismo lugar se fundó la primera cooperativa agraria, la Cooperativa "Barón Hirsch", y se designaron sus primeras autoridades. Motl Chorne fue elegido presidente, y Arturo Bab, secretario.

El capital social de la Cooperativa se formó mediante la adquisición de acciones de 100 pesos cada una por parte de los colonos. Y a principios de 1910, la cooperativa abrió solemne-mente sus puertas en un ambiente de extraordinario entusiasmo. Los colonos más antiguos recuerdan los lunes y jueves, cuando toda la colonia se reunía en torno a la cooperativa. No quedaba espacio para estacionar los carros y los sulkys. Los días cuando los colonos concurrían a la cooperativa parecían verdaderos días de feria. Dentro, fuera y alrededor de la cooperativa, los colonos se agitaban, discutían, intercambiaban experiencias e impresiones. La cooperativa iba sobre ruedas. Cada año se renovaban las autoridades en una asamblea general. Un año era presidente Motl Chorne, al otro Aaron Brodsky, y al siguiente Abraham Schlapacoff, y así se iban sucediendo los tres años tras año. Cuando la cooperativa ya estaba al borde del colapso, en 1919, fue elegido presidente en la última asamblea de su historia a la que asistió Miguel Sajaroff, el colono Jacobo Kataschinsky. En aquel entonces, ya nadie se quería hacer cargo de la presidencia, porque la cooperativa estaba prácticamente en bancarrota.

¿Cuáles fueron las causas de su derrumbe? Ya señalamos más arriba que carecemos de datos documentados; pero en base a las informaciones suministrada por testigos presenciales por colonos estrechamente vinculados al movimiento cooperativista, opinamos que la raíz del desastre se hallaba en la falta de concepción cooperativista en la conducción de la institución. Se la manejó como un comercio privado. Sus conductores se creían dueños de la institución y repartían con toda liberalidad créditos exagerados a sus asociados, que en buena parte no fueron devueltos. En su mayor parte estos créditos se otorgaron a colonos acomodados. A igual que en el comercio

privado, la no recaudación de las deudas conduce a la bancarrota. También había deudas impagas de colonos medianos y pobres, pero su monto era reducido, ya que con razón o sin ella, se los consideraba insolventes. De ahí que la mayoría de los colonos se veía obligada a procurarse el crédito en el comercio privado, por lo que se los acusaba injustamente de anti-cooperativistas.

La desaparición de la cooperativa provocó cierta desorganización y desánimo entre la masa campesina y creó condiciones propicias para que el comercio privado ampliara su radio de acción y acentuara su presión sobre los colonos. Los comerciantes particulares obligaban a los agricultores a suscribir contratos sobre las cosechas y a liquidarlas a los precios que más les convenían; a esto se sumaban los intereses, fijaciones y anulaciones que los colonos debían abonar. Por todo ello, crecía el anhelo de crear una nueva organización agraria.

Tuvieron que transcurrir algunos años hasta que una parte de los antiguos dirigentes de la cooperativa desaparecida tomara la iniciativa en ese sentido. No importa determinar si fue para tomarle la delantera a la amplia masa campesina ansiosa de proveerse de una organización auténticamente independiente o si respondió a un serio y honesto propósito de servir los intereses campesinos; el hecho es que en el año 1922 creóse la Cooperativa "Granjeros Unidos". Los dirigentes de la nueva cooperativa, algunos de los que condujeron los destinos de la anterior, toparon desde un principio con la desconfianza de los colonos. El colono sencillo y honesto cree en todos mientras no sea engañado, pero una vez defraudado resulta sumamente difícil reganar su confianza. A ello se debió que la flamante cooperativa apenas contara al constituirse con 70 socios, y la mayor parte sólo en el papel, ya que no todos realizaban las operaciones por su intermedio.

A medida que pasaban los años, acumulábanse los problemas. Las persecuciones de la J.C.A. recrudecían. El trato a los colonos por parte de sus funcionarios se hacía, cada vez más brutal. Ancianos de largas barbas grisadas, agobiados por el duro trabajo del surco, eran calificados de mendaces y fraudulentos; colonos eran arrojados a la calle con sus familias y sus humildes pertenencias, con la ayuda de la policía; la semilla y el pan que el colono se reservara para el año eran embargados; bastaba el lejano rugir de un motor en marcha, para provocar pánico en las familias campesinas, al punto que lo identificaban con la llegada prepotente y autoritaria de los

emisarios de la J.C.A.. Agréguese a ello, la negativa a arrendarles a los colonos las tierras de reserva, sin hablar ya de la cerrada oposición a colonizar a sus hijos y yernos; la ignominiosa especulación con esas mismas tierras de reserva (probablemente con el conocimiento de la dirección central), cedidas a los terratenientes y comerciantes de la zona, a los elementos que vivían del sudor y la sangre de los colonos, los que eran, a la vez, los más íntimos y los hombres de confianza de los administradores de la J.C.A.

Estas restricciones también alcanzaron a parte de los colonos mejor colocados que estaban necesitados de tierras adicionales para trabajar. Y esta situación impelió a esos elementos, ya que los dirigentes de la flamante "Cooperativa Granjeros Unidos" hicieron oídos sordos a esa angustiada situación, a hacerse eco del descontento general imperante en la colonia y a organizar un movimiento reivindicativo al que adhirió de inmediato la amplia masa campesina. El objetivo del movimiento era reclamar de la J.C.A. el arrendamiento y adjudicación de las tierras de reserva a los colonos y a los hijos y yernos de colonos.

A fines de 1924 se creó la organización gremial "Unión Agraria" con las siguientes autoridades: Naúm Schamsanovsky, presidente; Zise Javkin, secretario, y vocales: Berl Gorer, Jacobo Katachinsky. Israel Goischen, M. E. Kazakevich, Oscher Resnikoff y Aisik Marchevsky. También se organizaron los hijos y yernos de colonos en una entidad independiente designando de secretario a Elías Schneider y de vocales a Mendel Kasakevich, Berl Gamarnik, Moisés Gorelik, Moisés Kaplún y Herschl Vitkin.

Los mencionados dirigentes distaban mucho de ser grandes oradores, pero por ello supieron expresar en su idioma llano y sin retóricas las verdaderas aspiraciones de la mayoría del campesinado, ganándose la adhesión y la confianza general. Rápidamente rebasó el movimiento los marcos de la colonia Barón Hirsch. Los mismos métodos y persecuciones de la J.C.A. imperaban en otras colonias de su dependencia. En Nareise Leven, por ejemplo, se proponía imponer nuevos contratos leoninos; en las colonias de Entre Ríos quería introducir las sobretasas provinciales; y se generalizaban por doquier sus desalojos y embargos. Todo ello determinó que la más importante de las cooperativas judías, "Fondo Comunal" de Domínguez (Entre Ríos), dirigida por el dinámico Marcos Wortman y el

experimentado Miguel Kipen, tomara la iniciativa de convocar un congreso de todas las colonias judías, el cual tuvo lugar el 19 de mayo de 1925 en la Capital Federal.

La convocatoria del congreso infundió en todos la fe y confianza de que mediante la unidad y acción solidaria serían resueltos muchos de los dolorosos conflictos pendientes con la J.C.A. Esta valoró de inmediato la fuerza del movimiento y previó las consecuencias del congreso y trató de infiltrar a hombres de su confianza a fin de dificultar la unidad y contrarrestar la combatividad del mismo. Siempre se había ingeniado la J.C.A. para proveerse de tales elementos; otorgándoles ciertos privilegios e, incluso, algunas "changas", se aseguraba su apoyo incondicional. Eran esos elementos los que abogaban a favor de la J.C.A. ante los colonos.

Por ejemplo: la J.C.A. exigía a los colonos sumas exageradamente elevadas por las anualidades, sabiendo de antemano que no estaban en condiciones de pagarlas. Entonces, el colono no tenía otra salida que la de recurrir a esos "abogados" para que intercedan ante la administración a fin de que se le reduzca la anualidad; y los "influyentes" intermediarios lograban, por supuesto, tocar las fibras generosas de los administradores y obtener reducciones en los pagos; el hecho que el colono se viera con frecuencia obligado a vender la semilla y el trigo reservado para el pan a fin de hacer frente a esos pagos "reducidos", no impedía que los "abogados" pasaran de benefactores de los colonos pobres.

Los "abogados" apelaban también a otros recursos demagógicos. Solían argüir que el luchar contra la J.C.A. significaba echar lodo sobre una institución filantrópica judía y profanar la luminosa memoria del Barón Hirsch; o que nada se conseguiría de la J.C.A. por las malas y que era necesaria, por lo mismo, actuar siempre por las buenas. Y si bien esos "benefactores" eran odiados por la mayoría de los colonos, lograron ejercer cierta influencia entre los más pobres, por lo que conseguían, lamentablemente, ser elegidos como representantes y dirigentes de la vida social de la colonia.

A través del congreso se hizo el primer intento de liberarse de esos elementos "influyentes". La mayoría de los participantes eran hostiles a la J.C.A. Con todo, logró ésta introducir a algunos delegados suyos, como los de la colonia Lucienville (Basavilbaso) encabezados por el conocido incondi-



cional de la J.C.A., S. I. Hurvitz quien se esforzó, en efecto, por romper la unidad y la combatividad del congreso. Pero la abrumadora mayoría rechazó esos intentos y denunció en términos severos y categóricos las persecuciones de la empresa colonizadora y la peligrosidad de sus métodos para el futuro de las colonias. Fue allí mismo que se creó la primera organización agraria central judía bajo el nombre de "Federación Agraria Israelita".

La delegación de la "Unión Agraria" de Barón Hirsch, elegida en una amplia asamblea campesina y constituida por N. Schamsanovsky, Zise Javkin y Jacobo Katachinsky, M. Kaplún por los jóvenes y B. Reznik por la colonia Lapin, planteó en el congreso las cuestiones que le fueran encomendadas y apoyó decididamente la designación de la primera representación central, formada por elementos combativos de orientación progresista, con Wortman y Kipen al frente.

El ala derechista, es decir la constituida por los hombres de confianza de la J.C.A., fracasó en las elecciones, pero no por ello cejó en sus esfuerzos de crear dificultades. Trataron de formar una tercera fuerza 'con personas moderadas que los apoyaban, sin fundamentar su posición; entre estos se contaba Isaac Kaplan. Gracias a ese apoyo lograron más tarde sus objetivos, dirigidos fundamentalmente a debilitar la solidaridad activa entre los colonos. Entre los dirigentes del ala progresista faltó evidentemente la suficiente fe y confianza en la fuerza de las amplias masas campesinas y en lugar de adoptar medidas de lucha concretas y prácticas contra la J.C.A. se limitaron a la formulación de peticiones, memoriales y protestas a las que ni la dirección central de París ni la representación argentina se dignaron a contestar. Estos fracasos provocaron decepción y desánimo entre los dirigentes, hasta el extremo de que ya en el quinto congreso Federación, realizado en una de las colonias, y en el que se hizo sentir la ausencia del malogrado M. Kipen, muerto en un accidente, se suprimió el carácter gremial de organización, convirtiéndola en una central de todas las cooperativas. La nueva entidad habilitó una oficina de compra-venta en la Capital Federal, bajo la dirección del moderado I. Kaplan, y tomó el nombre de "Fraternidad Agraria".

No obstante su origen eminentemente cooperativista, la "Fraternidad Agraria", como así también las cooperativas a ella adheridas, no pudieron permanecer indiferentes cuando estallaban las luchas gremiales. Y bajo la presión de las amplias masas campesinas debieron acudir en apoyo de las

mismas en sus choques con la J.C.A.

Y volviendo a la cooperativa "Granjeros Unidos". En el segundo congreso campesino, realizado en Domínguez en 1924, en el que sólo estuvieron representadas las cooperativas agrícolas judías, más la "Unión Agraria" de Rivera, se adoptó el criterio de que las dos organizaciones campesinas de la colonia Barón Hirsch se fusionaran en la Cooperativa "Granjeros Unidos". Esta recomendación de la asamblea agraria se llevó a la práctica al retorno de los delegados. Es lo que dio el gran impulso para el crecimiento de la cooperativa. Baste señalar que a una sola reunión fueron presentadas 90 nuevas solicitudes de socios. En la primera asamblea general, luego de la fusión, la amplia mayoría confió la dirección de la Cooperativa Granjeros Unidos a los dirigentes de la "Unión Agraria", eligiendo de presidente a Naún Schamsanovsky y de secretario a Zise Javkin. Bajo las nuevas autoridades, inicióse la marcha ascendente de la Cooperativa "Granjeros Unidos", la que es actualmente una de las organizaciones agrarias más importantes del país.

En 1928, la Cooperativa consideró la iniciativa de crear una colonización autónoma a fin de ampliar el área colonizada con fuerzas propias. Para ese fin adquirió a nombre de 40 interesados 8.000 hs. de campo en la zona lindante con la colonia llamada "Mari Mamuel". Y en homenaje al benefactor de la colonia Barón Hirsch, denominó ese campo "Akivah Etinjer".

Las intenciones de la cooperativa eran buenas y honestas, pero en la práctica no logró con su iniciativa resolver el problema de la falta de tierras, ya que la compra de las mismas demandaba inversiones cuantiosas, que sólo los más acomodados podrían afrontar. Y así sucedió, en efecto. Una parte de las tierras, fue adquirida por los colonos acomodados, y el resto pasó a manos de algunos comerciantes y profesionales. El fracaso de esa iniciativa, demuestra nuevamente que la, única solución para el problema de la tierra, en aquel entonces y en todos los tiempos, radica en una profunda y justa reforma agraria.

La Cooperativa era dirigida por los así llamados colonos solventes de la Colonia, que constituían una minoría. La aplastante mayoría que disponía de 150 Has. aún cuando había también colonos de 100 y hasta de 75 Has., no se atrevían a tomar en sus manos la dirección de la Cooperativa por



temor a no perjudicarla. Se corría el riesgo, así se lo habían hecho creer los dirigentes acomodados, que los créditos que utilizaba la Cooperativa, otorgados por los grandes monopolios cerealeros como Bunge y Born, Louis Dreyffus y Cía., y por las casas de maquinaria agrícola, fueran cortados si los menos solventes estuvieran en la dirección. Y el temor no era injustificado. Cuando en 1932, los colonos hicieron el primer intento de desplazar a la capa más acomodada que comandaba la institución, eligiendo un directorio constituido por los más humildes, con el colono Ziamé Jersonsky de presidente, poco faltó para que la cooperativa no recibiera los créditos necesarios para la cosecha. La gerencia de Louis Dreyffus y Cía. comunicó al nuevo presidente que cancelaba los créditos en razón de que la flamante dirección era de carácter comunista. Esto se produjo justamente en vísperas de la siega, y sólo mediante insistentes intercesiones privadas logróse que la firma monopolista revocara su resolución.

Por estos motivos, los créditos de la cooperativa se otorgaban a los colonos acomodados. Y a causa de las déficits que los bajas precios del cereal les ocasionaron, esos colonos le quedaron adeudando a la institución sumas ingentes. Los más pobres, por su parte, debían recurrir al comerciante privado, al que no sólo pagaban altos intereses sino que se veían obligados a liquidarle el cereal en el momento que a aquél le convenía.

Todas estas vicisitudes compartidas, tanto en la vida diaria, como en lo económico y social, las luchas comunes que tuvieron que ser libradas en defensa de intereses comunes, fueron creando en el colono un sentimiento de confianza en sí mismo. Y comenzó a comprender que la protesta y la rebeldía por sí solas no bastaban para resolver a fondo sus problemas y que el único camino era tomar la dirección de la lucha en las propias manos. Poco a poco fue afirmándose en la masa campesina la fe en las propias fuerzas y ya comenzó a denunciar y combatir a los que años antes había creído y considerado erróneamente sus aliados.

A los colonos adultos se fueron sumando los jóvenes, a quienes nunca se dio acceso al movimiento campesino organizado. Contribuyeron también los "gringos", como familiar-mente se los llamaba, es decir los que habían arribado al país después de la primera guerra mundial; eran hombres de experiencia social y de espíritu combativo, a quienes se había colonizado en su mayor parte en la zona de Tres Lagunas.

Al estallar la segunda guerra mundial, pareció que la, situación, especialmente la de los trabajadores del surco, tendía a mejorar. Los productos agrícolas obtenían precios más elevados y los colonos ya estaban en condiciones de amortizar algunas de sus deudas. Pero el cambio fundamental se produjo aparentemente después del golpe militar-fascista de 1943. Frente al profundo descontento reinante desde antiguo entre la amplia masa obrera y campesina, el gobierno, convertido en dueño absoluto de la prensa y de la radio, comenzó a desplegar una intensa propaganda demagógica prometiendo mejoras radicales para la gente de trabajo. Y en vísperas de las elecciones de febrero de 1945, la demagogia peronista no se abstuvo tampoco de asegurarle a los colonos una próxima y justa distribución de las tierras lanzando la consigna de "la tierra para quien la trabaja".

La demagogia del gobierno obraba en base a condiciones internacionales "propicias". El mundo y, fundamentalmente, la destruida Europa necesitaba de los productos argentinos: carne, trigo, algodón, cueros, lanas, etc. Habiéndolo previsto y especulando con la posibilidad de vender nuestros productos de exportación a precios elevadísimos, el gobierno nacionalizó de inmediato la comercialización de las cosechas. Los colonos, luego de tantos años de dependencia y de desvergonzada por parte de los grandes cerealeros, acogieron la medida con entusiasmo. Tanto más cuanto el gobierno, como primera providencia, había fijado el precio del trigo en 15 pesos el quintal. (Luego lo vendió a 50 pesos). Pero este entusiasmo inicial comenzó pronto a disiparse cuando constataron que los artículos que debían adquirir iban encareciendo en proporciones alarmantes. La moneda se desvaloriza y los precios aumentaban incesantemente. El descontento extendíase por todo el país y la exigencia de un cambio en la situación se dejó oír cada vez con mayor insistencia. A consecuencia de ello, en 1950 el trigo fue comprado por el gobierno a 50 pesos el quintal. Pero aún así, el precio distaba mucho de ser compensatorio, ya que los productos que el colono debía adquirir para la labranza como para el propio consumo fueron alcanzando alturas astronómicas. Bastarán algunos ejemplos para dar una idea de ese encarecimiento pavoroso: un rollo de alambre, que costaba 13 pesos, cuesta actualmente de 250 a 350 pesos; el par de rejas para el arado aumentó de 6 a 70 u 80 pesos; un kilo de yerba, cuyo precio era de 50 o 60 centavos, cuesta de 6 a 7 pesos; un cajón de azúcar de 10 kilos, que costaba 4 pesos, debe pagarse ahora a 45 pesos; un par de alpargatas, que se conseguía por 45 centavos, no se lo consigue ahora por menos, de 6,50, sin hablar ya de las prendas para vestir y los distintos objetos necesarios para el hogar.

Los implementos de labranza fueron desgastándose; era imprescindible la maquinaria; pero a los colonos que habían cultivado reducida cantidad de hectáreas les era imposible hacerlo. Por lo mismo, muchos se vieron obligados a transferir sus chacras, rematar los bienes y los objetos hogareños, reunidos durante largos años de trabajos y fatigas, y trasladarse a la ciudad.

El éxodo no era sólo de campesinos judíos. Probablemente, en relación al éxodo general del campo a la ciudad, el de los judíos fue menos numeroso. Esto se debió, tal vez, a que los judíos convirtiéronse en agricultores impelidos, como ya lo señaláramos repetidas veces, por el ansia de despojarse de su antigua tradición de mercachifles y buscavidas, estimulados por las promesas de la J.C.A. Y creían ciertamente que a la "tía J.C.A." sólo le preocupaba favorecerlos. Resultó, a la postre, todo lo contrario.

Este éxodo determinó que las pequeñas explotaciones agrícolas fueran adquiridas por los oligarcas y terratenientes, los que aumentaron de esta manera sus latifundios.

La situación se vio en cierta medida mejorada por los altos precios del ganado y de la leche. El litro de leche, por el que antes recibía el colono cuatro centavos, podía ser vendido ya a 50 centavos o más. A esto agregábase el nacimiento anual de un ternero por el que se cobraba un buen precio. Las ovejas o, mejor dicho, sus productos, como la lana, alcanzaron cifras elevadísimas, pero los colonos judíos, con sus reducidos predios en parte de los cuales todavía se siembran cereales, poco pudieron beneficiarse de esos precios extraordinarios. No les era posible procurarse ganancias adicionales. Y a causa de ello, precisamente, arreció la lucha por la conquista de mayores extensiones de tierra en las colonias de la J.C.A. Exigieron, y con razón, que las tierras de reserva se distribuyeran entre los colonos más necesitados. Y a la cabeza de esta lucha estaba el movimiento unitario y progresista de la colonia Barón Hirsch, cuyo primer presidente fue Moisés Melman y su secretario, Ziame Schneider. Melman había llegado con la corriente inmigratoria de la primera post-guerra y se había casado con una hija de colonos de la colonia Clara; Schnaider, hijo de colonos, se había hecho cargo de la chacra de su padre Leizer. Junto a ellos, comenzaron ya a sentarse a la misma mesa de "Granjeros Unidos" algunos elementos jóvenes como Isaac Greis, Maraminsky, Kischinovsky, Gelman, Marek, Blejman, Motl Sitz,

Sufer, Goishen y otros. Todos ellos pertenecían a los sectores campesinos más humildes de los grupos de Lapin, Tres Lagunas y, asimismo, de la zona pampeana, donde los grupos ya se habían disuelto al instalarse cada colono en su respectiva chacra.

No sólo en la dirección de la cooperativa, sino también en las asambleas y entre las autoridades de la "Fraternidad Agraria" estaban representados los sectores progresistas de Barón Hirsch. Y no sólo aquí. En las demás colonias judías comenzaron igualmente a registrarse cambios fundamentales al impulso de la creciente influencia de los elementos más avanzados; si bien no ocupaban posiciones públicas de dirección, a causa de las persecuciones y presiones de la dictadura

Pro-fascista de Perón, no por ello dejaron los elementos progresistas de intervenir activa y decididamente en las cooperativas y movimientos gremiales de los colonos.

En las asambleas de la "Fraternidad Agraria" se planeaban firmemente los problemas del agro, particularmente los relacionados con la J.C.A. Y aunque los diarios no le dedicaban espacio ni reflejaban su desarrollo, impidiendo en consecuencia que llegue al conocimiento de la opinión pública, la lucha fue tomando fuerza y extensión. La J.C.A. fue denunciada en su verdadera condición de empresa genuinamente oligárquico-capitalista. Fue despojada del plumaje filantrópico con que siempre se había engalanado.

Esta justa lucha que se hizo general en el agro fue dando sus resultados positivos. Y fue probablemente el crecimiento de la misma lo que hizo cundir la alarma en las esferas oficiales, obligando al gobierno de Perón a salir a su encuentro, a fin de frenarla, con su demagógico plan agrario por el que impuso gravámenes a los latifundistas.

La J. C.A. hacía años que no pagaba los impuestos. Sólo en la provincia de Entre Ríos adeudaba 12 millones de pesos. Tuvo que hacer frente a esas deudas y pagar, a la vez, nuevos gravámenes. La J.C.A. trató de hacer recaer los impuestos sobre los colonos de su dependencia. Pero estos

opusieron una tenaz resistencia rechazando el intento. Bajo la presión de esa misma masa campesina movilizad y combativa, el gobierno obligó luego a la J.C.A. a extender promesas de venta sobre los campos a favor de los colonos. Los directores de la empresa, apelaron a todos los recursos para salir gananciosos de la operación, de modo que los campos, que fueron vendidos nominalmente a 65 pesos la hectárea, el colono tuvo que pagarlos, después de agregar los intereses acumulados, a 120 pesos la hectárea. Pero considerando la inflación reinante en el país, la transacción no dejaba de ser satisfactoria para el colono. Pocos colonos disponían de la suma necesaria para pagar los campos, por lo que en muchos casos la J.C.A. les extendió hipotecas sobre los mismos; otros, en cambio, recurrieron a los créditos bancarios para realizar la compra.

Pero no sólo en este aspecto triunfó el movimiento campesino; en gran medida, puso también fin a la prepotencia Y autoritarismo de los administradores de la J.C.A. La cooperativa conquistó el derecho de intervenir en muchos asuntos relacionados con los campos; gracias a ello se logró, por ejemplo, que cuando un colono abandonaba su chacra, se vendiera la misma entre los vecinos que poseían extensiones reducidas, evitando, como sucedía antes, que pasara a manos de los favoritos de los administradores. Se obtuvo asimismo que ciertas extensiones de tierras de reserva sean arrendadas como potreros de emergencia a la cooperativa agropecuaria especialmente fundada a este efecto; más tarde, esa misma cooperativa adquirió en propiedad las tierras, con lo que los colonos pueden disponer ahora de solares donde guardar sus caballos y ganado en caso de necesidad.

Actualmente se dejan sentir notablemente los cambios producidos en la colonia. En la cooperativa, todos los colonos se sienten como iguales, no hay más privilegiados, y los que antes habían sido acusados de anti-cooperativistas son ahora socios excelentes y leales. Las autoridades se hacen eco de las necesidades campesinas y procuran los medios para satisfacerlas.

La colonia Lapin, uno de los grupos más alejados de la, colonia Barón Hirsch que cuenta con alrededor de 40 familias campesinas, debía trasladarse siempre a Rivera, para realizar sus operaciones con la cooperativa. Los colonos debían salvar una distancia de 40 kilómetros, a través de los peores caminos de la zona, llenos de lagunas, lomas, piedras y pozos; los viajeros se exponían a mil y una dificultades, sobre todo en invierno cuando

los caballos están desnutridos y apenas si tienen fuerzas para tirar del carro o del sulky; tanto más si caía una lluvia o estallaba una tormenta, entonces se veían obligados a trasnochar en el pueblo o buscar refugio en el camino en la casa de algún colono.

La nueva dirección progresista se preocupó de resolver estas dificultades y ahorrarles a los colonos los tormentos del viaje, abriendo una sucursal de la cooperativa en el centro de la colonia; fue habilitada igualmente una planchada donde los colonos podían entregar su cereal, evitándose el penoso traslado de las bolsas a través de distancias de 20 o más kilómetros hasta las estaciones de los alrededores.

En el mismo centro de la colonia Lapin se habilitó también una carnicería y una quesería sobre bases cooperativas. Se construyó igualmente un hermoso y cómodo salón, dotado de proyector cinematográfico, donde funciona también la biblioteca. Allí se concentra toda la vida social y cultural de la colonia y sus alrededores. Todo ello como resultado de la unidad y solidaridad campesinas, que estimula e impele continuamente a concretar nuevas iniciativas y a obtener nuevas conquistas en beneficio de la comunidad.

Al logro de todas estas realizaciones mucho contribuyó el dinámico y emprendedor Isaac Greis, quien ocupara en distintos períodos los cargos de vice-presidente y secretario de la cooperativa "Granjeros Unidas". Ayudaron también a forjar el progreso de la colonia y la conciencia solidaria de los lapinenses hombres de pueblo como Sokiransky, Ablin, Bradichaiísky, Smetniansky, Maraminsky, Fiksl, Roitberg, Grosman, Waisman, Gaetzky, Jinkis, Geller y muchos otros, sin cuya colaboración nada de lo conquistado se habría obtenido.

Concluyeron así los tiempos de los dirigentes "profesionales" que creían que sólo ellos eran capaces de dirigir la cooperativa. Las nuevas autoridades ya eran el producto de elecciones democráticas y su capacidad y eficiencia no se me-día de acuerdo al monto de sus caudales. La actuación del di-rigente estaba sometida al permanente control de la masa, campesina y apenas se observaba alguna vacilación en su conducta era llamado de inmediato al orden; y si se desviaba de la orientación fijada por la masa de asociados ya no era reelegido. Ese fue el caso de Moisés Melman, quien había servido fielmente durante varios años los intereses campesinos; pero no

bien demostró vacilaciones y contradicciones en su actuación frente a una serie de problemas importantes, fue sustituido por otro. En cualquier circunstancia queda una reserva, de hombres, tanto entre los jóvenes como entre los colonos mayores, en condiciones de ponerse al frente en todo momento de una organización agraria. Así es como fueron designados sucesivamente para la presidencia los jóvenes Sufer o Gelman, que han demostrado madurez y responsabilidad, con cuya ayuda la cooperativa se consolidó y avanzó.

Más tarde es elegido presidente Francisco Loewy. Este se había radicado en la colonia Lapin, en 1935, luego de haberse salvado de las garras hitleristas huyendo de Alemania. Hombre joven, inteligente y culto, venía dotado de una instrucción superior adquirida en su país de origen. En la colonia Lapin encontró un ambiente cordial, si bien en los primeros años resultaba difícil el intercambio y la relación por el hecho de que sólo hablaba el alemán. Pronto, sin embargo, aprendió y se perfeccionó en el cultivo del castellano y el idisch rompiendo definitivamente las barreras idiomáticas que pudieron haberle separado del resto de los colonos. El trabajo de la tierra no le resultó fácil al principio, pero con amor y abnegación se dedicó al duro aprendizaje adquiriendo rápidamente la experiencia para administrar y conducir eficientemente una explotación agraria. Su juicio medido y sereno y, fundamentalmente, su 'concepción progresista del mundo le conquistaron de inmediato la amplia y profunda simpatía de los colonos, quienes reconocieron en él no sólo al colono íntegro y capaz, sino también al dirigente honesto e inteligente. Francisco Loewy ocupa actualmente la presidencia de la cooperativa "Granjeros Unidos", contando siempre con la cooperación eficiente de Greis, Gelman, Sitz, Blejman, Gregorio Kaplún etc. La primera presidencia la desempeñó en el período 1951/52 y fue electo por segunda vez en 1954/55, cuando fue igualmente designado presidente de la "Fraternidad Agraria". De modo que al cumplir su cincuentenario, la colonia Barón Hirsch es prácticamente la dirigente de todas las colonias judías de la Argentina.

### *OTRAS ENTIDADES COOPERATIVISTAS*

#### I. Fábrica de queso "Tamberos Barón Hirsch"

La mala situación económica impulsó a los colonos, como queda dicho en otro lugar, a combinar el trabajo con la explotación tambera.

Pero la producción de leche y crema, mal pagada, apenas si aliviaba sus dificultades financieras; se procuró, entonces, obtener un mayor rendimiento del producto mediante la fabricación de queso, el de tipo "Chubut", cuya demanda en las ciudades y localidades de los alrededores era elevada. Fue así como en algunas chacras comenzaron a surgir pequeñas fábricas de queso. El iniciador de la industria fue: prácticamente, el fallecido Jacobo Roitburd. Aprendió el procedimiento en la chacra Cie sus cuñados Abraham y Schmil Ber Ruschansky, de la colonia Narcise Leven, que ya habían sido queseros en Ucrania. Roitburd cultivaba su campo, ordeñaba las vacas, fabricaba el queso ayudado por su laboriosa mujer y por sus hijas, y luego viajaba a vender el producto a distintos lugares de la zona. Gracias a esa agotadora, tarea, su posición económica se hizo más estable.

Mucho contribuyó al desarrollo de la producción e instalación de pequeñas fábricas de queso en los distintos grupos de la colonia Barón Hirsch, el hijo de colono Siome Schneider, quien había cursado exitosamente la escuela agrícola de Olavarría, perfeccionándose luego en la quesería de los hermanos Arano, bajo la dirección técnica de un experto suizo. Siome Schneider enseñó el procedimiento a muchos colonos, los que fueron levantando en sus chacras pequeñas fábricas, para las que adquirían de los vecinos su reducida producción de leche pagando un precio mejor que los compradores de crema de Bahía Blanca.

Pero no todos los colonos poseían vacas de ordeño; los que ocupaban chacras de 50, 75 y 100 hectáreas no tenían lugar donde guardarlas; los de 150 hectáreas sólo podían tener una cantidad muy reducida; para todos ellos la situación no había cambiado y se tornaba cada vez más crítica. Había, en cambio algunos colonos que poseían tambos bien organizados; sus campos eran más extensos y su hacienda, por consiguiente, más numerosa. Se contaban entre estos afortunados Horovich, Dayan, Kazakevich, Yesevich y González, dos de ellos ex-administradores de la J.C.A., y el resto, favoritos de la administración. Se sobreentiende que ninguno de ellos ordeñaba personalmente sus vacas. Para estos grandes tamberos creóse la necesidad de levantar una importante fábrica de queso que pudiera consumir su no menos importante producción lechera. Y lanzaron la iniciativa de fundar una quesería cooperativa, pero mediante el aporte de toda la colonia sobre la base de acciones de cien pesos cada una.

La J.C.A. apoyó de inmediato esa iniciativa. Vió en ella la



posibilidad de facilitar la cobranza de lo que le adeudaban los colonos y, al mismo tiempo, valorizar las tierras cuyos precios iban en declive. Previó, sin embargo, que el proyecto tropezaría con la oposición de los numerosos colonos que calecían de vacas de ordeño, por lo que resolvió ofrecer un crédito por intermedio del Banco de la Nación para la compra de ganado, pero con la condición de que los terneros que nazcan pertenezcan a la J.C.A.

La masa campesina no se oponía a la instalación de una quesería cooperativa, como lo prueba el siguiente llamamiento publicado en idisch en Rivera, en setiembre de 1935:

"ACERCA DE UN ASUNTO QUE DEBE SER ESCLARECIDO.  
Compañeros colonos:

"En relación con la resolución de la J.C.A. de conceder a los colonos créditos para ganado, nos vemos precisados a esclarecer todo el problema para poder obrar en consecuencia. La mayor parte de nosotros, los colonos, posee algunas vacas por chacra y cada uno sabe cuántos sinsabores nos provoca su cuidado, tanto por la continua escasez de pasto, como por el hecho de tener que estar permanentemente detrás de ellas, ya que la mayoría de nuestros campos están mal alambrados a causa de la crisis que estamos sufriendo en los últimos años.

"No decimos que no queremos vacas. Sí, queremos una explotación mixta en nuestras chacras a fin de tener con qué comprar un kilo de azúcar, yerba y otras cosas. Queremos sin embargo que sea en condiciones tales que nos compense por nuestro trabajo. Y esa condiciones son: 1) agrandar las chacras de 75 hectáreas a 150 hectáreas; 2) crédito para alambrado, no menor de 200 pesos; 3) los terneros que nazcan que sean propiedad del colono; 4) un transporte colectivo de leche bajo el control de la administración de la quesería; 5) que el colono pueda comprar las vacas donde mejor le plazca.

"Compañeros colonos: si nos dan las vacas bajo estas condiciones nos veremos compensados en algo por nuestro duro trabajo; en caso contrario, sólo seremos autómatas que responden a la voluntad de unos cuantos colonos ricos muy necesitados de la fábrica de queso. Y si no nos conceden lo que pedimos, que se nos exima de la carga de pagar inútilmente acciones por una quesería que ninguna utilidad ha prestado hasta ahora.

"Compañeros: el problema es serio; no debemos apresurarnos en este caso a fin de no arrepentirnos luego.

Rivera, Setiembre de 1935".

La lucha olió sus resultados. La J.C.A. aceptó parte de las condiciones, especialmente la que se refería a la propiedad de los terneros y los colonos, satisfechos con el éxito, apoyaron entusiastamente la construcción de la fábrica cooperativa de queso, cuyos fundamentos habían sido echados en 1933, cerca de Rivera. La quesería comenzó a funcionar bajo la dirección técnica de Siome Schneider, quien trabajó en ella durante algunos años para ser luego sustituido por el francés Faustino Rey Gorez. En 1942, fue instalada una fábrica en el pueblo Delfín Huergo, en 1944 y 1946 en el grupo Guinsburg N° 2, y en 1948 en la zona de Tres Lagunas.

Al principio, sólo 40 colonos llevaban su leche a la quesería "Tamberos Barón Hirsch", más tarde el número llegó a 300, casi toda la colonia. Pero la producción lechera no llegó a resolver la crisis permanente en que se debatía la masa campesina; las continuas sequías, particularmente la de 1951/52, al quemar los campos de pastoreo redujeron las existencias de ganado, determinando incluso la interrupción del ordeño por algún tiempo.

La amplia participación campesina, que impulsó el desarrollo de la quesería, le impuso también una dirección democrática y popular. Entre los fundadores y activistas registramos los nombres de Naúm Schamsanovsky, Jaime Kapustianky, Boris Schmukler, E. Saltiel, Siome Schneider, Isaac Greis, S. Resnik, Moisés Melman, Aizik Marchevsky, Jacobo Schufer, H. Strocovsky, I. Gavinoser, Blejman y otros.

Al celebrarse el cincuentenario de la colonia Barón Hirsch, la dirección estaba formada por las siguientes personas: Herschl Goischen, presidente; Abraham Jinkis, vice; Heins Feldat, secretario, y vocales: Motl Sitz, J. Dujovne, Isaac Bilder, I. Judchak, síndico: Bernardo Schmukler.

## II. Cooperativa Agropecuaria

Uno de los problemas que había preocupado a la masa de colonos fue el de disponer de campos de pastoreo de reserva para casos de necesidad. El problema era serio a causa de la poca cantidad de hectáreas en poder de

cada colono. En los últimos años agravóse aún más al incrementar en las chacras las cabezas de ganado, como consecuencia tanto de la intensificación de la producción lechera, cuanto por el aumento inflacionista de los precios de los terneros y novillos que habíanse convertido en una de las bases fundamentales de la economía campesina. Esta realidad determinó al mismo tiempo el establecimiento de "ferias" para la compra-venta ganadera en casi todos los poblados de la zona; la Cooperativa "Granjeros Unidos" también estableció una.

A fin de resolver el problema del pastoreo, surgió la idea, de crear una cooperativa que alquile o compre una determinada cantidad de hectáreas de campo donde el colono pudiera hacer pastar por un término fijo cierto número de animales. La iniciativa concretóse en una institución que tomó el nombre de Cooperativa Agropecuaria, la que en 1946 arrendó 1.300 hectáreas; pasado un tiempo, la cooperativa estuvo ya en condiciones de adquirir en propiedad 2.600 hectáreas de campo para pastoreo colectivo.

Entre los fundadores de la institución figuran Siome Schneider, M. Melman, Aizik Marchevsky, I. Schufer, Motl Sitz, Gregorio Kaplún, etc., los que con el apoyo decidido del campesinado pobre y mediano dieron por tierra con los múltiples inconvenientes y la propaganda derrotista que les interpusieran en el camino los colonos adinerados. Al cumplirse el cincuentenario de la colonia, la dirección de la Cooperativa Agropecuaria estaba constituida por: Jacobo Schufer, presidente; Isaac Marek, secretario; Vocales: Zilberschmidt, Motl Sitz, Gregorio Kaplún, Jacobo Gelman; Síndico: Gavinoser.

### III. Carnicería Cooperativa

No obstante ser el colono el que cría el ganado, el problema de la carne no dejaba de ser para él un problema serio. Vendía su animal al carnicero a un precio insignificante y pagaba por una carne de mala calidad, ya que aquél comerciaba el ganado joven y sacrificaba generalmente animales viejos o magros.

Para los colonos que vivían en Lapin, Filipson, Clara o Tres Lagunas, alejados de los pueblos de Rivera, Rolón o D. Huergo, el problema era más grave aún por cuanto estaban obligados a proveerse de carne para dos o tres días.

A fin de resolver estos problemas, especialmente el de la venta del animal y la compra de carne, y asimismo para poder gustar de carne de mejor calidad, fue creada la carnicería cooperativa. El colono aportaba un animal, por el que recibía carne, cubriendo además, proporcionalmente, los gastos de la cooperativa. Se estableció una norma, que fue rigurosamente cumplida, según la cual sólo se carnearía novillos o terneras. De esta manera, el colono pudo disponer de carne buena y barata.

Entre los iniciadores y activistas, registramos los siguientes nombres: Isaac Greis, I. Vaiser, los hermanos Fiksel, los hermanos Sokiransky, I. Judchak, A Morominsky, Isaac Smetniansky, Jinkis, Geler y otros.

También en el pueblo de Huergo se estableció una carnicería cooperativa similar, entre cuyos colaboradores más activos se cuentan: Herschel Goischen, I. Yukelson, Jacobo Schufer, B. Gorer, I. Bilder y otros.

## Capítulo XVIII

### *SIGNIFICACION DEL COOPERATIVISMO*

Hace ya más de 70 años que la idea del cooperativismo comenzó a tornar cuerpo en nuestro país. En 1884, un ciudadano británico, Carlos H. Atwell, fundó en Buenos Aires la primera "Sociedad Cooperativa de Almacenes". Uno o dos años más tarde, inmigrantes alemanes y franceses establecieron en la Capital Federal cooperativas de consumo. Inmigrantes europeos, llegados al país en aquella época, trajeron consigo el ideal cooperativista que ya había adquirido en el Viejo Mundo amplia difusión. Y no es casual que los precursores del cooperativismo en Buenos Aires hayan sido ingleses, franceses y alemanes. Fue en Rochdale —Inglaterra— donde un grupo de obreros realizó en 1844 el primer intento de organizar una cooperativa de consumo. La idea desparramóse rápidamente por el antiguo continente, particularmente en los países europeos más avanzados, donde el proletariado era numeroso y los movimientos obreros desplegaban intensa actividad. Los trabajadores vieron en la cooperación cierta forma de defensa contra la explotación brutal del capitalismo mercantil. Los movimientos social-demócratas en Inglaterra, Francia, Alemania y demás países europeos incluyeron en sus programas la difusión del cooperativismo como medio de lucha contra el capitalismo.

Los ingleses, franceses y alemanes que arribaron al país en la década del 80, casi todos ellos militantes de los partidos social-demócratas de sus lugares de origen, inspiraron a los artesanos y pequeños comerciantes argentinos en la creación de cooperativas. El partido Socialista argentino —a cuyo nacimiento han contribuido inmigrantes franceses y alemanes, expulsados de sus países por su actividad socialista— tomó con fuerza la idea del cooperativismo. El Dr. Juan B. Justo, uno de los fundadores de ese partido, pronunció por primera vez en Buenos Aires, el 30 de diciembre de 1897, una conferencia programática acerca del cooperativismo. Los afiliados socialistas, en todos los rincones de la República, fueron los fundadores de las primeras cooperativas en sus respectivos lugares de residencia.

Hemos registrado muy sucintamente los primeros pasos y el origen del cooperativismo en nuestro país. Importa tenerlos presentes al abordar el estudio del movimiento de cooperativas agrarias y su papel en la colonización judía.

La primera cooperativa agraria en el país fue fundada por campesinos franceses en Pigüé, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Crearon la cooperativa a fin de asegurar sus campos de cultivo contra el granizo. La primera cooperativa de consumo y producción agraria fué fundada en 1902 por los colonos judíos de Basavilbaso, bajo el nombre de "Sociedad Agrícola Israelita de Lucienville", la que ocupa actualmente un lugar muy destacado entre las cooperativas adheridas a "Fraternidad Agraria". La segunda cooperativa agraria fue fundada en 1904 por los colonos judíos de Domínguez y Clara, provincia de Entre Ríos; se trata de "Fondo Comunal", considerada como una de las cooperativas más importantes del país. Miguel Sajaroff, Isaac Kaplan, Dr. Noé Yarcho, fueron los iniciadores de "Fondo Comunal".

Miguel Sajaroff, el teórico del cooperativismo agrario en el país, pionero del movimiento cooperativista e impulsor de la creación de cooperativas agrarias en todas las colonias judías, estuvo estrechamente vinculado a los movimientos social-demócratas europeos y al socialismo argentino. El Dr. Noé Yarcho, amigo y compañero íntimo de Sajaroff, militó en movimientos inspirados en altos ideales humanos. Toda iniciativa tendiente a favorecer al hombre, a elevar su dignidad conmovía y atraía el alma sensible del Dr. Yarcho, quien fue uno de los pioneros más nobles de la colonización judeo-argentina y sin duda una de las personalidades judías más puras del país. Con particular emoción inclinamos la cabeza ante la memoria del Dr. Noé Yarcho, el hombre íntegro que consagró toda su vida a hacer el bien, y con profundo respeto y reconocimiento registramos su nombre en este libro dedicado a los precursores de la colonización judía, en la Argentina.

Es, por cierto, motivo de orgullo para la colonización judía como para la colectividad israelita, en su conjunto, el poder destacar el aporte de colonos judíos, en su condición de iniciadores, pioneros y difusores del ideal cooperativista entre la numerosa familia campesina del país.

Valoramos el lugar que ocupa la cooperativa agraria en la vida campesina. Apreciarnos la significación de esa institución para los

campesinos organizados en la misma. En primer término, es el punto donde los colonos se reúnen, donde se sienten vinculados entre sí como fuerza organizada. En segundo término, la cooperativa defiende en ciertos aspectos los intereses económicos de los campesinos. A través de la misma, los agricultores reciben determinados beneficios por su producción, en la medida de que sean capaces de oponerse a la agresión de los monopolios cerealistas. Las cooperativas son organizaciones de masas que incorporan a la vida social campesina a sectores sin experiencia ni orientación combativa, los que comienzan a comprender que la fuerza organizada y unida ofrece mayores posibilidades de defensa contra los apetitos voraces del capital privado. El campesino se siente más fuerte y digno cuando forma parte de una sociedad cooperativista. Las cooperativas agrarias tienen, por su parte, la posibilidad de incrementar los beneficios de sus asociados cuando se vinculan directamente con las cooperativas de consumo en las grandes ciudades, constituidas en su mayoría por sectores obreros y de la clase media. La cooperativa agraria es, evidentemente, la espina dorsal y el respaldo social de la vida campesina.

No pocos esfuerzos prodigaron los pioneros cooperativistas para atraer e incorporar a estas instituciones a las masas campesinas de sus respectivas zonas. El comercio privado apeló a todos los medios posibles para obstaculizar la creación de las cooperativas e impedir, luego, el ingreso de los campesinos a las mismas. Todos los afanes de los idealistas del cooperativismo dirigidos a concentrar en sus instituciones a todos los campesinos, son positivos. La noble causa del cooperativismo merece no sólo esfuerzos, sino también sacrificios. Pero cuando los embanderados del ideal cooperativista comienzan a envanecerse y proclaman que ese movimiento no es sólo medio para debilitar, en cierta medida, la explotación capitalista en sus diversos aspectos, sino que constituye de por sí el ideal absoluto y definitivo que habrá de solucionar todos los problemas de la vida campesina, entonces se impone llamar seriamente la atención de los agricultores y advertirles: La cooperativa, como un instrumento de lucha contra la rapacidad capitalista y unificación de los colonos en defensa de su producción, debe ser firmemente rodeada y apoyada por la masa campesina; pero el crear la ilusión de que la institución cooperativa y el movimiento cooperativista, en general, representan la meta de las aspiraciones campesinas, es falso y nocivo.

El cooperativismo no batirá al capitalismo. Y cuando las

cooperativas se plantean esa perspectiva están sembrando utopías. Formulaciones de esa naturaleza deben ser, por lo mismo, rechazadas y combatidas.

El ideal cooperativista tiene ya más de un siglo de existencia. En parte alguna ni en ningún país, el movimiento cooperativista puso en peligro al capitalismo o a un gobierno capitalista. El capitalismo, en sus instancias supremas, no combatió nunca al movimiento cooperativo, porque éste no representa para él ningún riesgo ni le reporta mayor perjuicio.

El movimiento cooperativista mundial se enorgullece de sus colosales conquistas; en ciertos países europeos, el comercio privado estaba casi exclusivamente en manos cooperativistas; el cooperativismo era en esos países el intermediario de la mayor parte de la producción y del consumo general. En Austria, por ejemplo, la social-democracia sembró el país de cooperativas; el 80% del comercio privado era controlado por instituciones cooperativistas. Esto no impidió, que cuando en determinado momento la social-democracia (no el cooperativismo) se convirtió en un peligro para el gobierno reaccionario-capitalista que regía en ese entonces, el aparato estatal aniquilara en pocos días a aquel movimiento político, dejando, sin embargo, intactas las cooperativas por él fundadas. Para el dictador Dollfus, las cooperativas no eran un impedimento; la rebelde social-democracia, sí lo era.

En Italia, bajo el régimen fascista de Mussolini, las cooperativas no fueron tocadas a pesar de que el Duce — un traidor del socialismo— sabía perfectamente que en las cooperativas, dispersas por todo el país, titilaban chispas socialistas.

En Alemania, bajo el sangriento yugo hitlerista, las cooperativas no sufrieron daño. Y recordemos que Alemania es el país donde el cooperativismo había echado muy profundas raíces y esta extensamente difundido entre la población. El criminal régimen de Hitler, el nazismo, no vio peligro alguno en la amplísima red de cooperativas que abarcaba a todo el país.

El capitalismo, el gran capital monopolista, supo aprovechar la experiencia cooperativista acumulada a lo largo de más de un siglo. En Estados Unidos, donde el capitalismo trustificado domina toda la economía, las cooperativas agrarias son controladas por los tiburones monopolistas del



comercio las finanzas. Las cooperativas agrarias independientes, de y proyecciones mucho más reducidas, desempeñan cierto papel en la economía de sus asociados, pero no ejercen ninguna influencia en la economía del país, la que está directamente controlada por los grandes trusts y consorcios capitalistas.

En general, los gobiernos capitalistas tomaron a las cooperativas como un instrumento a su servicio.

Distinto es el papel que juegan las cooperativas en los países socialistas: en la Unión Soviética, en China Popular, en las Democracias Populares. Allí las cooperativas hacen las veces de intermediarios entre los productores y el consumidor. La cuestión agraria fue resuelta allí totalmente sobre bases colectivas. Toda granja colectiva es una cooperativa donde cada uno trabaja de acuerdo a sus posibilidades y recibe de acuerdo al trabajo realizado. También en los países socialistas, el cooperativismo es un instrumento en manos del Estado, pero se trata ya de un Estado que no defiende los intereses de monopolios del capital privado; allí el cooperativismo está al servicio exclusivo de los trabajadores.

El cooperativismo es una cuestión de forma; su contenido depende del lugar donde se desarrolla. Si el timón del Estado es conducido exclusivamente por obreros y campesinos y no quedan en el país restos de latifundistas, ni de grandes industriales privados, entonces el cooperativismo adquiere un determinado sentido. Pero si el Estado es comandado por representantes de los terratenientes, de los grandes industriales y banqueros, entonces la significación del cooperativismo es otra. No basta la creación de una cooperativa en cada aldea, estando los terratenientes en el poder, para lograr la reforma agraria, esto es: la liquidación total del latifundio y la distribución de la tierra entre los campesinos que la trabajan. Tampoco ninguna otra solución de fondo podrá ser alcanzada a través del movimiento cooperativista. Esta es una verdad que debe difundirse y esclarecerse entre la masa campesina para evitar que las utopías y las falsas promesas la desvíen desorienten.

Formulamos estas observaciones guíalos por un sentido de responsabilidad y lealtad a la causa del campesinado y en relación directa con ciertas opiniones vertidas por personalidades de figuración en el movimiento cooperativista de nuestro país. En repetidas ocasiones asistimos con

estupefacción y asombro a la pretensión de dirigentes cooperativistas de querer resolver por intermedio del cooperativismo todos los problemas del campo, incluso la cuestión de la reforma agraria. Vemos en ello un grave peligro, por cuanto grandes sectores de los trabajadores agrícolas, arrendatarios y pequeños propietarios fórmanse un falso concepto acerca del camino que debe conducirlos a la solución radical de sus problema fundamentales. La ilusión de que a través del cooperativismo le resolverán todo es alimentada y fomentada por sus enemigos. Los terratenientes y los círculos dirigentes del gobierno capitalista no sólo están de acuerdo con esa formulación, sino que la apoyan. De ahí que hayamos considerado necesario destacar, al tratar del cooperativismo, sus aspectos positivos y negativos.

Lo positivo radica en la valoración real y justa de los beneficios que el campesino pobre o mediano puede obtener de su cooperativa. La cooperativa le asegura una venta mejor de su producción. Estando dirigida con eficiencia y honradez, su cooperativa luchará, por lo menos, por un precio mejor en el mercado, o se vinculará con cooperativas de consumo donde podrá comercializar más convenientemente el producto del trabajo campesino. La cooperativa, como parte de una organización cooperativa central, podrá obtener en cierta medida a precios más bajos los artículos que sus socios consumen. El campesino, al verse asistido eficazmente por su cooperativa, sentirá que la misma es su institución.

Además de las cuestiones económicas, que constituyen el fundamento de la organización cooperativista, las cooperativas están autorizadas por sus estatutos a servir también a sus asociados en el terreno cultural. Si la institución es dirigida por agricultores de tendencias reaccionarias, la actividad cultural que despliegue será negativa y perjudicial. En cambio, si la cooperativa está en manos de campesinos de orientación progresista, la masa de asociados será educada en un espíritu de avanzada.

La cooperativa, muy especialmente en las aldeas, le da a la vida campesina un contenido. La fortifica moralmente, le insufla seguridad y le ofrece un punto de apoyo. La cooperativa le asegura al campesino una solidaridad colectiva; éste se siente parte integrante de un gran movimiento organizado. En la vida campesina, caracterizada por el aislamiento del agricultor en su chacra, esos rasgos peculiares del cooperativismo son de extraordinaria importancia. Todo esto corresponde a los aspectos positivos.

Lo negativo del cooperativismo no radica en sus principios, sino en las interpretaciones que ciertos dirigentes pretenden hacer de esos principios. Cuando un dirigente del movimiento cooperativista sostiene que por el camino de la cooperación, sus integrantes modificarán el orden de cosas existente, deforma la realidad, anula las perspectivas de superación y perjudica al campesinado. El entusiasmo exagerado de ciertos teóricos del cooperativismo causa más daños que beneficios al movimiento y crea falsas quimeras en las mentes de los honestos y laboriosos agricultores, miembros de la cooperativa.

Son sus aspectos positivos los que justifican el apoyo que los colonos prestan a sus cooperativas. En lo que respecta a las colonias judías, estas instituciones fueron y son de particular significación. A través de ellas se concretan los esfuerzos para mantener la integridad de la familia campesina e impedir la despoblación de las chacras. Estos son factores que obligan el reconocimiento y la gratitud de los colonos hacia la institución que los agrupa.

Pero la solución de los problemas de fondo, del empobrecimiento y el éxodo campesinos, de la miseria y degradación agrarias, no se logrará por el camino del cooperativismo. El camino es otro.

## Capítulo XIX

### *EL PROBLEMA AGRARIO*

Hemos dedicado buena parte de este libro a delimitar y valorar el papel desempeñado por la J.C.A. en la colonización judeo-argentina. Lo hemos hecho, porque la J. C C.A. re-presenta la génesis de esa colonización y porque su influencia sobre el desarrollo de las comunidades agrarias judías riel país es de importancia capital. Hemos destacado los aspectos luminosos y sombríos de su actividad. Subrayamos la responsabilidad que le cabe por los duros fracasos sufridos por la obra colonizadora, ya que de mediar la buena voluntad y comprensión de la J.C.A. los mismos pudieron haber sido amortiguados en gran medida, cuando no evitados totalmente. La administración, establecida sobre principios falsos y nocivos, socavó, los fundamentos de una gran idea y marchitó las luminosas esperanzas de millares de hombres humildes y honestos que soñaban convertirse y perpetuarse como trabajadores agrícolas. La colonización, ofrecería ahora un aspecto muy distinto, si los actos de la J.C.A. hubieran estado de acuerdo con los intereses de la obra que había emprendido.

Pero no fue la J. C .A. el único y exclusivo factor que gravitó en la colonización judeo-argentina. Para tener un cuadro totalmente claro y poder valorar todas las causas determinantes de los distintos procesos registrados en la colonización judía, sus triunfos y sus derrotas, debemos estudiarla en íntima vinculación con los problemas generales del agro argentino. Todo otro enfoque conduciría a conclusiones parciales y unilaterales y de hecho, inexactas.

La colonización judía comenzó en la Argentina cuando en país recién entraba en la etapa pre-capitalista de su desarrollo. Hasta ese entonces, las relaciones económico-sociales asentábanse exclusivamente sobre la base de los intereses feudales y oligárquicos. Cuando el país todavía no producía suficiente harina para abastecer a su propia población —la que a fines del siglo XIX alcanzó tres millones de almas—, los ganaderos oligárquicos hacía

ya más de cien años que exportaban carne, cueros, grasas, cerda y cuernos. Inglaterra, Brasil, Cuba y el archipiélago centro-americano consumían ya carne argentina en 1780.

Las feroces pampas argentinas, las inmensas extensiones aptas para la agricultura, comenzaron a poblarse de millares de familias campesinas cuando capitales extranjeros —con más precisión: británicos— iniciaron la construcción de ferrocarriles. Y los construyeron con el fin exclusivo de facilitar la exportación de los productos agropecuarios argentinos. Allí donde había amplias zonas fértiles y existía la perspectiva inmediata de colonizarlas con inmigrantes campesinos, o que estaban pobladas de agricultores, allí tendían los imperialistas ingleses la líneas férreas. La colonización en gran escala desarrollóse en nuestro país en torno a los ferrocarriles, y los ferrocarriles fueron construyéndose allí donde se desarrollaba la colonización.

El capital financiero británico invirtió millones de libras esterlinas en la construcción de ferrocarriles con el único fin de obtener suculentos dividendos. Los concesionarios gozaban de todos los privilegios. Los inversores decidían, de acuerdo a sus propios intereses y no a los del país, cuáles eran las zonas que debían ser atravesadas por el ferrocarril. La división del país en provincias ricas y pobres es en gran medida, el resultado de esa interesada política ferroviaria de los capitales británicos. Las provincias del Litoral —Buenos Aires, Santa Fé, Entre Ríos y Córdoba—, aptas para la agricultura, viéronse agraciadas con ferrocarriles. Las provincias alejadas del centro, donde la perspectiva de ser colonizadas era muy lejana, fueron mantenidas en el atraso, la miseria y el aislamiento, aun cuando no son menos las riquezas naturales que poseen en potencia, y no faltan incluso, las que superan en riquezas inexploradas a las así llamadas provincias ricas.

Al pujante desarrollo de los ferrocarriles correspondió una intensa inmigración campesina. No sólo que la Constitución Nacional de 1853 aseguraba puertas francas e inmigración irrestricta para todos los hombres del mundo que quisieran trabajar y habitar el suelo argentino, sino que los propios gobernantes formularon llamados y organizaron la emigración campesina europea hacia nuestro país. Bajo la presión de los dueños de los ferrocarriles se realizó una intensa y profusa propaganda en Europa, ofreciendo privilegios especiales a las familias campesinas que se trasladasen la Argentina. Gran cantidad de colonos fueron transportados, por cuenta del

Estado, desde su lugar de residencia en Europa hasta el campo que se les había asignado. La ramificada red de ferrocarriles en las provincias agrícolas, cercanas a la Capital Federal, exigía y estimulaba la intensiva población de las tierras y el desarrollo de una extensiva explotación agraria. Los ferrocarriles británicos demandaban cereales para el transporte y exhortaban a la población campesina a ampliar cada vez más sus áreas de cultivo.

Los dueños de los ferrocarriles, además de las concesiones privilegiadas para la construcción de los mismos, obtuvieron extensiones enormes de la tierra más productiva a todo lo largo de las líneas tendidas. Se convirtieron así en los más grandes latifundistas del país. En las tierras gratuitamente obtenidas fueron colonizados millares de arrendatarios. Con lo que los ferrocarriles se aseguraron un doble beneficio: el producto del arriendo de tierras que no les había costado nada y los fletes por el transporte de cereales.

De toda la producción agraria del país, como de todo el febril e intensivo proceso colonizador, a fines del siglo pasado y principios del presente, sólo se beneficiaron los ferrocarriles, los compradores del cereal y los latifundistas. Los campesinos, los productores directos, prodigaron su sudor y su esfuerzo casi gratuitamente; por su duro trabajo no fueron recompensados. Cuando el campesino obtenía \$4 por el quintal de trigo, debía entregar al ferrocarril \$1.26 para transportar ese quintal al puerto más cercano. Los grandes monopolios cerealistas, adquirían la producción campesina a un precio insignificante. Rara vez lograba el campesino cubrir sus deudas después de una cosecha. Y los principales compradores de cereales, hasta la primera guerra mundial, fueron los ingleses.

La oligarquía ganadera y latifundista acogió con simpatía el proceso colonizador. Antes de que afluyera la amplia corriente inmigratoria de decenas de millares de familias campesinas, las tierras argentinas eran de escaso valor; se valorizaron al ser regadas por el sudor humano. La corriente colonizadora prometía, por lo mismo, grandes beneficios. Y la oligarquía terrateniente no erró, por cierto, en sus cálculos. Los latifundistas eran los dirigentes políticos del país y orientaron la masa inmigratoria y la colonización de acuerdo a sus intereses, los que se entrelazaban con los intereses de los ferrocarriles y monopolios cerealistas británicos. Si hasta la radicación masiva de inmigrantes, no hubo interesados en adquirir tierras, con el aumento de la corriente inmigratoria se incrementó

extraordinariamente la demanda. Los terratenientes obtuvieron buenos precios por una parte de sus campos, la que al ser poblada de campesinos valorizó automáticamente el resto de las tierras.

Los campesinos ruso-alemanes de la colonia "San Miguel", a 40 kilómetros de Rivera, le compraron al terrateniente Leloir las mejores tierras de la zona, a 18 pesos la hectárea; en 1904, el mismo latifundista le vendió a la J.C.A. tierras de calidad muy inferior, a 33 pesos la hectárea. Son las tierras donde se estableció la colonia Barón Hirsch. Los primeros colonos ruso-alemanes valorizaron la tierra y el terrateniente Leloir aprovechó suculentamente de esa valorización.

La agricultura comenzó a desarrollarse en el país en beneficio de los intereses de los ferrocarriles, de la metrópoli británica y de la oligarquía terrateniente vernácula. En su mismo inicio, fue socavada la base para un amplio desarrollo de nuestra agricultura y para la formación de un campesinado numeroso y sólido. Las tierras argentinas y las condiciones climáticas imperantes son, por cierto, las más aptas para una floreciente explotación rural. Existen todas las condiciones naturales para asegurar la expansión y consolidación de importantes comunidades agrarias y garantizar una vida campesina próspera y feliz. Pero esto es válido cuando la agricultura se desarrolla en interés de los agricultores, de la masa campesina que trabaja y produce. Lamentablemente, el proceso fue y sigue siendo otro.

La oligarquía terrateniente regía el país en su propio beneficio y en provecho del imperialismo extranjero. Ambos servíanse mutuamente. La casta latifundista tenía en sus manos los resortes de la economía del país y del poder político.

Si los mejores hijos del pueblo argentino fracasaron en sus esfuerzos por arrancar al país del punto muerto en que se hallaba, fue a causa de la gravitación de la oligarquía, Rivadavia y Sarmiento, en distintos períodos históricos, fueron sacrificados porque intentaron frenar los voraces apetitos de la oligarquía terrateniente. Nada pudo hacer el gran civilizador Sarmiento frente a la pared de acero que levantaron los latifundistas y contra la cual se estrellaban todos sus proyectos de reformas. Desde la presidencia y el Parlamento, Sarmiento desparramó puñados de verdades en las que se cristalizaban las ideas más avanzadas de su época. Pero los dueños del país eran los oligarcas. Sus enormes latifundios, herencia de padres y abuelos, no

fueron tocados. Y nadie podrá ofrecer pruebas históricas de que esas extensiones heredadas fueron obtenidas gracias al sudor de las frentes y a las manos callosas de sus primeros propietarios. La historia del latifundio es una historia de saqueo y robo. Y mientras esas tierras robadas no sean arrancadas de manos' de sus falsos propietarios y distribuidas entre los millones de trabajadores agrícolas, el país no podrá salir de su atraso y los campesinos no podrán resolver su crónica situación de crisis. Mientras la agricultura argentina siga sufriendo de escasez de tierras, por una parte, y de latifundios ilimitados, por la otra, no habrá solución para la cuestión agraria.

El latifundismo condujo el país a una profunda crisis agraria. Los campesinos sin tierra fueron desarraigados del campo. Viéronse obligados a buscar medios de subsistencia en las ciudades. Las leyes de arrendamiento eran expresión de la arbitrariedad oligárquica. Si al terrateniente le convenía, porque los precios del cereal eran favorables, arrendaba parte de su latifundio a cierta cantidad de campesinos, por tres, cuatro o cinco años; si caían los precios del cereal, los campesinos debían abandonar las tierras arrendadas, dejando el lugar para el ganado. "Las vacas devoraban a los campesinos". Este era el comentario jocoso que circulaba en las esferas oficiales. Y esa gracia definía en toda su crudeza la realidad del agro argentino.

Cada cuatro años, y a veces menos, se repetían los espectáculos extraños y sobrecogedores. Los hemos visto a los errantes arrendatarios campesinos anegando el Quinto Meridiano, que separa la zona occidental de la provincia de Buenos Aires de La Pampa. Extendíanse por los caminos largas caravanas de carros cargados almohadas y cacerolas, roperos y mesas, sillas y niños; y a los costados de los carros arrastrábanse trilladoras, arados, sembradoras y rastras, y detrás venían vacas y terneros, caballos y potrillos, perros. Era toda la economía doméstica de cientos de campesinos marcha hacia un nuevo hogar, en el que permanecerían solo algunos años. Así eran arrojados los arrendatarios de un campo a otro, a través de cientos de kilómetros, como si fueran juguetes de un vendaval. Millares de arrendatarios por todo el país erraron así de provincia en provincia, a veces de Buenos Aires hasta el Chaco, en busca de una parcela de tierra labrantía.

Estas difíciles y, con frecuencia, trágicas condiciones de trabajo de los arrendatarios condujeron al éxodo campesino. El agricultor nunca se sentía seguro sobre la tierra que trabajaba. Y al primer empujón, millares de



familias campesinas abandonaban los predios lanzándose a la ventura. En el año 1914, trabajaban en el agro 1.506.059 personas; en 1937, la cifra ya había descendido a 1.191.986, para quedar reducida en 1947 a 499.189. Año tras año fue disminuyendo el número de agricultores. Estas cifras se tornan más significativas, en cuanto a señalar la desproporción entre la población rural y urbana, si se considera que en 1914 el número de habitantes apenas si excedía los siete millones, en tanto que en 1947 la población alcanzaba ya a los diez y ocho millones.

Las estadísticas oficiales tratan de explicar esa impresionante reducción de la población rural desde 1914 a esta parte, atribuyéndola a la mecanización de la agricultura. Considerarnos que esta interpretación es inexacta. En el mejor de los casos podría hablarse de la mecanización de la agricultura ele 1914 hasta el principio de la segunda guerra mundial, pero de manera alguna puede hablarse de mecanización a partir de esa última fecha. Más ajustado a la verdad sej baldar de un proceso contrario, de un proceso de desmecanización. Desde los años de la guerra que los agricultores argentinos no renuevan sus implementos de labranza, fundamentalmente porque tales maquinarias no entraban al país. Estados Unidos e Inglaterra —abastecedores tradicionales de máquinas agrícolas— interrumpieron casi totalmente la exportación de esos implementos a nuestro país. Y si casualmente se importaba algo, sus precios exorbitantes no estaban al alcance del campesino medio ni menos del campesinado pobre. La política oligárquica de dependencia total del imperialismo extranjero había impedido igualmente el establecimiento de una industria pesada que proveyera al campesinado argentino de las máquinas agrícolas que necesitaba.

Bastaría visitar las chacras de 200, 300 y hasta de 500 hectáreas, en las provincias de Buen os Aires, Santa Fé, Córdoba o Entre Ríos y observar el estado de los implementos de labranza que utilizan para comprobar la inconsistencia de aquella interpretación, oficial acerca del éxodo campesino. Son máquinas con veinte o más años de uso, a las que hay que recomponer continuamente para hacerlas marchar. Otras ya no tienen arreglo posible. Con tales maquinarias no se puede sustituir la fuerza viva del hombre.

Los precios nada compensatorios —que sólo favorecen a la oligarquía terrateniente y a los monopolios extranjeros—, el éxodo campesino y la maquinaria avejentada y gastada que utilizan los agricultores que permanecen en las chacras, conducen a la reducción de las extensiones

cultivadas y a la disminución consiguiente de la producción agraria.

Las estadísticas oficiales señalan que entre 1936 y 1948, el cultivo de trigo se redujo en un 29,91 por ciento; el de maíz, en un 44,98 por ciento, y el de lino en un 54,77 por ciento. Todo colono en cualquier zona agrícola del país podrá efectuar sus propios cálculos y estadísticas y llegará a las mismas conclusiones.

El constante crecimiento de la población del país debería determinar lógicamente un aumento de la población campesina y un incremento del área de cultivo y de la producción. Asistimos, en cambio, a un fenómeno inverso, tanto en el agro argentino, en general, como en las colonias judías, en particular. Las causas de esta realidad radican en la estructura semifeudal de la economía argentina y en el dominio del capital monopolista extranjero que traba y sabotea, con el apoyo de los gobiernos pro-oligárquicos, el proceso de industrialización de nuestro país y la consolidación de una economía nacional independiente.

Está, por lo tanto, en los intereses de la colonización judía en la Argentina, el que los colonos judíos, liguen indisolublemente sus luchas a la lucha general del campesinado y de los sectores progresistas del país que bregan por una solución de fondo para los problemas económico-sociales argentinos, a través de la reforma agraria y la destrucción del dominio imperialista. Por este camino, el futuro de la colonización judía estaría asegurado en los marcos de una Patria libre, independiente, soberana y próspera.